POR EL AUTOR DEL THRILLER *LA MUJER EN LA VENTANA*

A. J. Finn

# El final de la historia

El pasado no se ha ido.
Solo está esperando.

A. J. FINN

# El final de la historia

Traducción de
Efrén del Valle

Grijalbo

Para Jennifer Joel y Felicity Blunt

Sí, sí, incluso en familias bien, en familias de alta cuna, en grandes familias […] no tiene usted idea […] de los juegos a los que se dedican.

*Casa desolada*

# Martes, 23 de junio

La encontrarán dentro de un momento.

La encontrarán allí flotando, con los dedos separados en el agua marmórea y el cabello extendido como un abanico japonés. Los peces se deslizan por debajo, la atraviesan, bordean la línea de su cuerpo.

El filtro zumba. El estanque hierve, brilla. Ella tiembla sobre la superficie.

Esta mañana, la niebla merodeaba el terreno —remolino de San Francisco, grueso como el terciopelo y frío—, pero ahora desaparece el último rastro y el patio se inunda de luz: adoquines, reloj solar y una hilera de narcisos. Y el estanque, ese círculo perfecto situado cerca del muro de la casa, con sus peces relucientes y sus nenúfares como estrellas.

En un momento, un grito hendirá el aire.

Hasta entonces, todo está en silencio, todo está quieto, salvo por el temblor del agua y el tráfico lento de los koi y las ondas que forma el cadáver.

Al otro lado del patio se abre una ventana francesa y el sol rebota en el cristal. Un suspiro. Y entonces ese grito.

La han encontrado.

# Seis días antes

# Miércoles, 17 de junio

# 1.

—¿Le gustan los misterios?

Nicky desvía la mirada hacia el espejo retrovisor. El taxista la está observando a través de unos cristales redondos y gruesos como vasos de chupito.

—Parece que está leyendo una novela de misterio —añade con voz ronca.

El coche pasa por encima de un bache y da una sacudida.

Ella levanta el libro.

—Agatha Christie, *Asesinato en Mesopotamia*.

Al hombre le apetece hablar, y a Nicky le apetece complacerlo. Su trabajo debe de ser solitario.

—¿Fuma?

—No, señor.

—Bien hecho —responde él con un cigarrillo entre los dientes—. Es demasiado guapa para morir joven.

Luego lo enciende con un Zippo maltrecho y Nicky pulsa el botón de la ventanilla. Un aire frío y húmedo golpea el asiento trasero. Nicky sube de nuevo la ventanilla hasta que solo queda una abertura de algo más de un centímetro, ladea la cabeza hacia el cristal y ve su reflejo en él: el rímel de las pestañas y el lápiz de labios brillante. No es muy guapa; lo sabe y no le importa demasiado.

El coche da otra sacudida y se le cae el bolso al suelo.

—Creo que ha chocado con la acera.

—Ya, bueno. —El hombre mira por el parabrisas—. Me sorprende que estén aterrizando aviones. Es un milagro que haya tocado tierra.

Para Nicky, que no es una voladora nata, siempre es un milagro tocar tierra. Mirando hacia delante, ve una marea inmóvil de niebla vespertina, lustrosa como una perla bajo la luz de los faros.

—Días grises de junio. Seguro que allá por el este no tienen este

clima.

—No.

«Allá por el este» le suena increíblemente lejano y mítico.

El hombre suelta un gruñido de satisfacción y pone el intermitente antes de doblar la esquina y acelerar cuesta arriba. Nicky se aferra al cinturón de seguridad.

—Misterios, como le decía. —El humo sale de su boca y se arremolina en el aire frío—. Hay muchos misterios en San Francisco. ¿Ha oído hablar del asesino del zodiaco?

—No lo atraparon nunca.

—No lo atrapa… Eso es. —Lo ve fruncir el ceño por el espejo retrovisor. Nicky se calla; es su ciudad, su historia—. Es nuestro Jack el Destripador. Luego pasó lo del *Romance of the Skies*. Era un avión de pasajeros que desapareció en los años cincuenta. Iba a Hawái y… —Da una calada al pitillo—. Y se esfumó.

El taxista exhala el humo.

—¿Qué le ocurrió?

—¿Quién sabe? Y lo mismo con el dirigible fantasma. Fue en tiempos de la guerra. Un par de soldados se montan en un Goodyear y, cuando se estrella en Daly City, no hay nadie a bordo. ¡Es un misterio como ese de ahí! —Aletea una mano hacia la derecha—. La casa más antigua de Pacific Heights.

Nicky ve una casa blanca de estilo victoriano con unas ventanas enormes y un poco apartada de la calle, como si hubiera retrocedido sobresaltada.

—La construyeron cincuenta años antes del terremoto —explica el taxista con aire jactancioso—. Era una casa de mediana edad y sobrevivió.

—Parece sorprendida —comenta Nicky—. Como si no pudiera creerse que todavía siga en pie.

El taxista vuelve a soltar un gruñido.

—Yo tampoco me lo puedo creer.

Siguen adelante. A ambos lados, señales de tráfico blancas centellean entre la niebla, dedos fantasmas señalando el camino: «Por aquí, continúe».

—¿Dice que es de Nueva York?

—Sí.

—Pues este es el barrio más caro del país.

Las casas bordean la calle, espectrales en la bruma: damas del siglo XIX, esbeltas y primorosas, vestidas en tonos pasteles; una expansión de estilo español rebosante de hiedra; una falsa Tudor, madera y yeso sobre mampostería en espiguilla; y dos Reina Ana con molduras de madera que parecen blondas.

—Algunos de los dueños son del mundo de la tecnología —le explica el taxista—. Google, Uber. Le diré una cosa sobre Uber… —Frunce el ceño, pero no le dice una cosa—. Todavía queda mucha gente rica de toda la vida por estos lares.

Más adelante, el vapor acecha las calles. Cabalgan sobre oleadas de pavimento que ascienden y descienden. A Nicky se le corta el aliento.

—En San Francisco también tenemos escritores de novelas de misterio. Dashiell Hammett vivía ahí, en Post Street.

Otra señal se abre paso a través de la niebla, instándolos a continuar su avance. «Siga adelante. Por aquí».

—Ah, le cuento otra —dice el taxista mordisqueando el cigarrillo—. Un escritor de misterio vivía en… ¿Dónde era? ¿Pac Heights? En algún lugar increíble. En fin; una noche desaparecieron la mujer y el hijo del hombre.

Nicky se estremece.

—Sin dejar rastro. Como ese avión. Debe de hacer veinticinco… No, veinte años. La Nochevieja de 1999.

Las palabras flotan en una nube de humo, cabeceando como boyas.

—¿Qué les pasó?

—¡Nadie lo sabe! Algunos sospechaban del hermano del escritor o de su mujer, o tal vez de ambos. Algunos juraban que fue su hijo. El hijo del hermano, quiero decir. Había empleados también, un chico y una chica. Pero la mayoría de la gente… —Doblan una esquina—. La mayoría cree que fue el propio escritor. Ya hemos llegado —anuncia mientras el taxi se detiene con un chirrido de frenos, y Nicky se inclina hacia delante y se le cae el libro del regazo.

Observa al taxista apearse y rodear el coche hacia el maletero; la

punta del Marlboro brilla en la niebla como un fuego fatuo.

Nicky guarda el libro en el bolso. Inspira profundamente y tose; la cabina del coche huele como un brasero. Luego abre la puerta y se adentra en la niebla. La calle es una ciudad fantasma, los cascos de las casas meras sombras, fachadas que parecen calaveras mirándose a un lado y otro de la calzada. Vuelve a estremecerse.

—Ha venido preparada con ese jersey —dice el taxista cuando se cierra la puerta detrás de ella con un ruido seco.

Nicky se inspecciona a sí misma. Es su prenda más cara: cachemira de color carbón, una prenda sencilla con cuello de pico y recién lavada en seco. En algún lugar sobre Nebraska se derramó una cerveza por encima. Ve que los vaqueros siguen llenos de pelos de perro ásperos, a pesar de que se pasó toda una zona horaria intentando quitarlos con unas pinzas.

Cuando vuelve a levantar la vista, el taxista está contemplando boquiabierto la pronunciada pendiente que forma el camino de entrada y se vuelve hacia Nicky.

—Es esa casa —dice—. La casa misteriosa. ¿Lo sabía?

—Culpable.

Y se siente así.

—Vaya. Y me ha dejado chismorrear.

—No quería interrumpir —le dice amablemente.

No era su intención engañarlo, pero lo ha leído todo acerca de la esposa y el hijo que desaparecieron; ahora sabe tanto como cualquiera. O casi.

El taxista da una calada al cigarrillo y lo lanza a la calle. La colilla forma una pequeña cola de cometa.

—No me diga. ¿Viene de visita?

El taxista echa un vistazo a su equipaje, una pequeña maleta con ruedas y un baúl antiguo con cierres de cuero, tachuelas y pegatinas de viajes.

—Con fecha límite.

Mete una mano en el bolso y saca tres billetes de veinte y uno de cinco.

El hombre acaricia los billetes.

—Ya no se ve mucho dinero en efectivo.

—Soy chapada a la antigua.

—¿Y no tiene miedo? ¿No cree que los mató él?

Lo dice en voz baja, como si estuviera preguntándole a Nicky si no ha bebido demasiado.

—Espero que no —responde ella alegremente.

—Bueno, disfrute de su misterio.

Cuando pasa junto a ella despidiendo olor a nicotina, Nicky se pregunta si se refiere al asesinato en Mesopotamia o a la desaparición en San Francisco. Cuando se acomoda en el asiento delantero, el coche resopla, y el taxista también.

—Disfrute también de la ciudad —le dice—. Ciento treinta kilómetros cuadrados rodeados de realidad.

La puerta se cierra de golpe.

Nicky se queda mirando su equipaje, dando la espalda al vehículo. El motor se aclara la garganta, el tubo de escape escupe gases contra su pierna y lo oye alejarse.

Cuando se da la vuelta, la niebla se le ha echado encima, helada, suave y quieta como un espejo, como si el taxi y su conductor nunca hubieran estado allí.

# 2.

Está rodeada de niebla, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos alrededor de los hombros: abrazándose a sí misma, como es su costumbre cuando está excitada o ansiosa, o ambas cosas. Detrás de ella siente que la casa contiene la respiración. Ella también contiene la suya.

Nicky no suele ser muy teatral —entre sus amigos es conocida como la más dulce y cuerda—, pero ha esperado cinco años para presentarse. Su mente rebobina: los últimos cinco veranos, un borrón azul eléctrico; los últimos cinco inviernos, Manhattan bajo la nieve; cinco años exactamente, este mismo mes, cuando escribió aquella primera carta.

«Querido señor Trapp: usted no me conoce…».

De adolescente, Nicky había enviado cartas a novelistas de misterio para suplicarles opiniones y autógrafos; más tarde, durante sus estudios de posgrado, hubo cartas más reflexivas y preguntas más inquisitivas. Sigue al día con los pocos que están dispuestos a abandonar sus pantallas y echar cartas al buzón. Nicky, una sentimental, valora la pluma y el papel. La tinta se hunde en la hoja, indeleble como una cicatriz; el correo electrónico es aliento sobre cristal, una disolución instantánea.

Luego, a últimos de julio, un sobre azul claro con su nombre marcado profundamente en el papel: «Sr. o Sra. Nicky Hunter».

Inspeccionó la solapa, la dirección de San Francisco. Esbozó una tímida sonrisa.

Durante tres semanas, preparó una respuesta antes de contestar por fin («Estimado señor Trapp: en realidad soy una mujer»). Otro mes, otro sobre azul. Y así hasta el otoño, el invierno y el Año Nuevo, y cuatro más —un párrafo o dos de ella, quizá, unas pocas frases de él— hasta su última correspondencia, mecanografiada con esa misma tinta

agrietada, las letras agitándose y empujándose como pasajeros en el mar. Estamos deseando recibirla en nuestra casa.

Se frota los brazos y gira lentamente. La niebla se ondula, se abre como si fuera una cortina y deja entrever la casa, que se yergue sobre Nicky formando una gran ola gélida.

Estilo *château* en un suave color crema, construida por Bliss y Faville en 1905, el año antes del terremoto; desde entonces, solo ha albergado a cuatro familias, incluyendo a los ocupantes actuales. «Una de las mansiones más elegantes de Pacific Heights, con unas vistas espectaculares del puente Golden Gate», entonaba *Architectural Digest* en un artículo titulado «La casa misteriosa». «Grandiosa en sus proporciones, refinada en su decoración y celosamente custodiada por el señor de la mansión». El artículo te dejaba sin aliento, al punto de provocar asma.

Y eso no es todo: más de mil doscientos metros cuadrados repartidos en cuatro plantas. Siete dormitorios. Ocho cuartos de baño. Una biblioteca revestida de nogal que aloja unos seis mil libros; un patio con parterre y un estanque koi hundido. Suelos de roble blanco en todas las estancias. Ventanas abuhardilladas que asoman desde el empinado tejado de pizarra. Un vestíbulo abovedado. Una muestra espectacular de acabados exóticos.

Nicky observa la puerta principal, impregnándose de toda esa elegancia, de toda esa magnificencia. Y, allí dentro, el autor que más la intriga. Está emocionada como una niña pequeña.

Trece escalones ascienden en una suave superficie de mármol. Nicky los escruta y cuadra los hombros. Su cuerpo es ligero y enjuto a la vez, menudo y llano. Hace cinco años, cuando empezó a boxear, Nicky Hunter —una persona feliz, una blandengue dada a los abrazos— descubrió un talento para la violencia.

Levanta el baúl y, con la maleta bajo el otro brazo, sube los empinados escalones delanteros.

Deja el equipaje en el descansillo. De la puerta sobresale una aldaba de bronce negro: un signo de interrogación, extravagantemente rizado e hinchado en la parte superior, como la cabeza de una cobra. Nicky sigue la curvatura con una mano y luego apunta con un dedo al

timbre.

El carillón grita y calla de nuevo.

«Querido señor Trapp: usted no me conoce, pero he detectado un posible error en su novela…».

El rápido chasquido de una cerradura. Nicky da un paso atrás.

La puerta se abre.

Ante ella, iluminada por una luz ámbar, se encuentra la mujer más hermosa que haya visto jamás.

# 3.

Mientras sirve té Darjeeling, Nicky la examina.

Parece iluminada desde dentro, como una dama farol. Algo más de cuarenta años, pestañas pobladas y unos labios con forma de corazón. El cabello le cae por encima del hombro. Un discreto vestido azul celeste para una mujer discreta, a pesar de su magnificencia: sonrisa tímida y una pierna cruzada recatadamente sobre la otra. Su voz («¿Leche o azúcar?») es pausada, como si hubiera acumulado polvo por el desuso.

Diana alza la vista y los ojos de Nicky recorren abruptamente el salón: el papel con estampado de mariposas, las lámparas de pie flanqueando los sofás y la lámpara de araña en miniatura. A través de dos ventanas francesas puede vislumbrar el patio, tenue bajo la luz mortecina. En una pared hay una estantería estrecha, y, bajo sus pies, una alfombra persa artísticamente deteriorada. «Siempre hemos sido ricos».

O el tiempo suficiente, al menos.

—¿Qué tal ha ido…?

Deja la pregunta a medias. El acento de Diana es como la niebla, inglés y suave en los bordes.

—Accidentado.

—¿Todo el trayecto desde Nueva York?

—Desde el aeropuerto. No podíamos ver ni a un metro de distancia. Tenía la sensación de que me estaban llevando a un lugar misterioso. Como en *El dedo pulgar del ingeniero*.

Diana parpadea educadamente.

—Sherlock Holmes —añade Nicky.

—Ah.

—Hay un ingeniero… No, gracias; solo leche. Hay un ingeniero que va de la estación de tren a una casa misteriosa a más de treinta

kilómetros de distancia. Las ventanas del carruaje son oscuras y el viaje se le hace eterno. Entonces, ya en la casa, sus clientes intentan asesinarlo. Muerte por prensa hidráulica. Más tarde, Holmes se da cuenta de que la casa se encontraba cerca de la estación ferroviaria. El viaje en carruaje era una artimaña: el ingeniero había recorrido diez kilómetros de ida y otros tantos de vuelta.

Diana frunce los labios.

—Confieso que no soy tan fanática de los misterios como usted —dice en un tono que, en efecto, suena a confesión—. Como ustedes dos. —Ahora frunce el ceño—. Lo de fanáticos no lo digo en el mal sentido.

—No me lo tomo a mal. ¿Qué le gusta leer?

Diana nombra a un premio Nobel y a dos novelistas franceses.

—No tenemos nada en común —responde Nicky.

—Bueno, di clases de francés durante años. También de latín. Pero he leído algunos de sus trabajos: el ensayo sobre Edgar Allan Poe, según recuerdo, y Ngaio Marsh. Tiene usted un toque muy humano. Supongo que tendemos a pensar que los escritores de novelas policiacas son asesinos en potencia, ¿no? ¿Homicidas frustrados? Pero eso me dio ganas de conocerlos. También me dio ganas de leer sus libros. —Bebe un sorbo—. ¿Y supervisa escritura de misterio?

—Ofrezco un seminario sobre novela policiaca en el semestre de primavera. Por lo demás, los chicos pueden escribir lo que quieran. Ficción literaria, normalmente. Les recuerdo que muchas de las grandes novelas estadounidenses son historias sobre crímenes. *Lolita. Matar a un ruiseñor. Hijo nativo. El gran Gatsby* es una novela policiaca. El detective no lleva placa ni sombrero de fieltro, pero aun así intenta resolver un misterio.

Diana bebe un trago de té, y Nicky se mira el regazo y quita un pelo de perro de una rodilla. Promete hablar menos.

—Ay, he traído regalos —dice, hablando más, y abre la cremallera del bolso—. No he podido envolverlo muy bien…

A pesar de haberlo intentado durante cuarenta minutos, sacando la lengua entre los dientes como si fuera una niña que no quiere salirse de la línea al colorear. Es muy obvio que se trata de una lupa, pero

Diana tiene la amabilidad de preguntar qué es antes de quitar el envoltorio.

—Oh, qué bonita. El mango es precioso. ¿De cobre? ¿Es antigua?

—De principios de la década de 1920.

—Sebastian estará encantado.

—Es lo menos que podía hacer, de verdad. —Nicky observa el vapor elevándose por encima de su té—. Les estoy muy agradecida —se oye decir, y mira de nuevo a Diana—. Este es un privilegio realmente extraordinario.

Una sonrisa, la más tímida contracción de los labios.

—¿Ha trabajado antes en un proyecto así? —pregunta Diana—. ¿En una biografía privada solo para seres queridos? —Hace un gesto para sí misma, vacilante, como si no estuviera segura de que es amada—. ¿Existe un término apropiado?

—Nunca. Y no que yo sepa.

—Muy propio de Sebastian introducir un giro de última hora. Le propuse, y espero que no le importe, que la escribiera él mismo, pero… —Se encoge de hombros—. Le preocupa no tener tiempo para hacerlo adecuadamente. Además, solo tiene su propia perspectiva. Quiere una historia con…

La frase se apaga de nuevo como una cerilla.

—Múltiples narradores —aventura Nicky.

—Exacto.

—¿Cómo está?

El platillo resuena cuando Diana lo deja sobre la mesa.

—Evidentemente, la insuficiencia renal no te mata hasta que… te mata. No te desplomas un día, sino que hasta el final todo sigue como de costumbre. Con más siestas. Así que unos meses, aproximadamente.

Nicky asiente.

—Aunque he aprendido a no subestimarlo nunca —dice Diana, acariciándose una espinilla con ambas manos—. Además, tiene muchas ganas de conocerla.

—No tantas como yo.

—Eso ya lo discutirán ustedes. Le encantan los *sparring*.

En ese momento suena el péndulo de un reloj desde otra habitación,

y Diana mira la hora.

—¿Ha comido?

—No me importaría un sándwich —reconoce Nicky—. O un huevo frito.

—¿Qué tal ambas cosas? Le prepararé un croque madame. —Lo dice con acento francés. Diana se alisa el vestido al levantarse—. Un sándwich de jamón y queso con pretensi…

Entonces, una ola rompe en el salón.

Lo llena, lo inunda. Nicky tiene la sensación de que los muebles empezarán a flotar en una marea de sonido, de que las ventanas estallarán, de que la lámpara de araña se balanceará con una lluvia de cristales.

«¡Tráeme a la criatura!».

# 4.

Se le para el corazón.

El eco llega desde el techo y fluctúa en el suelo, oscuro, pleno y atronador.

—No parece moribundo, ¿verdad? —comenta Diana, y Nicky capta el ocaso de un rubor en sus mejillas: una mujer encariñada con su marido—. Tenga cuidado en esta casa —añade—. El sonido viaja. No hay secretos.

Nicky se levanta, se cuelga el bolso del hombro, se limpia las manos contra los muslos (¿para qué sirve el sudor de las palmas?) y sale detrás de su anfitriona hacia la amplia bóveda del vestíbulo, donde las sandalias de Diana —discretas, naturalmente— repiquetean contra el suelo. Una gran escalera forma un abanico en la base, asciende hasta el segundo piso y se bifurca. Sigue a Diana en silencio hasta el descansillo.

Entre dos ventanas altas hay un cuadro. Es un óleo, pero tan claro y delgado que el efecto parece fotográfico. Nicky se detiene ante los retratados.

Una pareja en un banco: el hombre delgado como una espada, enfundado en un traje de color hueso, una corbata a la inglesa alrededor del cuello y una ceja muy arqueada; la mujer, sonriente, con pantalones de color arándano y polo azul marino sin abotonar. Junto al hombre hay una niña regordeta de unos trece años con un vestido blanco, su brazo entrelazado con el de él. En el regazo de la mujer hay un niño rubio con una camisa y unos pantalones idénticos a los de ella. Él también sonríe, mostrando unos dientes separados. En las manos sostiene una mariposa blanca de papel.

«Una noche desaparecieron la mujer y el hijo del hombre —había dicho el taxista—. La Nochevieja de 1999». Cuando Hope y Cole Trapp, esposa e hijo del aclamado escritor de novelas policiacas,

desaparecieron en dos lugares distintos de San Francisco… y nunca más fueron vistos.

Palabras que, para Nicky, retumban como truenos en un escenario. Pero el misterio de los Trapp fue auténticamente sensacionalista. Una revista vendió el caso como «el acto de desaparición literaria más desconcertante desde los once días de fuga de Agatha Christie en 1926», y ahora, dos décadas después, sigue rondando internet, los cerebros de los taxistas e incluso a Nicky Hunter.

Diana gira a la derecha, pasando por delante de un tramo de escaleras, y de nuevo a la izquierda, lo cual lleva a Nicky por un pasillo en el que sus pisadas se ven amortiguadas por una alfombra roja. Una pared está llena de apliques, y el crepúsculo se cuela por una hilera de ventanas altas. La casa tiene forma de herradura, y sus extremos atraviesan el patio, donde un laberinto de setos que llegan a la altura de las rodillas se enrosca sobre sí mismo. A lo lejos divisa el estanque en la unión de dos muros y peces anaranjados como ascuas bajo la superficie.

Sus peces. Su laberinto. ¡Su casa! «El campeón del engaño», decían los críticos en tiempos pasados; el creador de Simon St. John, caballero y sabueso inglés (y su fiel bulldog francés, Watson); ella, su amiga por correspondencia estos últimos cinco años, y ahora está recorriendo sus pasillos.

Nicky puede sentir sus venas brillando como tubos de neón.

Llegan a una puerta de roble ligeramente entreabierta, en la cual hay un cráneo de marfil del tamaño de un puño con un lazo de metal entre los dientes y unas tibias cruzadas detrás. «Al hombre le gustan las aldabas, desde luego», piensa Nicky, mirando las cuencas de los ojos mientras Diana llama tres veces a la puerta y espera.

—Adelante.

La puerta traquetea.

Ambas entran en lo que solo puede describir como una cámara: profunda, amplia y alta, con suelo de madera y techo artesonado de nogal. Frente a Nicky hay varios ventanales con los cristales limpios, tras los cuales el Golden Gate salta a través de la oscura bahía. Pero la habitación —cavernosa, voraz— absorbe la luz del atardecer, se la

come viva.

Las paredes están cubiertas de estanterías que van desde el suelo hasta el techo, quejumbrosas bajo el peso de seis mil libros, todos apretados como dientes. Allí, cerca del suelo, una colección de antologías encuadernadas en piel con el nombre John Dickson Carr grabado en letras doradas; más arriba, montones de libros azul claro (*Gaslight Crime, Victorian Women Sleuths, Locked-Room Mysteries*) con las cubiertas astilladas y arrugadas; junto a su mano, una novela de Ellen Raskin en laminado brillante y lo que parece una primera edición de *La piedra lunar*, tres volúmenes en tela violeta. Fila tras fila de lomos agrietados, enmohecidos y tatuados con pequeñas letras que parpadean como polvo de oro en una mina.

«Espectacular —piensa Nicky—. Absolutamente espectacular».

Hay una escalera con ruedas apoyada en la pared; en la parte superior está enganchada a un raíl de bronce que se curva a lo largo del estante superior. Nicky sigue el raíl hasta el extremo más alejado y profundo de la habitación.

En la pared del fondo hay una chimenea con llamas ondulantes que parecen invitarla a arrodillarse a su lado. Nicky cree que empezaría a arder; es leña seca.

Y delante de la chimenea hay un viejo escritorio de madera.

Y, sobre el escritorio, una vieja máquina de escribir metálica.

Y, detrás de la máquina de escribir, un hombre viejo, pero más viejo de lo que parece. Nicky lo sabe. Se levanta con lentitud, desplegando como una navaja cada centímetro de su cuerpo increíblemente largo, e inclina la cabeza.

—Hola, señor o señora Hunter —dice—. Soy Sebastian Trapp.

# 5.

—Siento haberla hecho esperar. Es una manera horrible de empezar una historia. No debe haber demasiados preámbulos.

Le habla a Nicky con una voz aterciopelada de barítono, rica, profunda y raspada, que se desliza sin esfuerzo por toda la habitación.

Nicky se sorprende al ver que está temblando.

De repente, la voz del hombre baja una octava.

—«He visto esos síntomas antes —prosigue, con un tono teatral—. Podemos suponer que la doncella está perpleja…».

Y, ahora, Nicky cae en la cuenta: Holmes, *Un caso de identidad*, donde el detective observa a su nueva clienta paseando por Baker Street. Nicky esboza una leve sonrisa.

—«Pero ahí viene ella a resolver nuestras dudas en persona» —añade Sebastian.

Desde atrás, Diana murmura:

—Después de usted.

Nicky avanza cautelosamente mientras él continúa hablando al otro lado del escritorio.

—«Siempre tiene cara de miedo —dice Sebastian—. Haría mejor en confiar en mí. Descubriría que soy su mejor amigo». —Ladea la cabeza—. «Pero, hasta que ella hable, yo no puedo decir nada».

Ahora, Nicky ve la silla larguirucha situada frente al escritorio y percibe los instrumentos dispuestos sobre el papel secante junto a la máquina de escribir: una soga en miniatura hecha de hierro forjado; un candelabro de bronce sin vela; una botella de veneno verde víbora, sin tapón y vacía; una daga, esbelta y plateada; y un revólver Webley-Fosbery automático. El arma predilecta de Simon St. John.

La mesa es de roble oscuro y su superficie está ocupada por una caja expositora de varios centímetros de profundidad y repleta de insectos, una mezcolanza de mariposas rojas, azules y rosa tropical, cada una

de ellas clavada a un tablero de corcho, sus alas extendidas en señal de rendición.

Tres pasos más y Nicky se sitúa frente a él. Contiene el impulso de rodearse el torso con los brazos y se recuerda a sí misma que es solo un hombre. Un hombre que, como observaba un crítico, ha escrito «las mejores novelas policiacas desde la Edad de Oro». Un hombre cuyos libros la han asombrado durante años.

Es muy alto.

Además, tiene un porte aristocrático, con la nariz afilada como un sable, la barbilla cuadrada y hendida, unos pómulos que se le marcan bajo la piel y el pelo acerado. Lleva un traje de tres piezas de color gris y una corbata carmesí anudada al cuello. «Da la sensación de que comparte vestuario con el héroe de su serie, incluyendo el reloj de bolsillo», escribió alguien. Y ahí está, una fina cadena colgada desde el bolsillo del chaleco hasta un botón situado bajo el pecho.

—«¿Por qué ha venido a consultarme?».

Nicky no dice nada.

—Es mucho más habladora en sus cartas.

Nicky sigue sin decir palabra y el hombre entrecierra los ojos.

—¿Habla inglés? —pregunta en español.

—Es muy habladora —tercia Diana, que aparece al lado de Nicky—. Está emocionada por conocerte, eso es todo. —Le enseña la lupa—. Y ha traído un regalo precioso.

—Cuidado con los griegos que traen regalos —afirma Sebastian—. No es usted griega, ¿verdad?

Nicky niega con la cabeza.

—Tienes razón, esposa mía. No hay manera de hacerla callar.

—Si dejaras de citar a Agatha Christie…

—Conan Doyle —responden Sebastian y Nicky al unísono.

Diana levanta las manos.

—Volveré en unos minutos. Tienes que acostarte temprano, jovenzuelo.

Cruzan miradas mientras Diana se aleja. Las llamas cuchichean suavemente en la chimenea.

—¿Qué hay de *Asesinato en el Orient Express*? —pregunta por fin

Nicky.

—¡Está viva! —Sebastian se sienta y le señala la silla—. Por favor. ¿Qué pasa con *Asesinato en el Orient Express*?

Nicky se pone el bolso en el regazo.

—Decía usted que no debería haber demasiados preámbulos en una historia, pero esa historia es básicamente una serie de entrevistas.

—Al principio no. Al principio es ajetreo, bullicio y todos a bordo. Hay que levantar la cortina rápidamente, poner las cosas en movimiento. —Lanza una pluma estilográfica sobre su bloc de notas y Nicky la observa rodar por el cuero—. Así que vamos a acelerar el ritmo, ¿le parece?

Sebastian abre un cajón del escritorio, coge un sobre y saca la única hoja de papel que contiene.

Entonces, procede a recitar la primera carta de Nicky.

> Querido señor Trapp:
>
> Usted no me conoce, pero he detectado un posible error en su novela *Niñito azul*. ¡El mero hecho de mencionarlo parece un sacrilegio!

Sebastian se queda mirando a Nicky con seriedad.

> En la página 222 de mi edición, St. John dice que *La aventura del soldado pálido* y *La aventura de la melena de león* son los únicos relatos de Sherlock Holmes narrados por Holmes en lugar del doctor Watson. A menos que me equivoque, *El ritual de los Musgrave* también está —técnicamente— narrado por Holmes.
>
> Atentamente,
>
> NICKY HUNTER

—Ahora mire su carta. No, observe primero el sobre.

Sebastian lo desliza por encima del escritorio.

Nicky mira el papel arrugado y la dirección del editor en su pulcra caligrafía. Las ondas difuminadas del matasellos. El sello de la mariposa, todavía vívido.

—Agradecí el *Limenitis archippus* —añade Sebastian—. Fue un

detalle muy considerado. Igual que esto.

Agitando la lupa, inspecciona el sello a través del cristal.

—Es una monarca, ¿verdad? —dice Nicky.

El insecto predilecto de Simon St. John.

—Es un error habitual. Se trata de una virrey. Una imitadora. Evolucionó para parecerse a la monarca, que es venenosa, aunque los lepidopterólogos descubrieron hace tiempo que, de hecho, ambas especies son venenosas.

Nicky mueve la boca de un lado a otro. Es un hábito suyo desde que era niña. «Te dislocarás la mandíbula», le advertían siempre sus padres.

—¿Por qué imitar a otra especie venenosa?

—A lo mejor no es consciente de que es venenosa —responde Sebastian alegremente—. A lo mejor la virrey no es tan inocente después de todo. ¿Por dónde iba? Ah, sí: para mi quinto libro consulté a un grafólogo. Es un experto en caligrafía.

Nicky ya sabe lo que es.

Sebastian da unos golpecitos al papel de carta.

—Sus cartas han sido arrastradas por un viento del este. Se inclinan a la izquierda. Una personalidad rebelde.

Nicky espera.

—Aquí, en el sobre: «Sebastian» y «Francisco». —La pluma se mueve entre ambos nombres—. Pone los puntos de las íes a la izquierda del tallo. Eso indica que deja las cosas para más tarde.

Nicky sonríe amablemente.

—Y… —Pero algo parpadea en su expresión, como una llama detrás de un biombo, y vuelve a sentarse—. ¿En qué me he equivocado?

—Desde el principio. Soy zurda.

Sebastian se da una palmada en la frente.

—Por supuesto. Por supuesto.

—Así que la inclinación de las letras en realidad significa…

—… que sigue las reglas.

—Y los puntos de las íes…

—Que es metódica. Ah, la asaltante zurda. No lo vi venir. ¿Qué diría Simon?

—¿No es usted quien controla lo que dice Simon?

—Ya no nos dirigimos la palabra. ¿Tiene calor? Es una hoguera de gas, pero desprende bastante calor.

—Estoy bien —dice Nicky, que tiene la frente húmeda.

—Perfecto. La chimenea siempre está encendida. Me gusta el fuego. —Los ojos de Sebastian se desvían hacia el sobre. Sonríe y toca el matasellos—. ¿De verdad han pasado cinco años?

Es prácticamente la relación más larga que Nicky ha mantenido en su vida.

—He traído su carta más reciente —comenta mientras saca un sobre azul del bolso—. ¿Puedo?

—Lo estoy deseando.

> Querida señorita Hunter:
>
> La muerte les ha llegado a hombres mejores. La muerte les ha llegado a hombres peores. Ahora la muerte ha venido a por mí.
>
> Hace cinco semanas me enteré…

—Sabemos de qué me enteré —interrumpe Sebastian.

Nicky salta al siguiente párrafo.

> … soy narrador, un oficio muy antiguo al que he aportado diecisiete novelas que, espero, resistirán todo el periodo de vigencia de los derechos de autor.

Ambos sonríen. La sonrisa de él es la primera en apagarse.

> Sin embargo, viví una vida antes de Simon St. John. Junto a él también, y después. Hay pasajes de esa vida, de esa historia, que me gustaría compartir, con la esperanza de que puedan entretener (me dedico, por supuesto, al entretenimiento), o incluso me atrevería a decir iluminar.

Nicky hace una pausa.

—Creo recordar que había más —dice Sebastian.

Hay más, pero Nicky se siente incómoda con los cumplidos, al menos cuando van dirigidos a ella.

> Su trabajo publicado es minucioso y humano, cualidades infrecuentes en un crítico. Conoce bien a Simon y, por supuesto, soy parte de él como él es parte de mí. En usted, señorita Hunter, veo al público para la última historia que contaré. Veo a alguien que puede contársela del mismo modo a quien quiera conocerla.
>
> En tres meses estaré muerto. Venga a contar mi historia.

—Y en la posdata me recomendaba que trajera…

—Un vestido y una máscara de fiesta, sí. ¿Qué le dice mi caligrafía?

—Me dice que utilizó usted una máquina de escribir.

—Estoy seguro de que para la firma no.

—La firma son solo dos letras.

Sebastian se echa a reír.

—Esa es la idea.

Nicky dobla la carta. En algún lugar fuera de la biblioteca, la casa gime como un anciano levantándose.

—Ese ascensor —suspira Sebastian— me acabará matando un día, aunque tendrá que darse prisa, claro. —Pasa dos dedos huesudos por la cadena del reloj de bolsillo y luego los dirige lentamente hacia el botón del chaleco—. No estamos hablando de una biografía como tal. No será algo tan aburrido, más bien…

—¿Un libro de recuerdos?

Los dedos se detienen a medio camino.

—Puedo asegurarle, Watson, que lo está haciendo de maravilla. Un libro de recuerdos. —Con un tirón rápido a la cadena, el reloj sale del bolsillo—. Era de mi padre —dice—. Uno de los pocos regalos que me hizo. Este reloj y mi porte militar.

Extiende el brazo por encima de la mesa.

Con cuidado, Nicky coge el reloj. El metal está frío; el grabado dice: El tiempo es el mejor asesino.

Desliza la uña del pulgar en la ranura de la tapa, preguntándose si debe abrirla. Mira fijamente a Sebastian, que luce una pequeña sonrisa

de satisfacción, y sus ojos brillan como cuchillas. Nicky casi se estremece.

Deposita nuevamente el reloj en la palma de su mano. Cuando la punta de su dedo roza la piel de Sebastian, recupera el aliento.

—¿Ya conoce a mi hija? —pregunta—. ¿No? Lo que necesita esa niña es una buena zurra. Bueno, hable con Maddy y con el idiota de mi sobrino; no soporta que lo dejen de lado. Hable con Simone, mi…, su madre. Se niega a ser excluida. Y con Diana, por supuesto. Con algunos invitados a la fiesta que daremos la semana que viene, quizá; la gente se muestra generosa cuando te estás muriendo. Y cuando estás muerto también; *nil nisi bonum*, ya sabe. Pero me gustaría oírlo antes.

Nicky asiente.

—Me preguntaba si debería hablar con su antiguo ayudante, Isaac…

—Isaac Murray. —Sebastian adopta un aire malicioso—. No he visto al chico en veinte años, pero me gustaba. Y lo que es más importante: yo le gustaba a él. Así que, como es obvio, Isaac debe ser citado abundantemente. Le pediré a Diana que lo llame.

—¿Y de cuánto tiempo dispongo hasta…?

—Mi muerte prematura. Tres meses.

Sebastian pone una mano sobre el Webley y acaricia su hocico de oso hormiguero.

—No, solo… Solo quería preguntarle cuánto tiempo quiere que me quede.

—No más de tres meses, desde luego. ¿Quién sabe que está en San Francisco, por cierto?

—Ah, todos mis amigos. Bueno, todos no, pero…

—Pero los suficientes —zanja Sebastian con una sonrisa.

—¿Se ha portado bien?

Nicky se da la vuelta y ve a Diana en la puerta, un fantasma en la penumbra.

—Lo bastante —responde.

—Lo bastante —coincide Sebastian—. ¿Eras tú jugándote la vida en el Otis?

—Era Freddy. Ha llevado las maletas de Nicky a la buhardilla. Fred

es el sobrino de Sebastian —añade Diana.

—El tuyo también, cariño.

—Bueno. Durante el año académico es entrenador de béisbol y balompié en el instituto.

—Fútbol.

—El cual debería ser conocido en todas partes como balompié, ya que se requieren un balón y los pies, a diferencia de algunos deportes. Fred tiene los veranos libres y ha sido lo suficientemente bueno como para ayudar a su tío con la diálisis, la medicación y los recados. Es muy leal.

—Es un imbécil.

—Déjalo ya. Tienes que acostarte temprano. Mañana hablarás mucho. Yo esperaré aquí.

Nicky se levanta con Sebastian y se prepara para despedirse, pero él ya está a su lado, hombro con hombro, ella mirando el fuego, él la puerta.

—Gracias por venir hasta aquí —dice—. Si es capaz de ver lo bueno en la mitad de los autores sobre los que ha escrito, espero que pueda ver lo bueno en mí. —Una sonrisa—. Y espero que no tenga que escarbar mucho.

Desprende un olor casi imperceptible a agua salada y jabón. Nicky respira hondo y él inclina la cabeza hacia la suya, como para besarla en la mejilla. El corazón le late con fuerza.

Y entonces, en un tono tan bajo que Nicky casi duda que haya hablado, Sebastian Trapp susurra:

—Puede incluso que usted y yo resolvamos un par de misterios.

# 6.

Siente un pequeño escalofrío cuando lo oye salir de la habitación.

«Puede incluso que usted y yo resolvamos un par de misterios».

Por un momento de locura, Nicky se imagina como una detective en las páginas de un libro, una criatura de papel y tinta negra. Un personaje.

Mira la máquina de escribir, cuyas teclas brillan a la luz del fuego, la carcasa flexionada como músculos, como si estuviera lista para abalanzarse; Nicky sabe que es una Remington, y ha escupido todas las páginas que Sebastian Trapp ha publicado en su vida.

El mismísimo Sebastian Trapp.

A pesar de que solo le quedan tres meses, es capaz de conducir la electricidad: cuando estaba sentado ante ella, parecía irradiar energía, como una estrella moribunda. Sus ojos mientras Nicky examinaba el reloj de bolsillo; su voz mientras se fundía en su oído. Está asombrada. Tiene miedo.

Siente curiosidad.

Rodea lentamente el escritorio, con las llamas susurrando a su alrededor.

—Ah —jadea cuando el teléfono empieza a vibrar en el bolsillo trasero.

—¿Ya te han asesinado? —pregunta Irwin con esa voz magullada que aún le gusta a Nicky.

Ella sonríe y resiste el impulso de apoltronarse en la silla de Sebastian.

—Sería una suerte ser asesinada en esta casa.

—¿Por qué murmuras?

—¿Por qué llamas, Irwin?

Irwin es su segundo nombre. Durante los dos años que salieron, Nicky le tomó el gusto a burlarse de él llamándolo así; cuando rompió

con ella, sus primeras palabras fueron: «¿Es porque te llamo Irwin?». (No, fue porque era «demasiado buena» para él. Tan buena que siguen siendo amigos. Tan buena que, en seis meses, Nicky no ha mencionado ni una sola vez que él llama o envía mensajes de texto casi a diario).

—¿Que por qué llamo? Te remito a mi pregunta anterior sobre el asesinato.

—Ahora mismo estoy en su biblioteca.

—Seguro que tiene armas por todas partes.

Nicky examina la mesa: soga, daga, botella de veneno. Pistola. Se pregunta si puede tocarla.

—En serio, cariño… —Se interrumpe. Viejos hábitos—. No, de verdad: ¿no crees que ese tío es un asesino?

—¿Estaría aquí si pensara que lo es? Ha escrito libros que me encantan y ha tenido una vida interesante. Soy afortunada de que me haya invitado. ¿Cómo está Potato?

—Le he dicho que nunca volverás a casa.

—Voy a colgar.

—Joder, se supone que eres maja.

—Algunos dirían que demasiado. —Hace una pausa—. ¿Cómo está mi perro?

—¿Quieres hablar con él?

Al otro lado de la ventana, el mundo se ennegrece de repente; las llamas menguan en la chimenea y el expositor del escritorio se llena de oscuridad. La biblioteca se está desvaneciendo. La noche cae rápido aquí.

—No quiero confundirlo, pero gracias por cuidar de él.

—Es como en los viejos tiempos. Supongo que yo era tu tercera opción.

Cuarta.

—La primera. Encontrarás un pequeño agradecimiento debajo de la almohada. Tengo que dejarte.

Es un paquete de Oreos. No tiene sentido ser demasiado maja.

Se oye un chasquido en la chimenea, como un latigazo, y Nicky coge el bolso, pasa junto a las filas de libros, la escalera y las ventanas

y va hacia el vestíbulo. A su derecha, una escalera estrecha se adentra en la oscuridad, como si estuviera tramando algo, así que Nicky enfila de nuevo el pasillo por donde ha venido. Esperará a Diana en el salón.

Se detiene en el descansillo. Delante del retrato hay un hombre que mira fijamente a la familia.

Un metro ochenta de corpulencia, músculos abultados bajo las mangas. Camisa de lino metida por dentro de los vaqueros. Pelo oscuro, tan negro que es casi azul; barba incipiente en las mejillas y la barbilla.

—Incluso después de todos estos años —dice, estudiando el cuadro— continúo esperando que sus ojos me sigan.

Tiene una voz grave y acento californiano.

Nicky espera. A Nicky se le da bien esperar.

Él la mira con sus ojos marrones, las pupilas dilatadas y las pestañas pobladas.

—Freddy.

—Nicky.

Su apretón de manos es firme, pero también el de ella. Nicky sonríe —al fin y al cabo, es emocionante conocer a otro Trapp— y él le devuelve la sonrisa.

—Freddy —vuelve a decir, como si fuera la primera vez—. Sebastian es mi tío. Soy el criado. No, es broma: tres veces por semana enciendo la vieja máquina de diálisis, eso es todo. Y esta noche he subido tu equipaje. Soy tu héroe, ¿verdad?

—Gracias.

—No pesaba mucho. ¿Te has perdido? —Señala el pasillo que conduce a la biblioteca—. Ese es el territorio de Sebastian. Y por ahí —señala con el pulgar por encima del hombro— tienes el despacho de Hope y el solárium. Hablo en serio. Ahora está lleno de malas hierbas. —Sus ojos se apartan de ella, y de repente sonríe: un rayo de un megavatio, como un camarero o un niño actor en su primer día de trabajo—. ¿Todo bien? —pregunta.

Al darse la vuelta, Nicky ve a la señora de la casa bajando la escalera con una llave colgando de los dedos.

—Freddy, siento haberte hecho volver. No era tanto trabajo.

—No hay problema. —Desvía su sonrisa hacia Nicky—. ¿Quieres que te enseñe tu habitación?

—Tú primero.

—Iré yo primero —tercia Diana, que se lleva la mano a la boca—. Su sándwich. Su croque madame. Qué tonta. No sé por qué estoy tan dispersa últimamente.

Nicky no menciona que su marido está a unos meses de pasar a la otra vida.

—No importa —dice ella entre las protestas de su estómago—. Me gustaría salir de todos modos. Hace años que no visito San Francisco.

—Puedo quedarme un par de minutos más —dice Freddy—. Si necesitas que te lleve, forma parte del servicio.

—Definitivamente lo necesitaré.

Diana sigue frunciendo el ceño.

—Gracias, Fred. Y otra vez… Bueno.

Se da la vuelta y empieza a subir las escaleras con Nicky a la zaga.

Los escalones se curvan hasta un largo vestíbulo empapelado en azul Tiffany.

—Los dormitorios —explica Diana, que sigue subiendo—. La mayoría están llenos de curiosidades, como él las llama. Armaduras, ruecas, un preocupante número de animales disecados y…

Al acercarse al cuarto piso, con la escalera desvaneciéndose bajo sus pies, Nicky distingue sus maletas frente a una puerta. Diana aminora el paso y se le abultan los nudillos al agarrar la llave.

—Sebastian pensó que le gustaría tener un poco de espacio para usted sola, así que aquí está la buhardilla. —Una pausa—. Y aquí tiene esto —añade al ponerle a Nicky la llave en la mano.

Nicky la levanta —pesada, con dientes irregulares— y, con un chirrido metálico, la introduce en la cerradura.

La hace girar.

Cuando se abre la puerta, la habitación exhala una nube de polvo, casi como si estuviera tosiéndola. Diana también se pone a toser.

—Pensé que la habíamos ventilado bien —murmura, y luego coge el baúl de Nicky y entra.

Nicky, de pie junto a su maleta, observa la buhardilla, bañada en

una luz gris. Una vasta extensión de suelo, ocupado por muebles en desuso a un lado —un diván de damasco, un espejo de suelo con telarañas, un arpa del tamaño de la mandíbula de una ballena— y en el otro por una cama doble, una cómoda y un escritorio buró. A ras de pared, una larga hilera de libros para niños con lomos rotos en vivos colores. Reconoce las mismas ediciones de bolsillo de Agatha Christie que leía en su infancia.

La estancia está dominada por ventanas abuhardilladas, seis a cada lado, y entre ellas se forman galaxias de polvo en el crepúsculo.

Diana se acerca a la cama, deposita la maleta sobre ella y enciende la lámpara de pie. Las profundidades de la habitación engullen por completo la luz.

—Es un poco señorita Havisham. Supongo que no toca el arpa.

—Estoy un poco oxidada.

Nicky permanece en el umbral. Parece el dormitorio de un niño perdido.

Diana se acerca al escritorio y la pantalla de la lámpara se ilumina de un tono verde semáforo.

—El baño está por ahí. —Una puerta abierta en un rincón alejado, baldosas de mosaico y bañera con patas—. Antes eran las dependencias del personal, en la época en que lo había.

—Ya veo.

Nicky se pregunta si debería estar allí.

—La llave de casa. —Diana la deja encima del escritorio junto a una hoja de papel—. He anotado mi número de móvil y el de Madeleine, y también el de Freddy por si quiere que la lleve a algún sitio. Sebastian no cree en los teléfonos. La contraseña del wifi es «Watson7». Uve doble mayúscula y siete en número. ¡Pase, pase!

Nicky entra lentamente en la buhardilla y cruza una sucesión de haces de luz desdibujados. La zona situada junto a la cama brilla como una hoguera mientras se acerca con la maleta de ruedas traqueteando detrás.

—La asistenta vendrá mañana por la tarde —le dice su anfitriona—. Por si quiere que ordene un poco. Adelina es una santa y un terror.

—Gracias.

Diana vuelve a la puerta.

—Considérelo su habitación y su casa. Y…

Nicky espera.

Diana sonríe y se va. Sus pasos mueren al fondo de la escalera.

Nicky se da la vuelta. Al lado del espejo hay un busto de yeso, una cabeza coronada por laureles, y junto a él varios mazos de cróquet apoyados en una mesita auxiliar. Una lámpara de araña sobresale de una caja de cartón, hilos de cristal que gotean hacia el suelo; un caballo balancín decapitado; cuatro o cinco mapas antiguos en marcos dorados descascarillados; y allí, en el suelo, un par de ojos brillantes.

Nicky retrocede. Los ojos la están mirando fijamente.

Ve otro par de ojos al lado. Y otro. Y otro. Un total de once ojos en las caras de seis bulldogs franceses con la cabeza y las orejas erguidas. Una línea de fuego de perros muertos vivientes.

Nicky casi se ríe. Se agacha delante del que está situado más cerca, negro y con los cachetes caídos, y lee la etiqueta del collar: WATSON VI. Su vecino, un fornido ejemplar con manchas es WATSON V. Luego uno pequeño de color beis, y así sucesivamente hasta que Nicky se encuentra mirando fijamente a un cíclope bicolor: WATSON.

Se dirige al escritorio y guarda la llave de casa en el bolsillo. Luego abre el cajón: tijeras de seguridad, una lupa de plástico y rotuladores. Se imagina las manos que los sostuvieron y ve que las suyas están temblando.

Mira hacia abajo por una ventana abuhardillada. Una farola solitaria y nubes arremolinándose en torno a la luna naciente.

Golpea con un dedo del pie una Bola 8 Mágica cubierta de polvo. La coge, piensa, la agita y ve cómo aparece flotando la pirámide azul sobre un montón de burbujas: AHORA MISMO NO PUEDO PREDECIR.

Un destello en lo alto. Por encima de la cama, más allá de la luz de la lámpara, el techo está cubierto de estrellas blancas y pálidas que brillan en la oscuridad, tenues contra la pintura. Nicky entrecierra los ojos y el pequeño cosmos se resuelve:

COLE

Nicky se sienta en el borde de la cama —sorprendentemente firme y con sábanas limpias— y suspira mientras la luz se filtra desde la buhardilla, las ventanas se oscurecen y los muebles desaparecen.

Es el dormitorio de Cole Trapp. Imagínate.

# 7.

El desvencijado Nissan de Freddy está equipado con un reproductor de seis CD.

—Básicamente es la razón por la que compré esta belleza —explica.

—¿Qué sueles poner?

Nicky espera que no mencione nada demasiado lamentable.

—Sobre todo Maroon 5. También un audiolibro del tío Sebastian: *La caída de Jack*. —En el que presentó a la némesis de Simon St. John, una figura al estilo de Moriarty conocida solo como Jack—. Pensé que a ambos nos daría algo de que hablar antes de que se vaya.

—¿Y ha sido así?

—No. ¿Adónde vamos, por cierto?

Salen de Pacific Heights; cuando Freddy gira el volante se le mueven los músculos del antebrazo. Nicky estudia su rostro. «El idiota de mi sobrino», había dicho Sebastian. Le gustaría entablar conversación —está allí por los Trapp, incluso los idiotas de la especie—, pero entre el taxista, la señora y el señor, descubre que se ha quedado sin ideas. En lugar de eso mira a Freddy y lo compara con el niño de las fotos de hace veinte años, cuando las noticias lo presentaban como el ideal primo adolescente en el misterio de la familia Trapp. Sigue conservando una belleza de jugador de béisbol, pero también es afable, con una sonrisa temeraria y una voz un tanto atolondrada que las fotos no habían captado.

Freddy se detiene en un semáforo y gruñe. El brillo rojo del salpicadero ilumina una mueca en su rostro.

—El año pasado me desgarré el labrum —dice—. A veces me duele el hombro sin motivo alguno.

—Como un niño malcriado. ¿Ahí, quizá?

Es un pequeño restaurante que funciona desde 1955.

Freddy señala, subiéndose la manga, y Nicky ve una pequeña línea

de texto tatuado en la piel por encima del codo. Él se desvía hacia un lado y detiene el coche.

—¿Te gustaría acompañarme? —pregunta ella educadamente.

Freddy se muerde el labio.

—Sí, pero… tengo torneo. —Menciona un videojuego. Nicky, que abandonó los juegos justo después de terminar ese, toquetea el cinturón de seguridad—. ¿Tienes mi número? Por si necesitas que te lleve a algún sitio.

Cuando lo mira, Freddy se está ruborizando. Podría ser la luz del panel de instrumentos.

El cinturón se desliza por el pecho de Nicky.

—Me lo apuntó Diana. Gracias por traerme.

Entonces se apea, con la bolsa del portátil colgada del hombro.

—Bienvenida a San Francisco. No hables con desconocidos —añade Freddy, y el Nissan se aleja con Maroon 5 sonando en los altavoces.

El restaurante: gramola, cartas plastificadas y fotos de los entrantes. Nicky se acomoda en una mesa y observa su reflejo deforme en un servilletero. Abre el portátil y vuelve a cerrarlo. Se recuesta en el banco.

—¿Qué te pongo?

Nicky se incorpora.

—Una Corona, por favor. Con lima.

Vuelve a recostarse.

«Un par de misterios…».

Cole y Hope Trapp desaparecieron la Nochevieja de 1999 o, técnicamente, al día siguiente, cuando se denunció su desaparición, ya que ambos habían sido vistos después de medianoche, aunque en lugares distintos: Cole en la litera de su primo Frederick, a las doce y cuarto, mientras Freddy dormía; Hope frente a una tienda de licores en Presidio, donde el hermano y la cuñada de Sebastian la dejaron a la una y media de la madrugada para reponer un mezcal especialmente exótico para la legendaria fiesta de Año Nuevo de los Trapp («¡Deslumbrante!», «¡Genial!», «¡Glamurosa!», coreaban los periódicos). Llamaría a un taxi, les dijo, y volvería a Pacific Heights con bebida para los rezagados.

Diez minutos después, Dominic y Simone se asomaron a la habitación de su hijo. Vieron a Freddy acurrucado en la litera de abajo y supusieron que Cole estaba arriba, pero más tarde reconocieron que no habían prestado demasiada atención («¡Misterioso!», «¡Impresionante!», «¡Imposible!»).

Madeleine Trapp, la hija, dejó su piso en Berkeley, situado fuera del campus, y regresó a Pacific Heights minutos antes de las nueve de la mañana del día de Año Nuevo (el novio de su compañera de piso confirmó que se la había encontrado frente al cuarto de baño justo después de las tres), más o menos a la misma hora que Sebastian llamó a casa de su hermano para preguntar por Hope, que no había vuelto a casa antes de que él se acostara. Concluyó que estaba con sus cuñados.

No estaba, le dijo Dominic. Y, tal como informó Freddy en el mismo momento en que lo despertó el teléfono, Cole tampoco.

La investigación empezó en cuestión de horas. Se analizaron imágenes de cámaras de vigilancia del aeropuerto, la estación de tren, varias paradas de taxi y autopistas. Se interrogó a vecinos y compañeros de clase. Los invitados a la fiesta (deslumbrante, genial, glamurosa) accedieron con buena disposición a los interrogatorios. Pero…

—Corona con lima.

Nicky sonríe y bebe un sorbo, la cerveza filtrándose por el gajo de lima.

La camarera se abanica con una carta.

—¿Algo de comer?

—Una hamburguesa, por favor. Poco hecha.

—Somos veganos, cariño. Por eso nos llamamos Fogones Verdes.

«Maldita sea, San Francisco». Nicky contiene un suspiro y pide zanahorias y un cuenco de hummus. Vuelve a cerrar los ojos.

Finalmente, los principales investigadores —un veterano decrépito al borde de la jubilación y su compañera, una joven de ojos vivaces y pelo verde que solo llevaba dos años en el cuerpo de policía— aparcaron el caso. Hope y Cole llevaban seis meses desaparecidos.

¿Decidieron huir? ¿Fue un doble secuestro? No fue mera

coincidencia, ¿verdad? En internet —aquel era el amanecer de la red, o como mucho la media mañana—, los teóricos de la conspiración tejían telarañas y las revistas sedientas de visitas publicaban leyendas escabrosas bajo las fotos de Hope y Cole: ¡secta! ¡protección de testigos! ¡abducción alienígena!

En febrero, la policía eximió públicamente a Sebastian de toda sospecha y agradeció su cooperación. Ese mismo día viajó a Inglaterra, donde años antes él y Hope habían comprado una casa de campo en el Dorset natal de esta, y allí se quedó mientras Madeleine volvía a la escuela y Dominic, Simone y Freddy retomaban sus vidas.

Sin un cadáver al que rondar, los medios de comunicación acabaron alejándose.

Cuando, a finales de ese año, Sebastian Trapp reapareció en San Francisco, se esfumó una vez más de manera tan absoluta como el tutelado del vicario en *Puentes de Londres*, como la urna robada en *Cenizas, cenizas*. Como su esposa y su hijo.

No volvería a escribir un nuevo libro en diez años. No volvería a casarse en otros quince, aunque la novia que eligió no pasó desapercibida.

Porque, para que nadie lo olvide, estaban los ayudantes. Marido y mujer habían contratado cada uno a un ayudante: él para sus labores de documentación y ella para gestionar los horarios de su comité. El de Sebastian era un estudiante de posgrado llamado Isaac.

La de Hope era una joven inglesa llamada Diana.

# 8.

Nicky pasa casi dos horas en la cafetería. Hoy, media docena de amigos le han enviado mensajes de texto, todos ellos echando mano de la misma broma y preguntándole si de momento sigue viva. Ella presenta una prueba de vida y les asegura que va a contratar un equipo de seguridad, o al menos a una doble para las escenas peligrosas. Al otro lado de la ventana, la niebla vuelve a difuminar el aire y los coches nadan a través de ella, aunque distan mucho de los ríos de lava que forman las luces traseras en Nueva York. Cuenta nueve Teslas antes de pagar la cuenta y pide un taxi.

Sube de nuevo los escalones y, una vez más, acaricia la aldaba curvilínea con un dedo delgado. Pero, en esta ocasión, Nicky desliza la llave en la cerradura, la gira y abre la puerta. El cavernoso y cálido vestíbulo apenas está iluminado. A lo lejos, la escalera asciende hacia la oscuridad y el retrato situado arriba es solo una caja de sombras. Las ventanas de ambos lados son negras.

En medio del silencio, se siente como una adolescente que vuelve tarde de una noche de fiesta.

«¿Y qué has estado haciendo?».

Nicky echa a andar y mira a la derecha.

Es una habitación en la que no había reparado antes. Al otro lado de la puerta ve la espalda de una mujer inclinada sobre una mesa de cartas. Al acercarse, Nicky cuenta otras cinco mesas, todas ellas cubiertas de piezas de rompecabezas: en la esquina hay una nube de peces payaso, con sus tonos naranja cremoso y blanco; cerca, *Madame X* de Sargent, dos brazos desnudos y una cintura estrecha y sin cabeza.

Franquea el umbral, entra en el siglo XIX y cruza el océano. Un mural extravagante cubre las cuatro paredes: Londres a la luz de gas, calles adoquinadas y relucientes, callejones suavizados por la niebla, caballo y carruaje, ambos brillantes y negros… y tropezando con las

piedras, caminando a través de la niebla, correteando alrededor del cabriolé, golfillos, borrachos, verduleros, ratas, gatos y un par de caballeros que se sostienen en bastones con empuñadura de plata. Una pared está ocupada por la fachada de una taberna; sus ventanas, esmeriladas y manchadas de hollín, con indigentes alzando pintas detrás del cristal, parecen persianas opacas en la parte delantera del edificio.

Nicky estudia a la mujer desde atrás. Tiene el pelo desaliñado y rubio y los hombros redondos. Sobre su cabeza flota un humo nebuloso. En una mano sostiene una copa de vino que contiene una marea roja poco profunda. Nicky anhela ver su rostro.

La mujer coge un cigarrillo del cenicero.

—Detrás de ti hay alguien muy peligroso.

Nicky se gira y lo localiza al instante, justo al lado de la puerta: una figura en la distancia, más allá del arco de un viaducto, posando bajo la luz cetrina de una farola solitaria; sombrero de copa, capa ondeando sobre los hombros, la niebla arremolinándose a sus pies. Es Jack el Destripador. Nicky intenta no rehuir de él.

—Ven aquí. Quiero echarte un vistazo.

Mientras avanza, Nicky evalúa el trabajo de la mujer: un gato atigrado se sostiene sobre las patas traseras, tratando de cazar a un canario enjaulado.

—Es un puzle complicado —explica mientras va desmontándolo pieza a pieza hasta que el gato está desarticulado y solo quedan bigotes y pelaje—. Se puede encajar de muchas maneras, pero solo hay una solución verdadera.

Ahora se vuelve, y por fin Nicky contempla su rostro sencillo y agradable. Parece salida de la proa de un barco vikingo, pero tiene una expresión ligeramente divertida, como si guardara un secreto y fuera sucio.

Nicky intenta no quedarse boquiabierta: esta persona, con su jersey y su cabello descuidados, se parece muy poco a la atleta universitaria retratada en la prensa hace veinte años.

Debajo de la mesa se agita y resopla un animal: un bulldog francés achaparrado, con un rostro que parece una máscara negra arrugada y

dos orejas de murciélago asomando de la cabeza.

—Esa es Watson. —La perra mira a Nicky con ojos saltones y suspira como si se sintiera decepcionada—. Y yo soy Madeleine.

Su estrechar de manos consiste en un solo apretón enérgico, como le enseñaron a Nicky.

—Yo soy Nicky.

—Sí, lo sé. —Madeleine hace un barrido con el brazo en dirección a las paredes—. A mi padre le encanta la etapa victoriana tardía. Luces de gas y novelas baratas. Habría ambientado sus libros en esa época, pero Conan Doyle se le adelantó. Soy una puta, por cierto.

Nicky frunce el ceño.

—¿Ves?

Señala a una prostituta en un callejón, con el dobladillo de la falda manchado de barro y un pecho demasiado maduro. Su cara es la de Madeleine.

—Papá me preguntó si quería ser la dama del carruaje y yo le dije: «No, joder. Quiero un poco de acción. Y, ya que estamos, ponme unas buenas tetas. —Bebe un sorbo de vino—. Siento lo de tu habitación. —Levantando el cigarrillo—. Es donde dormía mi hermano. —Inhala profundamente, echa el humo hacia un lado y aplasta la colilla en el cenicero—. Es un hábito asqueroso.

Luego se enjuaga con vino y se levanta. Mide un metro ochenta y tiene un cuerpo suave y voluptuoso. Se vuelve hacia otra mesa, en la que hay un gatito colgando de una rama por encima de las palabras oh, mierda. Más abajo, Watson camina lentamente tras ella como un familiar feúcho.

—Así que no hace ni una semana papá anuncia que quiere —se encoge de hombros— rememorar por escrito. A ver, claro: ochenta millones de libros. Por supuesto que tiene historias sobre los lugares que ha visitado y la gente que ha conocido. —Mete una mano en el bolsillo del jersey, saca un paquete de cigarrillos arrugado y un mechero y enciende un pitillo. Luego se acerca a la decapitada *Madame X*—. Conoce a todo el mundo. Bueno, conocía a todo el mundo hasta hace veinte años.

Nicky oye el quiebro en su voz y siente el impulso de consolarla.

Madeleine contempla la visión descabezada y reconstituye un hombro con dos dedos.

—Pero no creo —dice por fin— que deba pasar el tiempo que le queda desenterrando el pasado. Nunca habla de ellos, ya sabes. Estás al corriente de… todo eso.

—No lo estoy.

—Así que si eso es lo que buscas…

Madeleine da un paso atrás para coger la copa de vino, pero ve que está vacía.

—No estoy buscando nada —le dice Nicky a esta versión inesperada de Madeleine Trapp.

—Espero que no seas un Guardián de los Trapp.

Nicky casi hace una mueca. Son fanáticos de la crónica negra, paranoicos que se creen Sherlock, normalmente preocupados por el drama que se produce en sus propias filas y obsesionados con la desaparición de Hope y Cole. Anuncian supuestos avistamientos; recrean —por escrito, al menos— el doble asesinato; debaten sobre elaborados métodos de eliminación de cadáveres (baño de ácido, como en *La oveja negra*; descuartizado, cocinado y servido a un perro de la familia, igual que en *Allá donde fue Mary*), y cotillean sobre Diana, a quien ninguno de ellos parece conocer. Nicky ha llamado a las puertas de esas salas de chat a lo largo de los años, ha vadeado las cloacas de las redes sociales —al fin y al cabo, es una historia interesante—, pero solo para observar.

—Lo interpretaré como un no. —El cigarrillo sisea en los posos—. No tengo nada contra ti, por cierto. Estoy segura de que eres un encanto. Eso dice papá. —Esboza una sonrisa perfecta, con los dientes y la picardía justos—. También estoy segura de que eres exquisitamente sensible.

—Sensible es mi segundo nombre.

—Muy poca gente usa su segundo nombre. —Madeleine se agacha y el bulldog corre a sus brazos—. Bueno, ya te he visto. Creo que es suficiente progreso por esta noche.

Abandonan a las alimañas y el vicio y aparecen en el tranquilo vestíbulo.

—Por ahí está mi escondite —Madeleine señala con la cabeza una puerta en la pared del fondo—, junto al reloj del abuelo. Mi dulce suite. Watson es mi compañera de cuarto.

Sus pasos sobre el mármol son silenciosos.

—¿Cuánto tiempo has vivido aquí? —pregunta Nicky.

—¿De mayor? Volví después de cursar tres trimestres en la facultad de Derecho. No llegué a mudarme nunca. En realidad, nunca he hecho gran cosa.

—¿A qué te dedicas?

Madeleine coloca bien a Watson entre sus brazos.

—Madre mía, está engordando. Papá le da de comer paté. ¿Tienes perro? No le des paté. Veamos: escribí un libro terrible. No te preguntaré si lo has leído. Te daría vergüenza no haberlo hecho y yo me avergonzaría de que lo hubieras hecho. Fue una artimaña de marketing editorial. El editor de papá me preguntó si creía poder escribir una novela de misterio decente. —La perra resopla—. Correcto, Watson. No podía.

El libro terrible estaba protagonizado por una detective que seguía la pista de un pirómano en el San Francisco de los años cincuenta, «más batiburrillo que otra cosa», escribió un crítico. Nicky se pregunta si debería cambiar de tema, si debería tranquilizar a Madeleine, si debería proponerle un almuerzo, o tal vez una visita por la ciudad en un GoCar (aunque no ahora, de noche, después de que ambas hayan estado bebiendo), o…

—Ayudé a papá con algunos libros de Simon cuando iba al instituto —continúa Madeleine—. Con las tareas de documentación, quiero decir. Eso tampoco se me daba bien. Lo que sí se me da bien es cuidar de él. ¿Te han advertido sobre el Otis?

En ese momento llegan a la puerta.

Nicky mira a la derecha, en dirección a un ascensor con rejilla. Antes de que pueda responder, Madeleine se apoya a Watson en una cadera y extiende el otro brazo como si fuera un ala. Nicky acepta el abrazo, ¡el abrazo de Madeleine Trapp! Siente a la perra resoplando contra su costado.

—Buenas noches.

Huele a tabaco y a un champú sorprendentemente floral.

—Buenas noches —responde Nicky.

Un apretón.

—La verdad es que desearía que no estuvieses aquí.

Nicky decide devolverle el apretón de todos modos —solo por educación—, pero Madeleine la suelta y sonríe. Luego desaparece en su suite.

«Lo que necesita esa niña es una buena zurra», había dicho Sebastian sobre su hija. Nicky no se imagina a nadie menos zurrable.

Está sola en el vestíbulo, con sombras negras en las esquinas y unos escalones blancos que se despliegan ante ella. A su alrededor, todo está en silencio. Las paredes no se dicen nada la una a la otra; los suelos no se asientan. Ni siquiera el susurro de las tuberías. Ni siquiera el tictac de un reloj. Es una casa sin voz. Nicky da un pisotón en el suelo de mármol. Un golpe lastimero, sin respuesta, sin una bandada de ecos.

¿El sonido no viaja en esta casa? ¿O solo lo hacen las voces humanas?

Su mirada recorre la escalera hasta ese retrato suspendido en la oscuridad, la familia fantasma.

Al cabo de un momento llega al descansillo. En la pared que tiene delante, Madeleine flanquea a su padre con su vestido blanco, mirando al vestíbulo. Su postura es excelente, su rostro regordete, sobrio y triste. La mujer del piso de abajo se había desplomado en su mesa, observando a Nicky a través de un visillo de humo.

¿Por qué, se pregunta, un hombre que nunca habla de su primera esposa e hijo cuelga su retrato aquí?

# 9.

Madeleine se sienta a su mesa, un delicado escritorio que le roza los muslos, y enciende el portátil. Ve que ha dejado dos lámparas encendidas todo el día. Sanfranciscana del año.

La abrazó.

¿Por qué la abrazó?

Probablemente por lástima. Por lástima y por el vino barato. La chica parecía nerviosa, y también callada, y Madeleine desconfía de la gente callada. ¿Por qué demonios había contratado su padre a semejante homúnculo? ¿Por qué había contratado a alguien en general? ¿El homúnculo tomará las riendas de la casa? ¿Espera contar con una guía turística? ¿Querrá visitar la habitación de Madeleine?

Se da la vuelta.

—Y aquí —anuncia una docente del museo— tenemos un dormitorio de finales del siglo XX, conservado intacto.

El maltrecho sofá y los sillones idénticos, esperando en vano a un grupo de cinco personas; la cama en su rincón, esperando en vano a un grupo de dos; las cortinas cayendo en espesos mechones carmesí sobre tres ventanales que dan a la calle; la cómoda, el espejo y el baño en suite, todo como estaba hace veinte años.

—Observen el póster del concierto de Cyndi Lauper —continúa la guía—, y la reproducción ampliada de una postal alemana del siglo XIX. Podríamos concluir que a su ocupante le gustaba la música retro popular, posiblemente de forma irónica, y que en algún momento de su vida también fue pretenciosa.

Y a lo largo de la pared del fondo, el mismo andamiaje de estanterías repletas de trofeos de tenis, novelas de bolsillo, estuches de CD, fotografías enmarcadas (varios Watson en varias poses), una lámpara de lava (extinta), un acuario (seco) y un helecho que parece el cabello de una doncella.

En sus brazos, Watson protesta.

—Estoy de acuerdo —dice Madeleine—. Nada de visitas.

Se vuelve hacia su portátil.

El archivo, oculto en una carpeta recóndita, se llama «Fotos de citología», que difícilmente suscitará interés. Madeleine hace clic.

SIMON DICE
Un guion de Madeleine Trapp
Basado en la novela de Sebastian Trapp

Lee veinticinco páginas, que incluyen dos asesinatos y muchos, muchos cameos del perro de Simon. Es malo en todos los sentidos que se temía, desde luego, pero también en sentidos que parece haber inventado ella misma. Se alegra de que su padre no conozca su existencia.

Tres de los misterios de St. John ya han sido adaptados al cine, cada una de las películas magníficamente montada, todas ellas bien recibidas, y todas ellas hace mucho tiempo, cosa que subrayó el productor de cine que se puso en contacto el pasado mes de febrero. El currículum de Madeleine es breve: cuatro años de universidad, tres trimestres en la facultad de Derecho y diversos puestos de voluntariado —detalles todos ellos revisados por última vez en 2008—, pero el productor no andaba buscando a una medio abogada sin empleo; quería revivir la franquicia de Simon St. John, retomarla desde lo más alto, y quería saber si Madeleine podría ponerlo en contacto con el autor.

Podría, pero no lo ha hecho y no lo hará. Todavía no. Si Simon ha de resucitar en la pantalla, ¿qué mejor resucitador —aquí está el giro— que Madeleine Trapp? Se imagina a su padre hojeando orgulloso cien páginas de diálogos ingeniosos y violencia contenida. Lo oye elogiar sus ideas novedosas, tan novedosas que hasta ahora no las ha tenido. «Te has hecho tuyo a Simon, mi frailecillo —dirá él entre risas—. Advierte a ese productor que si cambia una sola palabra lo acecharé hasta en el retrete».

Madeleine se mueve inquieta en la silla. Esta es su primera

oportunidad profesional en más de una década. Y el tiempo apremia.

Las 22.13. Sus dedos bailan sobre el teclado. Escribirá hasta medianoche. Dos horas en el Londres de la década de 1920, persiguiendo a un asesino armado con un paraguas con punta venenosa.

A las 22.16 entra en la cocina y encuentra a su primo frente a los fogones.

—Pensé que ya habías terminado esta noche —dice Madeleine.

—Me he olvidado el teléfono. —Freddy pincha un huevo espumoso en la sartén—. Tengo hambre.

Freddy siempre tiene hambre.

—¿Dónde está el pequeño Boswell? —pregunta Madeleine, que está apoyada en la nevera.

—¿El qué?

—El club de fans de papá. ¿Quieres un poco de pinot noir de mala calidad?

—No. ¿Quieres un sándwich de buena calidad?

—Claro.

Madeleine sirve vino, bebe un trago, se sienta en la isla y observa la cocina: sencillez escandinava, suelo de pizarra, asiento en la ventana y vistas al patio. En la esquina una puerta exterior, y junto a ella el acceso a la poco iluminada escalera trasera. Todo reformado hace cuatro años, regalo de boda de su padre a Diana. Diana, que casi nunca cocina. Su madre nunca había puesto un pie allí.

—Nunca dirías que tu padre está en las últimas —comenta Freddy—. ¿Recuerdas la semana de voluntariado en la residencia de ancianos? ¿En el instituto? ¿Y a esa señora que solo deambulaba por ahí prediciendo muertes? «Henry se irá mañana», decía. «Está cada vez más débil. Casi puedo atravesarlo con la mirada».

—Era el alma de la fiesta.

—Pero su tasa de aciertos era perturbadora. Empecé a pensar que aquella mujer estaba matando a la gente que decía que iba a morir.

—¿Hablaste con ella?

—Claro que sí. Era divertidísima.

—Perdón, quería decir si hablaste con la criatura de arriba. Nicky.

Pronuncia su nombre con un leve disgusto.

—Me pidió que la llevara en coche. Es simpática. No muy habladora.

Le sirve a Madeleine un sándwich tostado.

—¿Qué delicia es esta?

—Era queso a la plancha y jamón —responde Freddy mientras voltea el huevo en la sartén—. Era un croque monsieur. Pero al vestirlo con un pequeño sombrero de yema, tu croque monsieur se convierte —deposita el huevo encima del sándwich— en un croque madame.

Madeleine parpadea.

—Diana lo mencionó antes. Lo consulté en internet.

Si Diana hubiera mencionado el arsénico, Freddy habría hecho gárgaras con él.

¿Un flechazo no debería caducar después de veinte años? ¿Un hombre no debería seguir adelante?

—¿Qué ha dicho?

—¿Diana?

—No, Nicky. Estamos hablando de Nicky.

—Ah, ¿sí? No sé. Que le gustan sus libros. Es agradable. Transmite buenas vibraciones. No preguntó por ningún drama familiar, si es lo que quieres saber.

«¿Crees que los mató él?». Eso es lo que debería haber preguntado Madeleine. Señalando los elefantes en la habitación, muy grandes y muy muertos, y limitándose a preguntar.

—Bueno, nuestro drama familiar es más dramático que la mayoría.

—Madeleine —Freddy agita solemnemente la espátula en dirección a ella—, hace tres años que son amigos por correspondencia. Si Nicky tuviera algún plan sensacionalista, creo que él ya lo sabría. Y si ella pensara que él… Bueno…

—Los mató.

—Eso. Entonces probablemente no habría venido aquí, ¿verdad?

Madeleine piensa en ello.

—Cinco años —corrige a regañadientes.

—Exacto. —Freddy inclina la espátula hacia el fregadero un par de

veces—. ¿Crees que puedo lanzar esto ahí?

—¿A un metro de distancia?

—¿Eso es un sí?

—En realidad es un no.

La espátula cae estrepitosamente en el fregadero.

—Chúpate esa.

Madeleine se lleva el plato a la cama y comparte el sándwich con la perra. El guion puede esperar. Su padre puede esperar…, aunque no por mucho tiempo.

Se hunde en las almohadas. Freddy ha intentado hablar con ella sobre el futuro en dos ocasiones, y Madeleine se ha resistido otras tantas. No es la herencia lo que la preocupa. Sabe que Sebastian la mantendrá sobradamente, y también a Diana, y probablemente a Freddy y a su madre, pero la vida (la de ella) después de la muerte (de él): ¿qué aspecto tendrá? ¿Cómo sonará? ¿Quién la llamará Maddy? Su madre la llamaba Mad; su hermano la llamaba Magdala, aunque casi nunca, y solo en privado; era su nombre en clave para ella, y de ella para él, sacado de alguna novela de Agatha Christie protagonizada por dos primos bautizados así. Madeleine no sabe cómo empezó, pero recuerda a Cole murmurando «Feliz Navidad, Magdala» mientras le ponía un regalo en las manos junto al árbol, antes de que sus padres bajaran del piso de arriba. Recuerda las notas que deslizaba por debajo de su puerta las noches en que habían visto una película que apenas daba miedo:

Para: Magdala
Por favor, ¿puedo dormir contigo esta nohce?
Atentamente, Magdala

Él llamaba a la puerta y ella apartaba las sábanas, leía su petición, abría y decía: «Entra, Magdala», y por la mañana él susurraba: «Gracias, Magdala», y el nombre era retirado hasta la próxima vez.

Magdala, Mad, Maddy. Pronto solo Madeleine.

En el escritorio del otro lado de la habitación, la pantalla del portátil se duerme. Y ella también debería, así que apaga la lámpara de la mesita de noche.

Tras unos momentos en la oscuridad, se oye a sí misma preguntar:

—¿Cómo crees que me llamo, Watson?

La perra resopla.

—Lo suponía —dice Madeleine suspirando.

# 10.

Una bella mujer inglesa; una hija descolorida. Una casa inmensa. Un estanque koi y una gran escalera. Una madeja de salones, un reloj de pie. Una biblioteca. Una buhardilla espeluznante. La casa es Styles, donde Poirot investigó ese primer asunto misterioso; es el 221B de Baker Street, con las paredes tachonadas a balazos y las ventanas reforzadas contra la niebla londinense. Es Manderley. Es el piso de Piccadilly donde lord Peter Wimsey se hacía llamar detective.

Es perfecta.

Nicky saca un libro del baúl y se va de puntillas a la cama. Envuelta en sábanas de lino, con la piel limpia y el pelo todavía húmedo, examina la portada. *El hombre torcido: el nuevo misterio de Simon St. John.* Ya no es tan nuevo, por supuesto, y tampoco lo es su ejemplar. Pasa a la página cuatro, donde las obras recopiladas de Sebastian Trapp se balancean en una columna.

LOS MISTERIOS DE SIMON ST. JOHN

*Simon dice* (1983)

*Allá donde fue Mary* (1984)

*El hombre de las siete esposas* (1985)

*Niñito azul* (1987)

*Jack, sé hábil* (1988)

*Había una anciana* (1989)

*Jack, sé rápido* (1990)

*La araña pequeñita* (1991)

*Las rosas son rojas* (1992)

*La caída de Jack* (1993)

*La oveja negra* (1994)

*Cenizas, cenizas* (1995)

*Puentes de Londres* (1996)

*Y cuando era buena* (1997)
*Siete por un secreto* (1998)
*Si no tienes hijas* (1999)
*El hombre torcido* (2010)

NO FICCIÓN

*El nervio y el conocimiento: reflexiones de un escritor sobre la ficción detectivesca* (2000)

Ha pasado más de una década desde *El hombre torcido*, que Sebastian tardó diez años en escribir. Nicky dobla la cubierta.

Y oye una ráfaga de chasquidos agudos, lluvia fuerte golpeando los cristales.

Se incorpora y mira hacia la ventana abuhardillada. El cielo está despejado.

Otro momento de silencio. Nicky vuelve a hundirse en la almohada.

Otra vez un estallido como de plástico de burbujas: tac-tac-tac-tac. Y entonces un timbre suave.

El sonido sí viaja en esta casa.

Ahora tiene los ojos muy abiertos. Seguramente es la Remington dos pisos más abajo.

¿Más cartas? ¿A quién? ¿O solo papeleo legal mientras esté lúcido de mente y sano de cuerpo? Aun así, es divertido imaginar que está trabajando de nuevo, sumergiéndose en los callejones de Spitalfields, tamizando las arenas de Bermondsey. Una última noche en el Soho.

Nicky extiende un brazo hacia la lámpara y la apaga.

Cuando, en 2010, su editor lanzó una nueva novela de Simon St. John por primera vez desde el siglo anterior, los libreros se alegraron: ¡Sebastian Trapp, invisible durante tantos años! ¡Sebastian Trapp, cuyo descrédito había resistido largo tiempo! Pero ¿recordarían los lectores a Simon, un aristócrata jovial en la Inglaterra de los años veinte, torturado por su paso por las trincheras francesas? ¿Recordarían, quizá con más cariño, a su compañero canino Watson, que figura entre la fauna menos astuta de la literatura? («Watson nunca ha olisqueado una sola pista, nunca ha perseguido a un solo

sospechoso —explica St. John a un cliente en una de sus primeras aventuras—. Es simplemente mi amigo, y no podría pedir uno mejor»). Su hermana Laureline, cantante de ópera, asesinada para gran consternación del público en *Siete por un secreto*, pero a menudo se la vislumbra en flashbacks; sus amigos y enemigos de Scotland Yard, en particular el ambicioso inspector Trott; el señor Myers, el guapísimo farmacéutico de Essex (y «el mejor hombre de Inglaterra»), así como el amante de St. John en innumerables historias publicadas por aficionados en internet, el cual dispensa hábilmente los medicamentos de nuestro héroe e identifica con destreza venenos diversos. ¿Los lectores volverían a acogerlos con los brazos abiertos?

¿Y se atreverían a reencontrarse con el archienemigo de St. John, su Moriarty, el ingenioso asesino en serie conocido solo como…?

Tac-tac. Tac-tac-tac-tac. Ding.

¡Jack! Una figura delgada con una máscara macabra, piel blanca, ojos hundidos y diminutos y nariz enorme, dos cuernos de demonio, una sonrisa como un tajo. «La personificación misma de Spring-Heeled Jack —como dice el inspector Trott—, ese hombre del saco victoriano, siempre saltando por los tejados y golpeando las ventanas de los niños».

Nicky saca los pies de la cama.

Sí: los lectores lo recordarían; los lectores se atreverían. *El hombre torcido* arrasó en las listas de best sellers de todo el mundo. Los críticos la elogiaron, algunos de forma desmesurada. Sebastian Trapp había regresado por fin.

No volvió a escribir ni una sola palabra.

¡Tac-tac-tac-Trapp!

Hasta ahora, parece. Son extrañamente relajantes esas ráfagas entrecortadas, el grito brillante de la campana; Nicky se pregunta si la chimenea estará encendida, con llamas lamiendo los troncos, los lomos de los libros de Sebastian rutilantes a la luz.

Se pone de costado. Las cuerdas del arpa son de seda plateada; el caballo sin cabeza resplandece; los ojos de cristal de los perros momificados brillan.

Se entierra en las sábanas hasta la cabeza.

En los años transcurridos desde su segunda jubilación, Sebastian Trapp ha salido, aquí y allá, para cenar en el Baron Club, asistir a galas benéficas para la biblioteca o cruzar la bahía en su yate. Las historias sobre él han relegado a Hope y Cole a papeles secundarios en un drama de antaño; su legado se parece cada vez más al de un novelista muy popular. Un novelista muy popular que sufrió una desgracia devastadora, tal vez. O un novelista muy popular que cometió el crimen perfecto.

Nicky se insta a sí misma a mantener la calma. Sus entrevistas serán informales, amigables. Ni siquiera serán entrevistas, en realidad, sino conversaciones.

«Las conversaciones siempre son peligrosas si tienes algo que ocultar». ¿Quién dijo eso?

Su teléfono se despierta en la almohada.

Llama a Nicky

Y entonces suena. La tía Julia no es experta en tecnología.

—Le dije al teléfono que te llamara —explica cuando Nicky descuelga—. ¿Sigues viva?

—No es la primera vez que oigo esa broma esta noche.

—No es una broma. No estoy despierta después de medianoche porque esté bromeando.

—Lo siento —dice Nicky de corazón, y se incorpora—. Estoy viva y estoy entusiasmada. ¡Es emocionante!

—Vivir con un asesino no es emocionante. Para de morderte las uñas.

—No lo estoy haciendo. —Sí lo está haciendo—. ¿Todo bien en Savannah, tía J?

—Odio esta idea.

—No la odias —responde Nicky, que intenta no odiar nada—. Te sientes incómoda con ella. Yo también me siento un poco incómoda, pero de una manera interesante. Pasar tiempo con…

—Alguien que mató…

—Eso no es lo que estaba… He venido aquí para contar su historia,

no lo olvides.

—Eso dices.

—Y puede que descubra algo que nadie más sabe. —No puede evitar tener la esperanza de que así será—. Pero no tengo miedo.

—No el suficiente, desde luego.

Nicky oye el gorgoteo de una pajita y se imagina a Julia en el columpio del porche, sorbiendo un cóctel y aplastando mosquitos. Una vida de viuda.

—Eres demasiado buena, Nicky. Siempre piensas demasiado bien de la gente. La gente se aprovecha, ¿sabes? —Se hace el silencio—. ¿Le has visto?

—He visto a toda la familia, excepto a la mujer de su hermano.

—¿Cómo son?

Nicky piensa en Madeleine, con sus cigarrillos y su vino, y en Freddy parloteando al volante. También en Diana, educada pero distante.

—Un poco… Un poco tristes, quizá. Como si no estuvieran donde deberían estar. Desubicados. Me dan ganas de abrazarlos.

—Tú abrazarías hasta a los gatos callejeros, jovencita. ¿Y qué hay de…? —Respira hondo—. ¿Sebastian Trapp?

—Sebastian Trapp —dice Nicky— es muy fuerte.

—Eso ya te lo esperabas.

—Es como un fuego. Te dan ganas de pararte a su lado y calentarte las manos.

—¿Por qué no lo has dicho? No hay nada más seguro que un fuego.

—Bueno, él me invitó, así que voy a aprovechar al máximo. ¿Quieres saber cuál era la palabra de hoy?

La Navidad anterior, Julia le regaló a Nicky un calendario de palabras del día extremadamente innecesario que ahora abulta la mitad. Esta mañana, Nicky lo guardó con sus pertenencias solo para complacer a su tía.

Lo saca del baúl, arranca la hoja de ayer y mira la de hoy.

—¿Y bien…?

Al cabo de un momento, Nicky dice:

—Presentimiento.

Un gorjeo.

—Justo en el clavo. Recuerda que supuestamente debes usarla en una frase antes de que acabe el día.

—No tengo ningún presentimiento en esta casa.

Cuando cuelga, Nicky piensa que esto último no es estrictamente cierto. Sebastian es como el fuego, y estar allí —en la Casa del Misterio, separada de él por una escalera— es como pasar la mano por una llama. La emoción del contacto con una sustancia peligrosa.

Está asombrada de que ese autor cuyos libros adora la eligiera a ella; asombrada de que eligiera a alguien en general. Se rodea a sí misma con los brazos, emocionada, ansiosa.

«¿No tiene miedo?», había preguntado el taxista.

«No el suficiente», le susurra Julia al oído.

Nicky va de rodillas hasta los pies de la cama y abre el baúl apoyado en ella. Luego saca un delgado paquete de papel, se sienta y desliza una pila de nueve postales sobre el regazo. En el anverso de la primera hay una mariposa azul índigo, con unas alas como pétalos que se abren.

En el reverso, en una caligrafía burda:

> Querida Nicky:
>
> Soy Cole, supongo qeu somos amigos por correspondencia! Me gusta leer, el chocloate con leche, los animales esp perros + los Beach Boys. Hablmae de tu vida, cómo va?? Qué tipo de música te gusta? Qué tipo de ropa llevas? Espero seguir en contatco! Tu amigo,
>
> COLE

La fecha es abril de 1999.

Nicky inspecciona la siguiente postal, de mayo de 1999, en la que aparece un golden retriever nadando y sonriendo.

> Querida Nicky:
>
> Fui a la tienda de postales del muelle pero no tenían un bull dog francés. Nuestro bull dog francés se llama Watson 4. Es un buen chico. Mi amgio Issac me a regalado una camiseta nueva, pero es demasiado gradne para mi. Pone

BLONDIE. La quieres? Si quieres leer un libro muy bueno a lo mejor tendrias que leer los libros de papá, son geniales. Tu amigo,

COLE

Un profesor la había inscrito en un «programa por correspondencia para jóvenes adolescentes interesados en la ecología y la conservación de la vida salvaje», según recuerda —«Vamos a buscarte amigos», le explicó con buena intención—, pero, cuando el amigo por correspondencia asignado no le contestó, acabó entrando en contacto con Cole Trapp. Cada mes llegaba una nueva postal: la mariposa, el perro, el panda rojo, el perezoso, uno a uno —el caballito de mar, el murciélago de la fruta— hasta el saludo final en diciembre de 1999.

La desaparición de amigos por correspondencia no solía mencionarse en los informativos nacionales. Junto a su madre, nada menos.

De nuevo, Nicky se acomoda en las almohadas y estudia las fotos a la luz de la luna. La abeja, la medusa…

No se lo dirá a su anfitrión, que desde luego no necesita oír hablar de unos cuantos mensajes que su hijo envió hace veinte años a otra aficionada a los animales. No está aquí por eso, aunque ha pensado en ello desde entonces.

Su respiración se vuelve más profunda. Sus labios se separan. La última postal se desliza entre sus dedos. El escorpión.

Mira al techo, la constelación de cuatro letras. Resplandeciente, fantasmagórica, pero brillando en la oscuridad.

Y, mientras sus párpados aletean y se pliegan, el nombre de Cole parece brillar con un poco más de intensidad.

## Jueves, 18 de junio

# 11.

—«Arañas tejedoras, no vengan aquí». —Con una cerveza brillante en una mano, Sebastian sirve cada palabra como si fuera un condimento—. Es el lema del club. Pero ha venido usted.

Nicky sonríe e intenta enderezarse en un sillón de cuero tan mantecoso que se ha deslizado casi hasta el suelo. Al otro lado de la mesa, su anfitrión está apoyado en un respaldo de terciopelo un tanto raído. Ella se agarra a los reposabrazos y sonríe con más fuerza.

La noche anterior durmió profundamente, como una princesa de cuento de hadas que ha comido una manzana envenenada, y despertó en una buhardilla inundada de sol; al dirigirse al baño, los rayos de luz daban brillo a su cabello y su piel, y tuvo la sensación de haber renacido.

La esperaban un mensaje y una foto: Irwin y Potato bajo las sábanas, el hocico del perro hundido en la axila del humano y una pata en los labios. Muy picante.

Irwin no dormía en su cama desde febrero. ¿Envidia Nicky a su perro? ¿Tan enamorada está?

En realidad, no. «Espero que te hayas vacunado», contestó ella antes de vestirse. Salió. Volvió a entrar. Encontró el calendario de su tía en las sábanas. La palabra del día: «escaquearse», eludir una tarea u obligación en común. Abajo: «¡Utiliza esta divertida palabra en una frase hoy mismo!».

—Ni hablar —respondió Nicky.

Luego el viaje al Baron Club en el Jaguar verde de Sebastian, las calles desplegándose ante ellos, los altavoces vertiendo música clásica. («En realidad no me gusta, pero tengo la sensación de que es lo que se espera de mí»). Frente a un descomunal bloque de ladrillo rojo en Lower Nob Hill, un aparcacoches intercambió su plaza con Sebastian («Buenos días, señor Trapp»), un portero los invitó a entrar («Cuánto

tiempo, señor Trapp»), un conserje los acompañó a una mesa baja situada en un rincón («¿Lo de siempre, señor Trapp?») y un camarero les sirvió un vaso de cerveza pilsner («¿Y para la señora, señor Trapp?»).

—Zumo de piña, por favor —dice Nicky.

El camarero no la mira. Se limita a encender una lámpara de mesa, con su pantalla negra moteada de luz.

El salón del club es espacioso para tratarse de un viejo edificio de mampostería. Los camareros pasan por allí, todos hombres, igual que los miembros, con cubitos de hielo repicando en los vasos. Hay cuadros en las paredes, en su mayoría de caballos y hombres blancos, pero también algún que otro búho, incluso algunos especímenes disecados que la observan con unos ojos que parecen linternas.

—Arañas tejedoras. Se supone que no debemos hablar de negocios entre estas paredes.

Sebastian admira su pilsner.

El traje de hoy, con chaleco, es de pata de gallo marrón, y la corbata verde bosque. Sebastian Trapp, a menos que saliera de gira —recuerda fotos de él con ropa de safari, triunfante a lomos de un elefante, envuelto en una parka en la tundra siberiana—, era famoso por la formalidad de su atuendo. Nicky se retuerce con sus vaqueros y su blusa, y siente una bandada de miradas posándose sobre ella como pájaros en un cable.

—Voy mal vestida —murmura.

—Va vestida de mujer. En este club no se permiten chicas. —Sebastian se levanta y se dirige a la sala—. Ya basta, caballeros, se acabó el espectáculo. Es solo una mujer humana. No pasa nada —le asegura a su invitada—. ¿Qué? ¿Me expulsarán? ¡Estaré muerto antes de que se apruebe la moción!

El camarero vuelve con un zumo de manzana. Nicky no se queja.

—Por usted —le dice Nicky a Sebastian cuando toma asiento.

—Por la muerte —dice él.

Y beben. «Mírame —piensa—, brindando con Sebastian Trapp».

—Sabe mejor antes del mediodía. —Suspira—. ¿Está cómoda en ese museo del piso de arriba?

—Mucho. Tiene una casa preciosa.

Sebastian vuelve a dar un trago y sorbe espuma entre los dientes.

—Supongo que sí. Últimamente no la veo nunca. El comedor, cuando me siento civilizado. Mi biblioteca.

—Anoche oí su máquina de escribir.

—Ah, ¿sí? Hay una habitación libre justo debajo de la suya. Debe de conducir el sonido.

—¿Puedo preguntar en qué está trabajando?

—Estoy trabajando… Va directa al grano, ¿eh? Estoy trabajando en mis asuntos. Quién hereda qué. Cuánto le dejo a la perra. Eso en la biblioteca. ¿Por dónde más deambulo? Mi dormitorio, donde duermo, sueño y cada semana me limpian la sangre por triplicado. Qué palabra tan satisfactoria. Triplicado. —Arruga la cara de placer—. Dígala.

—Triplicado.

—Menuda mierda. Saboréela.

—Trrriplicado —gorjea Nicky, y nota que también se le ha arrugado la cara.

«Mírame, bromeando con Sebastian Trapp».

—¡Ja! —exclama él, y las ondas recorren el salón mientras media docena de comensales se levantan de sus asientos y miran a Sebastian con el ceño fruncido—. Ahora, Diana tiene un dormitorio propio, como mi primera esposa. De hecho, es la misma habitación. ¿He mencionado a mi primera esposa?

Nicky se sobresalta. La ha mencionado de refilón en tres o cuatro cartas.

—Así es.

—Bueno, cuando nos instalamos, cada uno reclamó su propio territorio. Justo antes de que naciera mi hijo. ¿He mencionado a mi hijo?

—Lo ha hecho, sí. —De refilón, en dos o tres cartas. Nicky se abalanza—. ¿Le gustaría empezar por ellos?

Deja un bloc de notas sobre su regazo, activa el teléfono y lo deja encima de la mesa, bajo el halo de la lámpara. Se recuerda a sí misma que debe concentrarse. Es una oportunidad para hacer un buen trabajo. Inicia la grabación.

—¿Estamos en el aire? Bueno, ¿por dónde empiezo? «Mi mente es como un trastero abarrotado de paquetes de todo tipo, tantos que puede que solo tenga una vaga percepción de lo que había allí».

Se la queda mirando.

—Ese es Sherlock, *La aventura de la melena de león*. Me decía que…

—¿Conoce el santoral?

Nicky niega con la cabeza.

—No es mi género.

—Mi padre lo conocía. Era militar. Sobrevivió al desembarco en la playa de Omaha. Recibió un balazo aquí —se toca la cadera— y aquí —la barriga—. Así que tenía esperanzas para su linaje. San Sebastián es el patrón de los soldados y los deportistas. Los pintores adoran a Sebastián. Es un hereje obscenamente guapo, con flechas clavadas en la carne como si fuera un alfiletero. Por lo general, parece angustiado. —El Sebastian del siglo XXI saluda sin angustia alguna a alguien que pasa por allí—. La escena es una base militar de Berlín Occidental. Llega un nuevo Sebastian, un niño corpulento. El único bebé acostado en una camilla. —Bebe un sorbo de cerveza, traga y le queda espuma en el labio superior—. Con el tiempo adquirí un hermano, que llevaba el nombre del santo patrón de los astrónomos, así que gané esa ronda. Dos progenitores. Luego uno. Luego sin padres. Luego sin hermano. —Ha saltado cinco décadas en otras tantas frases—. Yo tenía diez años, veinte y sesenta, en ese orden. Bonitos números redondos. Primero, mi madre murió de lupus; fue rápido. Más tarde, mi padre murió de una pistola en la boca, lo cual fue aún más rápido. Recuérdeme: ¿están vivos sus padres?

Nicky parpadea, sobresaltada.

—No. —Hace una pausa—. Mi madre murió cuando yo iba a la universidad —dice—, y mi padre tuvo un infarto hace cinco años.

—Son cosas que pasan. Dominic encontró el cuerpo en la mesa de la cocina. —Cruza sus piernas interminables y menea un pie dentro del mocasín—. El Sargento, así llamábamos a nuestro padre; por entonces era sargento primero, pero era demasiado largo. El Sargento había estado tomando café. Qué desperdicio de cafeína. —Su pie se queda quieto; lentamente, junta los dedos a lo largo del pliegue del pantalón

—. Yo estaba cantando en la ducha, intentando olvidar una pesadilla, cuando Dominic tiró de la cortina.

Nicky se da cuenta de que está conteniendo la respiración. Ese hombre es bueno contando historias.

—Murió a las siete y cincuenta y ocho de la mañana. —Nicky, sin saber cómo reaccionar, lo anota en el bloc y luego lo tacha—. La bala le atravesó el cráneo y se alojó en el reloj que había encima del horno. Como en una novela de misterio en la que un reloj de pulsera roto confirma la hora de la muerte. Incluso hoy en día, cuando el detective de turno señala un reloj parado, me recuerdo a mí mismo que podría ocurrir, aunque nunca he caído tan bajo, por supuesto. Un reloj parado, madre mía.

Bebe un sorbo.

—Para entonces ya llevaba un tiempo viviendo en San Francisco. Solo volví a Berlín para enviar a mi hermano a Berkeley. Lo pospusimos, pero no mucho tiempo. —Arquea las cejas—. Y entonces solo quedaron dos…

Nicky guarda un momento de silencio.

—Debió de ser duro —dice, con sentimiento.

—La vida es dura. Al fin y al cabo, te mata. —Se acaricia la corbata —. Vino a por Dominic en una carretera oscura. También lo dejó allí. Atropello y fuga a medianoche en la autopista de la costa del Pacífico. Hablando de caer bajo. Un giro cruel. Él me había mantenido con vida después de que Hope y Cole desaparecieran.

Nicky se estremece, conmocionada. «Nunca habla de ellos».

—Dominic cocinaba y era dueño de varios restaurantes, y el idiota de Frederick cuidaba de Watson IV. Él y Cole se habían criado juntos. Freddy, quiero decir. Tenían casi la misma edad y a veces iban a la misma escuela. —Coge la cerveza con ambas manos y acaricia el cristal con los dedos—. Era el único amigo de Cole.

Todos los periódicos publicaron la misma foto: Freddy, de ojos y pelo oscuros, junto a su primo, pequeño y pálido, ambos empuñando raquetas de tenis. A Nicky le parecían especies diferentes.

—Y Simone hablaba —concluye Sebastian.

—¿Hablaba?

—Sí. Simone es esa conversadora ideal a la que no le importa especialmente si escuchas o no. He escrito algunos de mis mejores trabajos con ella soltando un monólogo allí cerca. Ofrece un sonido ambiente fantástico. Lo encuentro relajante.

—Comprendo.

Nicky tiene curiosidad por hablar con Simone.

—La familia nos visitaba casi todos los días, por separado o juntos. Aunque Dominic dejó de venir después de su muerte.

—¿Y qué hacía usted?

Sebastian frunce el ceño.

—¿Cuándo?

—Todo ese tiempo. Hasta *El hombre torcido*.

—Acabo de decírselo. Estaba en casa, botando como una pelota de squash entre cuatro paredes. ¿Qué creía que estaba haciendo?

—No lo sé. —De repente le entra la timidez—. Nadie lo sabe.

Sebastian apura el vaso y pide otro.

—Joven Hunter —dice—, hay un propósito, y solo uno, que persigue un hombre que ha perdido a su mujer y a su hijo en una misma noche, y es resistir el todopoderoso deseo de volarse la tapa los sesos.

# 12.

Nicky se lo queda mirando.

Está colocándose el pañuelo en el bolsillo delantero, balanceando un pie con un ritmo constante, aun cuando su deseo de muerte traquetea en el aire.

Sebastian Trapp nunca ha hablado en público de Hope y Cole, ni siquiera en los días posteriores a su desaparición, cuando la policía pedía información en ruedas de prensa, cuando los presentadores de radio y televisión instaban a sus receptivas audiencias a que aportaran pistas inútiles.

El hombre no tardó en ofrecer una recompensa de un millón de dólares por cualquier información que condujera a la recuperación de la esposa o el hijo. Una semana después, duplicó esa cifra. Las líneas telefónicas se animaron. Los escépticos hicieron escarnio.

Pero cómo se sentía —cómo lloraba (si es que lloraba)— era un misterio.

—La muerte me había obsesionado durante mucho tiempo —dice, bebiendo un sorbo de la cerveza que acaban de servirle y acomodándose en la silla como haría una persona habituada a tener público—. Desde nuestra madre. —Nicky quiere permanecer en esos años perdidos, clavarlo como una mariposa a un tablero; sin embargo, Sebastian empieza a alejarse revoloteando—. Trabajaba de bibliotecaria en la base, y yo iba allí a leer después de clase. Mi madre determinaba el programa. Por un tiempo fueron historias de aventuras. Tintín, por supuesto —muy divertido, muy racista—, y *El Robinson suizo*. ¡Ah, vivir en una casa del árbol! —Se da un alegre manotazo en la rodilla, y Nicky se descubre sonriendo—. O *El conde de Montecristo*. ¡Imagínese tramar una venganza despiadada!

Entrelaza los dedos y se los lleva al hoyuelo de la barbilla.

—Nuestra madre sentía una ternura especial hacia cualquiera que

pudiera ser percibido como inferior o se sintiera como tal. La gente que no era amada y la que no tenía suerte. Los que no tenían esperanza. Los desamparados.

Con cada palabra, su voz se torna más grave, más suave, como si estuviera atada a un peso.

Ahora coge la cerveza.

—Hacía años que no pensaba en eso.

—¿Que no pensaba en qué?

—Tendrá que dejar de repetir cada una de mis palabras. Puede resultar molesto.

—Estábamos hablando de su mujer y su hijo.

—Mi mujer y mi hijo. —Bebe un trago y se relame—. A Cole le costaba leer. Lo heredó de mí. Ah, sí. —Arquea las cejas—. Por supuesto, en aquella época, los padres no consultaban a un especialista. Simplemente esperaban que su hijo lo resolviera.

Se ha vuelto a escapar, se ha retirado a las brumas del tiempo. Nicky suspira silenciosamente; está interesada en su pasado, desde luego, pero esa desaparición a principios de siglo es como una cicatriz: no puede apartar la vista de ella aunque quiera.

—Hice de la lectura un juego —explica Sebastian—. Cada palabra era un misterio en miniatura. Renglón tras renglón, me afanaba, porque sabía que debía de haber una solución. Todo ese caos en realidad era solo una escena en la que podía restablecerse el orden.

—Como una historia de detectives.

—Elemental, mi querida Hunter. Y mi madre, bendita sea, era una malvada perfecta para una novela policiaca. Leímos juntos cada página de *El signo de los cuatro*, muy despacio. Luego dejó media docena de libros de Agatha Christie en mi escritorio. Le escribí una carta a Dame Agatha cuando cumplí trece años para pedirle un autógrafo. Recuerdo que seguía vivita y coleando. Y, unas semanas después, lo tenía en mis manos: una foto mate de veinte por veinticinco firmada en la que aparecía una señora de setenta y cinco años con un sencillo vestido negro. Casi lloro. Podías llegar a pensar que era de Jayne Mansfield.

Nicky sonríe amablemente; recuerda esa historia por las entrevistas.

Sebastian habla en espiral, regresando a sus capítulos iniciales de la misma forma que Simon vuelve a visitar a los testigos, exponiendo la siguiente capa de la historia, el secreto bajo la piel.

—¿El Sargento leía alguna vez con usted?

—El Sargento —responde Sebastian— hacía muy pocas cosas conmigo. —Abre la tapa del reloj de bolsillo y vuelve a cerrarla sin mirar la hora. «Inquieto como un colegial que guarda un secreto», escribió alguien una vez—. Leyendo esos libros, planeaba finales alternativos, ideaba otra manera de salir del laberinto. El motivo era más complicado, pero los motivos siempre lo son, especialmente cuando eres niño. Tras la muerte de mi madre… —bebe un trago de cerveza—, me obsesioné.

—¿Con su muerte?

—Con la muerte en general. —Entrecierra los ojos—. Pensaba si vendría a por mí, cuándo vendría a por mí, porque yo no me detendría. ¿Ella sería tan amable de detenerse por mí?

¡Y ahí está otra vez! Esa tensión oscura en sus ojos, en su voz. Los dientes a la vista. El poder, también. Sebastian es una sustancia peligrosa.

Deja el vaso encima de la mesa.

—Después de mudarme a Boston en el sesenta y ocho, según cuenta la historia, me hice mecánico. También electricista. ¡Laberintos debajo de las capotas! ¡Un misterio en cada voltio! Me gustaban los engranajes, me gustaban los cables, me gustaban los rompecabezas. Tenía media docena de pequeñas células grises —se da unos golpecitos en la sien con un dedo delgado— y era bueno con las manos. Esas personas son magos. Profesiones nobles.

Observa la habitación, el elenco de hombres pálidos con trajes oscuros; ahora hace muecas, ahuyentándolos con la mano como si fueran humo. Nicky tiene la sensación de que va a decir «bah».

—Me mudé a California al año siguiente y fui aprendiz de un relojero. Fue el verano del Zodiaco y sus criptogramas. —Niega con la cabeza—. Envió cuatro a la prensa: uno a principios de agosto, el resto a finales de ese año y la primavera siguiente. El primero, como recordará —Nicky no se acuerda, no estaba viva, no había pensado

mucho en el Zodiaco hasta el viaje en taxi de ayer—, fue cortado en tres trozos y enviado a sendos periódicos de San Francisco. Cada uno imprimió su parte, según las instrucciones. Y al día siguiente estaba resuelto.

—¿Quién lo resolvió?

—La mayoría de la gente diría que fue una pareja de Salinas. Les llevó veinte horas.

—¿Se equivocaría la mayoría?

—A mí me llevó algo más de doce. —Sigue con un dedo el borde del vaso—. Llamé al periódico antes de ir a trabajar y dejé el número de la tienda. Pero, cuando me devolvieron la llamada, el relojero se negó a pasarme el teléfono. Siempre fichaba tarde (no se me escapa la ironía) y ese día no fue distinto. Estaba molesto. Pasé la tarde enterrado en tripas de relojes, pensando en la clave que había descifrado y en el asesino. Y por la noche, cuando finalmente conseguí que se pusiera un director (St. John, se llamaba; Michael St. John, muy católico), la pareja de Salinas había contactado con el *Chronicle*. —Se encoge de hombros—. «El hombre es el animal más peligroso de todos», escribió el Zodiaco. Dios, qué monstruo. —Sebastian apura su cerveza y en el interior del vaso se forman rayas de espuma—. Tampoco sabía escribir.

—Yo no tengo buena ortografía —reconoce Nicky.

—Así que ahora el Zodiaco es usted.

—Entonces ¿qué pasó?

—«Entonces ¿qué pasó?». «Entonces ¿qué pasó?». Se parece usted a mis hijos cuando les contaba un cuento antes de acostarse. —Nicky bebe un sorbo de zumo—. Entonces lo que pasó fue que Michael St. John explicó que el director de crucigramas del periódico se estaba quedando senil (al parecer, publicó varios con errores ortográficos interesantes), y me invitó a que aportara algunas muestras. Y tachán… —Extiende las manos como si estuviera presentándose, como un premio en un concurso—. Director de crucigramas, veinte años. No está mal para un chico que no sabía leer, ¿eh? Me gustaba el trabajo. No cogí vacaciones en cuatro años, hasta que llegó el momento de llevar a Dom a la escuela. Ya sabemos qué pasó cuando volví a Berlín.

Sebastian contempla los posos de la cerveza y luego desvía la mirada hacia el teléfono de Nicky.

A ella se le eriza la piel; Sebastian está a punto de decir algo que no ha dicho antes.

Cuando vuelve a hablar, lo hace despacio.

—Llamé a Michael St. John y le dije que había contraído neumonía. Añadí tres días más para el funeral. No le conté a nadie que había enterrado a mi padre.

—¿Por qué no?

Sebastian suspira.

—La gente de su edad… Los jóvenes, quiero decir… Usted… Tratan la vida como si fuera una galería pública, abierta a todo el mundo. Mi vida no es una galería. Es una bóveda, una caja negra, y…, siento no poder expresar esto de una manera más elegante, no es asunto de nadie.

Nicky hace una pausa.

—No creo que mi vida sea una galería.

—Bien. No lo es. Y además —añade, palmeándose los bolsillos y hablando en voz cada vez más baja— me daba vergüenza. Es ilógico; intelectualmente lo sé. Pero uno no siente con el cerebro y yo sentía vergüenza. No sabía si alguien daría por hecho que yo también podía estar dispuesto a quitarme la vida.

Saca una pipa del abrigo.

—Auténtica madera de cerezo —susurra—. Empecé el mes pasado. Es un buen momento para adquirir malos hábitos, ¿no le parece? ¿Debería hacerlo?

Sonríe otra vez, esa sonrisa contagiosa, como la de un niño invitando a un amigo a que lo rete.

—Fumar en espacios cerrados es un delito capital en California, ¿no? —dice Nicky—. ¿No sería mejor esperar?

—Supongo. —Sebastian se guarda la pipa en el bolsillo—. ¿Por dónde iba? Ah, sí: en el setenta y cinco conocí a mi esposa…

—En una fiesta de Nochevieja.

—Ha hecho los deberes. Nos casamos, fuimos de luna de miel, escatimamos en gastos y ahorramos. Y durante años diseñé

crucigramas. No pagaban bien, pero ganaba más que Hope como trabajadora social. Lo encontraba relajante, ya que siempre conocía la respuesta. —Se queda callado un momento. Luego se lleva la punta de un dedo a la sien y describe un círculo, como si estuviera dándole cuerda a un reloj—. Mil novecientos ochenta y cuatro. Llevaba tiempo trabajando en los crucigramas. Un día, como sabrá, me dije: «Sebastian, guapetón, ¿qué tal un exsoldado reconvertido en sabueso?». Termina la Primera Guerra Mundial, un veterano aristócrata busca distracciones. Llego a la conclusión de que es independientemente rico, porque todos lo son. No queremos un detective con poco presupuesto. Al menos yo. En aquel momento conocía a gente adinerada de San Francisco y me pareció inspirador. Ah, me está malcriando.

Delante de Sebastian aparece otra pilsner coronada de espuma. El vaso de Nicky está vacío, pero el camarero se ha ido.

—Por supuesto, ese era el sello de Dorothy Sayers, pero yo no la había leído, así que mi héroe no tropezó con Peter Wimsey cuando me vino a la cabeza. Le puse St. John por Mike, y elegí Simon por mi padre. Un momento infrecuente de sentimentalismo. —Se acerca la cerveza a los labios—. La muerte lo obsesionaba tanto como a mí. Acuñó un eslogan justo antes del final: «Debería haberle puesto un lacito a esto hace mucho tiempo». Pensé que sonaba autodespectivo. Muchos detectives son unos sabelotodo, pero tardan una eternidad en resolver el caso.

Nicky asiente. Nunca ha leído eso en ningún sitio.

—Un tipo al que conocía, otro escritor, me dirigió a su editora, y bueno, los detalles son tediosos, pero al final mi difunta editora me aceptó. Por una miseria. Me puso a trabajar. Ella concebía la historia no como un simple libro impreso y encuadernado, sino como un best seller. Para algunos es un insulto. Esa gente no escribe best sellers.

Sebastian bebe un buen trago y exhala, y a Nicky le da la sensación de que está un poco nervioso.

—El resto es leyenda. Un éxito tremendo. No sé por qué. Una vez que empezaron a entrar los derechos de autor, nos mudamos a nuestra casa (una ejecución hipotecaria; eso sí que es una miseria) y subí los

dos tramos de escalera con Hope en mis brazos. Cole nació semanas después con unos meses de antelación. —Asiente—. Dieciséis de octubre de mil novecientos ochenta y cinco.

Nicky anota la fecha en su libreta, debajo de la hora de la muerte del Sargento.

Sebastian observa el movimiento de su mano izquierda sobre el papel.

—Yo fui bueno para St. John y él fue bueno para mí durante mucho tiempo. Hasta que dejó de serlo. —Hace girar el vaso, la cerveza rodando en su interior—. Durante mucho tiempo no entendí a los escritores que renegaban de sus personajes. ¡Esos personajes les ponían un plato en la mesa! ¡Eran la gallina de los huevos de oro! Conan Doyle mató a Holmes, como usted sabe. Lo lanzó por las cataratas de Reichenbach. Estuvo muerto casi diez años. Christie odiaba a Poirot; lo llamaba «hombrecillo detestable». Me pareció un poco desagradecida. —Deja el vaso y se acomoda en el borde del asiento—. Pero un día, de repente sentí lo mismo por Simon. Siempre de incógnito, siempre jugando a disfrazarse. No podía soportar esos anglicismos cursis suyos, su té matinal, su té vespertino…

—A mí me encanta Simon —dice Nicky sin poder contenerse—. Y me encantan sus libros. Probablemente sean mis novelas de misterio favoritas.

Sebastian arquea una ceja.

—¿Probablemente?

—Probablemente.

Pero el corazón de Nicky late orgulloso, sus dientes permanecen firmes; defenderá un libro que ama como si fuera su cría, incluso delante de su autor.

Sebastian se acomoda en el respaldo, radiante.

—Así que le puse un lacito a Simon. Lo até como a un ganso y lo metí en el frigorífico. Y el caso es que… —Coge el vaso—. No lo eché de menos.

Nicky duda. Merece la pena arriesgarse.

—¿Cuándo decidió renunciar a él? —Baja el tono de voz—. ¿Fue después de aquella noche?

Sebastian la mira con neutralidad y ella se prepara, conteniendo la respiración. El escritor desvía la mirada hacia un lado.

—Creo que es suficiente por ahora. Me estoy desvaneciendo con rapidez. —Bebe un último trago de cerveza, se pone en pie, se da una palmada en los muslos y se alisa las mangas—. Nos aguarda nuestro carruaje.

Pero, mientras Nicky coge el teléfono, Sebastian aún no se ha alejado. Levanta la cabeza y lo encuentra mirando hacia abajo.

—¿Sabe una cosa? —dice él—. Durante mucho tiempo estuve a punto de morir.

Tiene el ceño fruncido y una mirada de preocupación, y Nicky se pregunta si se ha sorprendido a sí mismo. Entonces, Sebastian se va.

# 13.

Por un momento, Nicky se queda sentada, moviendo la mandíbula, pensando.

Entonces la envuelve una sombra y levanta la vista.

Hacia arriba y a través. El hombre es enorme, un eclipse con abrigo, corbata y camisa de lino rosa tensada a la altura del vientre, como la piel de una fruta malsana. Ojos negros acechando bajo unas cejas en zigzag. Un rostro del color de la ternera poco hecha. Pelusa aferrándose a su cuero cabelludo.

—Lionel Lightfoot —anuncia, tendiéndole una pata de jamón a modo de mano—. Sí. Ah. Menudo apretón. No he podido evitar oírla ahora mismo.

Nicky lo duda, pero se disculpa de todos modos.

—Ah. No. Sí. Bueno. Ah. Usted debe de ser la persona que recaba historias. ¡Como un Hermano Grimm!

—Esa soy yo.

El hombre sonríe, un jardín de verdes en flor entre sus dientes maltrechos.

—Muy inteligente, nuestro Sebastian. A mi difunta esposa solía decirle: «En una habitación con diez hombres, Trapp es más listo que…».

Un acceso de tos lo hace estremecerse y empieza a balbucear.

—Más listo que los otros nueve —aventura Nicky.

Lionel Lightfoot se seca los labios con un pañuelo.

—Más listo que los otros nueve juntos —añade, y le muestra una tarjeta rígida—. Conozco a la familia desde el Jurásico. Venga a verme a Sea Cliff. Insisto en que lo haga. En realidad se lo exijo.

Nicky acepta la tarjeta y recoge el bolso y la chaqueta.

—Si insiste y lo exige…

—¡Ah! Sí. Lionel Lightfoot —le recuerda.

—Nicky Hunter.

—Qué encantadora. Ah. Sí. Ah. Hasta entonces.

El hombre retrocede como un dirigible que acaban de desatar.

Si no se hubiera identificado, no habría reconocido a Lionel Lightfoot: vástago de una vieja familia de San Francisco, autor de numerosas novelas sobre vástagos de viejas familias de San Francisco, y el hombre que, un año después de la desaparición de la mujer y el hijo de Sebastian, publicó una novela en clave en la que desaparecen la mujer y el hijo de un escritor de libros de misterio.

Puede que no le cuente a Sebastian que la ha saludado.

—¿Lightfoot la ha saludado? —pregunta Sebastian cuando Nicky sale del club. Ella entrecierra los ojos bajo la luz blanca del sol y lo encuentra apoyado en la mampostería—. No es nombre para una persona, ¿verdad? —añade, con la pipa balanceándose entre sus labios—. Suena más a hobbit.

—Parece de familia rica de las de antaño.

—Tan de antaño que desapareció. —Chupa la pipa—. Es estúpido ese Lionel. El Baron es un lugar estúpido con tanta impostura.

—Patrañas —coincide Nicky.

Es uno de los juramentos habituales de Simon St. John, que invoca cada vez que un sospechoso ofrece una coartada dudosa.

Sebastian hace una mueca.

—«Patrañas» es una expresión que lamento haber desenterrado, honestamente.

A Nicky se le eriza de nuevo la piel. Sebastian puede burlarse de su propia obra si quiere, pero debería tener en cuenta que también se está burlando de sus lectores.

—Lo siento.

Ha dado un paso entre ella y el sol plateado, de modo que su sombra, como la de un árbol caído, se proyecta sobre Nicky.

—No quiero parecer desagradecido, ni con St. John ni con los lectores. La mayor alegría en la carrera de cualquier escritor es la atención de su público. Y los lectores de misterio son el público más atento de todos. Así que no me haga caso cuando me queje —dice, y se vuelve hacia la calle, su sombra apartándose de Nicky—. Son

simples patrañas.

El Jaguar ahoga la respuesta de Nicky («No le haré caso»).

—¿Alguien la ha enseñado a conducir? —pregunta Sebastian.

Ella parpadea.

—La verdad es que no. En Nueva York no es necesario.

—Entonces, hoy es el día. —Le sale humo de los labios al toser—. La señorita se pondrá al volante —anuncia al abrir la puerta del acompañante—. No hay nada más sencillo que conducir. ¿De niña montó alguna vez en los coches de choque?

Solo una vez, recuerda Nicky, en un parque de atracciones, por el décimo cumpleaños de un niño; luces de neón, pop a todo volumen, coches deslizándose como abejas, rodeándola y picándola hasta que le castañeaban los dientes. «¡Las chicas no saben conducir! —gritaban los niños—. ¡Las chicas no saben conducir!».

—No sé conducir —responde.

Sebastian se monta en el coche y sonríe.

—Y yo me he bebido tres cervezas y de repente estoy bastante cansado, y no me gustan esas perspectivas. Le indicaré cómo hacerlo.

Junto al asiento del conductor, Nicky se detiene con manos temblorosas. Acto seguido, se monta en el coche. Cuando se cierra la puerta, Sebastian se aclara la garganta.

—Pie en el freno. —Ella obedece—. Ponga la palanca en la posición D y pise el acelerador. Con cuidado. No atropelle a Theo.

Nicky agarra la palanca de cambio, la desliza hacia ella y nota cómo se relaja el Jaguar. Luego pisa el pedal.

—A fondo.

El coche da una sacudida y el pie de Nicky se desplaza a la izquierda y presiona el freno.

—Inténtelo de nuevo.

Esta vez, el coche va hacia delante. Nicky gira el volante con cuidado y se alejan del bordillo. Frena de nuevo.

—Lo siento.

—Sentirlo no nos llevará a casa —dice Sebastian, recostándose en su asiento.

Nicky exhala y pisa el acelerador.

Avanzan lentamente. Lentamente —aunque un poco más rápido—, doblan por una calle secundaria; lentamente —pero todavía más rápido—, Sebastian la guía por una cuadrícula de calles.

—Entonces ¿quién es Nicky Hunter?

Una señal de stop. Nicky gira la cabeza a ambos lados.

—¿Perdón?

—Deje de disculparse. Se me ha desencajado la mandíbula de tanto hablar. ¿Qué hay de usted? Descríbase.

—Pensé que me conocía a la perfección por mi caligrafía.

—Cinco palabras.

Nicky intenta señalizar un giro, pero confunde el intermitente con el limpiaparabrisas.

—Mierda. Curiosa.

—Contaremos eso como una palabra. Curiosa. ¿En qué sentido?

Los limpiaparabrisas chirrían hasta detenerse.

—Me gusta saber. Me gusta entender.

—Ah. Le gusta detectar. ¿Qué más?

—Sensible. —Guía el Jaguar a través de una intersección—. O empática, tal vez. Si eso no suena inmodesto.

—No lo hace. ¿Cómo empatiza?

¡Con qué facilidad ha cambiado las tornas! Nicky intenta echarse atrás.

—Bueno, son tonterías. Cosas inútiles.

Pero en el asiento del acompañante solo reina el silencio. Nicky suspira y ve un cartel de se alquila en un escaparate polvoriento y TINTORERÍA AMY pintado en el cristal.

—Cuando veo un cartel como ese pienso que debió de ser muy emocionante para Amy verlos estarcir el escaparate, encargar tarjetas de visita, la gran inauguración… Su familia debía de sentirse orgullosa. —Pasan bajo un semáforo en verde—. Y luego trabajando, probablemente muy duro, por lo que fuera que ella quería, y aguantando lo que sea que tuvo que aguantar, y todo para acabar así.

La tienda sin Amy desaparece de su campo visual.

—Abrir un negocio debe de ser como un matrimonio —concluye Nicky—. Nadie se mete en algo así dando por hecho que va a fracasar.

Pero ella lo hizo. Amy, quiero decir. Así que lo siento muchísimo por ella, porque tenía un sueño y murió, y eso es triste. Conozco el fracaso; la mayoría de la gente lo conoce en cierto modo. ¡Es humillante! ¡E injusto! Y creo que la mayoría de la gente…, no toda, pero la mayoría, se merece algo mejor.

Se hace un silencio respetuoso. Momentos después, Sebastian abre los ojos y dice:

—La lavandería de Amy era una tapadera para la venta de drogas.

Nicky frunce el ceño.

—¿Qué?

—Blanqueo de capitales. Una empresa criminal seria. En la parte de atrás había un laboratorio de metanfetamina, justo donde Amy habría guardado las cajas con sus tarjetas de visita.

—Está de broma.

—No, y tampoco bromeaba quien el mes pasado ejecutó a dos traficantes en el aparcamiento que hay detrás de la tienda, en el mismo lugar donde la familia de Amy habría celebrado su gran inauguración.

Nicky hace una pausa.

—Menuda zorra esa Amy.

Sebastian se ríe.

—¡Ha sido cosa suya! No hay trampa tan mortal como la que se tiende uno mismo. Por cierto, su conducción está mejorando.

Ella también se ríe, no puede evitarlo.

—Su tercera palabra, por favor. Gire a la izquierda después del parque.

—Me encanta leer. Eso son tres palabras —observa Nicky con aire triunfal.

—Tres palabras importantes, pero no puedo permitirlo. Confórmese con bibliófila. ¿Cuarta palabra?

—¿No se suponía que era yo quien debía descubrir cosas sobre usted?

Sebastian agita cuatro dedos huesudos.

Nicky gira el volante.

—Aventurera. No tan aventurera como usted, pero viajo a cualquier

parte y como de todo. Un par de amigos y yo estamos aprendiendo mandarín.

—¿Y cómo le va?

—Todavía no conozco la palabra «muy mal». También me gusta boxear…

Sebastian se vuelve hacia ella.

—Ah, ¿sí? —pregunta con admiración.

—Con un saco de boxeo, quiero decir. No me suba al ring, por favor.

—Boxeadora. Eso no me lo esperaba. ¿Y su última palabra?

Nicky piensa en sus amigos, en su familia, en su perro; piensa en las clases del viernes por la tarde y en el mar de Nueva Inglaterra en verano; piensa en la lasaña, en los musicales y en su baúl.

—Feliz.

Por el retrovisor ve que un coche ha encendido las luces. Sebastian pulsa el botón de la ventanilla y el aire le arremolina el pelo.

—Sé que no he hablado mucho de Hope o Cole —dice.

Sorprendida, Nicky levanta el pie del acelerador. El conductor que iba detrás los adelanta dando gritos.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Nicky.

—Me daría vergüenza repetirlo. Dos manzanas y estaremos en casa.

Siguen avanzando.

—Su mujer y su hijo —le dice Nicky a su pasajero, pero este se limita a mirar por la ventanilla.

Aminoran la marcha tres casas antes de tiempo («Esto no es un bus turístico, Hunter») y finalmente se detienen al principio del camino de entrada. Nicky gira la llave en el contacto y el Jaguar da su último suspiro.

—¿Ha sido su primera práctica de conducción?

—Casi.

—Tiene un talento natural.

—¿De verdad?

Se siente complacida.

—En realidad, no, pero hemos sobrevivido.

Una punzada de decepción.

—Gracias por llevarme al club.

—Sería buena psicoanalista. O al menos buen sacerdote. Desprende usted cierto aire de confesor. —Sebastian entrecierra los ojos, como si estuviera buscando las palabras exactas—. Un hombre se descubre diciendo lo que no quería decir. Eso es un don. Y un arma.

Sebastian contempla el camino de entrada y Nicky estudia la parte posterior de su cuero cabelludo, ondas plateadas que le bajan hasta la nuca.

—¿Es realmente feliz? —pregunta él.

—Lo soy —responde ella con sinceridad.

En el silencio repentino, Nicky puede oír la respiración de Sebastian, profunda y uniforme.

—Mientras hablábamos, estaba pensando que el pasado es un lugar extraño —dice él, todavía mirando a la casa—. Mi pasado al menos. ¿Y el suyo?

Nicky mira por encima del hombro de Sebastian en dirección a los escalones de mármol que ascienden hacia la puerta principal y la aldaba curvilínea enroscada como una serpiente bajo el sol.

—Es posible. Como el de todos, ¿no?

—Como nos dice Simon St. John, el pasado es veneno. Tolerable solo en cantidades ínfimas.

—Lo recuerdo. Pero el pasado se ha ido.

—Ah, no. —Ahora se vuelve hacia ella, y su sonrisa es tan triste que a Nicky le dan ganas de llorar—. El pasado no se ha ido. Solo está esperando.

# 14.

Cuando Sebastian se retira a su dormitorio, Nicky cruza el vestíbulo. El portátil que lleva en la bolsa le golpea la cadera y el teléfono está lleno de la voz de Sebastian. Hoy, el patio será su estudio.

En el salón, el cuerpo de una mujer yace acurrucado en el sofá.

Ojos cerrados, pelo alborotado sobre el cojín. Su vestido es gris. Sus pies estrechos están desnudos. Una mano sujeta un álbum de fotos.

—Oh —dice Nicky.

Un párpado se mueve. Diana observa a su invitada y suspira; entonces, su ojo se abre del todo. El álbum cae al suelo y ella se incorpora.

—No la había visto —dice, carraspeando—. Por supuesto que no la he visto. ¿Té? —Toca la tetera con dos dedos—. Todavía está caliente. ¿No? Uno para mí, entonces.

Nicky se sienta en el sofá de enfrente mientras Diana sirve con una mano y se alisa el pelo con la otra.

—¿Qué le ha parecido el Baron Club?

—Muchos búhos —responde Nicky—. Conocí a Lionel Lightfoot.

Diana hace una pausa. Es adorable incluso cuando frunce el ceño; debe de enfurruñarse de una manera muy bonita.

—Sebastian ya se había ido del salón —añade Nicky.

Diana bebe un sorbo y deja el álbum de fotos encima de la mesa.

—Es una saga. La gente de Lionel… Bueno, son el tipo de gente a la que te referirías como «gente». Voces llenas de dinero. Sus novelas en realidad eran melodramas de la alta sociedad. *El no tan gran Gatsby*, dice Sebastian.

Watson ha aparecido junto a los tobillos de Nicky.

—Le gustaría que la cogieras —traduce Diana, y Nicky hace lo que le indica.

—Después de *Simon dice*, podría afirmarse que Lionel y su mujer…,

Cassandra se llamaba, una mujer aterradora, reclutaron a Sebastian y Hope para San Francisco. Sebastian se unió al Baron Club. Hope ingresó en varios comités, la biblioteca, el centro de rehabilitación, trabajos reales, no solo «salvad nuestro parque». Y los Lightfoot fueron elegidos padrinos de Cole. Pero, cuando se fue…

«Se fue». Como si Cole se hubiera excusado de la mesa. Nicky acaricia el cráneo blanco de la perra, los picos pronunciados de sus orejas, y espera.

Diana suspira de nuevo.

—Lionel escribió esa novela. *Tenía esposa*…

—… *y no pudo conservarla* —murmura Nicky.

—Necesitaba dinero, supongo. O atención. —Extiende el brazo para coger la tetera—. Esto fue mucho antes de mí, por supuesto.

Nicky repasa una serie de microfichas mentales hasta que encuentra una foto de periódico fechada el 2 de enero de 2000: «Diana Gibson, asistente de la desaparecida, abandona la comisaría tras prestar declaración, acompañada de Lionel Lightfoot, un amigo de la familia». Él le habla al oído; ella está mirando al suelo, con una cortina de pelo cayéndole sobre la mejilla. Parecen conspiradores insospechados.

—Pero conocía a Lionel de antes, ¿no?

Los posos del té gotean por la boquilla. Lentamente, Diana vuelve a dejar la tetera sobre la mesa.

—Supongo que sí. Quiero decir, sí. Realmente no pienso mucho en esa etapa de mi vida. —Le hace un gesto a Nicky—. Hasta hace poco, al menos.

—¿Qué etapa?

—Bastante, en realidad. —Mira la taza que sostiene en las manos—. Buena parte de mi vida. Y ahora tengo la sensación de que está cambiando otra vez. —Entrelaza los dedos—. Pero ¿por dónde…? Ah, sí, Lionel. Quiere hacer las paces después de todos estos años. Su libro era verdaderamente cruel, aunque no creo que él lo sea.

—Bueno, lo era —precisa Madeleine.

# 15.

Las ha escuchado durante un par de minutos, mientras rondaba frente a la puerta del salón. Entonces Diana suelta que Lionel quiere hacer las paces, y Madeleine casi se ríe a carcajadas, porque Lionel no sería capaz ni de hacer un sándwich. ¿Y por qué estaba escuchando a escondidas en su propia casa?

—… no creo que él lo sea.

—Bueno, lo era —dice Madeleine al hacer aparición: descalza, con los zapatos colgando de dos dedos y la chaqueta sobre un brazo.

Su madrastra se gira en el asiento y Nicky se acomoda en el sofá con el bulldog francés en el regazo.

—Hola —dice Diana—. ¿Conoces a Nicky Hunter?

Madeleine sonríe.

—Sigues aquí.

El homúnculo asiente.

Cuando Madeleine cruza la habitación, percibe el perfume de Diana, ese acorde menor de flores y agua; nunca le ha preguntado cómo se llama. Se deja caer en el sofá junto a Nicky y levanta un tacón hasta el borde de la mesa.

—Ah, mis extremidades doloridas.

—Madeleine trabaja en la biblioteca —explica Diana.

—Soy voluntaria en la sección infantil. Mi compensación es la magia de la sonrisa de un niño. —Le rasca el lomo a Watson—. Hoy tocaba el doctor Seuss.

—¿Qué tal con los niños? —pregunta su madrastra.

—No me importa tenerlos en una habitación, pero no quiero uno en mi vientre. Me fui mientras pintaban con los dedos.

—Te escaqueaste —dice Nicky.

Madeleine la mira fijamente.

—Lo siento —añade Nicky.

Diana remueve el té.

—Esta mañana, Nicky ha conocido a Lionel Lightfoot en el club.

—Me encanta que papá lleve mujeres al Baron —dice Madeleine, cuyo padre nunca la ha llevado al Baron—. La próxima vez aparecerá con un equipo de animadoras.

Nicky se ríe, un dulce tintineo muy agradable; Madeleine elige odiarlo.

—Preguntó por las memorias de tu padre…

—Las noticias vuelan. No te molestes con Lionel. Papá se lo tomó todo personalmente.

—Es probable que esa sea la única manera de tomárselo —aventura Nicky.

—Por supuesto, cuando él perdió a una esposa en lo que algunos —Madeleine levanta la mano— calificarían de «circunstancias sospechosas», nadie escribió una novela sobre ello. ¿Le preguntaste por el tema?

—En realidad no es asunto mío —murmura el homúnculo.

—Bueno, nada lo es, y sin embargo aquí estamos.

—Cassandra se cayó por las escaleras en su casa de Sea Cliff —dice Diana con la gravedad de un alto mando del ejército notificando al pariente más cercano.

—Infarto arriba, cadáver abajo. Esa es la historia oficial. —Madeleine espera a que Nicky pregunte por la historia no oficial. Al ver que no lo hace, continúa—: Sandy era muy elegante. Me la imagino dando volteretas escaleras abajo como una gimnasta. Por alguna razón, con una túnica blanca ondeante. Soy muy melodramática —murmura, enjugándose los ojos y echando la cabeza hacia atrás—. En fin. Sandy adoraba a mi madre. Le caía bien a todo el mundo, tú incluida.

Diana asiente. De todos modos, no es una pregunta.

—Incluso a Isaac le gustaba, ¿recuerdas? E Isaac odiaba al mundo entero. Era estudiante de posgrado —informa Madeleine a Nicky—, así que está bien.

Una tos retumba en sus pulmones cargados de nicotina.

—Isaac estaba ayudando a Sebastian con sus libros por la misma

época en que yo trabajaba para Hope —dice Diana—. Viajes a la biblioteca. Investigaciones en el internet de la Edad de Piedra.

—Isaac Murray —balbucea Madeleine, que siente un ligero calor en la piel—. Estuve muy enamorada de él. —A Diana—: ¿Vosotros dos no…?

—No.

—Error mío. Él estaba estudiando filosofía —le dice Madeleine a Nicky—. Lo que, para una universitaria de segundo año, lo convertía en alguien extremadamente profundo. Tenía una barba perfecta, además. —Mira de nuevo a Diana—. ¿No saliste con él…?

—En Nochevieja, sí. Esa vez. No lo vi nunca más, aunque lo he llamado esta mañana para preguntarle si podría hablar un rato con Nicky. Fue una petición suya, ¿verdad? —Nicky asiente—. Me contó que está haciendo de escritor fantasma en las memorias de una joven *influencer* que es más tonta que un pedrusco (palabras suyas) y le vendría bien distraerse.

Un silencio repentino, como si hubiera un corte de electricidad. Madeleine mira fijamente el velo de luz que se desliza por las estanterías.

A su lado, Nicky cambia de postura.

—Imagino que variaron muchas cosas después de esa noche —dice en voz baja.

¿Solo pretende dar conversación o está haciendo averiguaciones?

—La gente me ha preguntado… —empieza Madeleine—. Bueno, no me han preguntado; se han preguntado unos a otros por mí: ¿cómo podía vivir en la misma casa que mi padre? —Mira fijamente a Nicky, que, después de todo, también está viviendo en la misma casa—. La respuesta es que, dondequiera que esté Sebastian, no hay lugar más seguro.

Diana se vuelve hacia Madeleine.

—Quería preguntarte si te apetece jugar al tenis mañana por la mañana. Nicky, usted también es bienvenida. Pero le advierto que Madeleine jugó en la universidad.

Nicky arquea las cejas.

—Por suerte para mí, voy a ver a sus primos a las diez.

—Primo, en singular —dice Madeleine—. Y gracias, pero mañana tengo programado sobrepeso y baja forma todo el día, así que debo rechazar la oferta.

Diana asiente en dirección al álbum de fotos.

—Estaba a punto de enseñarle a Nicky algunas fotos familiares.

Madeleine se la queda mirando.

—¿Lo sabe papá?

—Las eligió él mismo.

Es un tajo en la garganta. Un puñal en la espalda. ¿Cuándo fue la última vez que oyó a su padre pronunciar sus nombres? ¿Recordar un cumpleaños, brindar por su memoria? ¿Cuándo miró por última vez el retrato que todavía vigila en lo alto de la escalera? Sin embargo, solo un día después de la llegada de esa desconocida…

—¿Te gustaría acompañarnos? —pregunta Diana.

Madeleine reprime un grito y dice:

—Tengo muchas ganas de fumar.

Se levanta de un salto, coge la chaqueta y los zapatos y sale de la habitación con Watson tambaleándose detrás de ella.

En el vestíbulo se le hace un nudo en la garganta. Ha sido grosera.

Vuelve al umbral con la mirada turbia.

—Sé que papá quiere esto —les dice a dos mujeres que no puede ver—. Sé que solo lo estás ayudando.

Vuelve a irse y tropieza con la maldita perra. Luego sube las escaleras en dirección al dormitorio de Diana.

Una vez arriba, se detiene ante la puerta. La ropa de cama de color marfil, al igual que las cortinas. Las paredes pintadas de violeta; el violeta era el color de su madre. Aquella era la habitación de su madre.

También eran los muebles de su madre: la cama, el secreter gris perla con vitrinas en una cómoda que se eleva por la pared. En su día, las vitrinas albergaban fotografías enmarcadas, fragmentos de coral cerebro y una colección de corchos de champán; ahora están vacías. Salvo el frasco de píldoras de color ámbar que hay en la mesita de noche, nada indica que la habitación esté ocupada.

Madeleine nunca entra, aunque allí, desde el pasillo, puede

imaginarse a su madre aunque no la vea. Ahora empuja suavemente la puerta y aparece el resto de la habitación: el pequeño cofre que antaño contenía un tesoro de juegos de mesa antiguos. El jarrón de cristal ahumado del que brotaban ramas de abedul recogidas en Dorset. El vestidor donde hace veinte años Hope colgaba sus camisas y pantalones, sus vestidos y batas. Madeleine quiso dejarlo todo allí cuando se instaló Diana: «No te importa, ¿verdad? No hay más sitio». Había sitio en todas partes, por supuesto, pero eso debía señalarlo su madrastra.

«No me importa». Diana guardó su ropa en el armario más pequeño. Finalmente, Sebastian ordenó a Madeleine que despejara el armario, pero años después sigue vacío: ni una bufanda en una percha, ni una sandalia en el suelo.

Por lo demás, la habitación permanece intacta, como una pieza de museo. ¿Por qué la había consentido tanto tiempo su madrastra? ¿O era un juego mental? Madeleine frunce el ceño; puede imaginarse a Diana jugando a las cartas o al golf, pero no a los juegos mentales.

Abajo, en la suite, de vuelta en el escritorio, entra en el Bellona Club del Soho, donde ha aparecido una cabeza cortada en la cisterna de un retrete.

SIMON ST. JOHN
Caramba, ¿qué es esto? ¡Los ojos, las pupilas! Están totalmente dilatadas. Esta desafortunada mujer se ha rociado belladona en los ojos en las últimas cuatro horas.

INSPECTOR TROTT
¿Suficiente para matarla, St. John?

SIMON ST. JOHN
No, inspector. Me temo que lo que la mató fue la decapitación.

Madeleine se queda mirando la pantalla.

INSPECTOR TROTT
En el libro, esta escena era mucho menos estúpida.

SIMON ST. JOHN
Eso es porque Madeleine Trapp no sería capaz de escribir una lista de la compra. Imagínese un guion.

INSPECTOR TROTT
¡Ja, ja! Menuda inútil.

SIMON ST. JOHN
Tampoco le vendría mal perder algo de peso.

MADELEINE
Os odio a los dos

Coge su ejemplar de *Simon dice* y estudia la escena que escribió su padre. Él hacía que pareciese muy fácil.

Madeleine aprieta la mandíbula, gruñe y golpea tantas veces el libro contra el escritorio que las páginas se desprenden del lomo y caen al suelo como si fueran hojas.

# 16.

—Fotografías reales en papel real —dice Diana—. ¿Se lo puede creer?

Se acomoda junto a Nicky y abre el álbum, cuyas hojas plastificadas crujen.

—Sebastian ha organizado una pequeña exposición para usted. Son muy brillantes, ¿verdad? —dice, maravillándose ante la primera página—. Mil novecientos noventa y cinco.

En una esquina de la foto reluce una fecha impresa.

Pero los ojos de Nicky están clavados en el niño.

Se encuentra en una playa sin nombre, la arena cobriza suave en sus pies, las olas arrastrándose detrás de él. Es un niño pequeño, con una camiseta tan grande que parece que cuelgue de una percha, y bastante feúcho: nariz respingona, pelo y cejas blancos y los ojos de un azul poco excepcional. Le faltan dientes, y los que tiene están separados y torcidos.

—Aquí tenía nueve años —comenta Diana—. Nació en octubre.

—Recuerda el cumpleaños de Cole.

Diana se muerde el labio.

—Supongo que sí. Su madre lo adoraba, y yo más bien adoraba a su madre. «Mama», la llamaba él. Mire, su origami. —Toca algo de color rojo que Cole lleva en la mano: una mariposa de papel con alas de cinco centímetros de largo, afiladas y brillantes como una cometa—. Podía hacer cisnes o peces si se lo pedías, pero sobre todo mariposas. Sebastian coleccionaba lepidópteros —Nicky agradece que Diana no le defina la palabra— y los chicos quieren ser como sus padres, ¿no?

Nicky estudia la mariposa, las alas ribeteadas de verde y las dos antenas diminutas que coronan su cabeza. Luego pasa página y aparece la madre en colores vivos, con unos hombros anchos y una sonrisa de oreja a oreja; a su lado, Cole también sonríe, un poco más

mayor ahora, y lleva ortodoncia. Madre e hijo sostienen una cartulina en la que han escrito CHERCHEZ LA FEMME en una letra manuscrita espantosa.

—Es un término de ficción detectivesca, creo.

—«Busca a la mujer» —explica Nicky a Diana, profesora de francés.

—*Oui*.

—Lo siento. En cualquier misterio clásico, una dama es la causante de todo el caos.

—Probablemente eso lo escribió un hombre. Creo que Cole lo oyó en alguna parte, o puede que lo leyera en uno de los libros de Sebastian, e interpretó que, cuando tuviera dudas, debía pedir ayuda a una mujer. Su mamá, para ser más exactos. Era una pequeña broma entre ellos. *Une petite blague*. —Diana sonríe al observar la foto y se acaricia distraídamente la pantorrilla—. Le gustaba el francés. O le gustaba su sonido. No pasé mucho tiempo con él. Espero haber sido bondadosa. Watson suelta mucho pelo últimamente. —Se pasa las manos por los muslos y se levanta—. Tómese su tiempo con eso. ¡Ah!

La mujer incluso chasquea los dedos a la perfección.

—El próximo lunes ofreceremos un cóctel de mediados de verano —dice—. La noche del solsticio. Es una tradición anual. A Su Alteza le gusta relacionarse una vez al año. Supongo que no habrá metido una máscara de fiesta en la maleta.

Nicky la mira mientras se calza los zapatos.

—El señor Trapp…

—Sebastian.

—Me dijo que trajera ropa formal, máscara incluida.

—Póngase lo que quiera. *Comme vous voulez*.

Diana sale de la habitación. Nicky oye el repiqueteo de sus tacones en el suelo del vestíbulo, nítido y uniforme, y luego un zapateado rápido.

—Lo siento mucho —dice Diana.

—Culpa mía —responde Freddy.

Una pausa.

—¿Está…?

—Está.

Los pasos de Diana se desvanecen en el vestíbulo. Los de Freddy deben de ser silenciosos, a menos que esté al acecho.

Nicky pellizca la esquina de la siguiente página y la despega lentamente. Sebastian de joven, encorvado bajo la capota de un Pontiac Firebird, inspeccionando sus entrañas. Él y Hope, mirándose fijamente por encima de un tablero de Scrabble con una sonrisa en los labios, la mano de ella apoyada en el vientre hinchado. Una mujer con un vestido de verano, con la espalda y los hombros desnudos, agarrando con ambas manos a un niño pequeño. Una niña rubia y regordeta sentada junto a una chimenea con un bebé en el regazo. El bebé es muy pequeño, y los pliegues de una manta azul se ondulan a su alrededor como olas; tiene el puño levantado, como pidiendo ayuda. Nicky, a quien le encantan los bebés, siente que se le hincha el corazón.

Y Madeleine, sosteniendo esa mano entre las suyas. Debe de tener cinco o seis años, toda una vida por delante. Nicky mira hacia la puerta por si acaso reaparece, por si puede tranquilizarla.

Pero Madeleine no lo hace, y Nicky no puede.

Durante una hora recorre el pasado de los Trapp, docenas de fotografías a lo largo de docenas de años, viendo cómo el acné motea la piel de Madeleine, cómo Sebastian y Hope se tambalean sobre unos camellos, cómo Cole y Freddy lavan a un perro de ojos alocados…

Mueve la mandíbula.

Sebastian no habla mucho de su mujer y su hijo. Se lo dijo Madeleine, y él también. Sin embargo, en su regazo, a petición de Sebastian, Nicky sostiene una galería de retratos familiares organizados por él mismo. «Todo un problema de tres pipas», coincide Sherlock Holmes.

—¿Se refiere a un bong? —pregunta Irwin más tarde mientras Nicky se está poniendo el pijama—. A Sherlock le iban las drogas, ¿verdad?

—La cocaína, pero no me refería a eso. El álbum. ¿Por qué alguien que…?

—¿… asesinó a su familia y quedó impune crearía un álbum así? No lo sé. Preguntémosle a un criminólogo de verdad. Ven, Potato.

Después de dar las buenas noches y apagar la lámpara, Nicky cuenta

seis rayos de luz de luna colándose por las ventanas —tenue, más tenue, más tenue aún, a lo largo de la buhardilla—, y luego estudia la galaxia desplegada en el techo. c o l e.

Su mirada se desliza por la C, patina por el borde del agujero negro de la O, desciende por la pierna larga de la L…

Tac-tac. Trapp. Las teclas chocan contra el suelo. Se pasa un brazo por encima del pecho y siente el corazón latiendo contra las costillas.

Ha sobrevenido la fiebre.

«¿Sientes un calor incómodo en la boca del estómago? ¿Y un desagradable martilleo en la parte superior de la cabeza? Yo lo llamo fiebre detectivesca. Se apoderará de ti». Wilkie Collins, *La piedra lunar*, la novela de misterio original ambientada en una casa de campo. El espectáculo de luz detrás de sus ojos, la corriente en sus venas: fiebre detectivesca.

Tactactactactac-tac-tac.

Quizá debería apartar las mantas, poner los pies en el suelo, dirigirse a la puerta, bajar las escaleras, enfilar el pasillo e ir a su estudio. «Puede incluso que usted y yo resolvamos un par de misterios», le había recordado Nicky.

Y él sonrió y dijo: «Venga, venga. Sentémonos junto al fuego a conspirar».

# Viernes, 19 de junio

# 17.

Hace siglos, un terapeuta detectó el miedo de Madeleine al abandono. «Posiblemente debido a la desaparición de su madre y su hermano», dijo. Ella le dio las gracias por su deslumbrante perspicacia. Sin embargo, sus siguientes palabras la sorprendieron: «Por eso abandona usted primero».

Y he aquí qué había abandonado y abandonaría: la facultad de Derecho, su segunda novela y varios novios que estarían mejor sin ella. Pero nunca ha abandonado a su padre.

Madeleine piensa en ello mientras se pone la armadura de hoy, unos pantalones anchos (para acceder más fácilmente a los estantes inferiores sin quejas) y una blusa que le quedaba mejor hace un mes.

Cuando Sebastian regresó de Inglaterra, ella estaba esperándolo en casa; años después, dejó los estudios y reclamó la suite del primer piso que siempre había querido; y a partir de entonces los dos llevaron una vida tranquila, leyendo y cocinando y, de vez en cuando, aventurándose más allá de la puerta principal, aunque ni tan lejos ni por tanto tiempo como para que Madeleine pensara en quedarse allí, al aire libre. Salió con algunos hombres, más que nada para complacer a sus amigos casamenteros; sobre todo, se consagró a los mismos proyectos que en su día cautivaron a su madre: un refugio de animales, una clínica de intercambio de agujas, una granja urbana… Pero, uno a uno, excepto la biblioteca (dale tiempo), los ha abandonado. También abandonó a su terapeuta.

Nunca abandonó a su padre. Ahora su padre la abandona a ella.

Hace una mueca mientras se abotona la camisa y se dice a sí misma que debe madurar.

—Se está muriendo —añade en voz baja.

Pero, al final, ¿no es lo mismo? Se quedará sola. ¿De qué sirve? «Estoy aquí para cuidarte», le prometió a su padre cuando se instaló

en casa. «Llenaré el vacío», podría haber añadido, pero no lo hizo, aunque durante casi veinte años lo ha intentado. Pero en realidad es Adelina quien cocina y limpia; es Diana quien lo acompaña al club náutico, al teatro, a Escandinavia y a la sabana, y al mundo fuera de esa casa. ¿Y Madeleine? Ella… charla con él, claro, con facilidad y a menudo; a veces leen el mismo libro o abordan un rompecabezas, ven el amanecer desde su mirador de Lands End. Pero ella no aporta mucho a su vida, salvo su presencia, ¿verdad? Es la chica del equipo que aparece, observa el partido y, sin embargo, casi nunca juega, y tal vez gana un trofeo de participación al final de la temporada. Enhorabuena, Madeleine: «¡Estuviste allí! ¡Estuviste físicamente presente!».

¿Qué hará cuando Sebastian se haya ido?

En la puerta de la cocina, se detiene tan repentinamente que Watson choca con sus tobillos. Su invitada se encuentra en el asiento de la ventana, con una chaqueta, vaqueros y auriculares, hablando con una voz lenta y brillante al teléfono que tiene apoyado en el regazo.

—¡Guapa! —dice—. ¡Tú!

Cuando Watson sale trotando y se acomoda como una gárgola junto al asiento de la ventana, Nicky mira a Madeleine, saluda e inclina el teléfono hacia la perra. Madeleine distingue a una niña de piel oscura con la cara vendada.

Nicky se ríe de nuevo y se despide alegremente. Luego se quita los auriculares y desenvuelve una barrita de cereales.

—Hola —saluda con una sonrisa, y Madeleine sospecha horrorizada que es de esas personas a las que les gusta madrugar.

—¿Era tu novio? —pregunta por si Nicky piensa que estaba espiando.

—Era una niña de catorce meses a la que acaban de operar de una fisura palatina en Boston —Nicky ríe. Hoy no puede parar de reír, y a Madeleine le gustaría que le resultara más molesto. Luego, con alivio —: Es mi ahijada. Estoy un poco… mareada. Sus padres estaban ansiosos por… —Nicky hace una pausa para aclararse la garganta, y, Dios mío, Dios, ¿está llorando?—. Al fin y al cabo es la cara de su hija, pero ha sido una paciente perfecta.

Nicky asiente, con los ojos relucientes y las mejillas secas.

—Bien. —Madeleine se da la vuelta, sirve café y se apoya en la isla. Hace una pausa—. ¿Lo has preparado tú?

—Imagino que está malo. Yo no bebo.

—¿Lo has preparado para los demás? ¿Eres una buena persona o algo así?

Nicky da un mordisco a la barrita de cereales.

—O algo así, probablemente.

—Ooh, el café está muy malo.

Nicky mastica y se encoge de hombros.

Madeleine ve el libro en su regazo.

—¿Es de mi padre?

—Sí, *El hombre torcido*. Lo he leído seis mil veces.

—¿Solo seis mil?

—Está dedicado a ti.

—Me dedicó cuatro. A mi madre cinco, pero ella tuvo que aguantarlo más tiempo que yo. En su momento.

El homúnculo asiente.

—¿Y tu hermano?

—Eso es personal.

Los ojos de Nicky se abren de par en par. A sus pies, la perra se contonea como para consolarla.

Pero Madeleine se pregunta por qué es personal. Ochenta millones de ejemplares vendidos son ochenta millones de dedicatorias impresas.

—Tres, creo —dice—. O tal vez dos. Definitivamente uno. *Niñito azul*. Ese es el libro que escribió papá después de que naciera Cole.

Cuatro a uno. Se sorprende al descubrir que nunca ha llevado la cuenta.

—Los lectores estaban enfadados por *El hombre torcido* —dice finalmente—. Creían que, después de una década, papá revelaría finalmente la identidad de Jack. Y ahora —suspira— nunca lo sabremos. Ni siquiera yo sé quién es —añade antes de que Nicky pueda preguntar—. Y he preguntado. Muchas veces.

—Yo imaginaba que era la hermana de Simon. Hasta que Jack la

asesinó.

—Eso pareció descartarla. Yo apuesto por el farmacéutico, el señor Myers. Nadie es tan perfecto.

Madeleine vuelve a beber café y traga con dificultad.

—Leí en alguna parte que tu padre siempre resuelve el final de una historia con antelación —dice Nicky—. ¿Tú…?

La puerta de la cocina se abre y entra Diana con un uniforme de tenis de un blanco deslumbrante. Al instante, Madeleine se siente como Hulk vestido informalmente para la oficina.

—¿Eso es café?

—No sabría decirte.

Diana lo rechaza.

—No, no hay tiempo. Nicky y yo… Buenos días, por cierto. Vamos a ver a tu tía y tu primo. Al parecer, Simone tiene mucho que decir sobre Sebastian.

—Literalmente, no hay ningún tema sobre el que Simone no tenga mucho que decir.

—Pensé que debían conocerse antes del cóctel del lunes. Nicky asistirá.

Por supuesto que lo hará.

—Mis padres organizaban esa fiesta cada año —explica Madeleine mientras Nicky se levanta del asiento—. Yo siempre la temía y sigo haciéndolo. ¿No te parece pretencioso eso de la «velada de mediados de verano»? No hace falta que respondas. Pero lo es. —Nadie protesta —. Cuando papá volvió a casarse, llegó a la conclusión de que sería una buena manera de presentar a Diana a todo el mundo. A ti. Solo que le encargó todas las invitaciones a Simone, que dijo: «Oye, ¿sabes cuál es una buena manera de presentar a la gente? Que lleven máscaras». Y así sigue —concluye con gravedad.

—Así sigue —coincide Diana.

Cuando ella y Nicky han salido de la cocina, Madeleine observa a Watson, situada junto al asiento de la ventana, mirando con tristeza la puerta que acaba de franquear el homúnculo.

—No olvide que está de mi lado, señora —le recuerda Madeleine, y la perra finge que no la oye.

# 18.

Salen lentamente de Pacific Heights en el voluminoso Volvo de Diana.

—Quería un tanque —explica—. Aún no me siento del todo cómoda conduciendo a la derecha.

—Yo no me siento cómoda conduciendo en general —responde Nicky.

—Este se apaga automáticamente cuando paro. Es repentino, como la apnea del sueño. Siempre me preocupa que no vuelva a arrancar.

A Nicky le gustaría preguntarle a Diana por su marido —cómo se declaró, historias de su vida de casados, lugares que han visitado—, pero su chófer parece satisfecha con cantar al son del hilo musical de aquella mañana.

—«*Girls who want boys who like boys to be girls*…» —gorjea. Su voz de contralto es desafinada y encantadora—. Es como viajar en el tiempo hasta mi adolescencia. Lo siento, no sé cantar.

—Si yo entro en un bar de karaoke, llaman a la policía —responde Nicky—. ¿Vuelve a menudo a Inglaterra?

Hope también era inglesa. Sebastian Trapp tiene un tipo.

Diana niega con la cabeza.

—Sebastian tiene una casa en Dorset. La familia veraneaba allí en sus tiempos, pero yo nunca he estado. «*Let's all meet up in the year 2000*…».

Nicky observa por el parabrisas la hilera de escaparates y una extensión de parque. El cielo está planteándose soltar lluvia, pero media docena de jóvenes siguen holgazaneando en la hierba, fumando porros con unas pancartas apoyadas lánguidamente en sus hombros: ¿NO PODEMOS FUMAR JUNTOS COMO HERMANOS?

—No sé hasta qué punto preguntarle a Sebastian por su mujer y su hijo.

Diana resulta encantadora incluso cuando entrecierra los ojos, el

más fino craquelado en el rabillo.

—Este libro de recuerdos fue idea suya —dice al fin—, así que pregúntele todo lo que quiera saber. Puede que necesite un empujón, o puede que quiera un empujón. Si se calla, usted solo tiene que esperar. No se le dan bien los silencios.

A Nicky le gustaría saber muchas cosas.

—Así que esos Trapp a los que veré hoy…

—Freddy y su madre. A Dominic lo vi poco. Inauguró un restaurante el otoño que trabajé para Hope. Y, cuando volví —Diana se desvía hacia una calle secundaria—, él ya había muerto hacía años.

—Justo después del lanzamiento de *El hombre torcido*.

Diana asiente.

—Su coche se averió en la autopista de la costa del Pacífico. Después lo atropellaron y se dieron a la fuga. Es todo lo que sabremos. Alguien atropelló, alguien se dio a la fuga, alguien murió. —Suspira—. Existe la idea absurda de que Sebastian mató a su hermano, o hizo que lo mataran.

Es una teoría de los Guardianes de los Trapp: Dominic había escrito las novelas de Simon St. John, pero cedió el mérito a su hermano… hasta la exitosa publicación de *El hombre torcido*, cuando amenazó con revelar el ardid, lo cual llevó a Sebastian a atropellar al escritor fantasma descontento.

—Simone, su viuda, es una fuerza de la naturaleza. —Diana mira a Nicky—. Estoy segura de que le caerá bien —añade con el tono de quien está segura de que no será así.

Entran en el amplio camino de entrada de una tímida casa colonial española con paredes de estuco y tejas curvas. Nicky lanza una mirada al cielo —metal cepillado, plano y reluciente— y coge el bolso del suelo. Salen juntas del coche, y juntas se dirigen a la puerta encalada.

—Ahí tiene Baker Beach —explica Diana—. Y mire esos árboles. Es el Presidio. Antes era una base militar, y ahora es un bosque maravilloso…

Juntas se detienen al oír el disparo.

Nicky se mueve primero, abriendo la puerta de par en par e irrumpiendo en un desgastado salón teñido de gris bajo dos

claraboyas.

—Espere —dice Diana detrás de ella, pero a través de una puerta lejana Nicky vislumbra movimientos en el patio trasero, un grupo de figuras, una mujer gritando.

—¡Este patio es nuevo, Frederick!

Nicky apoya una mano en la pared y se detiene en la puerta.

—¡Mira!

La mujer señala con el dedo gordo del pie una losa chamuscada, un radio de explosión de quince centímetros cubierto de pólvora negra, y vuelve la cabeza hacia otro lado, como si aquella imagen fuera insoportable.

—Allá vamos —dice Diana.

Nicky la sigue hasta el patio. Las malas hierbas se extienden por el césped, de los setos sobresalen ramitas y la hiedra estrangula un laurel. Al otro lado del patio se encuentra Freddy, mordiéndose un nudillo y agitando los hombros al reírse. Letras en negrita en su camiseta: seguro que no todo el mundo sabía kung fu.

A su lado, un hombre más bajo mira contrito la marca de la quemadura.

—Lo siento, lo siento. —Freddy se restriega los ojos con los puños —. ¿Puedo limpiarlo?

—No, no puedes limpiarlo, Frederick.

Es una mujer robusta, en el tramo final de su sexagésima década, que lleva una camiseta rojo rubí, pantalones amarillos y sandalias verdes. A Nicky le recuerda a un semáforo.

—Ah —dice, al girarse—. Estáis aquí. Pido disculpas por el idiota de mi hijo y su amigo idiota.

—Jonathan no es idiota —protesta Freddy—. No siempre.

Después rodea con el brazo al idiota a tiempo parcial, cuya cabeza le llega al hombro. Este se mete las manos en los bolsillos de los pantalones cortos y, desplazando su peso sobre los talones, frunce dos cejas rayadas, con los ojos muy abiertos, culpables y azules. Tiene la punta de la nariz estrecha, pero chata a la altura del puente. Piel transparente y una corona de cabello rubio despeinado. Nicky apostaría lo que fuera a que es británico.

—Al menos la mayoría de las veces —murmura, y Nicky gana su apuesta.

Ahora, Freddy apoya las manos en los hombros de su madre.

—Hemos encontrado un viejo cohete de agua en la buhardilla. Jonathan nunca había visto uno.

Simone entrecierra los ojos.

—¿Jonathan nunca había visto fuegos artificiales?

—Este no.

—¿Y cuál era este?

—Lo llaman el «odiavecinos» —responde Freddy con reverencia.

—Odia demasiado rápido —añade Jonathan.

Los cinco forman un círculo alrededor de la piedra ennegrecida, como si se hubieran congregado para una sesión de espiritismo. Entonces Simone suspira, se tranquiliza y le da a su hijo unas palmadas en los dedos.

—¿Qué estabais haciendo en la buhardilla en todo caso?

Jonathan levanta la mano.

—Ha sido culpa mía. Fred andaba buscando… las viejas fotos de tu tío, ¿verdad? ¿O eran cartas? Y me invitó a ver el material de atrezo.

—Hay cosas bastante chulas. La tabaquera de Simon, su monóculo, un dedo cortado… Entonces vimos el «odiavecinos». Lo sentimos, Simone.

Esta se dirige a Nicky.

—Mi hijo me llama por mi nombre. Y odia a los vecinos. No sé qué hice mal.

Diana se aclara la garganta.

—Esta es Nicky Hunter.

Presentaciones y batalla de cinco brazos. Freddy se lleva la mano de Diana a los labios antes de que la agarre Jonathan.

—Diana Trapp —anuncia Simone—. La segunda esposa de Sebastian.

—¿De dónde eres? —pregunta él.

—De Wiltshire, originalmente. Luego de Londres.

—Lyme Regis, pero viví una temporada en Shoreditch antes de mudarme a San Fran.

—Nadie lo llama así —dicen madre e hijo al unísono—. No pasa nada, colega —añade Freddy—. Aún eres nuevo en la ciudad.

Nicky observa a Jonathan, su cuerpo delgado, su nariz rota. Le gustan las imperfecciones; se siente atraída por lo que está roto.

Luego, por un instante, él la mira y le dedica un guiño, como si su ojo izquierdo fuera el obturador de una cámara.

Automáticamente, Nicky le devuelve el gesto.

La trama se complica.

—¿Qué te trae por San Francisco? —pregunta Diana—. ¿Trabajo?

—Todo lo contrario. Vine aquí para estar felizmente desempleado.

Freddy le da una palmada en la espalda a su amigo.

—Jonno se incorporó a mi liga de fútbol el mes pasado, y además las pega de miedo.

—No estamos aquí para hablar de Jonathan —les recuerda Simone —. Ni de mi hijo, ya puestos. Diana, no te vas a quedar, ¿verdad?

—Me temo que tengo que hacer recados. —Diana retrocede hacia la puerta del patio—. Jonathan, espero que disfrutes del fútbol. No te pases con los estadounidenses.

—No tengo nivel para el Mundial.

—Mentira —tercia Freddy—. Lo siento, Simone. Pero seguro que en realidad jugaba en la Premier League. ¡A lo mejor es una estafa de larga duración!

—Yo podría ser cualquiera —coincide Jonathan.

# 19.

¿Por qué le ha guiñado el ojo a Jonathan? Nicky se siente como si hubiera escaneado un artículo de caja sin querer.

¿Y por qué está con ellas en el salón? No parece que sus anfitriones sean demasiado educados como para echarlo («Jonathan, querido, ¿eres un cavernícola? —le dice Simone—. Usa una servilleta»). Sin embargo, allí está, apoltronado en una mecedora junto a la chimenea y con pinta de encontrarse muy a gusto. A lo mejor Freddy quiere un aliado.

O quizá es un fan.

—¿Has leído los libros de St. John? —pregunta Nicky cuando Simone se va a la cocina.

—Me temo que no. Leo sobre todo libros de finanzas. También de superación personal, autoayuda.

—Pues te convendría leer un poco más —dice Freddy.

De nuevo, Nicky examina la habitación: dejadez bohemia, tapicería desgastada, alfombra de pelo largo con manchas de vino y ruedos de café en la mesa. Ambos sofás están flanqueados por jarrones que escupen penachos de pavo real. Un montón de gatos se agitan sobre la fría chimenea con las colas enroscadas como cordeles. Más arriba, entre las claraboyas, un ventilador enfurruñado da vueltas, empujando el aire con desgana.

Nicky nota la mirada de Jonathan como si fuera una pesa y un rubor subiéndole por el cuello. El teléfono vibra en su bolsillo y mira la pantalla. Llamará a Irwin más tarde.

La pared del fondo está llena de fotografías en blanco y negro protegidas por un cristal reluciente. Sebastian aparece en muchas de ellas, incluso en la mayoría, junto a un hombre que parece su eco lejano. Se pasan los brazos por los hombros, con sonrisas de oreja a oreja, y hay alguna que otra llave de cabeza. La cabeza de Dominic.

—¡Ahí está mi marido! —exclama Simone, con una jarra de limonada en la mano—. Es al que le están pegando. Murió atropellado en la autopista, como ya sabes.

Nicky asiente en señal de consuelo.

Simone mira la foto.

—¿No te perseguiría la idea de haberte cobrado una vida? —pregunta en tono sombrío—. Pasar por encima como si fuera un bache en la carretera. No confesar nunca. ¿Quién pudo hacerlo?

—*Cui bono* —murmura Nicky.

—No hablo español, querida.

—Es… latín. Lo siento.

Lo siente de veras. La mujer está de luto por su marido y aquí está ella dando lecciones. Debería callarse, pero todos la están mirando y, para variar, habla de nuevo:

—Es una especie de precepto de las novelas policiacas. «A quién beneficia». Cuando se investiga un delito, hay que prestar atención a… Bueno, a los beneficiarios.

«¡Qué disculpa más conmovedora, Nicky!», piensa.

—Lo dijo Cicerón —interviene Jonathan—. Leí a los clásicos en la universidad —añade.

Simone se sirve un vaso de limonada y en la superficie quedan restos de pulpa, como si fuera un naufragio.

—Cuántos conocimientos estoy adquiriendo hoy. ¿Y quién se benefició de la muerte de mi marido?

—Nadie —le asegura Nicky—. Por supuesto. Solo estaba… Estaba fanfarroneando.

—No seas sensible. —Freddy extiende el brazo desde el sofá y le masajea la mano a su madre—. No estamos aquí por Dominic. Hoy es el día de Sebastian. Pero papá era un buen hermano —le asegura a Nicky mientras Simone le rellena el vaso—. Cuando Cole y Hope desaparecieron, él fue el primero en acudir.

Finalmente, esas palabras en ese orden: «Cuando Cole y Hope desaparecieron».

Nicky pulsa su teléfono, abre el bloc de notas y, habiendo ofendido ya, redobla la apuesta.

—¿Cómo te lo tomaste tú? —pregunta.

Es muy directa, pero le puede la curiosidad. Freddy se encoge de hombros.

—Al principio esperaba que hubiera huido. Era comprensible, pero…

—¿A qué te refieres? —Cuando Jonathan arruga la frente, entrecierra los ojos y arquea las cejas; parece a un tiempo confuso y preocupado. A Nicky le parece mono. La distrae.

—Quiero decir: he trabajado en escuelas durante trece años, y nunca… El acoso. —Freddy se pasa una mano por el pelo y Nicky oye el crujido de la gomina seca—. Los insultos y las bromas. Bromas por llamarlas de alguna manera. Las palizas frecuentes: golpes, escupitajos, el chaval que le mordió…

—Me había olvidado del mordedor —murmura su madre—. Un enano primitivo.

—Y Cole no sabía defenderse. Era demasiado dulce. Demasiado menudo.

—Cosa que nunca pudimos entender —dice Simone—. Su padre mide un metro noventa y cinco y mi marido era un poco más bajo. Y Frederick mide poco menos que mi marido. Pero Cole habría sido mucho más bajo.

—Puede que lo sea —aventura Jonathan mientras un gato trepa por su espinilla. Todos se lo quedan mirando—. Quiero decir… ¡Ah, cuidado con las garras! Podría estar en algún sitio, ¿no? Ambos, incluso.

Nicky mira a sus anfitriones.

—Jonathan, ¿tienes que estar aquí? —pregunta Simone.

—No pasa nada —dice su hijo—. Le interesa.

—No me interesan los libros, pero la historia sí que es interesante, nada más. Si quieres me voy y me llevo a este pequeño conmigo.

—No pasa nada, tío. ¿Qué estábamos diciendo?

—Cole —dice Simone—. Los mordiscos. A Hope le molestó mucho. Era muy devota de su hijo. Lo cambió varias veces de colegio, ¿verdad, Frederick?

—Como si fuera una pieza de ajedrez. Escuela privada, escuela

católica, aquella academia solo para chicos…

Jonathan frunce el ceño.

—¿Alguien pensó en la escuela pública?

—Intentaban evitar que lo asesinaran —explica Simone.

—¿Y Sebastian? —Los otros tres se vuelven hacia Nicky como si los sorprendiera que todavía estuviera presente. Ella se inclina hacia delante con los dedos entrelazados debajo de la barbilla—. No me ha hablado mucho de Cole.

Simone se levanta, con la mano en la cabeza de Freddy, y se dirige a la puerta de la cocina.

—Cole desconcertaba a su padre —afirma—. No le gustaban los deportes. No le gustaban los videojuegos, ni… ¿Qué más les gusta a los adolescentes?

—Sobre todo los videojuegos —dice Jonathan.

—A Cole le gustaban los juegos de verdad. Juegos de mesa. El escondite. También le gustaba dibujar. —Simone vuelve con hummus y apio—. Y nunca sé pronunciarlo: ¿el orégano?

—El origami —corrige Freddy.

—Es papiroflexia china. Pero no se le daba bien leer. Tenía dislexia o algo así. —Ha bajado el tono de voz, como si hablara de un pronóstico poco halagüeño—. Lo cual no le gustaba a Sebastian.

«No era culpa suya», piensa Nicky.

—No era culpa suya —murmura Jonathan.

—Yo no diría que Cole le disgustaba. —Simone se acomoda junto a su hijo—. Más bien era… ¿Cómo lo dirías, Frederick?

—Yo diría que Cole le disgustaba.

—No, no… —Simone aletea una mano—. Lo intentaba. Os llevaba al fútbol todos los sábados, ¿recuerdas?

—Cole odiaba el fútbol.

—¡Y los Scouts! Vuestros padres os apuntaron a los Scouts. ¡Erais rudos hombres de campo!

—La mayoría de las noches Cole se despertaba porque alguien estaba meándose en su tienda de campaña, pero su padre se negó a sacarlo de allí.

—Tú estabas con él. Eras un buen amigo.

El momento pasa lentamente, como un nudo en la garganta, hasta que una gota de lluvia estalla en la claraboya. Simone se inclina hacia la mesa y utiliza una cerilla larga para encender dos gruesas velas. Cuando Freddy habla, es como si se hubieran apiñado en torno a una hoguera.

—Una vez fuimos a una fiesta del juego de la botella —dice Freddy—. Unos cuantos estábamos en el sótano jugando a Mario Kart, bebiendo Coca-Cola y entreteniéndonos con un bulldog francés baboso. Por eso me acompañó Cole; algún Watson u otro acababa de morir. Estábamos preparándonos para el evento principal. Pero el perro ignoró a Cole, y todos los demás también, así que se instaló en el baño.

»Ya conocéis el procedimiento. La venda, la botella, oohs y aahs, y luego el beso. Yo estaba desesperado por besar a Alice Poor.

—Acabó siendo bastante zorra de mayor —recuerda Simone.

—Un par de chicos trajeron a Cole a rastras. —Freddy busca con la mirada como si estuviera nuevamente en el sótano—. Temblaba tanto que se derramó refresco en la camisa. Le vendaron los ojos e hizo girar la botella y… Alice Poor. No podía mirar. —Tensa la mandíbula—. Cuando lo hice, Cole estaba en medio del círculo, con el pañuelo tapándole los ojos y todo el mundo mirándolo porque… —Se le hinchan las fosas nasales—. Alice había cogido al bulldog francés, que tenía las patas traseras colgando, y lo estaba acercando hacia él.

»Antes de que tuviera oportunidad de avisarlo, Cole había besado al perro. Y luego un silencio. —La lluvia tamborilea más arriba—. Entonces, el perro le lamió.

Está avergonzado y ahora le tiemblan las fosas nasales. Nicky se estremece.

Freddy se frota el cuello.

—Un caos. Gritos, chillidos. Cole se quita la venda y ve al bulldog babeándolo.

Nicky ladea ligeramente la cabeza, como instándolo a seguir.

—¿Y qué hizo?

—Sonrió y dijo: «Supongo que ha sido un beso francés». Nadie lo oyó. Estaban llamándole maricón porque el perro era macho. Y Cole

se quedó allí sentado, sin entender nada y acariciándole la cabeza al bulldog, así que lo hice subir y lo llevé a casa. Y ese fue el primer beso de Cole.

Se hace el silencio.

—Encima, los bulldogs franceses son muy feos —observa Simone.

Freddy se la queda mirando.

—La raza no importa, la verdad.

—Supongo que no.

—Yo ocupaba la litera de arriba siempre que Cole se quedaba a dormir; tenía miedo de caerse de la cama. Y la mayoría de las noches se obligaba a leer veinte páginas antes de apagar la luz. Estaba leyendo las obras completas de Sebastian Trapp, aunque fueran difíciles para él.

—Dislexia —les recuerda Simone—. O algo así.

—Pero esa noche simplemente apagó la lámpara. Y entonces lo oí llorar. —Freddy asiente—. Se pasó una hora… llorando.

Nicky imagina el cuerpecito encogido bajo las mantas, a Cole tapándose la cara con las sábanas. Se imagina a Freddy escuchando desde arriba.

—Parece que era un niño solitario.

La voz de Jonathan es pesada.

Simone le aprieta los dedos a su hijo.

—Pero tú cuidabas bien de él.

Las claraboyas se estremecen, onduladas por el agua. Mientras Nicky mira hacia arriba, Simone añade:

—Esto pasará en tres o cinco minutos.

—Parece bíblico —dice Jonathan dubitativo.

—He vivido toda la vida con el clima de la bahía, joven. De tres a cinco minutos.

—Nicky —dice Freddy con la cara iluminada por una sonrisa tímida —, soy un imbécil.

—El primer paso es reconocerlo, amigo.

—Cállate, Jonno. Acabamos de pasar media hora hablando de Cole, y Nicky está aquí para hablar de Sebastian.

—No tengo prisa —dice ella.

—Dios mío. —Simone vuelve a ponerse en pie con dificultad—. ¡Las fotos! Hice una lista. ¿Dónde estaba…? —Sale, perseguida por un gato.

—Yo me largo —anuncia Jonathan, levantándose—. Os dejo con vuestras cosas.

—Tío —dice Freddy, señalando el cristal que traquetea, pero Jonathan hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Para mí es un día de playa —responde—. Además, tu madre predice…

Y mientras habla, el aguacero amaina, como si alguien hubiera cerrado un grifo. Los tres miran el tragaluz.

—¿Es bruja? —susurra Jonathan.

—A veces me lo pregunto.

Se funden en un abrazo de amigos, con un solo brazo y dándose palmadas en la espalda como si pretendieran deshacer una obstrucción en la garganta.

—Perdón por las prisas. Tenía intención de irme antes. —Jonathan mira a Nicky—. Pero todo ha sido inesperadamente interesante. —Se acerca a ella, que se pone en pie—. ¿Puedo darte mi número? Ninguno de los dos se ha adaptado a San Francisco todavía. Podríamos comparar impresiones.

—O podrías intentarlo con alguien menos guapo —sugiere Freddy, que coge a un atigrado tuerto—. Viene con gato.

Nicky observa a Jonathan, su barba incipiente y sus cejas pobladas, y lo evalúa como haría con una novela: ¿se siente intrigada por la historia del misterioso expatriado? Nota un ligero calor que irradia de su piel.

Ella le ofrece su teléfono.

—Llámame —dice él, tecleando su número.

—Vete de esta casa —grita Freddy.

Salen. Nicky se acerca a la galería de la pared del fondo: Dominic y Sebastian, y Simone, y muchos niños, todos ellos de varias edades, vestidos a la moda de varias décadas.

Falta Hope. El arte imitando a la vida.

Suspira al mirar la pantalla, sonríe y llama a su tía.

—Ahora mismo no puedo hablar, tía J…

—Claro que puedes.

—… pero la palabra de hoy era «expectante». Me siento expectante con la interesante misión que me ha traído hasta aquí. Espero que tú también.

—Que viene del latín *exspectare*, «observar». Y no, no me siento especialmente expectante. ¿Dónde estás?

—Estoy en…

Un brillo en el cristal de los retratos: Nicky ve a Freddy regresar con un gato en brazos y detenerse silencioso en el umbral.

—¿Estás en…?

No quiere contestarle a su tía. Por alguna razón, le parece grosero hacerlo delante de Freddy.

—Te llamo luego.

Se acerca a ella lentamente. Sebastian ha mencionado a Freddy unas cuantas veces a lo largo de los años, y no sin aspereza («El suyo es un intelecto con el que solo puede competir el cebo para peces»), pero a ella le cae bien. Pone demasiado empeño en parecer bobo, pero Nicky también puede serlo. Y ella también se ha esforzado demasiado.

Antes de que ella pueda girarse, él ha hablado:

—¿Pensando en cosas profundas?

Su voz está más cerca de lo que ella esperaba.

La sangre bulle en sus venas; las preguntas claman en su cerebro. «¿Sientes un calor incómodo en la boca del estómago?». Ella sí. Es el primer síntoma de ese «mal irresistible»: la fiebre detectivesca.

Nicky se lo queda mirando.

—¿Quieres tocarlo? —le pregunta, acariciando al gato, y Nicky, que no es de las que se resisten a un animal, sobre todo los de un solo ojo, le rasca la barriga velluda hasta que empieza a retorcerse.

—Ya has hecho esto antes —comenta Freddy, y ella se ríe.

Entonces, Nicky dice:

—En cuanto a Cole y Hope…

—Ya basta de Cole. Y de Hope.

Simone ha vuelto al salón con un montón de fotografías en cada mano y papeles debajo del brazo. Invita a Nicky y Freddy a sentarse de nuevo en los sofás.

—Tsst, tsst. —Y, sentándose al lado de su invitada, promete—: Tengo tantas historias que contar… —con una intensidad que el público encuentra casi desconcertante—. ¡Todos estos recuerdos! ¿Por dónde empezar?

—¿Por qué no dejamos que eche un vistazo, Simone?

Freddy coge la limonada.

—Sí, sí —responde su madre—. Por supuesto. No tenemos secretos en esta familia.

# 20.

Hoy Madeleine se ocupa de la lectura en la biblioteca, y ofrece *Huevos verdes con jamón* a un grupo de niños pequeños, la mayoría de ellos tranquilos y callados. A unos pocos no les iría bien en una vista por la custodia. A la hora de comer, se despatarra en el suelo de la sección de horticultura, donde nadie la descubrirá, posiblemente durante años.

Con cada cucharada de yogur, piensa en la desconocida de la buhardilla, esa mujer que está protagonizando un cameo no deseado en el acto final de la vida de su padre.

A primera hora de la tarde está colocando libros en las estanterías, agachada y estirándose, aeróbic a cámara lenta; y ahora, en cuclillas y descalza en el pasillo de libros ilustrados, oye su nombre bañado en miel y luz.

—¡Maddy Trapp! ¡Levántate! ¡Levántate y déjame abrazarte!

—Bissie —dice Madeleine, deseando que una de las dos desaparezca.

Bissie Bentley va envasada al vacío en lo que la gente a la que Madeleine odia llama «*athleisure*». Lleva un poco de colorete; por supuesto, Bissie se maquilla para ir al gimnasio. Madeleine sabe que está siendo injusta; Bissie tiene buenas intenciones, siempre las ha tenido, desde el instituto, donde fue elegida la Más Simpatiquísima («¿Quién demonios os enseña lengua?», se preguntaba Hope). A veces, en la brisa más ligera puedes detectar el más leve indicio de una personalidad.

—¡Mírala, desempolvando ahí abajo como Cenicienta!

Madeleine se mira los pies enrojecidos.

—Bueno, colocando libros. Trabajando —añade con dignidad.

—Es muy gracioso —dice Bissie, y Madeleine sabe que, sea lo que sea, definitivamente no será gracioso—. Ben y yo estábamos hablando

de ti. Y de la fiesta. Y de tu padre. ¿Cómo está?

—A punto de palmarla.

Bissie parpadea.

—Lo sentimos mucho.

—Me temo que eso no servirá de nada.

—¡Eh, no me he olvidado de nuestro abrazo!

Madeleine se levanta con un libro en la mano (*Todo el mundo hace caca*, naturalmente) y se deja rodear por los brazos de Bissie. Huele a arcoíris.

—¿Y qué pasa con ese francés tuyo? —pregunta Bissie—. Jean-Luc, ¿verdad? ¿Lo conoceremos algún día?

Jean-Luc es novio intermitente de Madeleine desde hace tres años, un parisino al que conoció en una cena en el condado de Marin. Jean-Luc es guapo. Jean-Luc es arquitecto. Jean-Luc es imaginario.

—Se acabó —dice Madeleine, sorprendiéndose a sí misma. No tenía intención de poner fin a la relación hoy. Tal vez nunca—. Rompí con él —añade.

«Bien, Madeleine».

—¡Oh! Bueno, ¿sabes a quién deberías conocer?

Madeleine siente auténtica curiosidad.

La expresión de Bissie se estanca, su sonrisa en piloto automático, y Madeleine se da cuenta de que la pobre mujer hablaba por hablar y en realidad no se le ocurre ningún pretendiente.

—¡Ya pensaré en alguien! —le asegura finalmente—. Tengo que irme. Acabo de apuntar a Benji a la lectura de cuentos. Cumplirá cinco años en agosto. Cuesta creerlo, ¿eh?

A Madeleine no le cuesta creerlo.

Benji es Benjamin Bentley III, hijo de Benjamin Bentley II, exnovio de Madeleine Trapp I. Hace cinco años había vuelto a su casa desde la fiesta por el inminente nacimiento del bebé bajo la lluvia estival y con un cupcake azul celeste derritiéndose en una mano preguntándose si ella y Ben deberían haberse casado, si... Bueno, probablemente no, porque Ben era un capullo integral. Pero el cupcake estaba bueno.

Madeleine ve a Bissie desaparecer en una nube de polvo de hadas y nota que los latidos de su corazón se ralentizan.

A las tres, ficha y acompaña a la salida a un anciano indigente, un veterano de Vietnam que acampa casi todos los días en un rincón apartado de la biblioteca, y lo lleva en coche al refugio situado a cuatro manzanas, con el cinturón de seguridad apretado sobre el pecho.

Luego está en el salón, comiéndose un bocadillo y mirando fijamente su portátil. Simon St. John le está explicando al inspector Trott el paradero de un arma homicida («No ha desaparecido, sino que se ha fundido: ¡nuestro amigo el albino fue apuñalado con un carámbano!»), cuando de repente:

—¡Tengo tantas historias que contar!

Madeleine casi se atraganta.

Sebastian habla con su voz de aguas bravas, ese rugido a todo volumen que dobla las esquinas a toda prisa y atraviesa paredes. Podría estar en cualquier lugar de la casa; cuando Nicky responde, suena muy lejana.

Ahora Madeleine oye sus pasos en el vestíbulo y lo observa franquear la puerta con Nicky a la zaga. Y, detrás de ella, a un trote silencioso, Watson, que se detiene y mira inquisitivamente a su dueña.

Madeleine se queda quieta. La perra traicionera avanza.

Al otro lado de la ventana, a través de las hojas de un sauce enano rebelde, Madeleine ve al grupo entrar en el laberinto del patio y a su padre cerrar los ojos para deleite de su invitada antes de guiarla por los caminos. Cuando el patio era un césped silvestre, Madeleine y su hermano corrían el uno hacia el otro apuntándose con mazos de cróquet como si fueran lanzas; el laberinto les gustaba incluso más: ella le vendaba los ojos a Cole, o Cole se los vendaba a ella, o su padre les vendaba los ojos a ambos, y pasaban media hora arrastrándose entre los setos. A veces a través de los setos.

Sebastian y Nicky llegan al reloj de sol, encaramado a su pilar de piedra, con la hoja de metal sobresaliendo de la superficie como la aleta de un tiburón, y él señala la pequeña mesa de hierro que hay a su lado.

En otro laberinto, el pilar brotaría del centro. Pero aquí no hay ningún centro, solo una maraña de callejones. ¿Por qué había trazado

los setos así?, preguntó Madeleine una vez. «Lo que más tememos es un laberinto sin centro», había respondido su padre.

Entonces ¿por qué situar entre sus muros lo que más temía? ¿Para regarlo y podarlo, cuidarlo y protegerlo?

Sebastian había bajado la mirada hacia su escritorio, y por un momento simplemente estudió las filas de mariposas que descansaban bajo el cristal. «Creo que es bueno aprender a vivir con miedo —dijo—. Miedo y fracaso. Y lo desconocido».

Eso fue hace un cuarto de siglo. Se pregunta qué temerá ahora que ya ha sucedido lo peor.

Madeleine se levanta en silencio. En el salón, se dirige a una estrecha librería y toca un lomo con el dedo. Luego inclina el libro cuarenta y cinco grados desde el estante.

Sin hacer ruido, la pared se balancea y Madeleine entra en la habitación oculta tras ella.

# 21.

Hace cuatro años, durante una inspección de sismorresistencia, descubrieron una alcoba en desuso de dos por tres metros detrás de una pared del salón. Sin ventanas, sin propósito aparente; una bóveda (sugirió Diana), el escondite de un cura (insistió Simone), o una mazmorra sexual (este era Freddy).

—Y pronto será el estudio de dibujo de la señora Trapp —anunció Sebastian, que había recibido el descubrimiento como un arqueólogo que tropieza con un templo oculto.

—Será una habitación para resacas —respondió la señora Trapp—, para cualquiera que necesite una mañana tranquila.

Esa ha sido su función principal, y Madeleine su principal inquilina desde entonces, aunque Diana pudo elegir el libro que abriría la estantería: *Rebeca*.

Dos lámparas se inundan de una tímida luz cuando entra Madeleine. Grabados botánicos en las paredes; también mapas antiguos, ciudades exóticas de Europa del Este y media docena de dibujos al carboncillo sobre papel rugoso: bocetos de bodegones hechos por Diana. La concha de vieira está bien, reconoce Madeleine. El tulipán es mejor. ¿Qué no puede hacer su madrastra?

Se acomoda en una tumbona verde botella, el único mueble de la estancia. Dobla las piernas y se inclina hacia delante, con el terciopelo siseando debajo de ella y el cabello resbalándole por los hombros.

Encajada en el zócalo junto a su pie hay una vieja rejilla de ventilación con varillas de bronce. Los huecos de la rejilla, como descubrió Madeleine un día mientras perseguía a la perra, no solo admiten aire, sino también sonido. Sonido proveniente del patio.

Ahora llega el burbujeo de agua del estanque, y también la voz de Sebastian, lejana pero clara:

—Hagamos que esta vez sea alegre, ¿de acuerdo?

Madeleine escucha.

Cuenta algunas anécdotas divertidas sobre sus diversas giras internacionales, la mayoría de las cuales ella conoce: la mañana en el zoo de Sídney en la que una belicosa madre ualabí le arrancó una muela de una violenta patada; la noche que un camarero nonagenario de Río de Janeiro le enseñó el secreto de la caipiriña perfecta (un secreto que Sebastian se niega a desvelar a Nicky: «Le di mi palabra a ese hombre», explica solemnemente); esa Nochevieja en que el último transbordador de Tallin a Helsinki se quedó parado en el Báltico, y sus pasajeros, la mayoría finlandeses que importaban licor barato, abrieron la cremallera de sus ruidosas bolsas de lona y sus tintineantes mochilas, vaciaron sus abultados bolsillos y brindaron por el año que estaba por llegar.

—Probablemente sea la Nochevieja más inesperada de mi vida —dice Sebastian, y añade—: Bueno, la segunda más inesperada.

Madeleine siente que ha abierto mucho los ojos. Sebastian cambia rápidamente de tema y menciona una corrida de toros en Argentina. Ella se desliza hasta el suelo y se sienta junto a la rejilla, de espaldas a la pared.

Sebastian cita sus aficiones: la natación, la vela y el squash, al menos antes de la diálisis. Describe sus especímenes de mariposa y cómo llegó a estar clavado cada uno en el tablón de la biblioteca. Ha coleccionado todo tipo de curiosidades, muchas de ellas expuestas en el desván, y en las habitaciones de invitados se amontonan aún más: llaves centenarias, retratos de siluetas victorianas y una orquesta de instrumentos musicales exóticos («La única norma de mi mujer era “Gaitas no”»).

Pero, sobre todo, le encanta leer.

—La mayoría de mis autores favoritos están muertos. Conozco a demasiados de los que siguen vivos.

Las mujeres, añade, son mejores escritoras de novelas policiacas que los hombres.

—Creo que es porque deben enfrentarse diariamente a fuerzas siniestras.

La respuesta de Nicky es ininteligible, y Sebastian habla de nuevo.

—Los hombres.

La luz se apaga. Madeleine no se inmuta. Un gesto de su mano encenderá las lámparas de nuevo, pero por ahora se queda quieta en la oscuridad —una oscuridad como las profundidades del mar, sus oídos rebosantes del sonido del agua— y escucha a su padre.

Ha acumulado miles y miles de novelas policiacas, algunas compradas a precios escandalosos a marchantes de libros raros, otras conseguidas por centavos en librerías de segunda mano. También tiene en su poder efectos personales de sus autores: los prismáticos de ópera de Ngaio Marsh; los gemelos de Georges Simenon; un vaso del que Anthony Horowitz bebió whisky una vez; una pluma estilográfica robada a Louise Penny; el paraguas de David Handler. Mientras cataloga sus tesoros, su voz se ilumina; Madeleine piensa en la hora de las presentaciones escolares en la biblioteca.

—De pequeño andaba loco por tener un perro. Planeamos llamarlo Watson, nuestro compañero. No se permitían perros en la base, por desgracia. *Keine Hunde.*

Madeleine prácticamente puede recitar el monólogo que sigue. Es una historia que solía contar en entrevistas y en televisión: él y Hope regresaron de su luna de miel mexicana una húmeda tarde de primavera y encontraron su bungalow de asbesto en Twin Peaks completamente desvalijado. Después de que Sebastian llamara a la policía desde una cabina de la esquina, él y Hope se sentaron en la acera bajo la llovizna, Sebastian apoyando la cabeza en el hombro de ella y la mejilla de ella apretada contra el pelo de él.

Entonces oyeron un pequeño chirrido. Al mirar hacia la calzada vieron una criatura diminuta —del tamaño de una patata pequeña, con una piel moteada, fina y resbaladiza— tambaleándose contra una corriente de agua de lluvia que la empujaba hacia la alcantarilla. Tenía la cara arrugada y el cuerpo tembloroso. Una oreja erguida, la otra caída; un ojo bien abierto, el otro apenas una cuenca fruncida.

Nunca supieron cómo perdió el ojo, ni quién la abandonó. Pero antes de que llegara la policía, la habían bautizado Watson.

Sus historias estallan como fuegos artificiales, una tras otra; explotan y deslumbran. Mientras recorre su pasado, resucitando a los

muertos, Madeleine asiente; luego sonríe; en un momento dado se ríe tan fuerte, con los ojos cerrados y los hombros agitándose, que las lámparas vuelven a encenderse. Y ahora, por primera vez, comprende por qué su padre ha contratado a una biógrafa: quiere un nuevo público. Para su libro, sí, pero también en directo. Para Sebastian Trapp, la alegría está en contarlo.

El primer Jaguar que reparó. La carta más extraña de un fan. Su segunda luna de miel. El asesinato.

Madeleine se incorpora.

—La gente cree que he quedado impune de un asesinato —había dicho tranquilamente.

Madeleine apoya las palmas de las manos en el suelo y pega la oreja a la rejilla.

—Es comprensible. Supongo que…

El aire frío azota el rostro de Madeleine.

—A veces me pregunto si Diana piensa alguna vez…

La voz de Sebastian se quiebra.

Madeleine contiene la respiración.

Agua del estanque.

No debería hablar de eso; lo alterará. Madeleine se levanta bruscamente y se echa el pelo hacia atrás; después se acerca a la pared de mapas y acciona una palanca instalada justo debajo del San Francisco de 1906. La puerta se abre y entra en el salón.

—Tengo una sorpresa para ti —dice Freddy.

Madeleine casi suelta un grito.

—Joder, Fred. ¿Estabas espiando?

La puerta se cierra tras ella.

—Iba a salir —dice, ladeando la cabeza hacia las ventanas francesas, abiertas de par en par.

Madeleine echa un vistazo al patio, a la espalda de su padre, su cabello plateado rozándole el cuello de la camisa. Frente a él está sentada Nicky, escuchando con ojos centelleantes.

—¡Métodos de asesinato! —exclama Sebastian—. Aquí hay algunos que Simon no ha visto nunca…

—Entrega especial. —Freddy otra vez—. Lo encontré en la puerta

principal.

Sostiene una caja: un cubo pequeño envuelto en papel rosa y un lazo azul claro. Madeleine lo coge; casi no pesa. No hay nota ni franqueo. En una esquina, pulcramente escritas, las letras ST.

Madeleine frunce el ceño. Los fans solían pegar cartas en el buzón del final del camino de entrada o dejar paquetes en los escalones, a menudo manuscritos originales, pero también… Ah, un collar de perro para algún Watson u otro, o una botella de veneno antigua (veneno no incluido). Y más tarde, por supuesto, ciudadanos preocupados ensuciaron la acera con amenazas de muerte y destruyeron ejemplares de las novelas de Simon St. John y, en una ocasión, una bolsa de plástico con heces, aunque al final se les agotó la ira, y puede que también las heces.

—¿Madeleine?

—Se la daré. —Se acerca la caja al pecho—. ¿Has visto a Adelina?

Se oye un oportuno ruido metálico de utensilios de cocina y un juramento en italiano.

Freddy adora a su asistenta, a la que Simone contrató hace más de una década, empujando así a Madeleine a la condición de superflua. No es que cocinara especialmente bien para su padre —con frecuencia, él insistía en cocinar para ella, posiblemente como un ataque preventivo—, y tampoco es que limpiara muy a fondo, así que en realidad no le había sido de mucha utilidad a Sebastian. Adelina parece tenerle un poco de miedo, pero adora a Freddy, que canta mientras se aleja a toda prisa.

—*Gonna get me (sì!) some arancini (tutto bene!)*…

Madeleine se vuelve hacia el patio. Nicky tiene los labios cerrados. Mucha gente escucha con la boca entreabierta, ansiosa por aprovechar su oportunidad para hablar. Esa mujer parece contentarse con esperar. Es una cualidad atractiva, reconoce Madeleine, que podría callarse más a menudo.

—En fin —dice su padre—, el voltaje de una anguila eléctrica no es suficiente para matar a un humano. Pero duele mucho, como aprendí en Trinidad…

En la cocina, Adelina maldice de nuevo con vehemencia mientras el

agua golpea el suelo. Madeleine agarra la caja y abandona el salón, sus dedos jugueteando con el lazo.

# 22.

«¿Crees que los mató él?».

Madeleine observa a Nicky desde el otro lado de la mesa del comedor, donde brotan los claros de las velas y las fuentes humean. Adelina ha preparado un banquete siciliano en honor a su invitada: pasta ’ncasciata, cannoli con leche de oveja. «*Bellissima*», arrulló su padre, y Sebastian acaba de proponer una ronda de bochas («Juguemos con nuestra comida») cuando Madeleine siente sus labios dando forma a las palabras.

Pero no les da vida. Aquí no.

—Háblenos de usted —dice Sebastian, haciendo rodar una bola de arroz por la mesa—. Sus padres murieron, ¿verdad? ¿Es huérfana?

—Es demasiado mayor para ser huérfana, papá —señala Madeleine suspirando.

—Se puede ser huérfano a cualquier edad —tercia Diana, que tampoco tiene padres, recuerda Madeleine. Podría decirse que es huérfana.

—Me siento demasiado mayor para ser huérfana.

Nicky empuja su arancino hacia Sebastian, se desliza fuera de la mesa y Watson se abalanza sobre él.

Diana le sirve vino a Nicky.

—¿Tiene hermanos y hermanas?

—Soy hija única. Pero tengo una tía y varios primos…

«Yo también», piensa Madeleine.

—… y una ahijada, y mis alumnos y más amigos de los que merezco, la verdad.

«Va, cállate», piensa Madeleine, que se ablanda un poco cuando Nicky menciona a un perro.

Vacían una botella de vermentino, y luego otra. Sebastian parece cansado de viajar en el tiempo; la conversación sigue firmemente

afianzada en el presente (el futuro no se menciona). A intervalos, como un miembro del público haciendo una petición en un concierto, él propondrá nuevos temas: ¿Nicky ha dormido en muchas buhardillas? («Solo en esta»). ¿A qué Watson echa más de menos Madeleine? («Watson V era un psicópata, pero me encantaban todos los demás»). Y, por cierto, ¿qué le pareció a Diana el nuevo compañero de juegos de Freddy, el inglés del que Nicky le ha hablado esta tarde? («Es de Dorset», noticia que Sebastian recibe con escaso interés).

Nicky suelta una risita —la misma risita dulce— y propone un brindis:

—Por todos vosotros, por hacerme sentir como en casa.

Madeleine le sonríe y levanta su copa. «Pero ¿crees que los mató él?».

A las nueve en punto, las llamas tiemblan, carámbanos de cera gotean sobre el mantel y debajo de la silla de Sebastian se oyen ronquidos.

—Watson ha tomado la decisión acertada —dice, agachándose con un gemido—. Ven aquí, cariño. —Se reconstruye hasta erguirse con el bulldog en brazos—. Gracias a todos por una velada encantadora. Usted —haciéndole una reverencia a Nicky—, sea amable cuando esté al teclado. Mienta si es necesario.

Ella le devuelve la reverencia.

—«Una mujer que no miente —responde— es una mujer sin imaginación ni empatía».

Deben de ser las palabras de alguien. «Joder —piensa Madeleine—. Ya tenemos otra igual».

Una vez metidos los platos y los cubiertos en el lavavajillas, las servilletas guardadas y las botellas tintineando en el contenedor de reciclaje, Nicky y Diana desaparecen. Madeleine vuelve a la mesa del comedor y apaga las velas una a una. La habitación se oscurece con cada soplido hasta que al fin se encuentra sola en la oscuridad.

En su suite, coge la caja rosa y azul del escritorio y se la acerca al oído como si fuera una bomba de relojería.

Nada (pues claro que nada).

Arriba, la puerta de su padre está entreabierta. Pasa por encima de la columna de luz que cae sobre el suelo del pasillo y se detiene en el umbral.

Desde allí puede ver la enorme cama con su dosel de cortinas de terciopelo rojo (su padre es teatral incluso para dormir). Ve también el tocador y el espejo agrietado de lado a lado —«Está roto», observó Diana en una ocasión; «Es perfecto», replicó Sebastian—, y un sofá eduardiano de color amarillo yema de huevo, cojines con botones y reposabrazos con florituras. Junto a la cama ve la silla donde a veces se sienta cortésmente Diana durante el tratamiento de Sebastian.

Frente a la cama en la que sueña solo, mirándose al espejo que una vez reflejó a su anterior esposa, su padre se quita la chaqueta.

Madeleine acecha en el umbral como un fantasma.

Sebastian mira el reflejo de su hija mientras sus dedos atacan los botones del chaleco.

—Hola, fruto de mis entrañas. —Le guiña un ojo y luego mira la caja que lleva en las manos. Los dedos se detienen—. De verdad, no deberías haberte molestado.

—No lo he hecho. —Se acerca a él—. Estaba en la puerta principal.

Sebastian coge la caja y ladea la cabeza.

—Me gustan las sorpresas —dice con picardía, como un niño que está a punto de jugar a un juego nuevo.

La sonrisa de Madeleine es incómoda.

El lazo se rompe cuando Sebastian tira de él. Luego quita el papel de regalo, levanta la tapa y mira dentro de la caja.

Se pone rígido.

Madeleine se acerca un poco más.

Dentro, boca arriba, hay una mariposa de papel carmesí.

Pliegues y dobleces, planos y aristas, líneas limpias, pequeñas florituras: el tórax ondulado, el zarcillo enroscándose desde la base de cada ala, antenas gemelas coronando la cabeza.

En tinta negra sobre el ala izquierda, con una caligrafía extrañamente infantil:

CHERCHEZ

Escrito a la derecha:

LA FEMME

Madeleine levanta la vista, confusa. Su padre frunce el ceño, con la frente estriada y los labios entreabiertos. Mete los dedos en la caja y saca cuidadosamente la mariposa, como se haría con una criatura viva.

Es encantadora y peligrosa, afilada como una estrella ninja. Sebastian baja la mano y vuelve a levantarla, como un conservador sopesando un espécimen. La pasa a la otra mano e inspecciona el dorso. Vuelve a darle la vuelta. Luego observa la caja, la inscripción. ST.

—Me gustan las sorpresas —murmura.

A Madeleine la invade un silencioso impulso de tocar el papel, igual que podría sucederle con una joya. Pero Sebastian despega el ala izquierda y luego la derecha, y las deja caer en la caja. Después arruga el cuerpo con ambas manos; Madeleine oye el crujido del papel, como un ser vivo aplastado en el puño de su padre. Cuando vuelve a abrir las manos, el cadáver de la mariposa es un trozo de papel rojo y lo tira sobre las alas rotas.

—No lo entiendo —dice Madeleine.

—Bueno, yo tampoco. —Hace una bola con el papel de regalo y el lazo, lo mete todo en la caja y pone la tapa—. Es una bromita extraña. Algún cavernícola del Baron, seguro. —Coge la caja y se la pone a Madeleine en las manos—. Es solo una broma.

—Y mala.

—Desde luego, así que no molestemos a Diana con esto. —Inclina la cabeza para besarla—. Y ahora, hija mía —dice, retrocediendo hacia el buró—, es hora de dormir.

Madeleine piensa en su cama de matrimonio del piso de abajo, en sus sábanas llenas de pelo de perro. Le sobra medio colchón.

Se da la vuelta y camina hacia la puerta. Cuando se gira, lo ve otra vez ante el espejo, tocándose los botones de la camisa hasta que se

separa como un telón, carne pálida debajo, la costura de su cicatriz de apendicectomía tenue a la luz de la lámpara.

Madeleine sale de la habitación. La caja, un simple cuadrado de cartón endeble con jirones de papel traqueteando en su interior, le resulta pesada en las manos.

# 23.

En la buhardilla, Nicky se sienta a su mesa y abre el portátil, donde en la pantalla brilla la transcripción de ayer. Esta noche empezará a escribir, editando y comprimiendo, trenzando las palabras de Sebastian con las suyas, el enfoque que habían acordado esa tarde.

—No necesita preservar cada una de mis sílabas, joven Hunter, pero recuerde que yo soy la autoridad sobre mi propia vida. Y (perdóneme) nadie va a leer esto pensando: «Olvidémonos de cómo era el hombre en realidad. ¡Debo saber qué pensaba de él la escritora!».

—¿Quién va a leer esto, ya que lo menciona? ¿Solo la familia?

—Hoy, mientras ideaba rutas de escape para nuestra fiesta de la próxima semana, se me ocurrió que tal vez podría hacer circular sus escritos entre más gente. Bueno, no los haré circular. Me habré unido a la gran mayoría.

Nicky carga una lista de piano clásico en su teléfono. El vino que le corre por la sangre es ardiente y dulce. Flexiona los dedos, como gatos estirándose antes de la caza nocturna.

Nicky escribe bien cuando ha bebido, y esta noche se siente más segura de sí misma, de su misión. Parece que le cae bien a Sebastian. ¡Ella! ¡A Sebastian Trapp! Y ha leído acerca de la familia, por supuesto, pero no se esperaba reaccionar ante ellos con tanto… asombro y afecto.

En el silencio entre pieza y pieza, recuerda aquella sombra en los ojos de Sebastian. La vio en su biblioteca, la vio en el Baron Club; la ha visto hoy en el patio. «La gente cree que he quedado impune de un asesinato», había dicho tranquilamente. «Es comprensible. Supongo que debería tomármelo como un

cumplido. A veces me pregunto si Diana piensa alguna vez…». Entonces pasó la sombra. «Bueno, no nos entretengamos. ¡Hablemos de métodos de asesinato! Aquí hay algunos que Simon nunca ha visto…».

Nicky suspiró.

Ahora, ojeando la transcripción, selecciona una primera línea: «La vida es dura. Al fin y al cabo, te mata».

En el resplandor de la lámpara de trabajo, ante los ojos de cristal de seis perros muertos, empieza a teclear.

Tres pisos más abajo, en el salón, en el sofá, con un bulldog gruñendo a sus pies, Madeleine se sienta tranquilamente, una sombra entre sombras, una copa de vino en una mano, el álbum de fotos abierto en su regazo. En la oscuridad, los rostros son tenues como fantasmas: Sebastian, con un cigarrillo entre los dientes; Hope y Cole, desgranando maíz y meneando la lengua; la propia Madeleine, con la cabeza inclinada sobre un rompecabezas.

Tac-tac-tac-ding. Granizo en el tejado, un piso más arriba; su padre está aporreando la Remington. Madeleine cierra los ojos y escucha las pulsaciones de teclas cayendo sobre ella. ¿Qué está escribiendo? Hace más de una semana que empezaron esas tormentas, lluvias de teclas noche y día, precipitándose sobre el suelo del vestíbulo, inundando su dormitorio, la cocina, dondequiera que ella…

Sobre la mesita de centro, su teléfono vibra.

Suspira, se inclina hacia delante. Le da la vuelta al teléfono.

Contiene el aliento.

Hola, Magdala.

Se crispa como un cable pelado.

«Eso es imposible».

Tres burbujas palpitan.

Soy yo. Magdala.

## Sábado, 20 de junio

# 24.

Frente al comedor, con el bolso colgado del hombro, Nicky mira la hora: las diez. Esta mañana ya ha tranquilizado a Julia, ha hablado con Potato, ha visto a su ahijada abrir los regalos de cumpleaños y ha aconsejado amablemente a un estudiante de la escuela de verano que se replantee su novela sobre un hombre lobo. Ahora observa a Diana sentada a la mesa, pinchando melón con un tenedor.

Nicky se queda allí. Es una persona paciente, pero Diana también lo es: paciente con su hijastra, paciente con su cuñada. ¿Y los quince años transcurridos entre la desaparición de Hope y la sucesión por parte de Diana como la señora de Sebastian Trapp también habían requerido paciencia?

La señora de la casa levanta la vista de su portátil.

—Acompáñeme. Hay suficiente para alimentar a una nación insular —dice, señalando con la cabeza la mesa del comedor: tortillas dobladas como servilletas, tiras onduladas de beicon y una cesta de fruta—. Está arriba, en su habitación. Hoy toca tratamiento.

Nicky se sienta. Lleva falda y una pizca de maquillaje; sin embargo, frente a Diana, con su blusa sin mangas, con esos hombros perfectos, siente que le falta algo.

—¿Interrumpo?

—Oh… —Diana cierra el portátil como si fuera un cajón de ropa interior que se había dejado abierto—. Solo estaba escribiéndole a una amiga de Inglaterra.

Nicky se está sirviendo carne y huevos. No es capaz de imaginarse que Diana tenga amigos.

—Tiene una hija llamada Pandora. Se hace llamar Panda. —Nicky hace una mueca—. Bueno, más o menos. Hoy irá a ver a Isaac Murray, ¿verdad?

—¿Hay algo que deba o no deba decir?

Una sonrisa asoma lentamente en los labios de Diana.

—Una vez me besó —dice, tímidamente—. En una fiesta en un almacén. Menudo sitio. Recuerdo sus gafas del año 2000, con los dos primeros ceros rodeando cada ojo. —Se pone colorada—. Sonaba *Hungry Like the Wolf* a todo volumen, e Isaac cantaba: «Estoy de caza, voy a por ti». Pero era un perfecto caballero.

Nicky sonríe mientras corta la tortilla.

—¿Fue en Nochevieja?

Diana se queda pálida.

—Sí.

—¿Qué Nochevieja era?

Nicky se gira y ve a Freddy en el umbral. Reconoce que sabe posar, con el pecho flexionado debajo de sus brazos cruzados y los bíceps abultados en las mangas.

—Sebastian está arriba —le indica Diana.

—Guay. —Freddy señala con dos dedos a Nicky, al estilo pistolero —. Vaya, ¿qué estás comiendo?

—El desayuno —responde ella con la boca llena.

—¿De quién? En tu plato hay como cinco desayunos.

—No te sientas amenazado solo porque mi desayuno es más grande que el tuyo.

—Me alegra ver que todo el mundo se lleva bien —dice Diana.

Freddy sonríe.

—Te recojo en treinta minutos, Nicky.

Ella parpadea.

—¿Me vas a recoger?

—Pensé que Fred podría llevarla a casa de Isaac —explica Diana—. ¿Le importa?

—Lo estoy deseando.

—Guay. ¿Mad está aquí?

—Los sábados por la mañana va a la biblioteca.

—El coche está fuera. ¿Puedo coger una manzana?

Nicky le lanza una manzana verde. Freddy la atrapa con una mano, le da un mordisco y se va.

Cuando Nicky se da la vuelta, Diana está mirando fijamente su taza

de té.

—Los días de diálisis son duros —comenta con un suspiro—. Puedo sentir cómo se va apagando como una bombilla que ilumina cada vez menos.

—Parece mejor que una muerte súbita —dice Nicky.

Diana levanta los ojos hacia ella.

—Yo no lo tengo tan claro.

Y cuenta su historia.

Había seguido a un chico hasta San Francisco. Se separaron casi de la noche a la mañana, pero Diana ya amaba California, así que dio clases particulares una temporada hasta que Hope Trapp, compatriota inglesa y defensora de los oprimidos, la salvó de la deportación. Diana la ayudó durante seis meses; entonces, poco después de que Hope y Cole desaparecieran, volvió a Inglaterra y encontró un buen trabajo como profesora en Londres: diez años en sexto, preparando a chicos sudorosos y chicas ansiosas para sus exámenes de francés y latín, cosechas abundantes de acné y una avalancha de proposiciones (*Voulez-vous coucher avec moi ce soir, Mademoiselle Gibson?*). Por fin, coincidiendo con su trigésimo cuarto cumpleaños —una década después de San Francisco, una década de citas esporádicas y creciente soledad—, conoció a Ewart en una boda.

Su nombre no la molestaba («A mí sí», protestaba él). Tampoco la molestaba su piso de Bermondsey, con su nevera vacía, sus ceniceros y sus montones de papeles en el suelo. Ewart era diseñador gráfico, un trabajo que amaba, aunque al cabo de un mes amaba más a Diana.

Tres años y tres abortos espontáneos después, estaba embarazada. Ella, no ellos. «Soy yo la que vomita al amanecer», le recordó después de que él anunciara alegremente a un amigo: «¡Estamos embarazados!». Pero él le recogía el pelo cuando se inclinaba sobre el retrete, le acariciaba la espalda y le prometía que azotaría al mocoso a su debido tiempo.

No querían conocer el sexo del bebé. Al menos Diana; el suspense estaba matando a Ewart. «Pídele al doctor que te susurre al oído»,

propuso ella, pero su marido se negó.

«Tú sabes guardar un secreto —repuso con una sonrisa—. Yo no».

Pintaron juntos las paredes del cuarto del bebé, franjas anchas de color rosa y azul. Su vientre se hinchó. Ewart le tomó el gusto a golpearlo con dos dedos. «Código Morse», decía.

Y entonces, una mañana de llovizna al comienzo del tercer trimestre, mientras se marchaban de la fiesta por el próximo nacimiento del bebé bajo un cielo que parecía lana mojada, su SUV cargado de patucos de algodón, edredones cosidos a mano y un body estampado con las palabras ¡ya vienen los problemas!, un camión se saltó un semáforo en rojo, embistió su coche y mató a Ewart en el acto.

Cuando llegaron los paramédicos, Diana se había puesto de parto. Mientras la subían a la ambulancia, vio que Ewart aún llevaba puesto el cinturón de seguridad, con el airbag blando contra su pecho. Las puertas se cerraron de golpe. En sus ojos se reprodujeron varias escenas: una silla de ruedas. Un quirófano. Una epidural. Un empujón. Un llanto.

El bebé era una niña. El bebé estaba muerto. El llanto era de Diana.

Pasaron dos años antes de que le escribiera a Sebastian, una viuda aún afligida. Le pareció extraño escribir esa dirección en un sobre, y más extraño todavía narrar su historia para alguien a quien había conocido hacía tanto, aunque solo él pudiera entenderla. ¿Cómo había sobrevivido a la pérdida de su mujer e hijo? ¿Cómo pudo curarse?

«Ven a California», respondió él.

No tenía dónde estar: ni en la escuela, donde todas las chicas le recordaban a su hija; ni en casa, la sombría vivienda de una habitación en la que dormía sola cada noche, las noches que dormía; ni con sus padres, fallecidos años antes, ni con sus amigos, a quienes ya no veía.

Así que Diana fue a California. En su primera mañana en la ciudad, Sebastian la invitó a visitar la casa que ella había abandonado quince años antes. «Dupliqué la biblioteca —presumió—. Instalé un estanque koi. Los koi no podrían estar más gordos. Un día los atraparé como un oso y los devoraré, con espinas y todo».

Esa semana se vieron dos veces; la siguiente, dos cenas y un viaje en coche. Diana se descubrió posponiendo su regreso: quince días, luego un mes, luego tres meses. Le gustaba San Francisco, le gustaban sus múltiples personalidades. Le gustaba su apartamento alquilado en Russian Hill. Y disfrutaba de la compañía de Sebastian después de todos esos años. Después de tantos, tantos años: Diana se acercaba de puntillas a su cuadragésima década. La mediana edad.

«No eres de mediana edad, niñata —la regañaba él—. Tenemos toda la vida por delante, los dos». Fue la noche que Sebastian cumplía sesenta y cinco.

Le enseñó cartas amarillentas de sus escritores favoritos; las tendió en el suelo de la biblioteca y analizó su caligrafía, las firmas e incluso el franqueo de los sobres. «¡Mira esos bucles! —exclamaba, señalando las eles de una autora que era un tesoro nacional británico—. Era una cachonda».

Con un nudo en la garganta, ella le mostró fotografías de Ewart. Con lágrimas en los ojos, le enseñó la partida de nacimiento de su bebé. Le mostró las pocas tarjetas de pésame que había guardado; le enseñó el diario en el que desde entonces había documentado su interminable desesperación y sus esperanzas en ciernes.

Se casaron en el ayuntamiento, con Madeleine y Freddy como testigos (Simone se echó atrás una hora antes de la ceremonia, quejándose de alergias). Diana con un discreto vestido gris, frente a Sebastian, con un traje carbón. «Parecemos un par de sombras», dijo él, y se pronunciaron los votos, y cuatro manos aplaudieron, y hubo el más ligero de los besos al final. Regresaron a casa, donde Sebastian llevó a su novia en brazos por la gran escalera y la invitó a inspeccionar sus dominios.

(También la subió en brazos al siguiente piso, antes de anunciar que no podría casarse nunca más, porque ya no tenía espalda para hacerlo).

Y así, Diana se sentó a la mesa donde Hope se había sentado una vez, recorrió los mismos pasillos, durmió en la cama que Hope había hecho. Una nueva vida, o tal vez una vida de segunda mano, a miles de kilómetros de las ruinas de su pasado.

—¿Ha sido un matrimonio feliz? —pregunta Nicky.

Diana asiente.

—Diferente de Ewart. Diferente de Hope también, estoy segura. Pero feliz. Hemos recorrido el mundo entero, hemos…

Deja la frase a medias y mira por la ventana.

Nicky espera.

—Se estará preguntando si alguna vez sospeché de él.

Nicky se está preguntando justamente esto.

—No lo he hecho. De verdad. —Un movimiento lento de cabeza—. No puedo imaginármelo siendo violento con otra persona. Y mucho menos con dos. No puedo. Nunca hemos hablado de ello, pero no, jamás.

Los labios de Nicky se han entreabierto por la sorpresa.

—Y sé que es inusual —continúa Diana—. Pero en cualquier matrimonio… ¿No está casada? Ya me parecía. En cualquier matrimonio hay lugares que no visitas, como parcelas de tierra acre.

«Esa parcela tiene dos metros de profundidad y dos cuerpos de ancho», piensa Nicky.

—La vida es pérdida —dice Diana muy suavemente.

Tras un momento, Nicky se encoge de hombros.

—La vida es cambio. Y… descubrimiento.

—Pero ya he tenido cambios suficientes. Ya he descubierto demasiado.

—¿A qué se refiere?

—Ah, no importa. Está aquí por Sebastian, no por mí. Sebastian, a quien le ha devuelto usted la vida. —Nicky sonríe—. ¡De verdad! Está desempolvando su viejo material, está organizando fotografías y va al club. Está entusiasmado.

—Pero ¿por qué?

Diana entorna los ojos hacia las ventanas.

—Yo también me lo he preguntado. A Sebastian le encanta aprender. Quizá esté aprendiendo de usted.

—Dudo que tenga algo que enseñarle.

Una pausa.

—Parece que está a punto de decir algo —observa Diana.

Nicky cambia de postura; quiere expresarlo así.

—Ha mirado de reojo a Hope y Cole sin decir mucho. No sé describir… cómo eran. ¿Cómo eran?

Se hace el silencio y Nicky contiene la respiración.

Entonces, Diana se aparta de la mesa, se pone de pie y dice:

—Yo se lo mostraré.

# 25.

—Esto es un fósil —declara Diana, deslizando el reproductor de vídeo bajo el televisor—. Jurásico.

Luego mete un puñado de cables que parecen enredaderas selváticas detrás del aparato, que cobra vida, molesto por haber sido despertado, y la pantalla chisporrotea a causa de la electricidad estática.

Nicky echa un vistazo al interior del cajón de la consola: una voluminosa cámara de vídeo y una docena de cintas, todas ellas marcadas con tiras adhesivas prolijamente escritas a mano: «Primera esquiada 1985», «Acción de Gracias/Navidad 1987», «Biblioteca 91 (4 mins.)».

—A ver… —Diana coge la cinta «Fútbol + Baile otoño 95»—. Aquí Cole tendría diez años, o casi. ¿La vemos?

Empuja la cinta en la boca del reproductor de vídeo, con suavidad pero firmemente, como si estuviera alimentando con cuchara a un niño testarudo. Al final cede, se traga la cinta y, abruptamente, la pantalla se ilumina de un color verde hierba, con tonos fundidos. «Estas videocámaras nuevas pesan mucho», dice la camarógrafa entre risas. Su voz es como la tierra, profunda y cálida.

Junto a Nicky, Diana cambia de postura.

—Se hace raro oírla —murmura.

Sol matinal, campo de fútbol. Niños de uniforme, algunos rojos, otros azules (los uniformes; todos los niños son manifiestamente blancos). Las niñas llevan coleta. Los niños llevan pegatinas en las botas. El objetivo de la cámara de Hope examina al portero.

«¿Qué llevan en las zapatillas», pregunta.

«Tortugas Ninja».

Seca, distante. Madeleine.

«¿Dónde están las de Cole? —se pregunta Hope—. ¿Dónde están sus Tortugas Ninja?».

La cámara apunta a Madeleine, firme y hosca, con una mejilla cubierta de acné. Mastica un mechón de pelo mirando hacia abajo, mientras Hope desciende por su cuerpo, pasando por el libro que lleva en la mano hasta posarse en sus zapatillas.

«¿Dónde están tus tortugas?».

Madeleine sale de plano y la cámara recorre el campo.

«¿Y dónde está tu hermano?».

«Eso digo yo».

En ese momento aparece Sebastian con vasos de cartón en la mano. Para Nicky, su aspecto es muy similar al de hoy: alto y desgarbado, peinado hacia atrás formando una onda irregular. Tiene los ojos entrecerrados.

«¿Qué está haciendo?».

Hope lo encuentra en un rincón lejano, el pelo rubio resplandeciente bajo el sol, menudo en su uniforme rojo, mirando fijamente la hierba, sus extremidades sacudiéndose como carrillones de viento cuando se balancea. Hope hace un zoom a su calzado, desprovisto de reptiles, y luego levanta el objetivo hacia su rostro. Sus labios se mueven lentamente.

«¿Está mirando su propia sombra?», pregunta Sebastian.

En efecto, Cole está observando su sombra, alargada a la luz de la mañana, alejándose de sus zapatos como si tratara de desprenderse. Mete los brazos en el jersey y las mangas se convierten en huecos vacíos.

Rugidos. Sobresaltada, la cámara se desvía hacia el campo.

«El otro equipo acaba de marcar —protesta Sebastian—. ¿Puedes llamarlo?».

«En serio, mamá».

«Ya basta. Tú y tú».

Hope vuelve a enfocar a Cole, con las extremidades regeneradas y las manos ocupadas con un trozo de papel azul claro.

Nicky observa con interés. Desde que llegó, es la primera vez que ha visto a Cole en movimiento.

Ahora, el niño se arrodilla, dobla el papel, le da la vuelta y lo vuelve a doblar.

«Está entreteniéndose», dice Hope.

«¡El partido es el entretenimiento! —Sebastian entra en el plano y ahueca una mano alrededor de la boca—. ¡Cole! —Más alto—. ¡Cole!».

Hope («Basta ya») y Madeleine («Joder, papá») ponen objeciones. Sebastian las hacer callar a gritos.

«¡Han marcado! ¡Ha marcado una chica!».

«Cómo han cambiado las cosas», dice Hope.

«Y él jugando con muñecas».

Hope enfoca a Cole.

«Es una mariposa».

«No puedo ver esto —suspira Sebastian mientras se aleja—. Recuerdos a Pelé de mi parte».

«Gaylé», murmura Madeleine.

«Cuidado con lo que dices».

La voz de Hope es hielo seco.

«Es vergonzoso. Tienes que hacer algo con él. ¿Sabes lo que dijo Misty?».

«Espero que fuera: "¿Por qué carajo me pusieron Misty mis padres?"».

Nicky esboza una sonrisa. Cole pellizca las puntas de las alas de papel.

«Su hermana Aspen le contó que en la escuela todos llaman a Cole el Marica Maravilla. Y los profesores no le dejan leer en voz alta porque es analfabeto. Aspen incluso formó una Patrulla Cole, y todos los días… ¿Qué estás haciendo?».

Hope está enfocando a su hija, cuyo rostro, retocado con antiojeras, llena el encuadre. Lleva una sudadera con capucha y el ceño fruncido.

Diana también frunce el ceño.

—Quizá deberíamos elegir otro vídeo —musita.

«Háblame de la Patrulla Cole —dice Hope—. Tengo que saberlo. ¿Todos los días qué?».

Madeleine duda. Luego, con una mirada fulminante:

«Todos los días le dicen que se quite la vida. Le escriben notas de suicidio para que las firme y las pegan en su taquilla. Cole se salta las clases y se sienta en un retrete».

La cámara se ha inclinado unos grados.

«Cole y Aspen eran compañeros en un proyecto científico con tinta invisible, y cuando escribieron sus nombres y el profesor enfocó el papel con una linterna, descubrieron que Aspen había escrito “soy maricón” y Cole simplemente había puesto “Cole”, como si lo hubiera firmado».

La cámara se inclina aún más. Ahora, Nicky y Diana ven los brazos de Madeleine cruzados sobre el pecho. Una mano sujeta el libro; Sebastian Trapp mira con severidad desde la cubierta trasera.

«Su amiga era candidata a presidenta de la clase y en campaña prometió que compraría tampones para Cole. Y, si lo pillan haciendo un origami, le obligan a comérselo».

Se oyen gritos a lo lejos. La cámara sube rápidamente por el cuerpo de Madeleine y enfoca a su hermano, que ha esculpido otra mariposa y la ha dejado con la primera junto a sus rodillas. Después levanta los brazos y los agita por encima de la cabeza.

«¿Y qué respondiste? —dice Hope, ahora en voz baja, mientras Cole anima—. Cuando… ¿Misty se llamaba? Cuando Misty te contó todo eso».

De repente, Madeleine encuentra el suelo muy interesante.

«Simplemente le dije que Cole era un tarado y que no le hiciera caso».

«Entiendo, entiendo. Diles algo a tu amiga y a su hermana de mi parte, por favor. —El tono de Hope es tranquilo pero peligroso; Nicky se imagina a un cocodrilo nadando hacia la orilla de un río—. Diles que Misty es el nombre que elige una stripper, y Aspen es el nombre que elige una stripper cuando se cree con demasiada clase como para ser una Misty».

Cole aplaude a sus compañeros mientras Hope sigue hablando.

«Y, si a la joven Aspen se le ocurre pensar otra vez en tu hermano, visitaré la Academia Leys y la sacaré de la cafetería agarrándola del sujetador de entrenamiento. Y, cuando llegue la graduación, esa zorra saldrá elegida como la que tiene más posibilidades de conseguir una plaza para minusválidos».

Madeleine se queda boquiabierta.

«Y, si alguna vez oyes a alguien decir que otra persona debería suicidarse, recuerda al padre de tu padre…».

Al instante, tres chicas con leotardos turquesa se pavonean en la pantalla, dando vueltas bajo los focos de un pequeño escenario. Las bailarinas situadas a ambos lados sonríen al público; entre ellas, Madeleine, casi un palmo más alta, pone cara de concentración, sus pasos a medio compás del ritmo de la percusión. Nicky tarda un momento en reconocer la música: George Michael, *I Want Your Sex*.

—El concurso de talentos, supongo —comenta Diana—. Madeleine probablemente no querría que viéramos esto.

Miran unos minutos más y Diana apaga el televisor.

—No ha sido la película conmovedora que yo me esperaba. —Voltea su anillo de boda—. No creo que Sebastian haya mencionado nunca a su padre en público. Que yo sepa, esa fue la primera vez que Madeleine oyó hablar del tema. —Frunce el ceño—. De hecho, ¿se lo…?

—Sí, me lo ha contado.

Nicky puede imaginárselo: bebiendo cerveza, con voz ligera y un pie meneándose en el mocasín.

Diana asiente y se aclara la garganta.

—Como profesora, he visto a alumnos que sufrían acoso. A veces, los malos tratos eran físicos, pero con mucha más frecuencia eran psicológicos o sociales, y tan crueles que ni siquiera yo podía distinguir su forma exacta. Aunque moldean a la persona que padece el acoso.

Nicky asiente.

—No creo que sea cierto que los matones siempre se odian a sí mismos, o que necesariamente hagan daño a los demás porque son inseguros. Algunas personas como Aspen verdaderamente se creen especiales, mejores. Esos mierdas son matones vulgares y cobardes, eso es lo que son.

Es gratificante oír a Diana soltar imprecaciones. Nicky estudia el reflejo de ambas en el televisor, fantasmas grises acechando la pantalla, y se oye a sí misma preguntar:

—La última vez que vio a Cole…

—La noche que… En Nochevieja. Llevé a los chicos a casa de Freddy después de la fiesta de cumpleaños de Hope.

—Hablando del rey de Roma…

Al darse la vuelta, ven a Freddy en la puerta una vez más. «¿Entra alguna vez en una habitación?», se pregunta Nicky. Es como el gato en una película de terror, entrando en plano para dar un susto barato.

—¿Lista para irnos? —Se aparta del marco de la puerta y sonríe, y Nicky le devuelve la sonrisa muy a su pesar. Luego añade—: Tenemos una misión en la Misión.

A Nicky le entran ganas de darle una patada.

Se echa el bolso al hombro y sale detrás de él. Cuando vuelve un momento después, encuentra a la señora de la casa mirando fijamente al televisor, al fantasma atrapado en su interior. Ha levantado una mano, como para saludar y ser saludada.

Se sobresalta cuando Nicky pronuncia su nombre.

—Gracias por contarme su historia —dice Nicky, y lo dice en serio.

# 26.

Madeleine no ha dormido, no lo ha intentado. Es un barco en una tormenta, cabeceando de un lado a otro, el pasado inundando sus cubiertas como agua del mar.

¿Quién lo sabía?

Anoche, durante un rato —quizá unos minutos, quizá una hora—, se quedó mirando el mensaje de texto en la oscuridad del salón; cuando la pantalla se durmió, volvió a encenderla mecánicamente. El vino blanco se calentó en el vaso que llevaba en la mano. Watson roncaba sobre la alfombra extendida a sus pies. Madeleine no reparó en nada.

«¿Quién lo sabe?».

Una turba de páginas web de identificación de llamadas la invitó a pagar cuarenta dólares por rastrear la fuente. La primera solo reveló que el número estaba registrado en una aplicación de grabación. La segunda y la tercera —en otras circunstancias, quiencojonesmellama.com le habría parecido divertido— no arrojaron ningún resultado más.

«¿Quién podía saber algo de Magdala?».

Buscó en internet cualquier mención al nombre en relación con su familia. Internet le recordó que en *Las rosas son rojas*, el noveno misterio de St. John, que enfrentó a Simon St. John con un carismático diputado cuyas esposas tienden a desaparecer, el asesino resultó ser una sufragista lesbiana llamada Magda Smack. No era uno de los mejores trabajos de Sebastian Trapp. Así que Madeleine cayó en una madriguera tras otra en busca de Magdala.

Cole podría habérselo mencionado a Freddy. ¿Quizá Freddy se lo dijo a alguien? ¿O su tía? Posiblemente —Simone desvelaría sus claves bancarias con solo hacer contacto visual—, pero eso suponiendo que alguno de los dos lo supiera. Era un nombre que solo se utilizaba en momentos secretos, susurrado en su oído cuando él estaba asustado,

pronunciado con sentimiento mientras jugaban a espías en Fort Point. Era un nombre imposible de descubrir.

Aunque aparentemente no.

Madeleine se quitó la ropa y se metió desnuda en la cama. Las cortinas estaban ligeramente abiertas, como a punto de susurrar; a un lado, avanzando a través de la bruma, la perra se acercó como un monstruo de las profundidades alumbrado por la luz de un submarino, y luego se dejó caer trágicamente contra su hombro.

Hola, Magdala.

Soy yo. Magdala.

Pasó la noche en una sala de interrogatorios en lo más hondo de su cerebro, entrevistando a un amplio elenco de sospechosos: amigos, conocidos, aquel ex, aquel compañero de clase… Escuchó sus coartadas: «¿Magda qué?», «¿Cómo iba a conseguir tu número?» y «Recuérdame quién eres». En algún momento oyó a su padre pedirle a Diana un desayuno para tres hombres («Tres leñadores») y luego llamarla por su nombre («¿Maddy? ¿Te sientes leñadora esta mañana?»). Más tarde, Freddy llamó a su puerta y le preguntó en qué andaba. Cuando él y Nicky salieron de casa, Madeleine sacó a Watson, la volvió a meter dentro y la dejó trotar hacia la cocina. A ambas les vendría bien tener su espacio.

Y ahora son las 10.53 de la mañana y no tiene fuerzas para nada. Su estómago está enfadado. Ella también. Activa el teléfono y observa de nuevo el mensaje.

¿Quién podría saber lo de Magdala?

Sus dedos trotan por la pantalla. Demuéstralo, teclea, y luego pulsa Enviar.

# 27.

—Sebastian va colocado. —Freddy masca chicle mientras el Nissan se dirige al sur, dejando atrás pequeños edificios de apartamentos y árboles con ramas que se elevan hacia el cielo azul, como regocijándose—. Eso de ahí es Japantown, si te gusta el sushi —le dice a Nicky—. O incluso si no te gusta.

—¿Va colocado?

—Le doy un comestible antes de conectarlo. Un osito de cereza. El plato especial del chef. Se encontrará genial.

Nicky no puede imaginarse a Sebastian encontrándose genial.

—¿Te importa si hago de DJ?

Freddy le ofrece su teléfono.

—Sorpréndeme.

—Freddy —Nicky hace una mueca al ver las portadas de antes del nuevo milenio—, eres un hombre blanco de entre treinta y cinco y cuarenta y cuatro años.

—¿No te gusta mi música? —pregunta él con una sonrisa.

—Mira los tatuajes de este tío. Parece un mapa de carreteras del Reino de los Imbéciles. ¿Tú te harías un tatuaje?

—Ya has conocido a mi madre. Me quemaría vivo.

Nicky hace una pausa. No tenía intención de tenderle una trampa, pero sí lleva un tatuaje. Lo vio aquella primera noche: un texto cerca del codo. ¿Por qué lo niega?

—¿Qué vas a poner? —pregunta Freddy.

Nicky toca la pantalla y Freddy se vuelve hacia ella, con ojeras, los labios pálidos y agrietados y una sonrisa.

—Esta no es muy conocida. «*I get knocked out*…».

—«*But I get up again*…» —grita Nicky. Sigue hasta que Freddy comenta que no sabe cantar—. Perdóname, Pavarotti —responde.

—Entonces ¿te gusta la ciudad? ¿Echas de menos a tus amigos?

—Bueno, solo llevo cuatro días aquí. Estoy resistiendo. —Se alisa la falda y mira a Freddy—. ¿Alguna vez has pensado en irte?

—Joder, ¿tan poco te gusta?

—No —dice Nicky entre risas—, pero…

—Estoy cumpliendo cadena perpetua. Tengo que quedarme con lo que queda de la familia.

Y durante el siguiente cuarto de hora, el coche sortea a trompicones el tráfico matutino al son de la música de finales de los noventa. Nicky escucha con una sonrisa cada vez más tenue mientras Freddy narra su vida presente y pasada: entrenamientos, novias, las inexorables migraciones de sus compañeros a altares y barrios periféricos…

—¿No te aburro?

—No me aburres.

A Nicky le gusta la gente, le gusta oír sus historias; también le gusta Freddy, a pesar de su fanfarronería. Le gusta más ahora que le ha descrito lo que para ella es (aunque él no lo diga, aunque quizá no lo piense) la erosión constante de las oportunidades y la esperanza. Como Madeleine. ¿Está siendo condescendiente con ellos? Espera que no.

Y la cara cansada, la voz cansada: una noche dura, tal vez, pero es como si algo le hubiera marcado. Antes de anoche. Mucho antes, quizá. Incluso sus gustos musicales dejaron de desarrollarse a mediados de los ochenta. Y no era un buen momento para hacerlo.

De repente está segura: le oculta algo.

«¿Sientes un desagradable martilleo en la parte superior de la cabeza? Se apoderará de ti». La fiebre detectivesca se está extendiendo por su cerebro.

Freddy desvía la mirada hacia ella.

—Tengo un secreto para ti.

Nicky se inclina hacia él.

—¿Qué?

Freddy detiene el coche, se acerca a ella y susurra:

—Ya hemos llegado.

# 28.

Es una estrecha casa victoriana de dos plantas, de color azul Caribe y pegada a otras dos viviendas de un tono rojo quemado. Isaac Murray ha contraído una gripe estival. El raído albornoz con estampado floral que lleva favorece a pocos de sus ángulos.

—No hay nada más higiénico —dice, e invita a Nicky a entrar.

Su frente y la línea capilar están negociando una rendición; tiene la barba canosa y un sudor débil le enrojece la piel. Sin embargo, sentado a la mesa de la cocina, bañada por la luz de un ventanal, Nicky entiende el «flechazo» de Madeleine, incluso veinte años después. Llega a la conclusión de que son esos ojos de poeta, oscuros y profundos, que miran de forma entrañable a través de unas gafas de montura carey.

—La Misión está situada en un microclima —dice ahora mientras echa limón al té—, así que siempre contraigo la gripe estival antes que el resto de la ciudad. Miel casera, por cierto. Tengo un colmenar en la parte de atrás. —Toca un tarro de vidrio—. ¿Quiere un poco?

Nicky asiente.

Isaac le vierte una cucharada en la taza y se acomoda en los cojines de enfrente.

—Me había olvidado por completo de usted. Son todos estos antihistamínicos. —Se sorbe la nariz—. Estoy triste por Sebastian, y sorprendido también. Por un segundo me pregunté por qué no me había pedido ayuda. Con el libro, quiero decir. Ejerzo de escritor fantasma en memorias de famosos.

Lo dice sin quejarse.

—Usted está sobrecualificado. Solo estoy recopilando algunas historias para la familia.

Isaac bebe un sorbo.

—No es por sonar cínico… Le falta limón… Pero es una manera

inteligente de suavizar su imagen. «Según un libro privado publicado para sus seres queridos», etcétera. No se puede colar ese tipo de material en un comunicado de prensa. Es demasiado humano.

Nicky piensa en ello y observa la cocina, los armarios relucientes y los suelos desgastados. «Tal vez podría hacer circular sus escritos entre más gente», dijo Sebastian, pero si no ha intentado enmendar antes su imagen pública, cuando podría haberse beneficiado de ello, ¿por qué ahora?

—Hope y Cole van a aparecer mucho por ahí. En los obituarios y mucho tiempo después. Como William Burroughs; apuesto a que la mayoría de los artículos más largos de una frase mencionan que le disparó a su mujer en la cabeza.

—Accidentalmente.

—Para su esposa, eso no cambió nada. La cuestión es que si uno es escritor, sobre todo de novela negra, y tiene las manos manchadas de sangre…

—Nadie sabe si Sebastian tiene las manos manchadas de sangre.

—Probablemente no. —Isaac saca uno, dos, tres pañuelos de una caja y se suena la nariz con la fuerza de un huracán—. Creo que acabo de perder peso. Como iba diciendo: Sebastian podía ser un dolor de cabeza insufrible. Mejor que eso no lo cite. Y él y Hope discutían como guerreros. Tampoco cite eso. Pero ¿puedo imaginármelo deshaciéndose de su mujer y su hijo igual que los villanos se deshacen de las víctimas en sus libros? —Hace una mueca—. De todos modos, ahora ya no importa.

Nicky toca su teléfono.

—Usted fue… Estoy grabando, si no le importa. Usted fue su asistente de investigación en su libro de no ficción.

—*El nervio y el conocimiento* —proclama Isaac—, en el que observaba que la ficción policiaca es una forma de educación moral, y el detective… ¿Lo ha leído?

—El detective restablece el orden y defiende la justicia.

—Es irreductiblemente ético. Aristotélico, incluso. A Sebastian le gustaba mi experiencia en materia de investigación, pero, siendo esto filosofía popular, quería sobre todo a un escéptico, alguien a quien

convencer. —Se seca la frente con una manga—. Y me caían bien él y su familia. Habíamos pasado a su próxima novela cuando llegó el nuevo milenio.

Nicky asiente.

—Oiga, sírvame más. Voy a por mi atrezo.

Se trata de seis o siete objetos que figuran en seis o siete historias sobre Sebastian: una multa por exceso de velocidad, un corcho de champán y un pañuelo de bolsillo («Me enseñó cinco formas distintas de doblarlo»). Isaac sabe contar una historia, cómo halagar a su sujeto y, cuando el sol del mediodía se desliza por la mesa, el tarro de miel brilla como un farol.

Por fin se sienta. Nicky garabatea una nota en su bloc y levanta la vista.

—¿Hay algo más que deba preguntarle?

Isaac hace una pausa y voltea la taza de té.

—La filosofía —dice pausadamente— te enseña a destacar los puntos fuertes de una idea ocultando a la vez sus puntos débiles. Los escritores creativos…, usted, y yo a mi manera, lo hacemos todo el tiempo cuando elaboramos una historia. Y esto… —Mira los objetos y el móvil de Nicky—. Siento que me quito un peso de encima. —Empieza a limpiar los cristales de las gafas con un pañuelo—. ¿Sabe a qué me refiero?

Nicky mueve ligeramente la cabeza.

—A Hope y Cole. —Le brillan los ojos—. Es el mayor misterio en la vida de Sebastian, ¿verdad? ¿Por qué no está haciendo un llamamiento público en sus últimos días? ¿Por qué no intenta sacar a relucir la verdad? Tiene que haber una razón.

—¿Está diciendo que ya lo sabe?

—Es una posibilidad.

—Pero me ha dicho que no se lo imaginaba…

—He dicho que no creo que pueda imaginármelo.

—Si lo sabe, ¿por qué no lo dice?

Isaac se encoge de hombros.

—Es como cuando un mago agita la mano derecha para que no te des cuenta de lo que hace la izquierda. —Se vuelve a poner las gafas

—. ¿Ha hablado mucho de ellos? No es asunto mío, lo sé, pero soy humano.

—De Hope, sí. De Cole, no tanto.

—No tanto. —Un suspiro—. Cole no era… Bueno, digámoslo así: no era Sebastian Trapp. Nunca lo sería.

—Nunca le dio una oportunidad.

—Cierto. De todos modos, frustraba a Sebastian. Sobre todo porque el hijo de su hermano era un pendenciero. ¿Ha conocido a Freddy? —Ella asiente—. Le compraba cerveza cuando tenía quince años. Ese chico me debe veinte dólares.

Entonces, desviando la mirada al teléfono de Nicky:

—Apague la grabadora, ¿quiere?

Nicky toca la pantalla. Al cabo de un momento, Isaac se aclara la garganta y continúa.

—Un par de meses después de empezar a trabajar para su padre, Cole se hizo daño. Deliberadamente —añade mientras Nicky abre más los ojos—. Yo entraba por la puerta justo cuando su madre salía corriendo con Cole en brazos, envuelto en una toalla de baño. «Dígale a Sebastian que su hijo acaba de cortarse las venas», me dijo, y luego metió al niño en el coche y salió a toda prisa. Es todo lo que sé. Nunca averigüé por qué. —Se vuelve hacia la ventana y se estremece—. Por un instante le vi la cara por encima del hombro de su madre —dice—. Parecía…

Nicky espera.

—Derrotado —zanja Isaac—. Totalmente derrotado. —Suspira de nuevo—. Vi su brazo desnudo unas cuantas veces después de aquello. Si miraba de cerca podía distinguir las cicatrices, como una pequeña escalera.

Nicky no dice nada; se limita a estudiar el tarro de miel. «Qué triste —piensa—. Qué triste sentirse tan impotente».

Ambos se sobresaltan cuando la puerta principal chirría y se cierra de golpe.

—Allanamiento de morada —dice una mujer—. ¿Sigues vivo? Porque, si no, me llevo tu cartera…

Entra en la cocina, alta y esbelta, con vaqueros y chaqueta, unos

ojos rápidos bajo un casco de lustroso pelo azul.

—Le presento a la mejor sabueso de todos —le dice Isaac a Nicky—. Mi esposa, la inspectora B.B. Springer.

# 29.

—Lo siento. No, no se mueva —dice mientras Nicky se levanta, peleándose con la mesa—. Siento interrumpir. Solo venía a ver al paciente. He traído un poco de masa madre.

B.B. Springer deja caer una bolsa de papel sobre la mesa, de la cual asoma una barra de pan.

—No te besaré, pero que sepas que me gustaría. ¿Dónde está Tequila Sunrise?

—En la comisaría. Mi nuevo compañero es un hombre rubio con nombre latino —explica B.B. a Nicky mientras hurga en la nevera—. También conocido como Antonio Rubieras. —Coge una bolsa de zanahorias baby—. ¿Habéis llegado a la parte donde me conociste?

—B.B. era una de las inspectoras que investigaban el caso Trapp —dice Isaac—. La primera vez que la vi, estábamos en una sala de interrogatorios.

—Y unos doce meses después, llama y pregunta: «¿Sigo siendo una persona de interés?». Y yo contesto: «No», y él dice…

—«¿Puedo serlo?» —balbucean al unísono.

—Iba borracho —añade Isaac.

—Al menos salió algo bueno de todo ese asunto.

La sonrisa de B.B. se desvanece y da un mordisco a una zanahoria.

Nicky inspecciona su teléfono.

—Tengo que irme. Gracias por su tiempo.

—Por favor, dele recuerdos a Diana —dice Isaac.

Su mujer sonríe.

—Sí, a Isaac le gustaba la princesa Diana.

—Quiero pensar que era mutuo.

—Y, sin embargo, veinte años después está casada con Sebastian Trapp.

—Solo porque me casé contigo primero.

—Yo habría apostado por la cuñada. Como esposa para la secuela.

B.B. aniquila otra zanahoria y se queda mirando a Nicky.

Isaac da una palmada a la caja de pañuelos vacía.

—Vuelvo enseguida —dice, y sale presuroso de la habitación.

Las mujeres se miran en silencio, B.B. masticando, Nicky inquieta. Cara a cara con una investigadora de carne y hueso, se siente como un espécimen clavado a una mesa de disección.

De repente, B.B. cruza la cocina y se agacha. Luego se inclina y se pasa un mechón de pelo azul por detrás de la oreja.

—Si en algún momento quiere hablar de Sebastian Trapp…

—Nicky no es un topo, nena.

Desde el umbral, Isaac se suena con un pañuelo.

B.B. está de pie, con los brazos extendidos en señal de rendición.

—Ningún caso está demasiado frío. —Se acerca a su marido y le besa en la frente—. Te queda mejor ese albornoz que a mí. Nicky —dice, saliendo de espaldas—, cuídese.

Isaac saca un tarro de miel de un armario.

—¿Podría darle esto a Sebastian? Siempre me sentí mal por no haberme despedido. Le escribí varias cartas.

La acompaña al vestíbulo.

—Tampoco volví a hablar con Diana después de aquella noche. Hasta que llamó el otro día. La última vez que la vi fue en comisaría, prestando declaración. ¿Está bien?

Nicky sonríe.

—Creo que sí.

Salen al soleado exterior.

—¿Lo conoce? —pregunta Isaac, mirando el Nissan aparcado junto a la acera.

—Es Freddy Trapp, mi chófer.

—Pues su chófer acaba de hacernos una foto. —Entrecierra los ojos—. O quizá estaba enviándonos mensajes. No me haga caso. Vivir con un policía te vuelve paranoico.

Issac rechaza un apretón de manos —«No quiero contagiarte»— y luego, para sorpresa de Nicky, se acerca, como si temiera que Freddy pudiera oírlos.

—Mi mujer siempre ha creído que alguien de la familia sabe más de lo que dice.

Nicky hace una pausa.

—¿Quién?

—No está segura. Es solo un presentimiento. Pero tenga cuidado en esa casa —le susurra—. Demasiadas habitaciones, demasiadas escaleras. B.B. dice que era la clase de lugar donde en cualquier momento podías tener a alguien muy peligroso detrás de ti.

Nicky espera.

—Disfrute de San Francisco —añade, y vuelve adentro.

Al cabo de un momento, Nicky desciende los empinados escalones hasta la acera. Al acercarse al coche, mira las manos de Freddy, que está toqueteando el teléfono con los pulgares. Él no se da cuenta de que está allí. Nicky ladea la cabeza e intenta leer la pantalla.

—Te he traído café —dice él sin levantar la vista, y ella retrocede unos pasos, tan sobresaltada que casi se le cae la miel.

# 30.

—Creo que le debo veinte dólares a ese tío —dice Freddy al iniciar la marcha, mientras los altavoces hacen retumbar la canción de antes—. Aquí tienes tu americano.

En la taza pone ELABORADO EN BETTY'S. Nicky decide no desvelar que no bebe café y finge sorber mientras mira discretamente a su conductor. «El hijo de su hermano era un pendenciero».

El pendenciero acciona el intermitente.

—Otra vez *I Get Knocked Down* —dice Nicky.

—Ah, lo siento.

—No era una queja.

—Recuerdo que a Cole le gustaba esta miel. Lo cual me ha dado que pensar. —Se aclara la garganta—. Ayer mencioné esa fiesta.

—La de girar la botella.

—Y que más tarde lo oí en la litera de abajo.

Nicky espera.

—La noche que desapareció fue la única vez que durmió arriba.

Nicky siente que se le eriza el vello de la nuca.

Cuando Freddy vuelve la cara hacia ella, tiene las pupilas brillantes y temblorosas.

—Nunca… No se me había ocurrido antes. Nadie preguntó, supongo. Además, ya no hubo más fiestas de pijama.

Cuando se acercan a un stop, deja de hablar, como si la señal le hubiera hecho callar, y cierra los ojos un momento.

—Esa noche quería la litera de arriba.

—¿Por qué?

—Eso mismo me pregunto yo. Dijo: «Hace años que no…».

Extiende los dedos sobre el volante. Nicky escucha.

—Cole esperaba que fuera un año mejor. Supongo que no funcionó. —Freddy hace una mueca mientras el coche está al ralentí—. ¿Por qué

querría esa cama?

Detrás oyen un claxon, pero Freddy hace caso omiso.

—¿Y cómo pude seguir durmiendo mientras ocurría lo que fuese que ocurrió?

Desde esta mañana, Freddy parece haberse ralentizado, oscurecido. Nicky niega con la cabeza.

A Freddy se le quiebra la voz.

—Simone decía que yo era su amigo. Pero… —Se lleva una mano a la frente, tuerce el gesto y acaba rindiéndose; le caen lágrimas por las mejillas—. No siempre lo fui. —Otro toque de bocina. Freddy levanta el dedo corazón y sigue hablando—. Ese perro al que besó… Eso…

Se atraganta. Nicky espera.

—Joder, fue idea mía. Era solo una broma, pero… Esperaba poder gestionar el sentimiento de culpa contando cómo lo hice. A veces me burlaba de él. Oh, joder.

Los sollozos son sísmicos.

El cinturón de seguridad de Nicky se retrae con un siseo y le da un abrazo, con la barbilla pegada a un hombro ancho y el pelo presionando una mejilla áspera. Al cabo de un momento, Freddy se calma.

Finalmente, se pasa una mano por la cara.

—Debería haberme peleado con todos los que lo acosaban. —Entrecierra los ojos—. En especial su padre.

—Todavía tienes el dedo levantado —le dice Nicky.

—Ah. —Exhala—. No me hagas caso. Últimamente soy un desastre.

—¿Quieres hablar de ello?

—No —responde él entre risas—. Son cosas personales. No debería estar contándote todo esto.

Nicky se muerde la uña del pulgar.

—¿Por qué me lo has contado?

Freddy mira por el retrovisor, se acaricia las mejillas («Mierda, mira qué pinta tengo») y se vuelve hacia ella con los ojos entornados.

—¿Por qué? Supongo que es fácil hablar contigo.

Una sonrisa amodorrada y el coche reinicia la marcha. Freddy agarra la palanca de cambios con tanta fuerza que se le ponen los

nudillos blancos.

—¿Cuál es tu teoría? —pregunta—. Hope. Cole. Érase una vez…

Nicky ve pasar los postes de teléfono.

—Bueno, conozco la historia, pero no es… Estoy aquí para escribir sobre tu tío y sus libros.

Es prácticamente la verdad.

—Escenario uno —dice Freddy, como si no hubiera estado escuchando—. Se escaparon, en cuyo caso alguien los habría visto tarde o temprano. Al menos en veinte años.

Nicky se muestra de acuerdo.

—Agatha Christie desapareció una vez. Cogió y se fue, sin secuestro ni nada. Se inició una búsqueda por todo el país. Fue un circo mediático.

—¿Cuánto tardaron en encontrarla?

—Once días. La identificó un banjista en el hotel donde se había escondido.

—¿Dónde hay un banjista cuando lo necesitamos? Escenario dos: secuestro. Pero ¿por qué no dieron señales? No pidieron rescate ni nada. No, señora. —Mueve tres dedos—. Escenario tres: un ovni. Lo creas o no, hay gente que se traga eso.

—Lo creo.

—Hay salas de chat e hilos de comentarios donde la gente intercambia teorías de la conspiración. Guardianes de los Trapp, se hacen llamar. Es lamentable. No te haces a la idea.

Nicky se hace una idea bastante aproximada.

Mientras atraviesan Hayes Valley, suena el teléfono de Freddy.

—Ah, es Simone —murmura, y lo deja sonar.

Nicky recuerda las palabras de B.B.: «Yo habría pensado en la cuñada como secuela matrimonial». Tamborilea con los dedos sobre el tarro de miel que tiene entre los muslos.

—¿Tu madre y tu tía estaban unidas?

—La verdad es que no.

Freddy pisa el freno y Nicky se vuelve hacia la ventana. ¿Cómo no se había dado cuenta de que ya habían llegado a una casa tan grande?

—Gracias por traerme —dice al bajar del coche.

—Gracias por el abrazo.

—Recibirás la factura por correo.

—Se te olvida algo.

Nicky inspecciona el asiento del acompañante y se palpa los bolsillos.

—El cuarto escenario. Y, en mi opinión, la verdadera historia. —Mueve cuatro dedos—. Murieron.

A pesar del calor de primera hora de la tarde, Nicky se estremece.

—¿Cómo?

—Ahí el misterio —dice Freddy, encogiéndose de hombros.

# 31.

Es él.

Durante las largas horas del día, de forma irregular pero ineluctable, expone sus argumentos mensaje a mensaje, con Madeleine acurrucada a oscuras en el sofá.

Dos docenas de historias: aventuras de vacaciones, juegos de infancia, Watsons diversos. Decorando un cartel para la primera taquilla escolar de Madeleine, con su nombre tan mal escrito que es casi indescifrable; bebiendo tazas de té ruso después de la escuela mientras veían reposiciones de *Remington Steele* en televisión; las horas que pasaba sentado en su dormitorio, pacientes y plácidas, mientras ella le maquillaba la cara.

Un dosier de secretos familiares, incluida la disputa de sus padres por las hormonas de crecimiento, que Hope prohibió, argumentando que Cole debía «madurar de forma natural». El plano de su casa en Inglaterra; el suicidio de su abuelo.

Tu amiga Patti le dio a Watson III chocolate blanco para ver si se envenenaba. Después de que vomitara en el solárium, les dijiste a mamá y papá que había sido yo. Patti también debía de saberlo, por supuesto, pero está cumpliendo cuatro años por trapicheos.

La Nochebuena de 1996 creías estar embarazada. Último curso, Cameron Dunlop, la cama de agua de su hermano, y, dos semanas después, ella llevó a Cole a la farmacia y le rogó que comprara una prueba de embarazo («Róbala si es necesario»). Tardó una eternidad en salir; «Quería elegir la mejor», explicó al montarse en el coche con una caja de cartón rosa y una bolsa de M&M's. «El chocolate es por si estás triste porque no hay bebé». De vuelta a casa, tras materializarse un cortante «no» en el test, Madeleine repartió la bolsa con él.

Una vez fuimos en bici a Fort Point y jugamos al escondite en las catacumbas y tardaste una hora en encontrarme. Cuando aparecí, me

diste una bofetada y un abrazo. Le encantaba ir en bici, sobre todo a Fort Point: una ciudadela de ladrillo de la época de la fiebre del oro (sin vigilancia), coronada por un faro (fuera de servicio), con una hermosa vista de Alcatraz (vacía), fijada para siempre bajo el puente Golden Gate. Cuando tenía más o menos doce años, empezó a ir solo en bici hasta allí, a cinco kilómetros de Pacific Heights, con un bocadillo y un bloc de dibujo en la mochila.

Echo de menos jugar al escondite contigo, añadió.

Compartían un idioma. Y la persona al otro lado de esta línea es un hablante nativo. La persona al otro lado de esta línea es Cole.

A Madeleine le tiemblan las manos. Siempre tuvo la esperanza de que estuviera vivo, por supuesto. Lo creía, incluso. Pero esto es abrumador.

Le duelen los ojos. Enciende la lámpara del escritorio («¿No quieres una bombilla más suave? —preguntó su padre—. Podrías invocar a Batman con esa cosa») y flota hacia el sofá, murmurando su nombre, moldeando sus labios pálidos a su alrededor. «Cálmate», se dice a sí misma. «¡Regocíjate», añade, de repente eclesiástica: regocíjate por Cole, por su carne y su sangre, que vuelve a ser caliente. Regocíjate por este niño perdido, protagonista de una famosa desaparición, que ahora podría explicar tantos misterios. Alégrate por…

¿Cuántos misterios, exactamente? ¿Qué puede contarle? ¿Por qué se comporta como un hombre invisible?

¿Por qué ahora?
¡Ha pasado mucho tiempo!

Magdala. Necesito tu ayuda.

Noventa minutos desde su último mensaje. Toquetea la pantalla.

Lo que sea.
¿Dónde estás? ¿Puedo verte?

Contiene la respiración.

Los puntos se suceden en la burbuja de texto como si fueran código

Morse. Entonces, la burbuja estalla, con puntos y todo.

Los dedos de Madeleine se tambalean sobre el cristal.

Me alegra saber de ti.
Por favor, ¿podemos vernos para
que puedas cantármelo todo?

Contármelo

Muerda

Mierda

¿Cómo hace la gente en las películas para escribir tan impecablemente, incluso cuando están salvando el mundo? ¿También le tiemblan los dedos a Cole?

Se trata de papá
Sé que se está muriendo. Necesito tu ayuda antes de que muera.

No yéndose, sino muriendo. Madeleine hace un gesto de dolor.

¿No quieres saber qué le pasó a mamá?

Madeleine parpadea.

¿Lo sabes?

Puede. Pero necesito tu ayuda.

Quiere preguntarle qué sabe, por supuesto, de la misma manera que la esquelética princesa de Disney quería tocar el huso de la rueca: dolerá, pero ¿y si tiene razón?

(Pero ¿y si se equivoca?).

¿En qué puedo ayudarte?

Dile que desearías saber lo que le pasó.
Él puede decírtelo.

Ojalá supiera lo que te pasó a TI y pudieras decírmelo.
¿Papá sabe de ti?

Ni idea. Ten cuidado.

¿Su padre no tiene ni idea de que Cole está vivo? ¿O Cole no tiene ni idea de si lo sabe su padre? ¿Y qué es exactamente lo que Cole cree que sabe Sebastian? Y…

Es un enredo. Madeleine se frota la frente, como si quisiera alisarla, pero la pregunta sigue aflorando en su mente, como un cuerpo pesado que no permanece sumergido: ¿su padre le ha ocultado algo?

No se lo preguntará. No quiere saberlo.

Su teléfono vuelve a vibrar.

Hasta pronto.

Y ella también vibra estremecida. No oye el chirrido de la puerta al abrirse.

# 32.

—¿Madeleine?

El teléfono repiquetea sobre la mesa y ella dice algo impublicable.

—Siento molestar —dice Diana al entrar—. Watson estaba al otro lado de la puerta, gruñendo un poco.

—Ah. —Madeleine se aclara la garganta y se aparta el pelo de las mejillas—. Lo siento.

—Estoy segura de que no le importa.

Madeleine no se estaba disculpando con la perra, que ahora entra en la habitación con la actitud de alguien a quien le importa mucho, pero da igual. A través de unos ojos sombríos, Madeleine contempla a Diana, que lleva una blusa negra sin mangas y pantalones de color crema, reluciente como un espejismo.

—Esto está bastante oscuro —dice.

Madeleine echa un vistazo a la habitación y contempla un pequeño teatro: paredes y estanterías envueltas en sombras y ventanas cubiertas con cortinas; el espejo de la esquina es de cristal negro. Ella está sentada a la luz de la lámpara de sobremesa. Diana se encuentra justo al otro lado.

—¿Estás bien?

—Todo genial —responde Madeleine—. Fantástico.

—Estaba desconectando a tu padre. Freddy no ha vuelto.

Madeleine tuerce el gesto. El nefrólogo los había entrenado a todos: tapones, abrazaderas, tubos, válvulas; no es especialmente complicado, dijo, pero Madeleine no era capaz, no podía soportarlo.

—¿Qué harás cuando se haya ido? —se oye preguntar.

Diana ladea la cabeza.

—¿Quieres decir que cómo me las arreglaré? ¿O dónde iré?

Abochornada, Madeleine no ha pensado en cómo lo gestionará Diana.

—Ambas cosas.

Diana se sitúa bajo la luz y se apoya en el brazo redondeado del sofá. Ahora, las dos están interpretando una escena íntima.

—Bueno, esta no es mi primera pérdida, como ya sabes.

La noche antes de pedirle matrimonio a Diana, después de que Madeleine le preguntara por qué quería volver a casarse, su padre le contó la historia: el joven marido, el accidente, el bebé mortinato, la vida que se desmoronó alrededor de Diana como una casa en llamas. «Ella conoce la pérdida tan bien como nosotros —le dijo—. Creo que podemos ayudarnos mutuamente».

Madeleine inclina ligeramente la cabeza. Ella y Diana nunca han hablado del tema.

—Sin embargo, esa pérdida fue diferente —dice Diana—. Tu padre ha vivido. ¡Ha vivido toda una vida! Y cuando muera… Uso esta palabra porque es lo que va a pasar… —Cierra un poco los párpados y cruza las manos sobre el pecho—. Le echaré de menos. Le echaré terriblemente de menos. Pero —mirando de nuevo a Madeleine— yo también tengo toda una vida por delante. No sé cómo será, pero sí sé que se la deberé a tu padre.

»Gran parte de mí se ha ido. —Lo dice con mucha sencillez—. Faltan muchas partes. Durante una época esperé, pensando que me las devolverían con el tiempo, pero no: habían desaparecido. Como piezas de rompecabezas perdidas. Todavía tienes los bordes, ya sabes, los bordes limpios del exterior, pero la imagen no está completa. Y nunca lo estará.

Madeleine nunca la había oído hablar así. Nunca la había oído hablar tanto. Es uno de los motivos por los que nunca se planteó la idea —popular en ciertas salas de chat— de que Diana y su padre fueran pareja antes de la desaparición de su madre. Por aquel entonces, Diana hablaba aún menos, y Sebastian no habría mostrado el menor interés en una mujer callada. Aun cuando él y Hope libraban una guerra fría, hablaban, seguían deleitándose en las discusiones. Mucho más tarde, por supuesto, después de aquellos años de desolación, encontraría en una persona callada a la compañera ideal: alguien que escuchara mientras él recuperaba la voz. Ahí hizo

aparición Diana. O volvió a hacer aparición Diana.

Cuyos ojos brillan. Está radiante.

—Pero queda bastante de mí. Y se me ha ocurrido que podría mudarme a la Provenza. —Sonríe—. Tendría que repasar francés. O quizá a Oriente Próximo. Sería una aventura, ¿verdad? Me siento como si la muerte no dejara de lanzarme dardos y alcanzara a mis seres queridos. Puede que me dé alcance en el extranjero. Una cita en Samarra. —Su sonrisa se desvanece—. Pero lo que no haré es quedarme en San Francisco.

Para su horror, las costillas de Madeleine le oprimen los pulmones. Se quedará sola. No daba por hecho que Diana se quedaría, ni siquiera quería que fuese así, pero ahora se siente alarmada.

—Por si te lo preguntabas, no he visto el testamento —añade Diana—, pero no quiero la casa. Ninguna de las dos casas. —A Madeleine se le acelera el corazón—. No quiero nada. Tu padre es muy consciente de ello. Ah, Watson —que se ha acercado a ella resoplando—, a ti también te echaré de menos.

Watson suspira.

—Madeleine. —Cuando Diana lo dice, Madeleine se da cuenta de las pocas veces que pronuncia su nombre; suena ligeramente exótico envuelto en esa encantadora voz—. Eres la última que queda y esta es tu casa. No pienso quedarme mucho tiempo —otra vez esa punzada de pánico—, pero, si quieres escapar una temporada, eres bienvenida.

Ambas saben que no lo hará, o al menos Madeleine lo sabe, pero ahora se cierra la puerta principal.

—Nuestra invitada —murmura Diana y, cuando se levanta, se aleja de la luz. Su escena ha concluido.

—Sobre eso —dice Madeleine—. Sobre ella… ¡Ya basta! —La perra está mordiendo un paquete de tabaco—. ¿Por qué no yo? —Hay ira en su voz; de repente se le nubla la vista—. ¿Por qué no me lo pidió a mí?

En la puerta, Diana se da la vuelta.

—¿No era suficientemente buena escritora?

—Pues claro que sí. No… —Diana hace una pausa—. Creo que no quería preocuparte con su muerte —dice—. Creo que no quería que

revivieras lo que ya has vivido.

—¿Eso lo dijo él?

—Lo digo yo, porque lo creo.

Cuando Diana se va, Madeleine descorre las cortinas; entra una luz cansina, se rinde y muere junto al sofá. Vuelve a la mesa y mira su teléfono en busca de intrusos.

Así que piensan abandonarla. Así que va a vivir sola en esta casa. Excepto por Freddy, imagina, y Simone. Excepto por Simon St. John, si puede proyectarlo desde el pasado y trasladarlo a la pantalla.

Y excepto, posiblemente, por su hermano, veinte años mayor, equipado con un número anónimo y lo que parece un plan.

# 33.

Alguien la está vigilando.

Nicky no se da cuenta en toda la tarde, al menos mientras teclea en el escritorio, transcribiendo las historias de Sebastian; tampoco cuando escribe en el suelo, en un charco de sol, dándoles forma y refinándolas; ni cuando está tumbada en la cama, revisando la ortografía. Tampoco cuando su anfitriona llama a la puerta y entra con páginas impresas y sashimi para llevar.

(«¿Isaac tiene abejas? —pregunta Diana, inspeccionando el tarro de miel—. Qué inesperado»).

Después de aguardar en el pasillo, preparándose en vano para el martilleo de las teclas de la máquina de escribir, Nicky desliza las páginas por debajo de la puerta de la biblioteca. Nueve mil palabras, la voz de Sebastian a dúo con la de ella. Le sorprende lo mucho que espera complacerlo.

Aunque ahora, bajo la tenue luz de la luna, el peso de una mirada es como un golpecito en el hombro. Se vuelve hacia el pelotón de bulldogs disecados, en modo camuflaje nocturno, pero ellos la miran fijamente con concentración militar.

No: los ojos de Nicky están clavados en el rostro de un niño de sexo indeterminado, extraordinariamente pintado y enmarcado en oro, apoyado en el asiento hundido de una mecedora. El retrato tiene al menos un siglo de antigüedad. El niño es inusualmente feo.

Nicky recorre la habitación, avanzando lentamente hacia el andrógino al óleo. No se había fijado nunca en ella o él. La placa que hay en la parte inferior del marco dice, de manera poco útil: *Un niño*.

Nicky se queda quieta y luego se balancea hacia atrás. El tablón cede ligeramente bajo su pie.

Se aleja. *Un niño* la observa.

Nicky se arrodilla y presiona el tablón hacia el espacio que hay bajo

el suelo, del cual emana una nube de polvo.

Aguanta la respiración, mira en la oscuridad y distingue una…

… mariposa roja.

Parpadea.

Luego hunde la mano en el suelo. La mariposa es suave al tacto, y la oscuridad que la rodea es tersa como la piel de un animal. Se estremece, presiona las yemas de los dedos contra el vello, traza el largo borde de…

La saca de su guarida.

Un libro, corto, grueso y cubierto de polvo, con una calcomanía de mariposa pegada a una cubierta púrpura.

Nicky lo abre.

La primera página está escrita con rotulador, colores tropicales, esmeradas mayúsculas:

DAIRIO DE COLE TRAPP

Abajo, en letra pequeña:

COPYRIGHT MCMXCVII

El diario de Cole Trapp, con veinte años de polvo acumulado. Imagínate.

Pasa a la página siguiente.

*31 de deicembre de 1997. Por favor, no leas mi dairio!*
*Gracias y feliz Año Nuevo!*

Torpe escritura a mano, tinta borrosa.

Nicky descubre a *Un niño* mirando por encima de su hombro y se va a la cama, donde, a la luz de la lámpara, comienza a leer.

«Dislexia o algo así», había dicho Simone, y, efectivamente, Cole escribía mal, aunque concienzudamente, y unas cuantas palabras de

cada página aparecían tachadas y remodeladas. Aun así, decidió escribir. «Bien por él», piensa Nicky.

Su diario, como el de la mayoría de los jóvenes, iba claramente dirigido a un público imaginario, al menos al principio: recapitulaciones someras sobre comidas o exámenes de matemáticas, sus aventuras en el zoo. Transcribe un chiste extremadamente vulgar que oyó en el coche compartido («No lo enteindo!»). Registra su altura y peso durante medio año; ninguno de los dos cambia demasiado. Cada dos meses, él y su madre se van un fin de semana: a pisar uvas a Napa, a ver ballenas en Puget Sound, a Disneyland. Flores mal dibujadas decoran los márgenes, y abejas y mariposas revolotean entre los renglones.

Sin embargo, hacia el final de octavo curso, las entradas se vuelven más oscuras y profundas; incluso la tinta de la página parece más negra. «Hay algo en mí que no les gusta a los demás», concluye Cole el último día de escuela, y menciona un labio ensangrentado («Teddy me encerró en la taquilla para que en setpiembre un estudiante la abra y vea una pila de huesos») y una hilera de compañeros de clase que le profirieron insultos durante la asamblea matinal.

Nicky lee por encima lo sucedido ese verano: las tardes cuidando a crías de tortuga y pájaros heridos; visitas habituales a la piscina de sus padrinos. Hope aparece con frecuencia, por supuesto, y Madeleine también, en los meses previos a su segundo año en Berkeley. En una página, Cole ha pegado una postal que ella envió desde Belice; en otra, ella se burla de Cole por irse a mitad de *Salvar al soldado Ryan* («Se suponía que me llevaría a ver *Mulán*»). Freddy, que pasó dos meses en Berlín con un programa de estudios en el extranjero, había escrito una carta, debajo de la cual Cole traduce el mensaje al inglés: «Papá dice que esto significa: soy un agujero de cerveza sin fondo y me encanta meter la lengua en la cara de muchas mujeres alemanas».

Empiezan a pesarle los párpados. Nicky sigue leyendo.

Sebastian ha pasado los primeros meses de 1998 de gira: en febrero, Cole cataloga el regalo de un bumerán enviado desde Perth, acompañado de una nota que dice: «Dale esto a tu hermana si no lo quieres». Pero, cuando vuelve, recorre el diario como un viento

primaveral, tan enérgico y cortante que las páginas casi se erizan. Marzo: «Papá le dijo a mamá que es bohcornoso que un hijo de escritores no sepa escrivir bien». Abril: «Papá pregunta por qué no puedo parecerme más a Freddy». Día de la Madre: «Papá dice que paso demasiado tiempo con mamá». Día del Padre: «Papá me dio las garcias por mi dibujo, pero Maddy me dijo que lo habia tirado». El 4 de julio: «Noche de fuegos artificiales. Papá dice que no me tape los oidos, que ni a Watson le moletsa el ruido y tiene las orejas más grandes».

Y luego, un mes después de reanudar las clases, en su decimocuarto cumpleaños, esas mismas palabras: «Hay algo en mí que no les gusta a los demás».

Nicky siente frío.

Toda la mañana, los estudiantes habían acudido a él con las manos en alto —«Me desearon feliz cumpleaños»— y Cole chocaba ansiosamente la palma de su mano contra la de ellos («Misty me chocó los cinco dos veces»). No fue hasta el almuerzo cuando supo, a través de Freddy, que alguien le había pegado una hoja en la espalda: «choca esos cinco con el maricón del cumpleaños».

> Fui caminando a casa Papá estaba allí. Se enfadó y me dijo que fuera más duro. Isaac me llevo de vuelta a la escuela. Dijo que nuestro coche es muy guay y que los abusones no se gustan a si mismos. Siento que no se gusten a si mismos poqrue yo tampoco me gusto y me siento fatal.

De repente, Nicky tiene que apartar la mirada de Cole. Mueve los pies hasta el suelo y esconde el diario debajo del retrato, piensa en las postales en su bolso, en su torpe manera de escribir. *Un niño* la mira con ojos conspiradores.

# Domingo, 21 de junio

# 34.

Una vez que ha llevado el barco de alquiler a aguas abiertas, Jonathan invita a Nicky a coger el timón. Hace años que no navega, y desde luego nunca ha pilotado una embarcación de catorce metros de eslora.

El *Bavaria* surca un ligero oleaje. Nicky observa las olas desplazándose por la bahía; islas al norte, este y oeste; más al sur, la curva del paseo marítimo y la ciudad apilada detrás en empinadas laderas. A lo lejos, el puente de la Bahía, que une San Francisco y Oakland. Todo ello —el agua del mar y los rascacielos, e incluso la piedra pálida de Alcatraz— reluce como en Technicolor bajo un sol blanco de mediodía.

—Arrr, amigo —murmura Nicky.

Al pasar por delante de la prisión con las velas hinchadas por el viento, Jonathan lee en voz alta el folleto del puerto deportivo.

—«Parque Nacional de la isla de los Ángeles —su dedo traza un círculo en el aire hasta encontrar un bulto rugoso de vegetación— es la mayor isla natural de la bahía de San Francisco. Durante la Segunda Guerra Mundial, los prisioneros de guerra japoneses y alemanes eran retenidos en la isla de los Ángeles antes de ser enviados a unas instalaciones de internamiento tierra adentro».

—Encantador.

—Y eso —una ciudad flotante situada más adelante— sería isla Treasure, construida para la Exposición Internacional Golden Gate en 1939. También hubo sacrificios humanos en los cincuenta.

Al despertar esa mañana, Nicky encontró un sobre bajo su puerta, como en una historia de espías. Sebastian esperaba que pudiera disculpar su ausencia. Hoy tenía que visitar a sus matasanos, pero Nicky debía disfrutar de una alegre aventura. Mañana la llevaría a un lugar que la sorprendería. Y debajo de sus iniciales escritas en tinta azul:

Si encuentra mi cuerpo frente a su puerta, es que la subida me ha matado.

Nicky sonrió e inspeccionó el descansillo, por si acaso. Y, ni transcurrido un minuto, como si presintiera una oportunidad, Jonathan la llamó para invitarla a navegar.

Sus conversaciones son cómodas desde que se encontraron en el muelle: los años de él en el mundo de las finanzas londinense, los años de ella en las aulas neoyorquinas; los estudios clásicos de él, la licenciatura en Administración de empresas de ella; los amigos de él en casa, los amigos de ella en casa.

—Últimamente he estado releyendo libros clásicos traducidos al latín. He olvidado el griego antiguo, pero me gusta estar al día con el latín.

—Al día con tu lengua muerta —dice Nicky.

—Mira, si ABBA pueden volver, puede hacerlo cualquier cosa.

Cuando se alejan de la sombra del puente de la Bahía y las velas se enrojecen de nuevo con una luz repentina, le pregunta por qué ha venido a San Francisco. Él está de pie en lo alto de la cabina, con la vela mayor resplandeciente a un lado y un cielo azul puro al otro, de modo que no puede verle la cara.

—Pasé algún tiempo aquí hace mil años —dice Jonathan—. La verdad es que no recuerdo que me encantara, pero… —Se encoge de hombros—. Aquí estoy desde hace dos meses.

No es una gran respuesta. Suavemente, Nicky hace girar el timón, de modo que las sombras se alejen de él. Jonathan se agacha para soltar la vela mayor.

—Es una ciudad extraña. Hay hippies envejecidos, aristocracia local, gente del sector tecnológico pasando por encima de los indigentes en la acera. Madre mía, algunos de los tíos de las *start-ups* que hay en mi equipo de fútbol…

Nicky estabiliza el timón y se pone las gafas de sol.

—Un tipo… Chad, se llama…

—Cómo no.

—Chad creó una aplicación que emparejaba a ejecutivos juerguistas

del sector tecnológico con empresas afines. —Jonathan se apoya en el mástil—. Podías buscar compañías por el nivel de atractivo de sus empleadas, por la frecuencia de las fiestas en la oficina o por lo que fuera. Y entonces contactabas con otros usuarios hasta conseguir un trabajo allí.

—¿Qué podía salir mal?

—Lo que salió mal fue que Chad y los otros programadores no se pensaron bien el nombre de la aplicación.

—¿Cómo se llamaba?

—SexyJobs.

Surcan la bahía, deslizándose entre las islas, e intercambian posiciones mientras las olas se agitan y las velas zumban. Nicky se siente mareada por el oxígeno. Suelta el timón y se rodea el torso con los brazos.

En el mismo momento en que atraviesan la estela de una lancha motora, Jonathan sale de la cabina con dos vasos de merlot. Los vasos se le caen de las manos, se estrellan contra la cubierta y ensangrientan la fibra de vidrio. Contempla la carnicería con desolación.

—Parece la escena de un crimen —lamenta.

Así que beben directamente de la botella, Nicky sentada con las piernas cruzadas y Jonathan asiendo el timón con una mano perezosa. Nicky observa cómo se le mueven los músculos de la garganta al tragar.

—¿Cuánto tiempo te quedarás aquí? —pregunta.

—Ni idea. Me apetece un verano fresco. Londres alcanzó los tres dígitos el pasado julio. —Sonríe—. Hablo en Fahrenheit.

—Y después del frío y sombrío verano —dice Nicky, levantándose —, ¿dónde irás? ¿Dónde están los otros…? ¿Cómo te apellidas?

—Grant.

—¿Dónde están los otros Grant? ¿Tus Granti?

Jonathan se vuelve hacia ella, los cristales de sus gafas como rayos de sol. El movimiento es tan repentino, y la luz tan intensa, que Nicky se echa hacia atrás y la barandilla de alambre se dobla contra sus omóplatos.

—Aquí y allá —responde, haciendo girar el timón para aprovechar

mejor el viento—. ¿Vamos al sur?

Jonathan se enrolla el cabo en los nudillos e iza la vela mayor. Mientras Nicky se acerca a la proa para desatar el foque, la embarcación gana velocidad. Las velas están tensas como si fueran una piel, excepto en los bordes, donde tiemblan como nervios. Nicky resbala en la cubierta y amortigua la caída con las palmas de las manos.

—Espera —le dice a Jonathan, pero ya tienen el viento en contra, el aire restalla y la vela mayor se precipita hacia ella en una gran ola. Se agacha bajo la botavara cuando se balancea por el barco, arrastrando la sombra de la vela tras ella, de modo que, cuando se levanta, la luz del sol la deslumbra. Entrecierra los ojos y se abalanza sobre la cornamusa del foque.

—Lo siento —grita Jonathan por encima del estruendo. Nicky, sin aliento, va corriendo hacia la cornamusa opuesta, sujeta el foque y vuelve al timón—. Me temo que estoy navegando borracho.

—Yo me ocupo —le dice ella.

Más tarde, cuando se dirigen al Golden Gate, Jonathan se sienta en la puerta de la cabina abrazándose las espinillas; casi parece un adolescente, piensa Nicky, con las extremidades dobladas como una tienda desmontada.

—Así que el tío de Fred debe de ser un espécimen interesante.

—¿Dices que no has leído sus libros? —pregunta Nicky.

Jonathan se inspecciona una costra en la rodilla.

—Como le dije a Fred, no nos gustan mucho los escritores estadounidenses que se disfrazan de nuestro pasado.

—Creo que es bastante famoso allí.

Jonathan se encoge de hombros.

—A mí dame una buena biografía. —Ladea la cabeza al tiempo que el barco se inclina—. En eso estás trabajando, ¿no?

Nicky afianza los pies y desenrolla unos centímetros la escota de la vela mayor para que se deshinche un poco y ganen estabilidad.

—Solo estoy recabando recuerdos y luego los pongo por escrito.

—¿No puede hacerlo el famoso escritor?

—Se cansa.

Nicky piensa en esas pulsaciones efervescentes en la oscuridad, por la mañana, a todas horas. Tac-tac-tac-Trapp.

Jonathan se levanta y mira más allá del puente hacia el horizonte azul.

—Imagínate estar en el regazo de tu madre mientras ella sopla sus velas de cumpleaños y horas después… —Se vuelve hacia Nicky—. ¿Es correcto? ¿Una fiesta de cumpleaños?

—Una cena de cumpleaños, temprano, y luego una fiesta de Nochevieja. Probablemente era un poco mayor para estar sentado en su regazo.

Jonathan se encoge de hombros.

—Supongo que murieron. De alguna manera. Y nunca fueron encontrados. —Un suspiro—. O a lo mejor no quieren ser encontrados.

Nicky mira hacia el puente, radiante a la luz vespertina. Esta noche, la niebla se derramará a través de la bahía, a través del puente, y solo los picos de sus torres y sus cables se elevarán por encima del vapor; por ahora, bajo un sol que desciende lentamente por el cielo, todo es claro, brillante y afilado. Podrían mantener el rumbo, pasar por debajo del Golden Gate, surcar el océano para no ser encontrados jamás. Es tan fácil desaparecer…

# 35.

«Es tan fácil desaparecer…», piensa Madeleine, con las sábanas tensas como papel film por encima de su cabeza. Podría quedarse en la cama, sin que nadie la viera, apartada del mundo y sus misterios, y de los mil sobresaltos naturales de los que parece ser heredera. «¿No vivía alguien en esta habitación?», preguntarían dentro de unos años, pero ella permanecería acurrucada donde está ahora, no siendo alguien, ni siquiera un cuerpo, sino un mero recuerdo lejano del pasado lejano.

Igual que Cole.

Su padre y Diana van al nefrólogo esta mañana. Puede oír a Adelina y a sus dos sobrinas preparando la casa para la *fête* de mañana, como la llama Sebastian, sobre todo para molestar a Madeleine. Disfruta oyéndolas hablar en melodioso italiano, como el canto de los pájaros: un idioma que no domina pero le gusta escuchar.

Cuando sus voces se apagan, abre la puerta de la habitación y ve a Watson al otro lado del vestíbulo, dormitando bajo una mesa en la sala de los rompecabezas.

—¡Mad!

Se le encoge el estómago.

Es la voz de una mujer.

Es la voz de su madre.

Se le para el corazón. Está en el umbral de su habitación, vacilante.

—¡Mad, ven aquí!

Primero su hermano. Ahora su madre. No puede respirar.

Watson se despierta y va hacia el salón. Madeleine nota que ha salido sonámbula tras ella.

—Madel, derecha. Cuenta hasta cinco. Cuatro.

Las voces crujen como hojas. Los pies de Madeleine golpean el mármol, moviéndose más rápido.

—Tres. Dos.

Sigue a la perra a través del umbral.

—Aquí la tenemos —dice su madre.

Madeleine la encuentra en el salón, concretamente en la televisión, agachada junto a Cole, que está sentado en la cabecera de la mesa. De la tarta que tiene delante asoman unas velas. Madeleine se sobresalta: no ha visto a Cole en movimiento desde… ¿1999? Debió de ser en 1999.

Se ve a sí misma irrumpir en la pantalla y tomar asiento junto a su padre, frente a Freddy y Dominic. Dom es más guapo de lo que recordaba, un Sebastian más suave, con el pelo negro entreverado de canas a la altura de las sienes. Se le ve feliz, tranquilo, charlando con su hijo, hasta que la directora de fotografía pide a todos que se callen y canten antes de que se derritan las velas.

—Gracias, Simone —dice Hope, y Madeleine recupera el aliento.

¡Qué joven está su madre! ¡Qué sana, con el cuello del polo levantado y sus gafas de montura carey! Madeleine entorna los ojos hacia Cole, hacia la tarta, e intenta fechar la ocasión. Pero su hermano era tan pequeño, y durante tanto tiempo, que podría ser el noveno o el decimocuarto cumpleaños.

Los colores cambian en la periferia de su campo visual. Diana, con ropa de tenis, está sentada en el sofá, sosteniendo el mando a distancia. Como una hechicera de cuento: el vestido blanco, la varita que invoca el pasado.

«¿Qué estáis haciendo y por qué?», no pregunta Madeleine. En lugar de eso, se retira al hueco entre la puerta y la pared, contra la que cruje cuando se abre con fuerza. De niña solía meterse allí cuando jugaban al escondite; hoy le cuesta más, sobre todo con Watson acomodándose a sus pies descalzos, mirándola fijamente en busca de respuestas. Pero ella aún puede ver la pantalla, aún puede oír a la familia masacrar «Cumpleaños feliz».

Doce velas. Mil novecientos noventa y siete. Cole sopla hasta que Simone recluta a Freddy. «No debería necesitar refuerzos», dice Sebastian. Freddy se ríe. Cole también.

Madeleine intenta asomarse por la esquina; puede ver las manos de Diana en su regazo, con los dedos entrelazados, pero no su hermoso

rostro. Ha dejado el mando a su lado. Se ha acomodado para ver bien.

La cámara enfoca a Sebastian, observándolo mientras mira a su hijo. Traje azul, corbata roja anudada en un bulbo en la garganta; parece incómodo.

«¡Sonríe, cumpleañero!», exclama Simone en un tono habitual entre secuestradores. El cumpleañero obedece, con la ortodoncia brillando mientras él y la madre del cumpleañero hunden un cuchillo en la tarta.

Y entonces la cámara vuelve a Sebastian, que descorcha una botella de champán mientras Simone le exige que brinde por su hijo.

«Por Cole», anuncia Sebastian. Una pausa. Luego: «Te estás convirtiendo en un buen joven, y algún día harás que la familia se sienta orgullosa».

Madeleine hurga en el desván de su cerebro en busca de ese momento. Más abajo, Watson le rasguña el tobillo.

Silencio en el comedor. Malestar, también; puede sentirlo irradiando a través de la pantalla. La cámara mira a Cole, que esboza una sonrisa incierta.

«Mierda —murmura Sebastian—. Debería haber servido las bebidas primero».

Hope pincha un trozo de tarta con el tenedor. «Querido Cole, ya haces que nos sintamos orgullosos —dice con voz cantarina—. Eres bueno y generoso, y sensible. Tienes la fuerza necesaria para ser tú mismo». Cole le sonríe; décadas después, Madeleine siente que casi le está sonriendo también.

«¡Y ahora tienes bicicleta nueva! —dice Hope, señalando fuera de la pantalla—. ¿Quién sabe adónde te llevará? Te esperan grandes aventuras, cariño, y yo… Nosotros… Todos los que estamos aquí somos muy afortunados de ser tu familia». Dirige una mirada a su marido, que asiente.

«¡Vamos a comer por Cole!», añade, y cinco voces repiten sus palabras mientras cinco tenedores llevan tarta a sendas bocas (el trozo de Cole se ha caído al suelo). La cámara sigue a Sebastian hasta el aparador.

Y en el salón, la puerta que hay junto a Madeleine le empuja

súbitamente el hombro.

# 36.

—¿Qué estás viendo?

La voz le ha tendido una emboscada desde el otro lado de la puerta. Se escabulle hacia la esquina, golpeando silenciosamente las paredes. La perra resopla.

—Me has asustado —dice Diana.

De nuevo, la puerta empuja a Madeleine. Freddy debe de estar apoyándose en ella, como suele hacer. ¿Es que nunca acaba de entrar en una habitación? Y se ha rociado con ese spray corporal que le gusta, Idiota Ártico o como se llame.

Ahora entra y le impide ver; un nimbo de luz digital bordea su cabeza y hombros. El hombre es un eclipse.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Diana.

—Pensaba que ayudando. Pero Adelina dice que Sebastian se fue hace horas.

—Así es. Todavía está fuera. —Diana coge el mando a distancia—. Lo siento. Olvidé decírtelo.

Madeleine respira hondo. Última oportunidad para hacer ver su presencia: «Oí la tele, no quería molestarte. ¡Ah, hola, Freddy!».

—¡Eh! —dice él, acercándose al televisor—. ¡Mira al joven Fred Trapp antes de que se hiciera famoso! ¿Qué hay en esa caja que tengo en las manos?

—Parece que es un regalo de cumpleaños para tu primo.

—Parece, sí —dice Freddy asombrado—. ¡No, no pongas pausa, no pongas pausa! ¿Qué hay en la caja?

La pantalla se congela. Diana entra en el campo visual de Madeleine.

—Tengo un partido de tenis. —Le ofrece el mando a Freddy—. Puedes…

Freddy contiene el aliento y una bombilla rota chisporrotea sobre su

cabeza.

—Eh, ¿qué había en la otra caja? En esa caja no. —Apunta al televisor con el mando a distancia—. La que había en la puerta. La caja misteriosa.

—¿Caja misteriosa? —pregunta Diana, cruzándose de brazos.

—Se la di a Mad. Entrega especial. Caja rosa y lazo azul. O caja azul y lazo rosa. Llevaba las iniciales ST. Puede que sea para mi madre —ríe—, aunque es poco probable. ¿No te lo ha dicho nadie?

—¿Estás bien, Freddy? Te veo un poco exaltado.

—Estoy genial. —Se vuelve hacia el televisor—. ¿Quién grabó eso?

—Tu madre, creo.

La perra gruñe. Madeleine mira hacia abajo y dice «shhh».

Ahora Freddy se acerca a Diana. Entre ellos está Sebastian, con las manos llenas de cristalería.

—Es como *El show de Sebastian*. ¿Se sentía atraída por él?

—Por supuesto que no.

—Puede que hoy no, pero ¿en su momento?

—Freddy, no puedes esperar que yo…

—Es natural. —Su tono no lo es; suena sedoso, hambriento—. Las mujeres anhelan. ¿No es así?

¿Qué tontería de baladista es esa? Watson vuelve a gruñir. Madeleine le sonríe tranquilizadoramente y susurra:

—Cierra la puta boca.

—Tengo que irme, Freddy.

Cuando Diana pasa a su lado, la agarra del hombro y ella le mira la mano.

La suelta, pero se inclina hacia ella.

—Ella le quería entonces —dice—, incluso con su marido y la esposa por allí, y probablemente le quiera ahora.

—Estás hablando de tu madre.

—Exacto. La esposa desaparece, el niño también, y luego Dominic, una noche oscura…

—¿Estás insinuando que tu madre…?

Freddy da un paso adelante, con voz más suave.

—Y entonces apareciste tú.

—¿Por qué dices eso? —pregunta ella con los ojos entrecerrados.

—Solo… ten cuidado. ¿Sabes? Ten cuidado. Es la última oportunidad para Simone. Como dije, todo el mundo anhela.

Y la besa.

Rápido —tan rápido que Madeleine apenas tiene tiempo de recuperar el aliento—, pero intenso. Y aunque Diana presiona las palmas contra su pecho, duda un instante antes de empujar. O eso le parece a Madeleine.

Freddy se balancea sobre sus talones; ella se aleja.

—He querido hacerlo desde siempre —dice, repentinamente tímido.

—Vete, por favor.

Freddy parpadea y se rinde.

—Lo siento. Lo siento.

—Vete.

Genial, pero Madeleine ve que a Diana le tiemblan las manos.

Por un momento, Freddy mueve la mandíbula, probando respuestas; finalmente se da la vuelta, deja cortésmente el mando en el reposabrazos del sofá y se dirige a la puerta. Una ráfaga de Asalto Tropical, o como se llame, y Freddy sale de escena.

Madeleine estalla de furia, por Diana, quizá, pero inesperadamente por Simone. Es imposible que matara a su marido. O a su cuñada, de hecho. ¿Quién podría imaginárselo? Aparte de Freddy, parece.

Diana se sitúa en el centro de la pantalla de televisión. Madeleine la observa pensativa.

Luego se agacha y coge una raqueta de tenis de al lado del sofá —Madeleine no la había visto, y está convencida de que Freddy tampoco, o si no, se habría comportado— antes de exhalar. Luego se seca los ojos y sale de la habitación por las puertas del fondo.

Madeleine cuenta sesenta antes de salir (¡Y pensar que su madre la trajo aquí!). Al otro lado de la habitación, Sebastian llena la pantalla, con la cara vuelta hacia ella, testigo del beso.

Y ahora, mientras Watson se tambalea desde su cautiverio, observa a Cole en la mesa, sonriendo a su padre. Se acerca al televisor para verlo mejor: la pequeña proa de su nariz, el pelo rubio rozándole las cejas. Tan joven, un proyecto en marcha. No se sabe cómo esculpiría

el tiempo su rostro, o hasta qué profundidades bajaría su voz, o si sería tan alto como sus padres. Como Madeleine.

No se sabe en quién podría convertirse.

Podría ser cualquiera.

# 37.

Nicky se aplica bálsamo labial y se pasa las manos por el pelo (seco como la paja; todo ese aire de mar). Es agradable acicalarse para alguien. Hacía tiempo.

Con la boca brillante y el pelo alborotado, se aleja del tocador. Jonathan vive en una iglesia reconvertida cerca de Dolores Park. Su loft es todo suelos de hormigón y cocina de cristal y acero, pero el arquitecto ha conservado elementos de su vida pasada: paredes de ladrillo y vidrieras, ventanas arqueadas de dos pisos de altura e incluso bancos idénticos junto a la puerta principal. «Es donde duermen los invitados», explicó Jonathan cuando entraron.

Ahora está sentado ante las dos tazas que hay en la mesita. Los muebles, sobrios y modernos, pertenecen al propietario; el inventario personal de Jonathan, le dijo a Nicky, se reduce a la ropa, un cepillo de dientes y dos docenas de cajas sin abrir («El jurado sigue deliberando sobre San Francisco»).

La invita al sofá.

—He pensado que podríamos ver una película. Si te apetece —dice, toqueteando el teléfono y mirando el televisor.

—Por supuesto.

Nicky se lleva una taza a los labios.

—Para que quede claro, este ya era el entretenimiento nocturno que tenía planeado. Por eso tenía a tu jefe en mente. A Fred le gusta hablar del tío Sebastian.

Se cargan los gráficos en la pantalla: un Londres pintoresco de hace mucho tiempo, un hombre con abrigo largo y sombrero de copa proyectando su sombra por una calle empedrada. Negros profundos, verdes jade y letras doradas: SIMON DICE.

—Supongo que ya la has visto —dice Jonathan.

—Solo una vez. El libro es mejor.

—Los libros suelen ser… Mierda. —Ha tirado el bolso del sofá e impacta en el suelo como una piñata—. Mierda. Lo siento.

Sus manos rebuscan en el hormigón, recogiendo bolígrafos, botellas de desinfectante de manos y un delgado tubo de spray de pimienta que Jonathan le tiende sin comentario ni rubor.

Después de reabastecerse, Nicky dobla las piernas al estilo loto.

—¿Lista? —pregunta Jonathan, y da comienzo la película.

Este segundo visionado no logra cautivar a Nicky, pero Jonathan está encantado, conteniendo el aliento y riendo a intervalos. Tímidamente, ella estudia la sombra y la luz jugando rápido y lento a través de su cara, la nariz, tal vez rota, los ojos pálidos. Le gusta ese hombre; lo encuentra casi gravitatoriamente atractivo.

De vez en cuando, se fija en su mano izquierda mientras se toca distraídamente un botón de la camisa, mientras se coloca discretamente la entrepierna, mientras avanza unos centímetros por el sofá y luego se retira a la seguridad de su regazo.

—¡Guau! —grita cuando Spring-Heeled Jack salta desde un callejón —. ¡Guau! —repite, golpeándose los muslos de excitación.

Nicky apenas puede mirar a Jack con su máscara. Aún resulta horripilante: el moldeado carnoso, los pequeños ojos negros. Sonríe, se estremece.

Justo después de que St. John descubra el segundo cadáver —el de un pescadero metido en una cabina telefónica—, un trueno atraviesa el cielo con fuerza suficiente para que tanto Nicky como Jonathan den un brinco. Al otro lado de la ventana, más allá de Dolores Park, se divisa una veta dentada de relámpagos.

Mientras Nicky consulta la aplicación meteorológica, Jonathan se vuelve hacia ella.

—Antes quería preguntarte una cosa —dice—. ¿Puedo besarte?

Nicky levanta la vista, sorprendida.

—Eso es… muy atractivo.

—¿Que pregunte si puedo besarte?

—Que utilices el verbo apropiado.

Jonathan sonríe, despeinándose los rizos.

—No me gustaría hacerte sentir incómoda. Un hombre raro. Una

iglesia desacralizada.

En la pantalla suenan violines estridentes mientras Simon descifra un jeroglífico tatuado en el hombro de la víctima.

Nicky le devuelve la sonrisa, ladea la cabeza y se sorprende a sí misma.

—No.

Cuando él se dispone a pedir disculpas, lo interrumpe.

—Solo porque tengo que irme. Se avecina una tormenta —dice, tocando la pantalla, surcada por lluvia digital.

—Casi. —Jonathan se levanta—. ¿Te pido un coche?

—Lo tengo, gracias. Deberías terminar la película.

—¿Sabes? Creo que lo haré. Tengo curiosidad por ver quién es el malo.

Nicky no le advierte que Jack sigue por identificar a día de hoy. En lugar de eso, se levanta y se echa el bolso al hombro.

—¿Alguna teoría?

—No soy bueno adivinando. Pero sé que nunca es quien crees.

Nicky sale de la iglesia y se adentra en la húmeda noche de principios de verano. Cuando el Uber cruza un río paralelo a la acera para dejarla al principio del camino de entrada de los Trapp, láminas de agua ondean sobre la ciudad y las calles bullen. Se dirige a la casa y, al llegar a la puerta, se agacha y rebusca en el bolso aprovechando el resplandor del teléfono.

Debe de estar en el piso de Jonathan.

—He perdido la llave —explica cuando Madeleine abre la puerta, con Watson bailando a sus pies—. Lo siento mucho.

Madeleine se hace a un lado.

En la oscura cuenca del vestíbulo brillan apliques individuales en ambas paredes. El rumor de la lluvia se desvanece cuando la puerta se cierra detrás de Nicky, pero todavía puede oírla susurrando.

Madeleine está pálida: la piel blanca como el suelo de mármol, el pelo teñido de gris, los ojos oscuros como moratones. Incluso el camisón —¿quién se habría imaginado a Madeleine en camisón?— es solo una sombra que le cuelga de los hombros.

—Tengo un aspecto horrible, sí —gruñe.

Desde las profundidades del vestíbulo se acerca un fantasma. Diana, con su ropa blanca de tenis, las mira adormilada; cuando se aproxima, un relámpago lívido arde más allá de las ventanas gemelas en la parte superior de la escalera y se refleja en las paredes, el suelo y la escalera, todo iluminado por un instante, y luego otro.

«Oh, basta ya», piensa Nicky. Parece una vieja película de terror de la Hammer, o la mortífera casa de isla Burgh en *Y no quedó ninguno*, encogiéndose de miedo con su decena de invitados bajo la tempestad. La segunda esposa, la hija solterona, la desconocida y el alboroto en las nubes, la lluvia contra el cristal. Sus ojos se deslizan escaleras arriba, hasta el retrato. Parpadea a la luz del relámpago como una bombilla chisporroteante, las cuatro caras espectrales como calaveras.

«Era una noche oscura y tormentosa».

Ahora retumba un trueno. Las tres mujeres miran al techo, como si un depredador pasara por encima. Nicky contiene la respiración. Nadie se mueve.

Entonces el ruido se aleja, y, en medio del silencio, Watson estornuda y se rompe el hechizo.

—Nicky ha perdido su llave —dice Madeleine.

—Sé dónde está —responde, dando pisotones con sus zapatillas encharcadas—, lo cual no es útil en este momento.

Diana parpadea.

—Me he quedado frita delante del televisor. —Señala el salón—. Estaba viendo películas antiguas —añade con una sonrisa tímida.

—Vamos, Watson —dice Madeleine, yendo hacia su puerta.

Cuando Nicky se dirige a las escaleras, oye un repiqueteo sobre el mármol: la perra la está siguiendo.

—No es por aquí, cariño —dice, señalando a Madeleine.

Watson se queda mirando a su ama y se sienta, con los ojos desorbitados.

Nicky observa a Madeleine. En el hueco de la puerta, tiene los hombros caídos y arrastra los brazos a la altura de los muslos. Es una mujer que necesita un perro.

Nicky se agacha a coger a Watson —«A la cama contigo»—, y al incorporarse ve que la puerta de Madeleine está cerrada y Diana ha

desaparecido. Espera unos instantes allí, pensando con tristeza en sus anfitrionas, preguntándose si debería ofrecer té o tostadas; en lugar de eso, emprende el camino hacia la buhardilla, donde le confirmará a la tía Julia su estatus entre los vivos.

# 38.

¿Por qué ha renunciado a Watson precisamente esta noche?

—Me siento sola —dice Madeleine con un nudo en la garganta.

Por alguna razón, decírselo a sí misma le parece mucho más triste que decírselo a otra persona.

—No quiero sentirme sola —añade.

Luego apaga la lámpara de noche mientras la tormenta incendia las paredes.

Cole solía colarse en su habitación en noches como esta, y ella escenificaba un pequeño drama —retumbando y murmurando, protestando— antes de apartar las mantas. Por la mañana, se quejaba durante el desayuno y juraba que a partir de entonces cerraría siempre la puerta con llave.

Sebastian: No salgas de tu habitación, Cole.

Hope: No seas borde, Mad.

—Ojalá hubiera sido más buena contigo —susurra Madeleine, tan silenciosamente que suena más como un pensamiento.

Desearía que Watson estuviera bajo sus sábanas, no arriba con…

… *l'usurpateuse*. No le ha hablado a Cole de Nicky, ¿verdad? La chica a la que su padre está… Bueno, utilizando, ¿no? ¿Manipulando para que dé forma a su legado o algo así?

En la oscuridad, Madeleine frunce el ceño. No sabía que eso era lo que pensaba. Sin embargo, es verdad. En parte, al menos. ¿Por qué si no permitir que alguien hurgue en el pasado?

Cole debería saberlo.

Enciende el teléfono y ataca las teclas con los pulgares mientras unos globos de texto flotan por la pantalla. Le habla de su invitada, de su misión, y le cuenta que Sebastian la ha instalado en la buhardilla. La buhardilla de Cole, como un huésped. Que está removiendo el pasado sin quererlo.

Y él la INVITÓ a venir.
Creo que debería irse.

Al cabo de un minuto, Madeleine echa un vistazo al teléfono. Oscuro y soñador. Mira a través de la penumbra la ilustración enmarcada sobre el tocador, la postal alemana ampliada: una joven en tono sepia, ilustrada desde atrás, con una delgada cinta alrededor del cuello, un revoltijo de pelo por la espalda y un gorro blanco en la cabeza. ves a mi mujer…, pero ¿dónde está mi suegra?, pregunta el texto de abajo. Madeleine sabe que, si enfoca bien, podrá localizar a la matrona fugitiva en la misma imagen, en el mismo cuerpo, la frágil mejilla de la hija ahora la nariz carnosa de la madre, esa cinta en el cuello de la joven de repente la sonrisa de una arpía, una sonrisa como una rendija.

Las dos mujeres llevan el mismo sombrero. A Madeleine siempre le ha gustado eso. Ella y su madre nunca podían compartir ropa: tallas diferentes, estilos diferentes.

Cuando la luz tiñe sus párpados, mira hacia la ventana, pero es su teléfono brillando.

¿Nombre?

Nicky Hunter.

El siguiente mensaje de Cole es la foto de Nicky en la facultad. Parece alegre y estudiosa, y nada apunta a que vaya a convertir la vida de Madeleine en algo muy incómodo.

También sonríe mucho en persona.

¿Cómo es? ¿Qué le está contando papá?

Que yo sepa, sus grandes éxitos.

Una pausa.

Entonces que se quede.

Mantén a tus enemigos cerca, etc.

¿Es una enemiga?

Depende.

¿Por qué invitaría a una enemiga a vivir aquí?

A papá le encantan los juegos, recuerda.
A lo mejor todo esto es un juego para él.

# Lunes, 22 de junio

# 39.

Nicky empuja el diario bajo las sábanas y desvía la mirada hacia *Un niño*.

—Adelante.

*Un niño* observa expectante.

La puerta se abre y Sebastian llena el umbral. Por primera vez desde que llegó Nicky no lleva traje; hoy es un jersey de angora en un tono lila claro, cuello gris y puños a juego remangados hasta el codo. Pantalones de franela blanca y botas de cuero resistente. Despojado del reloj de bolsillo y la corbata, sus líneas y ángulos lijados y suavizados, parece casi mortal, de carne y hueso.

—¿Puedo pasar? —pregunta al entrar—. Veo que no cierra la puerta.

—¿Debería?

Sebastian se encoge de hombros, avanzando lentamente a través de la luz rasgada de las ventanas y evaluando sus piezas de museo. Nicky observa su cara de pase de diapositivas —las sonrisas, los ojos entrecerrados, la ocasional mirada perdida—, y cuando se acerca a la hilera de Watsons pasados, se ríe satisfecho.

—Cada vez que visitaba un país nuevo —dice— estaba seguro de que nunca más tendría la suerte de volver, así que enviaba recuerdos a casa. Ese pulpo fue todo un desafío. ¿Una de ustedes acaba de gruñir?

Nicky señala con el dedo a la Watson presente, sentada a los pies de la cama.

Sebastian se acerca a la perra y le agarra las patas con las dos manos cuando ella se levanta para saludarlo; empiezan a bailar un torpe vals.

—Hoy la llevaré a un lugar increíble —le dice a Nicky—. Como prometí.

Es extraño encontrarse a solas con él en un dormitorio —el

dormitorio de Cole Trapp, nada menos—, como si fuera un padre despertando a su hija para ir a la escuela. Pero ahora recuerda las palabras que acaba de leer, escritas en la misma caligrafía desastrosa, aunque Cole ya no ponga estrellas sobre las íes: «Siento que me están castigando. Quiero esconderme».

Ahora Cole está oculto, enterrado bajo una nevada de sábanas blancas. Ella lo mantendrá a salvo.

—He subido —dice Sebastian, intentando coger a la perra— a *cherchez la femme*.

Levanta a Watson de la cama y va hacia la puerta, su voz fluyendo tras él como un estandarte.

—Zarpamos en diez minutos. Abríguese bien. —Y entonces, enmarcado en el umbral, se da la vuelta—. Espero que se sienta como en casa con nosotros —dice.

—Prometo que no me quedaré más de la cuenta.

Sebastian se funde en las sombras de la escalera.

—Quédese todo el tiempo que quiera —responde él—. Muera aquí.

# 40.

Sebastian le ofrece a Nicky «la ruta panorámica», conduciendo el Jaguar a través de los bosques del Presidio, bajo los pinos de Monterey que los flanquean a ambos lados; serpentean junto a barracones militares desocupados, un cementerio y lo que una vez fue un aeródromo abandonado, rehabilitado en los años noventa como un parque enorme.

—Hope formaba parte del comité —añade—. Mi esposa era muy caritativa.

En lo alto de una colina coronada por un palacio —la Legión de Honor, le dice Sebastian, un museo de bellas artes— y bajando de nuevo, otro túnel de árboles y una carretera despejada como una pista de bolos.

—Solos usted y yo —dice, bajando la ventanilla—, en el extremo más noroccidental de la Tierra. —La brisa le azota el pelo—. Aquí no hay preocupaciones…

—Ni testigos —apostilla Nicky.

Tras una pausa, Sebastian se echa a reír y entran en un aparcamiento desolado, donde una señal de madera desgastada reza: LANDS END.

—Cuando traía a mis hijos aquí, dejábamos el coche en un escondite junto a la Legión, pero hoy me apetece dar un paseo por la playa.

Apaga el motor y le pone a Nicky un melocotón en la mano.

—El desayuno está servido.

Cuando Nicky sale del coche, un trueno lejano retumba en sus oídos: es el mar, justo detrás de una valla alta de pinos al borde del asfalto.

—¡Escuche ese chapoteo! —exclama con un suspiro Sebastian, que cierra la puerta del conductor y estira los brazos por encima de la cabeza—. Hoy sería espléndido ser un sireno.

Se dirige al otro extremo del aparcamiento y Nicky aprieta el paso tras él. Un camino de tierra blanca los lleva a través de los árboles, el rumor del agua de mar cada vez más fuerte, hasta que Sebastian llega finalmente a un mirador, donde apoya las manos en el muro bajo.

Nicky le da alcance y contempla la escena que se extiende más allá de su guía, súbita y vasta, saliendo a su encuentro cuando se acerca. Este es un momento a cámara lenta, piensa: las olas del mar, agrietadas por la luz del sol, prístinas como una pantalla verde; las nubes rasguñadas flotando por encima de ellos, suficientemente rollizas como para pellizcarlas; y abajo, justo sobre el borde del muro, una empinada cascada de roca que se desploma hacia el oleaje hirviente. Todo despejado y nítido, como si fuera un grabado.

Nicky y Sebastian permanecen en silencio. Posiblemente están levitando, piensa ella.

Instantes después, cuando vuelve a la tierra, se pregunta qué estará pensando Sebastian, con los ojos entrecerrados en dirección al sol y el mar. ¿Puede oír el océano por encima del siseo del reloj de arena? ¿Miraría ese cielo infinito e imaginaría su alma elevándose hacia él? Nicky no es religiosa, pero el momento parece casi sagrado.

De repente, Sebastian gira a la derecha y ella le sigue por un camino señalizado como sendero de costa. Tal vez debería correr para situarse a su lado, pero Sebastian ocupa el centro del carril, con poco espacio a derecha o izquierda, y Nicky prefiere no trotar junto a él como un terrier. Es mejor trotar detrás de él, razona. También como un terrier.

Los pasos de ese hombre son ilimitados.

El viento marino empuja las olas hacia una franja de playa rocosa. Al otro lado, los mismos promontorios que se deslizaban ayer junto a su barco, y más al este, el Golden Gate tendido de costa a costa. De vez en cuando dejan atrás un ciprés que se balancea en el acantilado, con sus ramas abiertas como si buscara desesperadamente ser rescatado.

El camino se adentra en un bosque denso de pinos y eucaliptos. El aire se enfría, la luz se atenúa. Nicky se estremece dentro del jersey. Tiene la sensación de que huyen del presente, de que retroceden años, décadas o más.

Momentos después, Sebastian gira a la izquierda, donde un tramo de escaleras desciende por el acantilado. Salen a la luz del sol y la playa que queda a sus pies está salpicada de algas. Más allá del oleaje, encorvadas contra la marea, las rocas brillan. El agua rueda por la arena de bronce como una alfombra desplegada. Sebastian se quita los zapatos y se los cuelga de dos dedos.

—Voy a remangarme los bajos de los pantalones —declara, caminando hacia el norte.

Tras veinte minutos de silencio, las palabras suenan como un idioma nuevo.

Nicky se interpone entre él y el mar.

—¿Sabe nadar? —pregunta Sebastian.

¿Por qué quiere saberlo? Nicky vuelve la cabeza.

—Claro que sí.

—Bueno, esperemos que no haya necesidad. Su teléfono no funcionará aquí —añade mientras ella pulsa la pantalla.

—Solo estoy comprobando lo fría que está el agua. —Está comprobando la cobertura.

—Nunca está más fría que en junio.

Nicky vuelve a guardarse el teléfono en el bolsillo. ¿Por qué la ha traído aquí?

Siguen adelante. Sebastian desfila con confianza y las suelas de las zapatillas de Nicky resbalan en las piedras.

—¿Se atreve a comerse un melocotón? —le pregunta mientras muerde el suyo.

Como Nicky se atreve, él empieza a hablar de nuevo, recordando que, en entrevistas pasadas, afirmó que un amor de juventud por la historia militar había inspirado sus novelas.

—La verdad es un poco más personal, como suele ocurrir con la verdad. Mi mujer hizo que me interesara por la Inglaterra de posguerra. Su abuelo sobrevivió al Somme, aunque su pierna no. Y aun así volvió a casa alegre y relajado, en paz con lo que quedaba del mundo y de sí mismo. Ni acúfenos, ni neurosis de guerra, ni terrores nocturnos.

»Cuando Hope me hablaba de él, pensaba en las novelas de misterio

que tanto me gustaban. Sus veteranos siempre parecían muy equilibrados y cuerdos, como si la guerra se hubiera limitado a forjar el carácter. A veces, Poirot, Alan Grant o quien fuera descubría que uno de ellos era un asesino —bastante a menudo, de hecho—, pero, incluso entonces, eran asesinatos por dinero. Racionales, quiero decir. Si es que un asesinato es racional alguna vez.

»Años después, decidí ambientar *Simon dice* a principios de los años veinte, cuando el mundo —o al menos ese mundo, el mundo inglés— estaba esforzándose en ocultar sus heridas. Y elegí a un héroe muy parecido al abuelo de Hope: un tipo agradable y parlanchín, más elegante que el abuelo Percy, pero aun así sencillo, que, a pesar de cavar trincheras, hacerse heridas con alambres y ver a amigos suyos saltar por los aires, volvió sano de mente y prácticamente de cuerpo.

Se pellizca el lóbulo de la oreja izquierda mientras Nicky se pellizca el suyo. A Simon St. John se lo había atravesado una bala enemiga.

—Pero no podía estarlo. *Compos mentis.* No del todo, no después de lo que había presenciado. De ahí sus estados de ánimo, los subidones salvajes, los bajones aplastantes. De ahí las charlas con el fantasma de su amigo.

De repente, hace rodar el brazo, una vez, dos veces, y por un instante Nicky sabe que va a golpearla. Entonces lanza el hueso del melocotón por encima de la cabeza, hacia el cielo, y Nicky lo observa volar sobre el agua. Si aterriza, ella no lo ve.

—Pensaba, y creo que con razón, que los lectores escapistas podían rechazar un misterio psicológico —dice Sebastian—. Demasiado siniestro. Así que dimos relevancia al ángulo histórico y metimos la psicología de manera encubierta. —Arrastra el talón por la playa, abriendo un surco en la suave arena—. Decimos «tiene un gran corazón» o «tiene agallas», pero lo cierto es que la mayoría estamos hechos de no pocas cicatrices. Me interesan las heridas que una persona mantiene en secreto. Incluso la locura. ¿Por qué lo escondemos?

—¿Por qué íbamos a enseñarlo?

Sebastian la mira fijamente, pero, sin las gafas de sol puestas, Nicky debe entrecerrar los ojos.

—¿Qué secretos podría estar escondiendo, joven Hunter?

Su voz es atrayente.

Nicky se ríe.

—Bailo sola en mi habitación todo el tiempo. Escondí una paloma herida en mi apartamento durante tres semanas mientras se recuperaba, contra las normas del edificio. No soy lo suficientemente interesante como para tener verdaderos secretos.

Mientras la lleva por una colina de matorrales, su sombra derramándose desde los talones, Nicky tiene la sensación de que lo ha decepcionado. En lo alto del sendero, se reincorporan al camino del acantilado y continúan juntos.

—No puedo tener hijos. —Se sorprende a sí misma; es más de lo que quería decir. Pero quería que él lo supiera. O al menos no le importa que lo sepa—. Y es un poco triste, porque hay suficientes cosas de mí que me gustan como para querer dárselas a otra persona. Una amiga mía está en la misma situación, así que ella y su marido van a adoptar. Me gustaría conocer a alguien primero, pero no es necesario. Me gusta mi vida. A veces siento que debería guardar ese secreto: me gusta mi vida, tengo pocas quejas.

De repente, a Nicky la invade la timidez. Pero entonces Sebastian asiente y le sonríe con amabilidad.

—Si el parto es lo único que echa de menos en su vida, puede morir feliz.

La brisa le arremolina el pelo por la cara. Nicky mira hacia el mar, hacia la pendiente que se precipita tras ella. Un resbalón podría romperle el cuello a una persona.

Un empujón podría romperle el cuello a una persona.

Se vuelve hacia Sebastian, que aún esboza una leve sonrisa.

—Sus secretos están a salvo conmigo —dice, y se da la vuelta.

Nicky exhala y lo sigue por una pendiente hacia un acantilado amplio y llano, una repisa de gravilla y piedras sueltas. Más abajo bulle el mar oscuro.

Hasta que de repente se desvanece. El viento contiene la respiración. Las nubes se escabullen por delante del sol y ante ellos aparece un laberinto.

Siete círculos concéntricos se extienden por el suelo, cada uno de ellos un aro de rocas, el exterior rodeando el borde mismo del acantilado; dentro de los anillos, circunvalaciones y callejones sin salida se arremolinan en torno a un centro vacío. Con quince metros de ancho, sus rutas ofrecen espacio únicamente para recorrerlas a pie. Las rocas se elevan solo unos centímetros, pero a Nicky le parecen casi intimidatorias.

—Madeleine y yo solíamos venir a ver la salida del sol. Era nuestro pequeño ritual padre-hija. Llegábamos antes del amanecer con dónuts y café.

—¿Por qué aquí?

—¿Qué lugar podría ser más interesante que un laberinto? —Señala hacia delante con el dedo—. Le propuse matrimonio a Hope justo ahí, en la diana. Una noche de invierno del setenta y seis. Horas después, unos universitarios borrachos tiraron hasta la última piedra al mar.

Sebastian levanta un pie, listo para introducirlo en el laberinto; luego lo apoya de nuevo en el suelo.

—Lo han reconstruido una y otra vez desde entonces. Cada vez es un mapa diferente y hay un número distinto de círculos. Años después, mi mujer y yo volvimos. Y allí, en el centro del laberinto, hicimos a Cole.

Nicky parpadea.

—Hicieron…

—Abril del ochenta y cinco. Un consejo, joven Hunter: no se desnude aquí en abril. De cualquier año.

Nicky cruza el perímetro de piedra y entra en el séptimo círculo. Mira a ambos lados y camina lentamente en el sentido de las agujas del reloj, con la cara vuelta hacia el mar. Fuera del círculo, Sebastian camina con ella.

—Hecho en un laberinto —le dice desde atrás—. Aunque a Cole nunca le gustó mucho este sitio. Demasiado drama, demasiados… elementos, supongo. Le gustaba la casa. Le gustaba jugar al escondite. Le encantaba Fort Point. Allá —añade, señalando al nordeste, hacia el Golden Gate—. Justo debajo del puente, en el lado sur. Un viejo puesto militar nunca utilizado. Ni entonces ni ahora. Siempre he dicho

que es un buen sitio para tropezar con un cadáver.

Nicky llega a una hilera de rocas, da un cuarto de vuelta en el siguiente anillo y avanza en dirección opuesta. Sebastian le sigue el paso justo fuera del círculo, como un animal que no quiere cruzar una línea de fuego. ¿Por eso están aquí, en el punto de origen? ¿Es aquí donde se siente más cerca de la mujer y el hijo que perdió? Nicky se detiene y frunce el ceño ante un faro rechoncho que asoma entre las olas.

—¿Qué más le gustaba a Cole? —pregunta.

Desde atrás, Sebastian suspira.

—Recuerdo que los fines de semana largos viajaba con su madre. Cada pocos meses iban en coche a Disneyland o Yellowstone, o cogían un tren a donde quisieran. A ninguno de los dos les gustaban mucho los aviones.

Nicky ha leído sobre esos viajes en las postales de Cole.

—Yo no puedo volar sin sedantes —dice.

—Bueno, gracias por aguantar hasta California. Entonces ¿qué cree que les ha pasado a mi hijo y a su madre?

Es como oírlo amartillar un arma. Intenta pensar.

—¿Lo sabe? —responde Nicky, hablándole al agua.

—Si lo supiera, ¿preguntaría?

—Si lo supiera, ¿lo diría?

—Depende de lo que supiera exactamente.

—Estamos hablando en círculos.

—Estamos en círculos.

Nicky respira hondo y mira hacia el borde del precipicio, la caída en picado hacia el mar.

Y entonces recuerda las palabras de Isaac: «Podrías tener a alguien muy peligroso detrás de ti».

Se da la vuelta. Sebastian tiene los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. El viento le desdibuja el pelo y sonríe al cielo con las manos metidas en los bolsillos.

—Ya le conté que estuve a punto de morir, como recordará. Más de una vez. Más de dos veces.

Nicky exhala. Por el momento, Sebastian ha aparcado el juego y

echa a andar, sin ver pero con paso seguro, bordeando el laberinto.

—Antes de que muriera mi madre, nunca me había sentido infeliz, no de verdad. Incluso mis sueños eran agradables. Y mucho tiempo después también. Luego, una noche, años más tarde… —Espera a que las olas se retiren—. Me metí en la cama y me encontré en un claro del bosque. Nunca había visitado ese lugar, ni en sueños ni en la vida real: abedules blancos desnudos, una alfombra de hojas marrones en el suelo. Por el rabillo del ojo, algo titiló.

Se detiene. Sus ojos se aceleran bajo los párpados.

—Me di la vuelta —se da la vuelta—, aunque ya no estaba. —Sus botas no se mueven mientras se adentra a ciegas en el pasado—. Pero segundos después lo volví a ver, solo su cola tupida. Y entonces oí el crujido a mi espalda. No paraba de dar vueltas: entre los árboles vislumbré ojos dorados —seis en total, una docena, una veintena y luego más—, y patas acechantes, un torbellino de elegante humo oscuro rodeando el claro. Y, mientras tanto, hojas mordiendo, mordiendo bajo los pies, como si el bosque hiciera rechinar los dientes.

»El humo se disipó. Los lobos salían del bosque con ojos brillantes y abrigos negros. Me habían rodeado, y ahora se acercaban lentamente, como un nudo que aprieta. Se me cortaba la respiración en la garganta. Di un paso atrás y tropecé. Mientras intentaba ponerme en pie, un coro de suaves gruñidos resonaba en el claro. Sin embargo, ahora sentía que los lobos no me miraban a mí, sino más allá, y cuando me di la vuelta tropecé de nuevo, esta vez con un cuerpo que yacía en el bosque.

Sebastian hace una pausa. Sus ojos permanecen cerrados.

—Tenía la piel pálida, el uniforme estaba sucio y el agujero en la parte trasera del cráneo era inesperado, pero lo reconocí. Por supuesto que sí: era mi padre.

Nicky tiene los ojos muy abiertos.

—Antes de que pudiera escuchar su respiración, antes de que pudiera sacudirlo para que despertara, los lobos se abalanzaron sobre mí en un torrente de pelaje y colmillos y lo rodearon. —Por fin, Sebastian la mira con tristeza—. Entonces desperté. Me quedé allí

tumbado, con el corazón estallándome en el pecho. Arranqué pelos de lobo de las sábanas. Y más tarde, mientras estaba en la ducha tratando de olvidar la noche, intentando animarme con una canción, el Sargento desayunó una bala.

Sebastian baja ligeramente la cabeza mientras vuelve sobre sus pasos. Nicky camina a su lado.

—¿Soñó la muerte de su padre antes de que ocurriera?

Se encoge de hombros.

—No me van ese tipo de cosas, pero parece que sí. Y entonces, noche tras noche, soñaba con lobos. Los veía limpiar el cuerpo en el suelo. Cada vez me despertaba de peor humor. Exactamente un año después de que el Sargento se diera de baja, a solas en mi pequeño piso de Tenderloin, me puse una bolsa de basura en la cabeza.

»Mientras se agotaba el aire, recordé una historia que había oído sobre un hombre al que descubrieron colgado en su sótano con arañazos frenéticos en la garganta. Después de cuarenta segundos, conseguí respirar a fuerza de arañazos, supongo. Juré no volver a intentarlo. Pero volví a intentarlo cuatro meses después: otra bolsa, luego pastillas y whisky, luego… —Un suspiro—. Después de conocer a mi mujer, dejé de soñar durante un tiempo. La noche del segundo cumpleaños de Maddy, me encontró en el garaje con una manguera conectada al tubo de escape del coche.

Entrecierra los ojos y pasa junto a ella. Al darse la vuelta, Nicky ve un yate lejano luchando contra el oleaje.

—Ella me había visto deprimido. También me había visto contento. Me había visto hablar confuso, reír y mentir y atacar. Deslumbrar y aburrir, encantar y molestar. La cabeza espumosa como la cerveza. Cuenta con la resaca por la mañana. Pero después del garaje, me llevó a un psiquiatra y me recetó litio. Y le juré que, por el bien de nuestra hija, nunca me quitaría la vida. Me obligó a jurar a punta de cuchillo, lo cual envió un mensaje confuso.

Nicky lo mira de nuevo.

—Y si ha sido un infierno de vida —dice Sebastian—, al menos no acabaré como ese cadáver en el suelo del bosque, con un agujero en el cráneo y mi hijo a mi lado.

Está balanceando un pie encima de una roca, como si aún tuviera prohibida la entrada.

—Sin embargo, casi todos los días oigo a los lobos. En mis horas de vigilia, quiero decir. Un murmullo en el pasillo, o garras rozando las escaleras. Tal vez una lengua roja y seca lamiendo el estanque. Algunas mañanas, juro que me despierto con marcas de dientes en la garganta. Hay un líder de la manada, una bestia enorme acurrucada junto a la chimenea en mi cabeza. Mi cabeza se parece a mi biblioteca —explica—, toda colores brillantes y sombras profundas. Y armas. Y ese fuego eterno ardiendo en la rejilla. —Contempla el mar—. Ahí es donde yace el rey lobo, esperando. Expectante.

El viento sopla con fuerza.

—«Toda la sabiduría humana —dice Sebastian— se resume en estas dos palabras: espera y esperanza». *Montecristo*. Es uno de mis favoritos. El thriller psicológico original, diría yo. ¡Las malas artes! «¡Sea usted malvado, pues yo también lo seré!». ¡Imagínese decirle eso a alguien!

—Imagínese oírlo —responde Nicky.

Él le sonríe, entrecerrando un ojo para observar las nubes. Ella mira a través de tres pequeñas cordilleras. Detrás de ella, las olas baten el acantilado; detrás de él, el viento levanta polvo en el suelo; sin embargo, el aire entre Nicky y el moribundo parece curiosamente quieto.

—Su mujer y su hijo —apunta ella con cautela—. Dijo al final de nuestra primera charla… Dijo que podríamos resolver un misterio juntos.

—Dije que cabía la posibilidad. Y dije un par de misterios. Nunca olvido mis diálogos.

—¿Alguna teoría?

De nuevo, Sebastian mira el pliegue del horizonte.

—No me lo está poniendo fácil, ¿verdad, señorita Hunter?

De repente, Nicky se pregunta si alguna vez volverá a Lands End, si, aquí y ahora, Sebastian Trapp se despide del mar, y de los cipreses, y del laberinto nacido de nuevo (y de nuevo, y de nuevo), enroscado al borde de un precipicio, donde empezaron tanto su matrimonio como

su hijo. Quizá por eso está hoy aquí: como testigo de su despedida. Y de repente se oye a sí misma preguntar:

—¿Cree que siguen vivos?

Puede que el viento se llevara las palabras por encima del acantilado y el océano, donde algún día podrían flotar en el oído de un marinero; o tal vez Sebastian está descalzo en la playa hace un cuarto de siglo, o recorriendo el laberinto en 1976; o tal vez está decidiendo si mea antes de volver a Pacific Heights. Sea cual sea la razón, simplemente mira más allá.

A la postre, Nicky se da la vuelta y ve esas oscuras marejadas formando espuma y embistiendo como caballos.

—Espero y tengo esperanza —dice Sebastian.

# 41.

Durante toda la mañana, Madeleine controla el teléfono como si fuera un pulso. Cuatro horas en la biblioteca: sin noticias de Cole. En casa a la hora de comer: sin noticias de Cole. Desenrolla el collar de perlas, cambia un vestido sin forma por una bata sin forma, inspecciona el vestido de fiesta para esta noche, un conjunto ajustado de color rojo vino (por si se derrama vino tinto). Abre el grifo de la bañera y empieza a caer agua.

Luego gira el grifo hacia el otro lado.

En el vestíbulo, los servicios de catering montan barras de cócteles, una fondue y, junto a la escalera, una pirámide de copas de champán. Madeleine ignora a los del catering; ellos ignoran a Madeleine.

Entra en el estudio. Con cautela, se acerca al reproductor de vídeo como si fuera una bestia encadenada. Espera a que se libere de sus cables, a que le ruja a través de la compuerta.

Al parecer está durmiendo. Abre el cajón que hay debajo.

Madeleine no ha visto esas cintas desde hace una eternidad. Sus padres no eran documentalistas por instinto. Lee las etiquetas de las cintas, ordenadas a un lado del cajón. «Cole en el zoo». «Tenis Mad 96 + cocina». Cumpleaños, aniversarios y fechas aleatorias.

Pero no la fecha que ella busca.

Treinta y uno de diciembre de 1999.

¿Lo grabaron?

«Promoción 97». «HT Sorpresa 45 1994». No, nada más que ver aquí, salvo la videocámara en sí, del tamaño de un coche familiar. Un botón rojo de expulsión sobresale en la tapa.

Madeleine traga saliva.

Pulsa el botón. Se abre la tapa.

Dentro hay una cinta. Sin etiqueta.

Pero intuye lo que hay dentro, impreso en su película, enrollado en

sus bobinas, olvidado hace tiempo. Saca la cinta y la introduce en el vídeo. La máquina se aclara la garganta. Madeleine se aleja del televisor.

De nuevo, la familia está reunida en el comedor, las velas coronadas por llamas constantes, voces mutilando «Cumpleaños feliz», pero, en esta escena, las ventanas están teñidas de oscuridad, y la disposición de los asientos ha cambiado: Freddy está entre sus padres, ambos vestidos deslumbrantemente, con Sebastian delante, trajeado y con botas. A la cabeza de la mesa se encuentra Hope con un mono de color rojo cítrico, el tinte sanguinolento del pomelo maduro, con Cole —todavía pequeño, todavía rubio— apoyado en el brazo de la silla como una sirvienta.

Después de que termine la canción, después de que Hope apague un incendio forestal de velas encima de una tarta, la cámara localiza a Isaac en el aparador, sirviendo Krug en una fila de copas de champán.

«Mete una cuchara en la botella, Isaac —dice Simone—. Mantiene el champán frío».

«No creo que sea verdad, Simone», responde Isaac agradablemente.

Lleva pantalones y cazadora vaqueros, y los lleva bien.

Cuando la cámara pasa junto a un espejo, Madeleine vislumbra a Diana con mallas deportivas de color aguamarina y unos calentadores fucsia. Increíblemente, está sucediendo.

Nochevieja de 1999: la noche de la fiesta temática de los ochenta en un almacén. La noche que los Trapp organizaron su última gala espectacular. La noche que desaparecieron dos personas.

—Ya estoy de vuelta.

Madeleine se gira. Su padre está en el umbral, despeinado y con la piel rosada.

—¿Qué es eso? —pregunta.

Mientras mira boquiabierta, la voz de su hermano suena por los altavoces: «¿Watson puede comer un trozo de tarta?». Todavía soprano, catorce años.

—Estaba…

Madeleine deja la frase a medias. Ser abordada por Sebastian Trapp —con su metro noventa y cada uno de esos ocho centímetros de más

— es como ver avanzar una ola.

«¡Que Watson coma tarta! ¡Que todos coman tarta!», grita Sebastian hace veinte años mientras Cole corretea hasta la pared y acciona el interruptor de la luz, mientras Hope corta el postre e Isaac sirve champán y Freddy apura el vaso antes de que su madre pueda protestar. «Diana —dice Sebastian a la cámara—, dale eso a Isaac. Come pastel».

Ahora simplemente se acerca a Madeleine, mirando la televisión.

«Abran paso al autor», dice Isaac. Entonces, el objetivo se tambalea y Diana entra en plano, saca un paquete delgado del bolsillo trasero y se agacha junto a Hope, que desenvuelve una petaca de cuero rojo. Se ríe a carcajadas, desenrosca el tapón y agita la petaca sobre su boca abierta. Acaricia la nuca de Diana mientras se abrazan.

El Sebastian de este siglo abandona el salón. Madeleine sigue viendo el vídeo.

Justo cuando Simone informa a la mesa de que sus invitados llegarán en «treinta y nueve minutos, damas y caballeros», vuelve a oír pasos detrás, desde la otra entrada. Esta vez es Diana, ojerosa. Parece agotada. ¿Lleva la camisa del revés?

Diana contiene el aliento.

—Esta fue la noche…

Se le va la voz, y Madeleine no sale en su busca.

En lugar de eso, observan a Cole colocar regalos delante de su madre como si fueran cubertería. De Isaac, un ejemplar de Kant; de sus cuñados, un chal de tejido translúcido («Eres demasiado pálida para el negro —explica Simone—, pero era lo único que tenían»); de Cole, un «feliz cumpleaños» murmurado y un collar de plata con un pequeño colgante («¡Grabado!», dice Hope maravillada); de Freddy, una botella de Diavolo de Antonio Banderas.

«Eso es de hombre, Freddy», señala su padre, ante lo cual este protesta e insiste en que los hombres no llevan perfume.

«Diavolo es un baile sensual con un tempo salvaje y loco», argumenta, leyendo la caja.

Hope se rocía colonia en el cuello y sonríe a su sobrino. Se pasa el chal por los hombros, se pone el collar, se mete la petaca en el escote

y finge leer *Crítica de la razón pura* («¡Viva la epistemología, cabrones!», grita Isaac) mientras la familia aplaude.

—Se lo puso para la fiesta, lo recuerdo —le dice Diana a Madeleine—. Todo. El chal, el collar. La colonia.

Hope se vuelve hacia Cole y le pone la sensual esencia de Antonio Banderas. Él estornuda y le ofrece una mariposa roja de papel.

Ahora es Madeleine quien contiene el aliento.

Hope dice «ooh», Isaac dice «aah» y Sebastian murmura «hostia puta», pellizcándose el tabique nasal. Nadie se da cuenta, o al menos fingen no hacerlo, mientras Hope agita las finas alas.

«Hostia puta». La charla cesa como si la hubieran desenchufado.

«¿Le falta algo a esa frase, criticón?», pregunta Hope, tocando la nariz de Cole con la mariposa.

«Pues sí, la verdad. “Hostia puta, los niños de catorce años no hacen origamis”».

Cole dice en voz baja:

«En Japón sí».

«Apaga eso, Isaac», replica Sebastian, mirando el objetivo con cara de pocos amigos.

La cámara desciende hasta el tablero de la mesa y rueda hacia un lado, de modo que la familia gira noventa grados, como los pasajeros de un barco volcado: Dominic, Simone, Freddy y Diana en la parte inferior del encuadre, Hope y Cole suspendidos en el aire, con Sebastian escupiendo desde el techo.

«¿Sabes por qué no le gustas a la gente, hijo? Porque eres débil».

Hope guía a la mariposa hasta la palma de la mano de Cole, donde se posa temblando.

«No eres capaz de pasar una noche a la intemperie en una tienda de campaña —dice su padre—. Halloween te da miedo. Los truenos te aterran. No sabes lanzar, no sabes nadar. Ni siquiera sabes hacer un pulso con los pulgares».

Dominic, tranquilamente:

«Venga, vamos a…».

«Tu hijo no juega con papeles de colores —replica Sebastian, aún más tranquilo—. Si le enviaras a tu chico un bumerán, buscaría un

campo y lo lanzaría, ¿verdad, Fred? No lo pintarías con el esmalte de uñas de tu hermana, supongo».

La habitación inclinada parece oscurecerse. Las llamas de las velas arañan el aire.

«Sé navegar», dice Cole en voz baja.

«Ah, sí, ¿y cómo te llamaron aquel día en la bahía? —pregunta Sebastian, inclinándose hacia delante—. ¿Qué nombre te pusieron tus compañeros cuando cogiste el timón?».

Cole mira fijamente la mariposa que tiene en la mano.

«La Reina Pirata».

Sebastian suspira.

«Llevo de excursión a una docena de niños en mi propio yate y le llaman a mi hijo…».

Isaac, Diana, los primos: todos están horrorizados. Solo Hope está observando a Sebastian neutralmente, fría y blanca como el mármol.

Una lágrima se desliza por la barbilla de Cole y cae sobre un ala de la mariposa.

«Así no puedes vivir, Cole. —Puños sobre la mesa, dedos entrelazados con fuerza, una cresta de nudillos afilados flexionándose en dirección a su hijo—. Así que se acabaron las manualidades de niña. Se acabó agarrarte a las faldas de tu madre. No puedes seguir persiguiéndola para siempre. Se acabaron los baños de burbujas, se acabó la lámpara encendida por la noche y se acabaron los llantos. —Cole solloza—. ¿Qué acabo de…? Se acabaron los llantos».

Sebastian se recuesta, champán en mano.

Madeleine se da la vuelta. Los dientes perfectos de Diana están mordisqueando la uña del pulgar.

Al cabo de un momento, Simone se levanta y golpea la copa con la cuchara tan bruscamente que hace añicos el cristal. La mesa da una sacudida, electrocutada —incluso la mariposa de Cole cae al suelo—, pero Hope y Sebastian levantan sus copas y beben, larga y lentamente, mirándose con frialdad por encima del borde.

Simone se mancha el vestido mientras Freddy la informa de que tiene «la fuerza de Hulk».

«No sé qué significa eso, Frederick. Solo estaba anunciando…

Cuidado, no te cortes, Isaac… Estaba anunciando que los invitados llegarán en media hora».

Sebastian se levanta y se alisa la camisa.

«¡Media hora! —exclama, y sale de plano—. ¡El espectáculo comienza en treinta minutos!».

Madeleine quiere ver cómo se recupera la habitación, pero, justo cuando Diana se agacha a hablar con Cole, justo cuando Hope empieza a enrollar ociosamente el collar alrededor de su dedo, Isaac ve la cámara y se escabulle. Sus dedos toquetean la carcasa de la cámara hasta que la imagen se funde a negro. Un negro de hace veinte años.

Madeleine cierra los ojos y presiona las palmas de las manos contra las orejas. Quiere dirigirle unas palabras a su padre, lanzarle una lluvia de flechas. San Sebastián.

Ella había oído hablar de una escena; Simone lo había mencionado una vez, y puede que Freddy también —«Tu padre se enfadó con Cole aquella noche»—, pero su padre se había enfadado con Cole muchas veces, así que Madeleine no hizo caso. Ahora se pasa una mano por la mejilla. Se traga la ira. Se pregunta con qué claridad recordará eso Cole.

—Lo había olvidado. —La voz de Diana es grave—. Ayer vi algunas cintas, pero esto ha sido muy inquietante.

—¿Por qué las viste?

Diana niega lentamente con la cabeza.

—Al principio solo para volver a ver a tu madre y tu hermano. Realmente no contaba con ver a tu padre. Así no. No lo recuerdo de esa manera, aunque yo estaba allí. —Señala el televisor—. A lo mejor quedó enterrado en esos años transcurridos desde entonces. Pero ¿quién…?

Madeleine espera. «Pero ¿quién le habla así a su hijo?». O tal vez: «Pero ¿quién es tu padre en realidad?».

Se muerde otra vez la uña.

—Nunca se descifra del todo a otra persona, ¿verdad? —dice Diana, despacio, pensativa—. Una persona aún puede sorprenderte. Una persona puede seguir siendo un misterio.

Luego se vuelve hacia Madeleine, y sus ojos se agudizan, como si acabara de recordar algo.

—¿Qué había en la caja misteriosa?

—¿Qué caja misteriosa?

—La caja que Freddy encontró fuera. ¿Qué contenía?

El beso lo había hecho desaparecer de la mente de Madeleine.

—Una mariposa roja —dice esta, cruzando los brazos sobre el pecho—. Un origami con algo escrito en las alas: *Cherchez la femme*.

Diana guarda silencio.

—Papá dice que es solo una broma.

—¿Eso dice? —responde Diana, y hay algo desconocido en su tono.

Madeleine se frota las palmas de las manos como si intentara encender un fuego.

—Empieza a las seis y media, ¿verdad? Voy a dormir una siesta. Antes de que empiece el espectáculo me daré un baño y me tomaré un alprazolam.

Diana se marcha sin hacer ruido. Madeleine mira el televisor apagado. Entonces avanza rápido hasta que la cinta rechina y hace clic. Minuto tras minuto de oscuridad, un cielo sin estrellas, su madre y su hermano desaparecidos, perdidos en el espacio.

Después del baño, antes del alprazolam, se seca el pelo. Examina su suave mandíbula, sus hombros caídos («Tienes la constitución de un defensa de rugby», dijo alguien en una ocasión). En el espejo, sus ojos encuentran la ilusión de la postal, la bruja de mirada lasciva. La observa un momento, pero la mujer se niega a transformarse.

El teléfono vibra junto al grifo. Madeleine baja la mirada y se le cae el secador, que se retuerce en el suelo como una serpiente, impulsándose en círculos a sus pies mientras ella mira fijamente la pantalla.

Nos vemos esta noche.

# 42.

—Un baile de máscaras, ¿eh? —dice Irwin—. Déjame ver el material.

—Te refieres a la máscara, ¿verdad?

—La verdad es que no me importa el vestido. A menos que tú quieras, en cuyo caso me importa mucho.

—Sabes que a mí tampoco me importa —dice Nicky, aunque a ella le importa más de lo que esperaba.

Hoy Sebastian Trapp la ha visto azotada por el viento e iluminada por el sol; esta noche quiere impresionar.

La máscara es un sencillo Llanero Solitario de terciopelo violeta, con una cenefa y unos ojos de la misma anchura que los de Nicky.

—Exactamente lo que yo habría elegido para mí —dice Irwin—. Hace días que nadie sabe nada de ti. Les he contado que solo me contactas por el perro.

Nicky hace una mueca.

—Lo siento. Por favor, diles que lo siento. Yo también se lo diré. Aquí todo es un poco… abrumador.

—¿Estás bien?

De repente parece muy serio.

—Creo que sí —le dice ella.

—Eso no es suficiente.

—Hablemos mañana. He de volver al trabajo, tengo una máscara que ponerme.

Cuando cuelgan, Nicky vuelve al diario.

Mil novecientos noventa y nueve. Nicky pasa a toda velocidad el día de San Valentín («Alguien dejó una tarjeta en mi taquilla y dentro había una fotorgafía de un carlino, un carlino no es un bulldog francés tontos!!) y una salida de esquí en marzo («Papá me dijo que probara una “diamnte negra” me caí y me pillé el pulgar»), antes de meterse

en la ducha. Se seca el pelo durante todo el mes de abril, mientras Cole empieza una novela que le recomendó su padre, y, en el último día de octavo curso, se detiene para subirse la cremallera del vestido.

En mayo:

> Hoy, papá me ha agarrado. Me ha dislocado sin querer el hombro así que me ha llevado al hospital porque mamá estaba en Berkley. No me djio qué decir así que cuando la enfermera me pregunto le dije que me había caído jugando al fubtol, pensaba que a papá le gustaría, pero me miró triste y me dijo que lo sentia y yo le dije que también lo sentía auqne no sé porqué lo sentía.

Cita el libro que le ha asignado su padre:

> Ya he sufrido batsante, desde luego. ¡Tened piedad de mí y haced pro mí lo que yo soy incapaz de hacer por mí mismo!.

Y a continuación, en letra pequeña:

> El conde de Montecristo
> (Lo terminaré)

Con aire ausente, Nicky mete el pie en un zapato de tacón nuevo. Para la próxima entrada, Cole se ha recuperado:

> ¡Está pasando algo emocinoante!

Cuando oye el golpe y luego «¿Estás visible?», cierra el diario y lo mete debajo de la almohada. Es posible que Madeleine no lo reconociera, o tal vez sí.

—Sí —responde.

Madeleine entra, vacilante, con un vestido rojo ajustado al cuerpo, una figura esbelta con una máscara plateada en forma de ocho. Tiene los brazos cruzados en una postura que Nicky reconoce por aquel momento hace cinco años, cuando ella misma pesaba demasiado para su tamaño, justo después de que su padre muriera, justo a tiempo para la temporada de bodas. La pequeñez de sus vestidos, el rubor de su piel… No le gustaba sentirse así, no le gustaba que le importara.

—Bueno, bueno —dice.

Madeleine da un paso atrás, a la defensiva.

—¿Qué pasa?

—Nada en absoluto. Estás estupenda.

Cuando Madeleine responde, su voz es débil.

—Por favor, no te burles de mí.

Parece que se ha sorprendido a sí misma. Nicky quiere abrazarla.

—Hablo en serio —dice, poniéndose en pie—. El vestido, el pelo… Rojo y dorado. Clásico. Tienes un aspecto clásico.

Madeleine temía esta fiesta, ella misma lo había dicho, y nadie debería sentirse mal por su aspecto.

Madeleine se alisa la tela a la altura de las caderas.

—Gracias.

Nicky sonríe.

—Quería… —empieza Madeleine, y entonces se sube la máscara a la frente.

Nicky la observa escudriñar la habitación: el espejo agrietado, los manojos de lanzas zulúes, la topiaria de imitación en una bañera de cobre. Se detiene ante la fila de Watsons disecados.

—En realidad no recuerdo cuándo fue la última vez que puse un pie aquí —dice Madeleine, recorriendo la sala con la mirada: la cama, el escritorio, los libros amontonados en el suelo—. Tenía miedo de que me pareciera… una tumba, supongo.

Nicky espera cortésmente.

—Me acuerdo de eso. —Un cochecito victoriano de satén negro grasiento con la capota bajada—. Cuando mi hermano era pequeño, lo llevaba por toda la casa. Y un día, mientras lo subía por las escaleras traseras desde la cocina, tropecé y… el bebé se cayó, con cochecito y todo.

Madeleine mira el cochecito como si fuera un viejo enemigo.

—No volcó. Solo iba saltando de escalón en escalón, así que lo perseguí hasta abajo, pensando dónde podría esconder el cuerpo, y cuando miré dentro… —Hace una pausa; Madeleine tiene el don de su padre para el dramatismo, piensa Nicky—. Estaba bien. Ni lágrimas, ni gritos siquiera. Es más duro de lo que pensaba.

—¿Es?

—Era. —Madeleine tose—. Papá me ha pedido que viniera a buscarte. Puede que haga calor con manga larga.

—El pronóstico es de doce grados y niebla.

—¿Tienes máscara?

Nicky la levanta de la almohada, mete el pie en el zapato y sigue a Madeleine hasta la puerta.

Salen de la buhardilla y descienden a la oscuridad. La escalera zigzaguea un piso y luego otro, mientras, más abajo, el sonido se eleva como una marea hasta llegar a lo alto de la gran escalinata, donde una música de cuerdas las saluda como un perro ansioso.

El vestíbulo reluce blanco y dorado, el suelo de mármol brillante como un espejo. En una mesa junto a la escalera se alza la pirámide de copas de champán, cinco pisos que van reduciéndose hasta una sola copa, preparándose para el chaparrón, pero de momento inundadas por la luz rosada del atardecer. Los invitados empiezan a llegar, mujeres que visten colores de jardín estival, púrpuras y amarillos y, en el caso de una dama, un verde camaleón espectacularmente feo; hombres con trajes de lino, blancos y grises y, en el caso de un caballero, un verde camaleón espectacularmente feo. ¡Y las máscaras! La cara de una mujer es una bandada de palomas; un hombre lleva una máscara de médico de la peste con unos ojos redondos como gafas. Una criatura esquelética en azul noche, con una luna creciente blanca acunando su mejilla; un espécimen de anciana agitando un trozo de encaje ante sus ojos; un tipo con una máscara de Reagan.

Los camareros llevan bandejas de entremeses. Nicky, que hoy no ha comido mucho, se siente aliviada al ver que lo más nutrido de San Francisco parece sentir debilidad por los rollitos de huevo.

—Cuando lo organizaban mis padres, esto era un cóctel —comenta Madeleine—. Ahora es *Eyes Wide Shut*. Gracias, Simone. —Vuelve a ponerse la máscara—. Allá vamos.

Nicky se coloca la máscara y se anuda la cinta detrás de la cabeza, pero espera un poco antes de seguir a Madeleine escaleras abajo. Le cuesta respirar; tiene la sensación de que la sangre le circula marcha atrás. «¡Está pasando algo emocinoante!», piensa, mientras se toma un

momento para coger aire y da un paso.

# 43.

—Apenas es una máscara —dice su padre, chasqueando la lengua, cuando Madeleine lo encuentra en el centro del vestíbulo.

La suya es de seda azul cielo y le bordea el tabique nasal, con radios de oro que brotan del borde superior. La corona de un dios del sol.

—Mi máscara no tiene nada que demostrar —responde ella—. Se siente segura de sí misma y juega según sus propias reglas. Igual que la de ella.

Nicky se les ha acercado.

—Bueno, bienvenidas a la *fête*. ¿Es de Maddy? —pregunta, mirando el vestido de Nicky.

Madeleine suspira.

—Sí, papá. De cuando pesaba cuarenta kilos menos y era treinta centímetros más baja. —Le coge dos copas de champán a un camarero que pasa por allí y le tiende una a Nicky—. ¿Dónde está nuestra anfitriona? ¿Y dónde está Freddy?

No hay que olvidar a Freddy, manoseador de mujeres casadas.

Su padre tira del reloj de bolsillo que guarda en el chaleco mientras una camarera les ofrece entremeses.

—No he visto a Fred. Puede que vaya a buscar a Diana en un momento. Este traje es más apretado que una trampa china —dice, pasándose un dedo por debajo del cuello.

Se le ve sano, concluye Madeleine mientras Sebastian mastica un dátil envuelto en beicon; su piel tiene un color rosa tenue, y el cabello le nace de la frente formando una onda. (¿Necesitará un corte antes del final?). El traje es de lino gris claro. Lleva calcetines, pero no zapatos.

—No encontraba los puñeteros gemelos. Tienen forma de gotitas de sangre. ¿Los ha visto por ahí?

—No —responde Nicky diligentemente.

Madeleine observa la estancia.

—¿Hay alguien interesante?

Noventa invitados ya, y se esperan doscientos más.

Y uno bastante inesperado.

Sebastian ladea la cabeza.

—¿Interesante en qué sentido?

—No sé, alguien nuevo.

Sebastian mastica.

—Nicky es nueva. Nicky es interesante.

Madeleine mira a Nicky, que no parece saber cómo resultar interesante comiéndose una hamburguesa con queso.

—¿Estás esperando a alguien, hija mía?

Pero, de repente, el reloj de bolsillo se le escapa entre los dedos, sacudiéndose y retorciéndose por debajo de la cadera como un hombre cayendo del patíbulo. Sebastian se queda mirando y Madeleine y Nicky se dan la vuelta a la vez.

Al otro lado del lago de mármol, en lo alto de la escalera y bajo el retrato familiar, hay una mujer vestida de rojo atardecer, tan vibrante que oscurece las luces que tiene detrás y eclipsa el cuadro que los separa. Lleva las manos pegadas a las caderas y, con cuidado, como si no estuviera acostumbrada a moverse de ese modo, baja por la escalera, con el dobladillo ondeándose y el pelo suelto alrededor de los hombros.

Los cuerpos atraviesan la visión de Madeleine como peces tropicales. A través de las olas, sigue a Diana por las escaleras. Y, cuando finalmente pone un pie en el suelo, un silencio envuelve la sala.

Su madrastra es una mujer muy hermosa. Una mujer muy hermosa también vestida de rojo. Madeleine se pregunta si debería cambiarse de ropa o simplemente esconderse.

Ahora Diana se acerca, parpadeando a cara descubierta entre los invitados, hasta que por fin llega. Parece aturdida.

—Eres digna de ver, querida esposa —dice su marido—. Inigualable. Sin máscara.

Diana se palpa las mejillas con ambas manos.

—Me la he olvidado arriba —se lamenta.

—¿Por qué tapar esa cara? —pregunta Sebastian.

Madeleine se da la vuelta. ¿Quién visitará la casa esta noche y pasará por delante de la puerta de su habitación? ¿Los padres de sus antiguos amigos? («Pobre Madeleine, supongo que la vida no le ha ido del todo bien»). ¿Los propios amigos? («Dile que está guapísima. Lo sé, pero díselo»). ¿Desconocidos? («Ah, ahí está la hija. Vive en casa. Probablemente sea lesbiana»). Es de suponer que dirán lo mismo dentro de unos meses, en el funeral.

«Nos vemos esta noche». ¿Lo reconocerá? ¿Lo hará alguien? ¿Qué es lo que quiere? Y ahora Madeleine frena en seco, con los ojos muy abiertos. ¿Qué hará su padre si Cole aparece?

—¿Estás bien? —pregunta Nicky.

Madeleine se siente agradecida; al momento, Madeleine se siente enojada. Y ahora ve a su tía acercándose con un vestido negro y joyas de plata.

Madeleine bebe un trago de champán y se pasa la mano por los labios.

—¿Servirán cerveza? —pregunta a nadie en particular, y se sumerge en la multitud antes de que su tía pueda darles alcance.

# 44.

Nicky observa a Madeleine escapar.

—¿Dónde va esa chica ahora? —dice Simone—. Y Nicky sigue aquí —añade, como si Nicky fuera una mancha obstinada.

—A mí me parece que la casa es más interesante con ella dentro. —Sebastian se vuelve hacia su esposa—. ¿Verdad, novia?

Diana asiente vagamente y se aparta el pelo de los ojos.

—Me enviaron la máscara equivocada. —Simone mira con furia—. Pedí una Talía muy colorida. La musa de la comedia, ya sabéis, la máscara risueña, para combinarla con un vestido negro. ¿Me seguís? Yo no quería que el cuerpo eclipsara a la cara. Pero me enviaron una Medusa de alabastro. Una mujer blanca horrenda gritando con una orgía de serpientes retorciéndose en la cabeza. Si me la pongo, parezco una demente, pero sin ella, simplemente de negro, parezco una viuda. Una viuda indigente. ¿Lo entendéis?

—Lo entiendo —le asegura Nicky, porque nadie más lo hace.

—Robé unas reliquias brillantes de una de las habitaciones libres. —Mueve los dedos y sus manos se ciernen sobre el pecho y las orejas—. Y a Madeleine. Como un ladrón de viviendas. ¿Por eso está enfadada? Perfume también. Algo llamado Amante Francés. Lo cual me recuerda: ¿qué fue de Jean-Luc?

«¿De quién?», se pregunta Nicky.

—¿De quién? —pregunta Sebastian.

—De Jean-Luc, el arquitecto.

—El de Francia.

Freddy se ha materializado detrás de su madre como un viajero en el tiempo llegado de una hora más tarde: tiene los ojos vidriosos, con hamacas oscuras colgando de ellos. Un día largo, intuye Nicky. Un fin de semana largo, incluso.

—Toca la guitarra en un grupo. Practica kite-surf. ¿Verdad, Simone?

—Es vegetari… Da igual. ¿Qué le pasa a Madeleine esta noche? ¿Por qué lloraba?

«¿Lloraba?», se pregunta Nicky.

—¿Lloraba? —pregunta Sebastian.

—La he visto por la ventana de su cuarto de baño no hace ni media hora. Vagando por ese laberinto inútil, bebiendo, fumando y moqueando. Espero que no sea una noche de lunes típica para ti, Frederick.

—No, el laberinto de mi patio está siendo rediseñado en estos momentos.

Los ojos de Sebastian recorren la habitación.

—Dejadme a Madeleine a mí. —Se vuelve hacia su mujer—. Y tú estás increíble, cariño.

Diana mira a través del vestíbulo hacia el reloj de pie, que se cierne sobre el cuarteto de cuerdas como un maestro severo.

—Ah, bien —responde bruscamente cuando Freddy le pregunta si todo va bien, pero luego, echando hacia atrás su preciosa garganta, murmura al oído de su marido—: Sebastian…

Su nombre resuena detrás de Nicky, después a un lado, después al otro: desconocidos están entrando a raudales por la puerta en dirección a su anfitrión.

A toda prisa, Simone informa a la familia.

—El marido de esa mujer fue aplastado por la máquina expendedora de un puticlub en Nochebuena, así que, hagas lo que hagas, no menciones la Navidad, ni las máquinas expendedoras, ni los puticlubs. Bueno, yo diría que hay muchas otras cosas de las que podéis hablar, Frederick. Y esa es Pam Dolara; a todo el mundo le cae bien, lo cual parece sospechoso…

Diana da zarpazos impotentes al hombro de su marido.

—Sebastian…

—Cariño, ¿no acompañarás a Nicky? Podría sacar algo bueno de esta gente. ¡Míralos! La locura de las multitudes.

Y mientras los recién llegados se agolpan alrededor de Sebastian, acercándose a él hasta que es un imán emplumado con limaduras de hierro, ve a Nicky mirando y le guiña un ojo.

Ella percibe que se está levantando el telón. Damas y caballeros, por favor, tomen asiento. El segundo acto está a punto de comenzar.

# 45.

Madeleine se ha apostado junto al cuarteto de cuerdas, estrangulando una botella de Hoegaarden con cada mano; el jaleo debería desalentar a los bienintencionados. Desde detrás de su máscara, mira a los invitados que entran a borbotones por la lejana puerta principal, mira a los camareros que se le acercan con comida para picar, mira a la madrastra que puede detener el tiempo con solo bajar unos escalones.

Hacia Madeleine se dirige un hombre con unos mocasines con borlas. Parece un golden retriever, rubio y desgreñado, y está visiblemente ansioso por complacer; años atrás, cada vez que se acostaban, ella tenía que contener las ganas de decirle que era un buen chico.

—¿Ya es la hora de la cerveza? —pregunta Benjamin Bentley II.

Madeleine le ofrece la mejilla, sobre todo para que tenga la boca ocupada.

—¿Cómo está el viejo?

—Ya conoces al viejo. Es un hueso duro de roer.

—Viene de familia. —Se ríe—. Siempre le digo a Biss que Maddy Trapp debería venir con manual de instrucciones.

—Como si pudieras entenderlo sin dibujos —responde ella.

Él se ríe de nuevo.

Mientras Ben la pone al día sobre la vida matrimonial, Madeleine reanuda la vigilancia, observando a la bulliciosa multitud como un cazador de ballenas en cubierta. A lo mejor Cole ya no es rubio. A lo mejor ha engordado, ha crecido; a lo mejor ha tomado esas hormonas del crecimiento. Madeleine se muerde el labio.

Ben le arrebata una botella, bebe un trago y le pone una

mano fraternal en el hombro.

—Mad, necesitas un hombre.

—Siempre hay una primera vez para to…

Entonces lo ve, yendo hacia ella, exactamente eso: un hombre anguloso, pálido, no muy alto, máscara del Zorro, cabello despeinado.

Cabello rubio tostado y despeinado. Lleva a Watson en brazos.

Madeleine da un paso adelante.

De repente, Freddy, acosador de madrastras, se abre paso entre la multitud.

—¡Aquí mi amigo ha salvado a la perra de una muerte segura! —chilla, con los ojos desorbitados.

El desconocido sonríe.

—La vi persiguiendo una albóndiga por el suelo. —Marcado acento inglés—. He cogido cosas peores en fiestas.

Freddy hace las presentaciones mientras Madeleine inspecciona a Jonathan Grant: el abrupto acantilado de su frente, la curva de sus labios, los ojos azul claro.

—¿Eres británico? —pregunta.

Traga champán.

—Es mi maldición.

—¿Qué te trae…? Ah, puedes dejarla en el suelo, tranquilo.

—¿En serio? Parece peligroso ahí abajo.

—Entonces morirá haciendo lo que le gusta. ¿Qué te trae por San Francisco?

Freddy responde por él.

—Vino hace un par de meses para encontrarse a sí mismo.

—Comer, rezar, amar —coincide Jonathan.

—Un poco joven para una crisis de los cuarenta. —Madeleine esboza una sonrisa tensa—. ¿Tienes treinta y cinco años siquiera?

—¿Dónde está Nicky? —pregunta Freddy, dando palmas—. Es la novia de Jonathan.

—Nada de eso —murmura Jonathan.

—La llevaste a navegar…

Madeleine frunce el ceño. Para llevar a Nicky a navegar, primero tendrías que fijarte en ella.

—¿Así que no te importará charlar con mi atractiva prima mientras le enseño a tu no novia lo que se está perdiendo?

Él sonríe, Jonathan se sonroja, Ben bebe un trago de cerveza y Madeleine piensa que el acento sin duda sería un toque atrevido.

Mientras Diana la acompaña por el vestíbulo, Nicky oye palabras siseando en el aire como flechas, las siente temblar en su espalda:

«Desconocido».

«Historias».

«Muriendo».

—¿Ha visto alguna mariposa por ahí?

Diana se ha vuelto hacia ella, con la piel bajo esos preciosos ojos un poco oscura.

—Bueno, varias —responde Nicky—. En el escritorio de Sebastian, en el papel pintado de…

—Mariposas en cajas. Freddy encontró una caja en la puerta, y dentro había una…

Nicky observa cómo se aleja la frase. Diana no es ella misma.

—¿Una mariposa? —dice.

—Roja, con «*Cherchez la femme*» escrito en las alas.

Un escalofrío asciende por la columna vertebral de Nicky y se instala en sus hombros.

Diana se muerde el labio.

—Sebastian dice que es una broma.

«Escritor».

«Buhardilla».

«Desaparecidos».

En la mano de Diana aparece una copa de champán.

—¿Está averiguando muchas cosas sobre Sebastian Trapp? —

pregunta.

—Claro. Es todo un personaje.

Diana asiente, como si Nicky aún no hubiera ofrecido la respuesta correcta.

—Y sus historias son… Bueno, como sus libros. Muy cautivadoras. Llenas de sorpresas.

—A mí me parece que Sebastian no deja de sorprender.

La multitud se agita, y Nicky y Diana con ella, de modo que la boca de Diana de repente está junto a la oreja de Nicky.

—Le dije que no podía imaginármelo siendo violento con otra persona. ¿Se acuerda? Lo dije justo antes de ver ese partido de fútbol. Bueno, he visto muchas cosas desde entonces, y fue violento. Sin moratones ni sangre, pero brutal al fin y al cabo.

Entonces da un paso atrás. Nicky se da cuenta de que Diana ha revelado demasiado.

—Vamos a buscar a alguien con quien hablar —dice Diana, deslizándose a través de una grieta en la multitud.

«Viuda».

«Esposa».

«Asesinato».

«¡Cara de muñeca!».

Esto último lo dice un hombre con una reluciente máscara de kabuki que le ha puesto a Nicky una mano en el hombro.

—Te vi en el Baron la semana pasada, ¿no? Eres la señorita que está escribiendo…

—Sí.

Nicky busca entre la multitud y capta un destello rojo.

—¡Misión peligrosa! Tengo algo de información…

Una bandeja con vasos se estrella contra el suelo; una oleada de invitados franquea la puerta. Cuando Nicky mira hacia atrás, Diana se ha visto arrastrada.

Madeleine está interrogando como quien no quiere la cosa a Jonathan Grant.

—¿Residencia anterior?

—Londres.

—¿Residencia actual?

—Dolores Park.

—¿Profesión?

—Ninguna por el momento.

—¿Profesión anterior?

—Finanzas.

—¿Vínculos con San Francisco?

—Ninguno.

(«Ahora te has pasado, colega», dice Freddy antes de irse).

—¿Vida familiar?

—Hijo único.

¿Está inquieto?

—¿Película favorita?

—*La dama desaparece*.

Sonríe ligeramente.

—¿Y cómo conociste a Nicky?

—En casa de Fred. Navegamos por la bahía el fin de semana. ¿Tú navegas?

—Antes sí. ¿De dónde eres?

—De Lyme Regis. Costa de Dorset. Pero he perdido el acento de West Country.

—Mi madre era de Dorset —dice Madeleine.

—¡Ooh, arr! —exclama él con una sonrisa.

—¿Os estáis conociendo?

Es Ben, ligeramente lascivo.

—Bueno, Madeleine está empezando a conocerme —dice Jonathan agradablemente, ajustándose la máscara.

—Dame tu número —dice ella.

—¡Calma, chica! —tercia Ben.

—No, quiero decir… Me gustaría… —«Me gustaría saber más»—. Organizaré una fiesta para Fred el mes que viene. —Es lo último que ella haría justo ahora.

—¿Qué? Su cumpleaños es en mayo, igual que el mío.

—Cállate, Ben. No es un cumplea… Voy a invitar a sus amigos. Tú no estás invitado.

—Si vas a invitar a los amigos de Fred… —dice Jonathan, tecleando su número.

Una ninfa revolotea en el círculo, piel dorada contra un vestido verde. Madeleine se siente enorme.

—¡Dos veces en una semana! —dice Bissie, y saluda a Jonathan cuando este se excusa—. Madeleine, eres la anfitriona más hermosa —añade, alzando el vaso.

El teléfono de Madeleine vibra.

—Por Madeleine —dice Bissie.

—Por Madeleine —dice Ben.

Madeleine sonríe débilmente y bebe un sorbo de Hoegaarden. Mira el teléfono.

No estés tan nerviosa.
Y no me busques.

Cuando la botella impacta en el suelo, la música enmudece, y por un momento lo único que puede oír es el siseo y el estallido de la espuma entre los cristales.

Todos creen que los mató él.

En la furiosa colmena del vestíbulo, entre las mariposas esparcidas por las paredes del salón, por el laberinto de setos del exterior, dondequiera que Nicky flote recabando historias, los invitados de Sebastian Trapp pronuncian el mismo veredicto.

Tres caballeros almidonados recuerdan las desventuras de Sebastian en un retiro del Baron en el bosque; la noche que un exsenador le disparó una flecha en el hombro; el fin de semana que curó a un cervatillo enfermo, a pesar de que «la mayoría queríamos comérnoslo», antes de añadir: «Claro que tiene mal genio, como sabemos». (¿A qué se refieren? «¡Pues a nada de

nada!»).

Un bibliotecario nonagenario, calvo como un diente de león: «Aunque se deshizo de su esposa entrometida —le dice a Nicky—. Seguro que tenía sus motivos. No, no sé cuáles eran sus motivos, pero estoy seguro de que los tenía».

Un compositor clásico: «¿Lo que me molesta de Trapp, pregunta?». Nicky no había preguntado. «No son los asesinatos que cometió. ¡Son sus puñeteras citas literarias! Ah, él cita sus fuentes. ¡Pero yo no quiero saber qué pensaba Sherlock Holmes! ¡Quiero saber qué piensa Sebastian Trapp!».

—«Una cita para todo salva el pensamiento original» —observa Nicky.

—¡Bien dicho!

—Es de Dorothy Sayers. ¿Qué decía de los asesinatos?

Una psicóloga de mascotas recuerda que, en la fiesta de Nochevieja de 1999, Sebastian parecía distraído. «Planeando para más tarde, tal vez —reflexiona—. ¿Le ha contado que matara a alguien? Avíseme si lo hace».

Un arquitecto portugués se ríe.

—No son más que chismes. Hay una expresión: la indignación moral es envidia con un halo. —Bebe un poco de champán—. Y él no está bien, tengo entendido.

Nicky se vuelve para contemplar a Sebastian, el astro rey, heliocéntrico, con un universo de parásitos a su alrededor.

—No lo está —responde Nicky—. ¿Cómo ha dicho? La indignación moral…

—… es envidia con un halo, sí. Aunque obviamente los mató.

La cocina: los platos chocan, los grifos borbotean, Madeleine tira fragmentos de vidrio en la papelera de reciclaje. Los del catering la ignoran.

Se desploma en el asiento de la ventana. Mira a través de la mosquitera hacia el laberinto iluminado por la luna, sus hojas plateadas, su reloj de sol sin sol.

Ahora que está aquí, bajo este techo, entre estas paredes, Madeleine se siente súbitamente recelosa de Cole, como si hubiera invocado a un genio siniestro de poderes desconocidos. Podría estar en cualquier parte, ese fantasma de un fantasma. Podría ser cualquiera.

Dice el nombre de Jonathan, lo saborea, lo agita en su boca como si fuera vino. ¿Quién sabe cómo se habrá transformado Cole? La última vez que lo vio, la pubertad ni siquiera le había salpicado la cara de granos ni le había hecho salir pelusa en la barbilla o en las piernas. Además, ¿por qué iba a confiar únicamente en el tiempo para camuflarse? Podría teñirse el pelo, dejarse barba…

—… esa señora de ahí está hablando sola.

Un camarero se está divirtiendo. Madeleine no tanto: ahora es una mujer en una ventana, murmurando preguntas silenciosas, una señora hablando sola.

La noche gira como una ruleta. Nicky se cuela en una conversación tras otra con desigual fortuna. En un momento dado, ve que Madeleine ha desaparecido de su puesto junto a los instrumentos de cuerda; de vez en cuando, Diana cruza el vestíbulo y se refresca en la barra. Y, en el centro de la sala, Sebastian es una botella de champán descorchada: efervescente, chispeante y rebosante.

Justo cuando el reloj da las diez, dos dedos bailan claqué en el hombro de Nicky. Al darse la vuelta ve a Lionel Lightfoot, con el trasero sobresaliendo entre la multitud con tal prominencia que otros invitados deben bordearlo al pasar.

—Buenas, no… Sí, hola… Buenas noches, señorita Hunter. Ahora —Lionel balancea su bulto hacia un lado— me gustaría presentarle a una persona. Un tipo muy interesante. Una especie de colega. ¿Dónde…?

—¡Señor Lightfoot! —Un joven rubio y delgado se acerca con un brazo en alto, los dedos sujetando una copa de martini—.

¡Señor Lightfoot!

Cuando Simone pasa junto a él, el vaso se vacía en su cabeza, una pequeña cascada, la aceituna en su palillo cayendo por el borde como una viga rota. Lionel extiende su mano fornida, pero ella la aparta.

—Querida Simone —dice Lionel—, sus invitados no son flores. No hace falta que los riegue.

—¿Cómo se atreve…?

—Diana nos invitó a mí y a mi amigo, el que se está quitando la ginebra del pelo. Es un tipo muy interesante.

Siguen discutiendo mientras Nicky se excusa, sonríe comprensivamente al tipo muy interesante —nariz afilada, ojos agudos— y avanza, pasando por delante de Sebastian («Me dijo: “Nombre un lugar y crearé una escena sensual allí: calabozo, matadero, donde sea”, y yo respondí: “Una hamaca de cuerda”») y por encima de Watson, hasta que por fin sale de la melé, se apoya en un flanco de la escalera y exhala.

—¿Señorita Trapp?

Un joven vestido con un traje elegante se sitúa delante de Madeleine cuando esta se acerca a la barra.

—Timbo Martínez. Quería darle las gracias por incluirme esta noche.

El tal Martínez es pálido como Casper y rubio como el sol, con una cara ampulosa y las mejillas ligeramente marcadas por cicatrices de acné. Ojos serios. Por alguna razón, tiene el pelo y el cuello de la camisa húmedos.

—Usted busca a mi tía —le dice ella—, la señora Trapp. O quizá a mi madrastra, la también señora Trapp.

—Ah, le he dado las gracias a su madrastra. Y su tía me ha derramado un vaso encima. Pero esta casa también es suya, ¿no?

Esos ojos serios se mueven de un lado a otro mientras habla. Madeleine tiene la sensación de estar sometida a vigilancia.

Entonces, Martínez mira detrás de ella. Madeleine se da la vuelta y ahí está, la también señora Trapp, resplandeciente en el centro del salón, escuchando cortésmente a la turba parlanchina de viejos amigos —de Sebastian y Hope, no suyos— y recién llegados elegidos por Simone. Y Madeleine se da cuenta, con una punzada de compasión, de que Diana sigue siendo una desconocida allí: una copia que entra en su propia fiesta bajo la mirada de la original, una visitante que se esconde dentro de su propia casa. No es de extrañar que tenga pensado irse.

—He leído todos los libros de su padre. —Timbo Martínez lo dice sin pasión. Es mera información que está compartiendo—. De hecho, estoy ayudando al señor Lightfoot con su nuevo libro.

—¿Lionel está escribiendo un nuevo libro?

—Es un misterio.

—¿Por qué es un misterio? —La voz de Madeleine suena gélida—. ¿Lo está escribiendo o no?

—Es una novela de misterio —dice Timbo Martínez—. ¿No lo sabía?

—¿Y mi madrastra lo invitó?

De repente, Watson se escapa de debajo de la barra, jugando a hockey con un cubito de hielo. Madeleine pasa por delante de su invitado, agarra una cerveza por el cuello y se lanza a la refriega.

Nicky no está borracha, pero tampoco sobria. Los colores pasan junto a ella, azules aguamarina y verdes ajenjo, chillidos y rugidos estallando como globos de feria; los arcos de la orquesta chorrean sudor, desde luego, y las luces brillan en lo alto, y en el centro del espectáculo ve a Diana, brillante y temblorosa como una llama.

Está llevándose el vaso a los labios cuando una mano agarra la suya, los nudillos doliéndose en silencio. Nicky mira hacia

abajo y ve diez dedos anudados.

—¿Quién es el siguiente en morir? —retumba una voz, y al levantar la cabeza ve a quien la agarra riéndose.

El suelo se inclina debajo de ella.

—Eso es lo que hace seguir al lector. Eso es lo que le atrae. Quiere saber quién es el culpable, por supuesto; está ansioso por descubrir la solución. Y, si nuestro lector es poco imaginativo, puede reducir el libro a una… ¿Cómo se llama? Prueba de tornasol. Reglas de gladiador: pulgares arriba, pulgares abajo. «¿Me sorprende el final? Si es así, entonces califico los varios centenares de páginas anteriores de éxito. Si no, habré perdido tiempo y dinero».

Cuando aprieta la mano de Nicky, el anillo de boda le roza el dedo.

—¡Pero es una novela, no una caja de sorpresas! ¿Esta gente solo folla por el orgasmo?

Ahora la música cambia de tono.

Y el suelo se inclina de nuevo.

Y la multitud se desliza por el salón.

Los cuerpos se aprietan, carne y tela, sacudiendo las extremidades de Nicky. Ella intenta desenredar sus dedos de los de él, pero entonces…

—¿Quién es el siguiente en morir? —dice Sebastian—. Mientras la muerte acecha al elenco de personajes, también nos acecha a nosotros, incluso cuando estamos leyendo en la cama. El techo podría derrumbarse. El monóxido de carbono podría estar asentándose en el piso de arriba. Nunca sabes cuándo va a fallarte el corazón. O a lo mejor tu enemigo atacará esta noche, te meterá una bala en la sien, un cuchillo en el pecho.

Nicky intenta mantener la calma y levanta la copa de champán, pero la multitud empuja, la empuja contra él, su voz resonando en el oído. A través de un resquicio ve a Jonathan junto a la escalera.

—¿Quién es el siguiente en morir? Cualquiera. Podría ser cualquiera. Sin embargo, una vez que pasas esa última página,

el juego ya no está en marcha; se ha acabado. Para ellos, no para ti. Ya no compartís un dilema, ya no teméis a un enemigo común. Tu misterio perdura. Tu muerte aguarda.

El sudor resbala por debajo del vestido de Nicky como ríos subterráneos. Ve otra vez a Jonathan, que finge aplaudir.

—Y así, cuando descubres quién es, ya estás solo otra vez. Nadie que se enfrente a la muerte contigo, o que la engañe. Has dicho adiós.

Ella lo mira, con las luces formando estrellas en sus ojos. Nicky los cierra.

—Porque, como nos recuerda Chandler: «Decir adiós es morir un poco».

—¡Por morir un poco! —grita alguien, y, cuando Nicky se atreve a mirar, ve a una manada de espectadores con las copas levantadas, observando febrilmente a su anfitrión.

Repiten el brindis como un coro mal entrenado, a diferentes tempos, antes de volver a intentarlo, las palabras formando un bucle alrededor de Nicky, una cámara de eco:

—¡Por morir un poco!

—¡Por morir un poco!

—¡Por morir…!

—¡… morir un poco!

—¡Morir!

Madeleine sale del vestíbulo, cabalga la ola de juerguistas a través del salón y llega a la orilla en el patio. Diana se encuentra junto al laberinto de setos con una copa de champán en la mano. La bruma vespertina suaviza sus bordes.

—Lionel Lightfoot está aquí —anuncia Madeleine a la espalda desnuda de su madrastra.

—Le invité yo. Lo pasado, pasado está. Su acompañante parece agradable. ¿Te sientes segura en esta casa, Madeleine?

Diana se vuelve. Su voz no parece la misma, piensa Madeleine: suena lenta, cautelosa. Tampoco su aspecto. Seguro

que es por la ropa, pero también por la oscuridad de sus ojos y el pliegue entre las cejas. Ni siquiera huele como de costumbre. Ni rastro de ese perfume sin nombre.

—Por supuesto que me siento segura. ¿No debería?

Diana pasa un dedo por el borde de la copa.

—¡Vosotras dos! —La voz de Simone golpea la espalda de Madeleine—. ¡Pirámide de champán!

Diana asiente, sonríe y se detiene junto al hombro de Madeleine.

—En algún momento me gustaría hablarte de tu padre.

Se aleja. Cuando Madeleine se vuelve hacia los ventanales, su tía se ha ido, y Diana y los invitados también, y lo único que queda es la niebla arrastrándose por los adoquines.

Por fin, Nicky se zafa de Sebastian y se adentra en la multitud hasta que Jonathan la intercepta junto a las escaleras, agitando los dedos como un mago.

—Abracada… Mierda —dice cuando algo plateado cae al suelo. Se agacha y vuelve a levantarse con la llave—. ¡Tachán! —Se la pone a Nicky en la mano—. Temía llegar esta noche y encontrarte desplomada en la puerta, sin poder entrar y medio muerta de hambre.

—Gracias —responde ella—. La llevaré arriba, no sea que vuelva a perderla.

Cuando ha dado media docena de pasos por las escaleras, se gira y encuentra a Jonathan detrás.

—¿Te importa si te acompaño? Nadie está mirando —añade, y se da un golpecito en el cuero cabelludo—. Tengo ojos en la nuca.

—Suena grave. Deberías consultar a un especialista.

—Te lo demostraré. —Cierra los ojos—. Veo… gente blanca.

—Extraordinario.

Sube otro escalón y Nicky avanza. Se pregunta si la mano de Jonathan se cierne sobre la parte baja de su espalda.

En el descansillo, el aire es más fresco, los colores más suaves. Cuatro rostros enmarcados observan la refriega, un ramo de alhelíes en su propio baile. Nicky gira la cabeza y ve a Jonathan mirando hacia delante, frotándose la mandíbula con una mano. Parece un turista en una galería, inspeccionando un cuadro famoso que solo ha visto sobre el papel.

—Así que tenemos a tu jefe y… ¿Madeleine era?

—Era. Lo es.

—Y está la madre, la esposa. —Nicky no dice nada; el descansillo se ha vuelto más silencioso con cada Trapp al que nombra Jonathan, y la fiesta más tenue—. Y ese —aparta los dedos de la barbilla y se transforman en una pistola, con el cañón apuntando a Cole— es el niño que desapareció.

Nicky asiente.

Jonathan arquea las cejas y sonríe.

—Qué mono —dice.

# 46.

—Hubiera matado por una habitación como esta cuando era pequeño.

Jonathan está contemplando las claraboyas, el techo y el museo mientras Nicky deja la llave encima del escritorio.

—Eres muy aficionada a la taxidermia, ¿eh? —Se quita la máscara, se sube un poco los pantalones y se pone en cuclillas ante la hilera de bulldogs disecados—. ¿No te importa dormir con estos?

—No muerden.

—Supongo que no. Watson IV —dice, acariciando suavemente el cuello de un rollizo cadáver negro como el carbón—. Mil novecientos noventa y tres a dos mil dos.

Nicky se acerca. Al ver que él no se levanta, tira del vestido y se agacha.

—Debió de ser el último perro de la familia, ¿verdad? —pregunta Jonathan—. Me pregunto qué opinaba él. Lo que presenció, incluso. —Acaricia el cráneo abultado y murmura—: ¿Le caería mal Simone?

—¿Qué quieres decir?

Jonathan se vuelve hacia ella lentamente, con los zapatos rozando los tablones del suelo; luego su cara se relaja y sonríe.

—Era broma. —Se balancea ligeramente sobre las puntas de los pies —. Watson, la Watson de hoy, la Watson que actualmente ostenta el poder, hizo tropezar a una camarera cuando intentaba coger un huevo relleno. En un abrir y cerrar de ojos, Simone estaba allí. «Voy a asesinar a ese animal», dijo, echando fuego por la nariz. «Lo mataré con una sonrisa».

Imita a Simone con una voz asombrosamente parecida, adoptando un registro más alto sin esfuerzo, las vocales rodando por su lengua.

—Y le pregunto a Fred si su madre sería capaz de cometer un homicidio y responde: «Tío, mi madre es capaz de cometer un

genocidio».

Ahora habla con acento californiano, lento y tranquilo, y tan parecido a la voz de su amigo que Nicky se pregunta si Freddy está escondido en algún rincón de la buhardilla y ha hecho de ventrílocuo.

Jonathan sonríe.

—Tengo talento para las voces. Me vino muy bien en las obras del colegio.

Se acerca más a Nicky, cuya sangre se acelera bajo la piel, en el trazado de sus venas. «¡Está pasando algo emocinoante!».

—¿Puedes ser yo? —pregunta.

Sus labios se encuentran con los de ella. Su beso es intenso, pero muy suave.

—Podría ser cualquiera —susurra, y vuelve a besarla.

A Nicky le gusta por eso. La agarra del hombro. Ella le apoya la mano en el pecho, encuentra el latido de su corazón.

Se arrodillan allí en silencio, ante los restos de varios siglos e innumerables viajes.

Sus rostros se separan, pero permanecen cerca, como en un campo magnético.

—Deberíamos bajar —dice Nicky con los ojos cerrados y sus labios rozando los de él.

Entonces siente que él sonríe. Jonathan se levanta y la ayuda a ponerse en pie.

—Míranos, escandalizando a todos estos perros y a un niño muy feo.

—Estás hablando de mi compañero de habitación.

Nicky se siente extrañamente protectora con *Un niño*.

—Me pregunto si nos habrán echado de menos —dice Jonathan, colocándose bien el nudo de la corbata—. Temo que alguien se dé cuenta de cómo me has poseído apasionadamente.

—Ya quisieras tú.

Jonathan sonríe de nuevo y la sigue hasta la puerta.

# 47.

—Se supone que los hombres bajan las escaleras antes que las mujeres, ¿sabes? —está diciendo Jonathan en la oscuridad de la escalera—. Porque si una mujer tropieza en los escalones, se topará con un tipo grande y fuerte, pero si él cae sobre ella, morirá.

—¿Estás a punto de caer sobre mí?

—No adrede, claro.

La luz se curva cerca del descansillo. Cuando aparecen en el segundo piso, Jonathan chasquea los dedos.

—Me hablaste de una biblioteca. Cuando salimos a navegar, ¿recuerdas?

—Hum —responde ella, sin acordarse.

—¿Puedo verla?

El ruido sube por las escaleras y se precipita hacia ellos: risas, gritos, cuerdas agresivas.

—A menos que estés deseando volver a unirte a la fiesta —añade Jonathan.

Nicky le coge la mano, le da un apretón y enfilan el pasillo trasero, deslizándose junto a las ventanas altas («¿Eso es un estanque? —pregunta Jonathan—. ¿Eso es un laberinto?»), hasta que, en la puerta de la biblioteca, Nicky vuelve la cabeza y empuja suavemente para abrirla.

La luz de la luna se cuela por la ventana; el puente se ha vestido de niebla esta noche. Largas lenguas de fuego lamen la garganta de la chimenea y doran el escritorio, la máquina de escribir y la figura que ocupa la silla.

Nicky se detiene.

—¿Quién demonios es ese? —susurra Jonathan.

Quien demonios quiera que sea está inclinado sobre el papel secante y tiene las manos debajo de la mesa.

Se acercan sin ser vistos, pegados a las estanterías. Las yemas de los dedos de Nicky sobrevuelan un libro tras otro. Las letras doradas parpadean en la oscuridad.

La figura se acerca un objeto al ojo: un cubo de cristal, una cajita de llamas a la luz del fuego.

Nicky avanza.

La figura mira fijamente el cubo.

Nicky se acerca.

La figura levanta la cabeza.

Nicky dice:

—Dios mío.

Piel blanca y lívida, nariz y mandíbula bulbosas, cuencas oculares hundidas en la carne, dos cuernos como garfios enroscándose desde la frente. Pero más horripilante es la mirada enferma, los labios gruesos y rojos. «Una sonrisa para comerte vivo —dijo en una ocasión Simon St. John—. Lo daría todo por saber quién está detrás».

Es Spring-Heeled Jack, el archienemigo de St. John. Es lo último que vio Laureline St. John; es la cara que le sonríe a Nicky en sus pesadillas, y la está mirando fijamente.

Lo daría todo por saber quién se oculta detrás.

—Espera —susurra Jonathan.

Pero ella avanza lentamente, con los talones hundiéndose en la alfombra, la boca seca, los ojos clavados en Jack. La luz del fuego ondula sobre el cristal de la mesa. Las teclas de la Remington brillan como monedas. La cabeza de Jack gira mientras la observa y amasa con los dedos el cubo de cristal.

Solo entonces, Nicky se percata del revólver Webley que empuña con la otra mano.

Se queda quieta.

Jack mira sin pestañear, con los ojos líquidos ocultos por la máscara.

A Nicky se le eriza la piel bajo las mangas.

—Eso no disparará —dice.

Jack amartilla la pistola.

Jonathan da un paso adelante.

—Vamos, amigo, eso no disparará…

De repente, Jack se levanta bruscamente de la silla, aparta a Jonathan con el hombro y tropieza con la alfombra. Jonathan se tambalea contra los estantes, pero Nicky estira un brazo y agarra a Jack mientras caen juntos al suelo. Se oye un crujir de costuras a la altura del hombro y la manga se suelta, el arma con ella.

Jack cae de costado y gruñe cuando Nicky se desploma sobre él. Ella le agarra las muñecas y lo pone boca arriba, a horcajadas sobre su estómago. La sombra de Nicky se proyecta sobre su cuerpo y su rostro, pero el brazo izquierdo desnudo, doblado por encima de la cabeza, está blanco por la luz del fuego, y las minúsculas letras sobre el codo son claras como un texto mecanografiado: debería haberle puesto un lacito a esto hace mucho tiempo.

Nicky le hunde una rodilla en el brazo y agarra la máscara sudada y se la arranca.

Sombras acumuladas en las mejillas, coaguladas en la barba incipiente: el rostro apenas es suyo. Nicky gira la cabeza y mira a Jonathan.

Cuando se vuelve hacia Freddy, este le asesta un puñetazo.

O, mejor dicho, le da un manotazo en la cara, y Nicky oye cómo el cubo de cristal cruje contra su pómulo. También lo siente. El brazo de Freddy se agita como una serpiente mientras lucha; probablemente no tenía intención de golpearla, razona Nicky, mientras ella le hunde el puño izquierdo en el ojo. Pulgar fuera, muñeca bloqueada, tal como le enseñaron. El chasquido es tan agudo que Nicky casi se disculpa.

El cubo cae sobre la alfombra y dos manos la agarran por debajo de los brazos, la levantan y la sacan de allí. Son las manos de Jonathan, y es la entrepierna de Jonathan la que golpea Nicky cuando echa la cabeza hacia atrás en señal de protesta. Su máscara sale disparada.

Freddy se ha puesto en pie. Por un instante mira fijamente a Nicky; a la luz del fuego, sin una manga y el cuello salpicado de sangre, parece medio muerto. Y entonces, con los ojos muy abiertos, se da la vuelta, y, al huir, su hombro topa con el de Madeleine en el umbral.

Cuando Nicky sale al pasillo, ya ha desaparecido. Corre hacia el descansillo, quitándose primero un zapato y luego el otro, el parloteo

y el estrépito cada vez más fuertes en sus oídos hasta que, justo cuando llega a lo alto de la escalera, oye florecer los violines, como anunciándola.

Allí, al pie de la escalera, Freddy derrapa, se desvía y choca con la pirámide de champán, que estalla como una presa.

Las cuerdas chirrían. Un coro de exclamaciones ahogadas de la multitud, ahora inmóvil como un friso, y luego un silencio de estadio, excepto por los zapatos de Freddy arañando el mármol mientras se abre paso hacia la cocina.

Desaparece. Algún idiota aplaude. Otros se suman, y las conversaciones se van calentando hasta el punto de ebullición. ¿Qué ha sido eso? ¿Quién ha sido?

Mientras los camareros indican a los invitados que se alejen de los cristales y la orquesta entona otra melodía, Nicky nota una mirada clavada en ella. Sus ojos vagan por el vestíbulo. El escenario se oscurece de repente.

Salvo el centro de la sala, donde Sebastian Trapp se yergue como un faro, observándola.

# 48.

Cuando Nicky y Madeleine regresan, Jonathan está agachado cerca del escritorio con las manos apoyadas en las rodillas.

—¿Sabes que me has dado un cabezazo en las pelotas? —protesta.

—Me agarraste por detrás. Y no necesitaba que me rescataran.

—Estaba rescatando a Freddy. Le diste en toda la cara.

—¿Este es el revólver?

Madeleine coge el Webley por el estrecho cañón.

—Encontramos a Freddy ahí —dice Jonathan—. Estaba hurgando en las cosas de tu padre.

Madeleine se acerca a la mesa y deja el revólver en una esquina. Nicky recoge el cubo de cristal, la manga cortada y, con un pequeño escalofrío, la máscara de goma de Jack.

—¿Qué estoy buscando? —pregunta Madeleine—. Por cierto, estás sangrando.

Nicky se toca la mejilla; tiene las yemas de los dedos húmedas.

Jonathan agita un pañuelo.

—Toma esto. Joder, mis cojones.

Diana llega a la puerta, reluciente, y va corriendo hacia Madeleine.

—¿Ha sido Freddy? —pregunta, frunciendo el ceño y mirando el cajón abierto.

Ahora Simone irrumpe chillando en la habitación, mientras Sebastian la adelanta con unas zancadas tan largas y rápidas que Nicky casi puede sentirlo echar aire al fuego, el maestro regresado, las llamas saltando ansiosas como perros.

—Fred estaba aquí, señor. —Jonathan explica cómo lo descubrieron —. Y, cuando la joven lo abordó, apuntó con ese cacharro. —Nicky resiste el impulso de enseñarle a Sebastian la herida; en lugar de eso, coloca el cubo de cristal sobre el papel secante—. Así que le partió la cara.

Probablemente sea la luz del fuego, pero, cuando Sebastian se vuelve hacia ella, detecta la sombra de una sonrisa en sus labios.

—Es boxeadora. Eso es de Freddy, supongo —añade, señalando con la cabeza la manga que tiene en la mano—. Y ahí está su abrigo, en el respaldo de la silla. Dejó una muda de ropa. Y…

No acaba la frase. Nicky le ha enseñado la máscara de Jack, sus labios crueles sonriéndole con desprecio, las cuencas de los ojos vacías.

Simone grita. Sebastian gruñe.

Los cinco se dispersan como pájaros cuando Sebastian se sitúa detrás del escritorio; luego se reagrupan en torno a él, con el calor a sus espaldas, mientras observa el forro negro del cajón superior vacío.

—Se lo ha llevado todo —solloza Simone.

Sebastian suspira.

—No había nada que llevarse. Excepto ese cubo. Necesito espacio para maniobrar, por favor. —Empieza a abrir cajones: sobres, papelería en blanco…—. La mayoría no están cerrados con llave, así que o el joven Frederick no se molestó o no encontró nada de interés. Mirad, cinta de máquina de escribir. ¿Es que no necesita cinta de máquina de escribir?

Ahora Sebastian pasa la mano por encima de las municiones: botella de veneno, candelabro…, daga.

—Tengo uno cerrado bajo llave —añade, deslizando la punta de la daga en el cajón inferior—. Estas cerraduras fueron hechas especialmente para que encajara esta daga. ¡Ahora, bien! Intactos. Documentos del fin de la vida. —Guiña un ojo a su mujer y a su hija —. Tendréis que esperar.

Nicky se acerca y ve un bloque de papel y dos palabras en letra negra en la página superior.

Sebastian cierra el cajón, apuñala la cerradura y la hace girar.

—¿Qué andaba buscando el joven Fred?

Deja la daga encima de la mesa, levanta el cubo de cristal y lo agarra con firmeza mientras explora la superficie.

—¿Falta algo? —pregunta Jonathan.

Sebastian parpadea.

—¿Quién demonios eres tú?

—Soy amigo de Fred.

—Bueno, yo no presumiría de ello. Pero sí, todo en orden. Este trozo de cristal era un legado —explica—. Perteneció a mi padre. Solo tiene valor sentimental. Aquí se aprecia algo de Tácito grabado. Nunca supe cómo acabó en manos de un militar que no parecía hablar mucho inglés, y mucho menos latín, pero me gustaba su aspecto, su peso. Ahora, la señorita Hunter lo sabe todo sobre su peso, por supuesto.

A Nicky le palpita la mejilla.

Las sombras se agitan en el rostro de Sebastian mientras sopesa el cubo.

—*Proprium humani ingenii est odisse quem laeseris.* —A Jonathan—: Ya que lo preguntas, desconocido que ha venido a mi casa, el artículo más caro que hay aquí es la máquina de escribir, y no es precisamente fácil de…

Su cuerpo se pone rígido.

Nicky entrecierra los ojos. De espaldas al fuego, la cara de Sebastian es solo una máscara oscura.

—¿Qué pasa? —pregunta Simone.

—Oh, no. —Es Madeleine—. Oh, no.

Nicky frunce el ceño, con los nervios a flor de piel, y mira a Jonathan, que está observando la máquina de escribir.

En la guía plateada de la Remington hay algo afilado, llamativo, escarlata.

—¿Una mariposa de papel? —pregunta Jonathan—. Es un poco siniestro, ¿no?

Nicky entrecierra los ojos.

—Hay algo escrito en las alas.

Cuando Sebastian la mira, la luz del fuego se cuela por un ojo muy abierto y por la tensa comisura de los labios.

Sebastian levanta la mariposa y se vuelve hacia la chimenea; el papel se torna aún más rojo.

Es como ver un edificio derrumbarse, piensa Nicky, mientras Sebastian se estremece de abajo arriba: primero se le doblan las rodillas, luego ceden las caderas, sus hombros caen y finalmente se

derrumba en la silla, con la cabeza gacha, la mariposa en una mano y el cubo de cristal en la otra.

Diana se arrodilla a su lado. Cuidadosamente, como si estuviera extrayendo una bala, le coge el insecto y se levanta para leer en voz alta las palabras que Nicky ve escritas, oscuras y claras en las alas de papel:

CUÉNTALES LO QUE LE HICISTE A ELLA

—Supongo que eso sí suena siniestro —murmura Jonathan.

Nadie más habla.

De repente, Madeleine levanta a su padre.

—Voy a llevarlo a la cama —anuncia, desafiándolos a interferir, y empieza a orientar a Sebastian por la oscura biblioteca.

—Simone. —La voz de Diana es enérgica—. ¿Podrías ayudarme a sacar a todo el mundo de casa?

—Desde luego. Pero no lo entiendo. —Sin Sebastian presente, Simone parece no saber a quién dirigirse—. ¿Por qué iba Frederick a gastar una broma tan… extraña? Lo del orégano y «Cuéntales lo que le hiciste a ella»…

Coge el abrigo, la manga y, con una mueca de disgusto, la máscara. Luego se desvanece, murmurando como el fuego.

Diana se queda mirando la mariposa que tiene en la mano hasta que por fin Jonathan se aclara la garganta.

—¿Podemos hacer algo?

Ella le lanza una mirada aturdida y luego la desvía hacia Nicky. Apoya el origami en las teclas de la Remington —con cuidado, no vaya a ser que lo estropee—, cierra el cajón vacío y se va.

Pero desde el otro extremo de la habitación dice, tenue entre las sombras, con la ropa desprovista de color:

—¿Estaba la mariposa ahí cuando encontraste a Freddy?

—Por supuesto —responde Jonathan.

Diana no se mueve. Luego, por un instante, resplandece como un amanecer mientras sale a la luz del pasillo.

—Por supuesto que estaba aquí, ¿verdad? —Jonathan extiende el

brazo hacia el insecto y agarra un ala de papel—. Quiero decir, lo hizo Fred, ¿no? A menos que alguien la dejara en la valiosa máquina de escribir cuando estábamos alrededor de ella.

La mente de Nicky está trabajando.

—¿Ese revólver dispara? Es demasiado viejo, ¿verdad? ¿Demasiado descargado? —Jonathan asiente en dirección al Webley—. Esto es Estados Unidos. Probablemente haya un rifle amartillado en cada habitación. —Rodea el escritorio y su mano se cierne sobre el revólver—. ¿Quién es ese dramaturgo ruso que tenía una teoría sobre las armas?

—Chéjov. Si introduces una pistola en el primer acto, tienes que dispararla al final.

—Bien. —Jonathan se aleja del Webley—. ¿Qué crees que estaba haciendo Fred aquí?

Nicky no tiene ni idea. Niega con la cabeza.

—Bueno. Último aviso abajo, espero. ¿Te apetece una copa?

Ella le coge la mano.

Así que cruzan la alfombra, salen de la habitación y recorren el pasillo, y desde el descansillo observan al grupo salir del vestíbulo, los restos de la pirámide de champán aún brillando más abajo.

Pero, en todo momento, Nicky piensa en las palabras mecanografiadas en el papel que había en la mesa de Sebastian.

Para Cole

# 49.

En la cocina, en medio del silencio, la señora Trapp mayor anuncia cansada su intención de pasar la noche allí, «por si Sebastian necesita algo» —ahora Nicky mira a la señora Trapp joven, desplomada en el asiento de la ventana—, y se marcha.

El teléfono de Nicky dice que faltan treinta minutos para la medianoche.

—¿Barro otra vez el vestíbulo? —pregunta—. No quiero que Watson acabe cojeando por ahí.

Su anfitriona tiene los ojos cerrados.

Los abre cuando Simone vuelve a entrar al cabo de un momento.

—Madeleine no contesta. —Suspirando, con las manos en las caderas, como si estuviera a punto de preguntar: «¿Qué hacemos con esa chica?»—. Está claro que está ahí. Pero, cuando llamo a la puerta, nadie responde. ¿Qué hacemos con ella?

Nicky, llenando la tetera, mira hacia la ventana del patio y ve a Simone en el cristal, desabrochándose el collar; la ve quitarse los pequeños pendientes de botón.

—¿Podrías devolvérselos a la señorita cuando salga? Ya he tenido suficiente guerra esta noche. Gracias. —Simone deja el metal en la mano de Diana—. Estaré arriba. Supongo que en la habitación con todas esas máscaras de la muerte.

Se da la vuelta en el umbral.

—Cuando Sebastian despierte, házmelo saber, por favor.

La tetera está silbando. Nicky hunde una bolsita de té y deja la taza en el suelo junto a Diana, que se ha quedado dormida; luego se sube a la encimera y bebe leche, balanceando ligeramente las piernas. Detecta un pequeño desgarro en el codo. Esta fiesta era un deporte de contacto.

—*Proprium humani ingenii est odisse quem laeseris.*

Nicky traga y tose.

Recostada junto a la ventana, con los ojos cerrados y el pelo suelto mientras habla una lengua muerta, Diana casi parece profética. Sus palabras suenan resbaladizas a causa de la bebida.

—Nunca había visto ese bloque de cristal en la mesa de Sebastian, pero puedo traducirlo: «Es propio de la naturaleza humana odiar a quien has herido». —Abre los ojos de nuevo y encuentra su taza de té —. Odiamos a quienes herimos.

—Un poco sombrío —comenta Nicky.

—Un poco. ¿Solo leche? Supongo que no existe ninguna novela de misterio sobre la leche.

A Nicky le tiembla la mandíbula.

—Ah, *Before the Fact*. Hitchcock la adaptó en *Sospecha*. Hay una escena famosa en la que Cary Grant sube las escaleras hacia su mujer con un vaso de leche envenenado. Metieron una bombilla dentro del vaso para mayor efecto.

—¿Así que está intentando liquidar a su mujer?

—El estudio no quería que Cary Grant interpretara a un asesino. En la película, todo es un malentendido. Pero en el libro la mata. Bueno, técnicamente, ella se suicida. Deja que la envenene.

—¿Usted intentaría suicidarse?

La pregunta se tambalea por la isla de la cocina como una burbuja deforme, torpe pero clara. Nicky reflexiona, se alisa las mangas.

—No me imagino queriendo morir —dice lentamente—. Pero supongo que puedo imaginarme no queriendo vivir.

El tiempo se ha ralentizado, casi detenido. Nicky se siente… no incómoda exactamente, sino alerta. Se pregunta si debería sentarse junto a su anfitriona.

—Después de perder a mi marido y a mi hija, lo pasé muy mal. —Diana se aclara la garganta—. Indescriptiblemente. Y Sebastian sufrió de la misma manera. Una vez me dijo que le dolía vivir.

Se hace un silencio momentáneo, y a Nicky le duele el corazón.

—Esa mariposa —dice Diana—, ¿seguro que estaba ahí cuando llegaron?

—No —responde Nicky tras una pausa—. Parece probable, pero no

estoy segura. ¿Por qué?

—Porque cualquiera podría haber… Muchos de nuestros invitados sabían lo del origami. Freddy también, por supuesto. Pero…

Diana arrastra las palabras con mucha dulzura. Nicky la incita.

—¿Y la mariposa en la puerta?

La taza está posada de nuevo cuando Diana baja lentamente los pies al suelo.

—Freddy otra vez. —Se tapa la cara con las manos—. La trajo él.

Nicky se inclina hacia delante.

—¿Qué sabe de la desaparición?

Diana deja caer las manos, con los ojos húmedos.

—¿Qué sabe de la desaparición? —repite Nicky.

—Sé que nunca debimos pedirle que escribiera esta historia. —Se lleva la mano a la nariz húmeda—. Esto no es culpa suya. Sebastian lo quiso así. Pero ahora es demasiado… Puede que siempre fuera demasiado… extraño.

Nicky se pregunta si debería ofrecerse a abandonar la casa. No: la fiebre detectivesca está ardiendo.

—Váyase a dormir —le dice Diana—. Yo me acabaré el té. Y luego pienso medicarme hasta la semana que viene.

De mala gana, Nicky se baja de la isla.

Alguien —Simone, probablemente— ha apagado las luces del vestíbulo; se extiende ante ella en monocromo, desolado y vasto, con sombras encogiéndose en las esquinas. Casi puede oír los ecos de los abucheos y los aullidos, el choque de vasos…

… la voz de Sebastian sonando por encima del tumulto…

Una línea de rayos dorados bajo la puerta de Madeleine. Nicky se dispone a subir las escaleras.

En el descansillo, hace una pausa ante los Trapp atrapados en óleo. La están mirando fijamente, y ella les devuelve la mirada: el traje de Sebastian, el vestido de Madeleine, flotando como fantasmas. Hope es invisible. De Cole, solo un mechón de rubio plateado y, en sus manos invisibles, una mariposa blanca.

`Para Cole.`

Nicky se imagina los tipos saltando para golpear el papel, cada letra

brillante a causa de la tinta, mientras Sebastian pulsaba esas cuatro teclas: Co…

Percibe movimiento abajo y se da la vuelta. La oscuridad no ha atenuado el vestido de Diana; Nicky la ve caminar con los zapatos colgando de una mano.

Cuando el reloj de pie anuncia la medianoche, Nicky se sobresalta, pero Diana simplemente se detiene y se mira los dedos. Parece estudiarlos.

Tras el sexto repique, Nicky sigue adelante. Cuando vuelve a la buhardilla, un nuevo día ha nacido en la negrura.

Y por primera vez desde que llegó a San Francisco, cierra la puerta con llave.

# 50.

¿Freddy, eres tú?

Madeleine está sentada en el borde de la cama, desnuda. Cuatro horas con ese vestido y no quiere volver a ponerse ropa nunca más.

Espera la respuesta de Magdala.

Al ver que no llega:

¿Freddy?

Freddy estaba frente a la máquina de escribir. La mariposa estaba encima de la máquina de escribir. Freddy conocía a Cole, tal vez mejor de lo que Madeleine pensaba.

Pero nada de esto huele en absoluto a spray corporal: ni los numeritos en la puerta principal y en la biblioteca, ni el siniestro origami…, ni, para el caso, los mensajes de a saber quién.

… Sin embargo, revolvió el escritorio. Peleó con Nicky (también recibió lo suyo, lo cual no disgusta a Madeleine). Destrozó trescientas copas de champán y huyó.

Busca el número de su primo en el teléfono.

¿Me estás mandando mensajes desde otro número?

¿Eres tú quien está haciendo esas mariposas?

¿Freddy?

La pantalla se desdibuja ante sus ojos. Al cabo de un momento, oye el reloj del vestíbulo tartamudear lentamente la llegada de la medianoche.

Observa y espera.

# Martes, 23 de junio

La encontrarán dentro de un momento.

La encontrarán allí flotando, con los dedos separados en el agua marmórea y el cabello extendido como un abanico japonés. Los peces se deslizan por debajo, la atraviesan, bordean la línea de su cuerpo.

El filtro zumba. El estanque hierve, brilla. Ella tiembla sobre la superficie.

Esta mañana, la niebla merodeaba el terreno —remolino de San Francisco, grueso como el terciopelo y frío—, pero ahora desaparece el último rastro y el patio se inunda de luz: adoquines, reloj solar y una hilera de narcisos. Y el estanque, ese círculo perfecto situado cerca del muro de la casa, con sus peces relucientes y sus nenúfares como estrellas.

En un momento, un grito hendirá el aire.

Hasta entonces, todo está en silencio, todo está quieto, salvo por el temblor del agua y el tráfico lento de los koi y las ondas que forma el cadáver.

Al otro lado del patio se abre una ventana francesa y el sol rebota en el cristal. Un suspiro. Y entonces ese grito.

La han encontrado.

# 51.

El grito saca a Nicky de la cama.

Vuela hacia la puerta, baja dos tramos de escalera en zigzag, abrazando las esquinas, los pasos materializándose bajo sus pies. En lo alto de la gran escalera se detiene, preguntándose si ha oído algo en realidad.

Va a la cocina, serena a la luz de la mañana.

El segundo grito podría romper un cristal. Nicky se dirige al salón, donde la ventana francesa bosteza al patio.

Los adoquines están fríos bajo sus pies descalzos. Lechos de flores. Setos. Reloj de sol. Un fantasma.

Parpadea.

El fantasma está de pie al borde del estanque koi, con una bata con capucha de un color blanco puro fluyendo de la cabeza a los talones. El brazo derecho, envuelto hasta la punta de los dedos en la manga, señala el agua. Nicky va corriendo hacia el estanque y el fantasma se vuelve hacia ella.

—¿Qué hacemos? —pregunta Simone.

Flotando en el agua hay una mujer, boca abajo, con el pelo alborotado y la espalda y los brazos desnudos.

Nicky se mete en el estanque y enseguida se hunde un metro, con peces arremolinándose como chispas a su alrededor. El frío se aferra a sus piernas, a su cintura; aparta nenúfares a ambos lados mientras el cuerpo se mece, pasa las manos por debajo de un hombro expuesto y pone a la mujer boca arriba.

Sus ojos grises están inertes, sus labios están teñidos de azul; el corte en la sien es profundo. Pero sigue siendo la mujer más hermosa que Nicky haya visto jamás.

—¿Qué hacemos?

Nicky se queda quieta, con una mano en la nuca de Diana, mientras

los peces pasan junto a ella y el agua se calma. ¿Debe cerrarle los ojos? ¿Subirle el tirante del vestido?

Cuando el estanque estalla, haciéndola retroceder, tropieza contra la pared hundida, sumergida hasta los hombros. Nicky gruñe, se frota los ojos. Sebastian se agita como una bestia marina con su mujer en brazos. Su vestido es oscuro. Sus pies, cruzados recatadamente a la altura de los tobillos, están pálidos.

Mira boquiabierto a Diana, con los ojos desorbitados y la cabeza acunada en el pliegue de su brazo. Roza con un dedo la herida. Se estremece.

Nicky lo observa mientras el agua se balancea a su alrededor. Sebastian levanta la cabeza y la mira con tanta tristeza que ella apenas puede devolverle la mirada. Entonces, se agacha lentamente hacia esa frente despejada y besa a su esposa.

Unas garras diminutas rozan el cráneo de Nicky y Watson cae en el estanque y se hunde al instante. Nicky la sube a la superficie y la sostiene contra su pecho. La perra empieza a aullar. No son ladridos agudos de conmoción o miedo, sino el largo y grave aullido de luto del lobo.

—¿Está Watson aquí?

Al darse la vuelta, Nicky ve a Madeleine en la ventana, con una sudadera, pantalones cortos de gimnasia y el teléfono en la mano.

Frunce el ceño.

—¿Por qué está bañándose todo el mundo?

# 52.

—¡Tenemos que dejar de vernos así!

La inspectora B.B. Springer, reluciente con una americana de piel de serpiente, observa a la familia desde el umbral.

—Muchas caras conocidas aquí, incluida la suya. —Sonríe a Nicky—. ¿Se acuerda de mí? Llevaba un casco azul la última vez —añade, dando golpecitos a su brillante tocado de pelo rosa chicle.

Nicky lo recuerda.

Las caras conocidas rodean la mesa del comedor, Sebastian más cerca de la puerta, con el pijama empapado, una toalla sobre los hombros y una copa de brandy al alcance de la mano. Nicky lo observa desde el otro extremo; parece un espantapájaros desplomado sobre sus rodillas, miembros desencajados a la altura de las articulaciones. En la hora transcurrida desde que Nicky llamó a una ambulancia, Simone ha recorrido cinco veces las cinco etapas del duelo; Madeleine ha fumado media docena de cigarrillos; y Nicky, después de un grito desgarrador en el baño de la buhardilla y ya con ropa seca, bajó una vez más para ver a los paramédicos revoloteando alrededor del cuerpo.

Hasta que llegó B.B. Springer.

—Estamos esperando a mi compañero —explica alegremente.

Madeleine se mete otro cigarrillo entre los dientes y lo enciende. Exhala el humo lejos de la perra, acurrucada en su regazo y brillante a causa del agua del estanque.

—Yo también quiero uno, por favor —dice Simone.

Madeleine vacila antes de deslizar el paquete y el mechero a través de la mesa. Ve a su tía fumar con interés, como un científico podría observar un comportamiento inexplicable en un animal ya estudiado.

Simone exhala.

—Verde lima.

B.B. parpadea.

—¿Perdón?

—Su pelo. Hace veinte años. Verde lima.

—Ah, me lo he teñido de verde lima una docena de veces desde entonces. Los jefes me lo permiten porque soy terriblemente impor… *Hola, amigo*.[1]

Se lo dice al joven pálido con un traje impoluto y una corbata estranguladora que entra silenciosamente en el comedor. Su cabello es tan rubio que, si se situara bajo la luz del sol, podría incendiarse, piensa Nicky, y su traje y sus patillas son impecables. Es un policía serio.

—Mi compañero, Timbo Martínez —anuncia B.B.—. Nuestro niño prodigio. Es más listo que ustedes, el perro y yo juntos, así que sean sinceros. O, si no, tengan cuidado. ¿Verdad, Tim?

Sonríe al niño prodigio, situado junto a la entrada como un portero. Evalúa la sala y observa a Sebastian un momento.

—Me paso la mitad del tiempo intentando hacerle sonreír —dice B.B.—. Sueño con que llegue ese día.

—No parece usted hispano —comenta Simone.

—Soy adoptado —responde Timbo Martínez amablemente. Su voz es plana y neutra, casi automatizada.

—Mi pelo, su infancia: ya nos hemos puesto al día. —B.B. mete el trasero en el alféizar de la ventana que hay detrás de Madeleine—. Amigos, no me gustan este tipo de reuniones —dice, y las escamas de su chaqueta relucen—. Su casa tiene una historia. Nosotros tenemos una historia. Pero no confundamos el presente con el pasado, a menos que sea necesario.

Sebastian, colgando de la silla, se tapa la cara con una mano.

—Lamento su pérdida —añade la inspectora—. ¿A qué hora se acostó anoche la señora Trapp?

—¿Preguntas ahora? —Simone casi balbucea—. ¿Cuando todavía estamos en shock?

—Relájese, señora Trapp. Será indoloro. ¿A qué hora…?

—A medianoche.

Todos los ojos están puestos en Nicky. De repente, se siente

indefensa.

—El reloj marcaba las doce cuando salió de la cocina —explica, con la voz aún gutural—. Yo estaba subiendo las escaleras.

B.B. golpea los cristales con forma de diamante a su espalda.

—Mi compañera, esa de ahí… —Nicky se levanta. Agachada junto al estanque hay una mujer con rastas cuya chaqueta la identifica como forense—, sitúa la hora de la muerte hace unas nueve horas. También a medianoche.

Nicky se sienta.

—Leo muchas novelas de misterio, y la mayoría dicen que la hora de la muerte es difícil de precisar.

—Hoy en día podemos acotarla a menos de cuarenta y cinco minutos. Sin pruebas forenses.

—Pero el cuerpo estaba en el agua —murmura Timbo.

—¿Fue… un suicidio?

Simone apenas puede susurrar la palabra.

B.B. se cruje un nudillo.

—¿Hay alguna razón por la que pudiera haberlo sido?

—La ventana de su habitación está abierta. La vi desde el patio antes de verla a ella.

B.B. suspira y baja del alféizar.

—Hay un par de problemas aquí. Primero, una caída de tres pisos no es necesariamente mortal. A menos que (problema dos) la señora se tirara de cabeza, en cuyo caso habría caído de panza en la superficie, lo cual habría podido romperle el cuello o hacerla salir de allí más mojada pero más sabia, o habría golpeado las piedras y, aunque no quiero pecar de falta de delicadeza, su cabeza habría reventado como un pomelo. ¿Cuáles son las probabilidades de que solo rozara el borde del estanque y se deslizara limpiamente en el agua?

Simone da una calada al cigarrillo.

—Pero ¿es posible?

—Puede que alguien quiera que pensemos así.

Timbo casi levanta la mano.

—¿La señora Trapp había estado deprimida recientemente?

—Me estoy muriendo. —La voz de Sebastian sale de entre sus dedos como el viento a través de una puerta—. Ambos estamos deprimidos por eso.

—¿Y anoche concretamente? ¿Notó algo?

Al cabo de un momento, Nicky se da cuenta de que se dirige a ella.

—Parecía un poco nerviosa. —Agatha Christie no la ha preparado para esto: responder a las preguntas formuladas por un verdadero agente de la ley—. Quería hablar de…

De repente, Nicky reconoce a Timbo Martínez: acompañaba a Lionel Lightfoot anoche y sufrió daños líquidos en acto de servicio. Un tipo muy interesante. Una especie de colega.

—¿Señorita Hunter?

La voz de B.B. la agarra de los hombros.

—Sí.

—¿La señora Trapp quería hablar de qué?

Nicky mira a Sebastian.

—Se lo pregunto a usted, señorita Hunter, no al señor Trapp.

—Del pasado —responde Nicky.

B.B. se vuelve hacia su compañero y le habla en voz baja. Él escucha y asiente.

—Por supuesto que no fue un suicidio —tercia Madeleine en tono burlón.

—¿Por qué?

B.B. se ha acercado a Sebastian y se queda detrás de él.

—Porque es obvio que fue un accidente. Un paseo nocturno estando achispada. Resbaló junto al estanque.

—¿La señora Trapp tenía la costumbre de dar paseos nocturnos? —pregunta Timbo.

Una calada, una bocanada.

—Yo no tengo la costumbre de ser interrogada por la policía en mi casa, pero hoy está pasando, ¿no?

—No es la primera vez —dice B.B.—. Timbo tenía un asiento en primera fila para el espectáculo de anoche. Parece que fue una fiesta increíble. Pero la casa fue evacuada, ¿verdad?

—Fue solo… un malentendido. —La ceniza se desprende del

cigarrillo de Simone—. Mi hijo. El alboroto…

Nicky cierra los ojos. Todos esos años leyendo historias sobre la muerte y, sin embargo, nunca ha visto, y desde luego nunca ha tocado, un cadáver. Todas esas noches cerniéndose como un ángel oscuro sobre las páginas, espiando autopsias y comprobando pulsaciones en callejones sin salida, cerrando los párpados pintados de bailarinas estranguladas… La muerte era intriga. La muerte era un desafío. La muerte parecía emocionante.

Pero ahora ha visto la muerte, la ha sostenido, y le ha resultado extraña, y triste.

—… en las alas —está diciendo Simone—. Mecanografiado. En negrita.

—Cole Trapp hacía mariposas de origami —informa B.B. a su compañero.

Él frunce el ceño.

—«Cuéntales lo que le hiciste a ella». ¿Se refería a la señora Trapp? ¿A la primera señora Trapp?

Madeleine le seca los ojos a Watson.

—Tendría que preguntarle a Freddy.

—¿Eso significa que lo escribió Freddy? —dice B.B.

—Por supuesto —responde Madeleine.

—Claro que no —dice Simone.

B.B. inclina la cabeza.

—¿Alguien tiene la mariposa?

Madeleine suspira.

—Supongo que sigue en la biblioteca. Puedo ir…

—Todavía no. Usted no. ¿Quién se quedó a dormir anoche?

Las mujeres se miran unas a otras.

—Todos los que estamos en esta mesa —responde Nicky.

—Y Diana.

La voz de Sebastian aún es áspera. Se aparta la mano de la cara y endereza la espalda poco a poco. Por primera vez desde la llegada de B.B., se la queda mirando.

—Hola, señor —dice ella amablemente, igual que uno saludaría a un bebé que despierta de una siesta, piensa Nicky, o a un animal

peligroso entre rejas.

Sebastian y la inspectora se observan mutuamente. «Tenemos que dejar de vernos así».

—¿Algún problema en su matrimonio, señor Trapp? —pregunta B.B.—. El más reciente, quiero decir.

Sebastian apura la copa de un trago.

—Creen que es un asesinato —dice.

Las palabras flotan en el aire como el humo. Nicky no respira.

—¿No creen que saltó? —dice Simone.

—¿No creen que resbaló? —dice Madeleine.

—Creen que es un asesinato —vuelve a decir Sebastian.

B.B. se encoge de hombros.

—Creo que estar casada con usted tiene que ser difícil, desde luego.

—Así que sospecha de mí.

—Sospecho de todos los aquí presentes.

Nicky se está viendo a sí misma desde lejos, como un personaje de una película. «Soy sospechosa de un posible asesinato».

—Si es un homicidio —añade B.B.

Timbo:

—¿Alguien más tiene llave de casa?

Simone:

—Adelina. La asistenta. Ella…

—Freddy.

El coñac ha engrasado la voz de Sebastian.

—¡Freddy otra vez! —exclama B.B.—. La comidilla de la ciudad. Me gustaría tener una conversación con Freddy. Y me gustaría ver ese famoso insecto de papel. Timbo, ¿podrías sacar la red para cazar mariposas? Señorita Hunter, por favor, guíele…

Nicky se levanta, y Madeleine y Simone la miran como prisioneras observando a un compañero que acaba de salir en libertad condicional.

—Watson —dice Madeleine.

Al darse la vuelta, Nicky ve que la perra ha escapado del regazo de su dueña y la sigue hasta la puerta, tambaleándose como un globo de agua. Sebastian observa, con los ojos hundidos cuando se cruzan con

los de ella, y Nicky sale de la habitación. Timbo deja pasar galantemente a Watson.

—¡Ah! —grita Simone cuando entran en el vestíbulo—. Jonathan, el amigo de mi hijo, le dio una llave a Nicky ayer noche. Parecía una llave. Pregúntenle…

Pierden su voz tras la curva de la escalera.

Nicky espera a que Timbo le haga una pregunta, pero se limita a subir los escalones detrás de ella, tarareando en voz baja.

# 53.

La perra se rinde en el descansillo y se deja caer. Timbo para de tararear y mira el retrato.

—Vaya —dice.

Rayos de sol blancos se deslizan sobre la alfombra del pasillo, calentando los pies descalzos de Nicky al pasar. Hace seis días pisó ese mismo pasillo, con Diana delante de ella, sus caderas contoneándose recatadamente en su vestido azul celeste; seis días antes, se asomó a esas mismas ventanas, a ese mismo patio. Y ahora…

—¿De verdad cree que esto es un asesinato?

Suena extraño en su lengua, como una palabra que ha leído pero nunca ha pronunciado.

—Debería preguntarle por esa llave —dice Timbo, casi disculpándose.

Sin embargo, la mirada de Nicky se ha posado en la escena de abajo, donde la forense está arrodillada junto al cuerpo tendido sobre los adoquines. Diana tiene la piel pálida y su ropa parece sangre oscura.

—¿Jonathan qué más?

Nicky avanza hacia la puerta de la biblioteca, hacia la aldaba de la calavera que roe su pesado aro de hierro, y al darse la vuelta ve al policía a una distancia respetuosa, con las manos cruzadas a la altura del cinturón.

—Jonathan Grant —dice ella—. Casi no lo conozco.

—¿Los hombres a los que casi no conoce suelen darle sus llaves?

—La llave era mía.

Empuja la puerta y entra. Hoy, la bahía está deslumbrante: pequeñas olas blancas como virutas de metal, el puente abalanzándose sobre los promontorios. Sin embargo, la habitación —cavernosa, voraz— atrapa la luz entre sus dientes y la devora.

—Caramba —dice Timbo, mirando boquiabierto las ventanas abatibles—. Caramba —repite, volviéndose hacia las sombrías estanterías negras, las rejillas y la escalera, donde en los libros brillan motas de oro.

Cuando se agacha para examinar a Edmund Crispin, su cuerpo formando una S angular en un traje perfecto, la luz incide sobre su rostro, y Nicky ve un tenue punteado de cicatrices. Se imagina a un agente Martínez adolescente mirándose la piel en el espejo, desesperado o infeliz, o al menos un poco triste, y se pregunta si los demás eran bondadosos con él. Y aunque él es policía y ella sospechosa (¿Qué dirá la tía Julia?), siente cierta simpatía por él.

Timbo se endereza y Nicky repara en que sus ojos tienden a desplazarse a izquierda y derecha cuando la mira, como una pelota de tenis en juego. Como si quisiera absorber toda la información posible.

—¿De qué conoce a Lionel Lightfoot? —pregunta Nicky.

—Pidió ayuda al comisario para su nueva novela y el comisario me propuso a mí. Es una historia de detectives.

Los dedos de Timbo escalan el lomo acanalado de un libro con encuadernación de cuero: Israel Zangwill, *El gran misterio de Bow*.

—¿La máquina de escribir está ahí? Sí, solo estoy asesorando al señor Lightfoot sobre procedimientos policiales de la actualidad. Tácticas de interrogatorio. Armas. —Detrás de la mesa bosteza la chimenea, con la boca en llamas—. ¿Quién encendió el fuego?

—Es gas. Siempre está encendida, como la antorcha olímpica.

—En fin. El señor Lightfoot me invitó anoche. Yo quería conocer al señor Trapp. Me gustan sus libros.

—¿Lo conoció?

—Hasta esta mañana no.

El policía rodea el escritorio y recorre con la mirada el papel secante y los objetos: la daga, la soga, la botella de veneno. El revólver.

Y Nicky es testigo de lo que B.B. Springer solo ha soñado: una sonrisa, pequeña pero sincera.

La sonrisa se desvanece cuando la mira.

—Ese es el revólver de Simon St. John —explica él.

—Sí. ¿Cree que es un asesinato?

Timbo se inclina sobre la máquina de escribir y en la mano izquierda se enfunda un guante de látex ligeramente más blanco que su piel. La mariposa se ha deslizado por las estepas del teclado. Coge un ala y se la acerca a la cara. Nicky se pregunta si es miope.

—Llegué aquí hace seis meses —dice él, abriendo una bolsa de pruebas y metiendo cuidadosamente la mariposa dentro—, y B.B. apenas llevaba dos años en el puesto cuando visitó esta casa. Por primera vez, quiero decir. —Cuando se quita el guante, la bolsa cae al suelo y se agacha a recogerla—. Es una especie de rito triste de…

Se acerca a la esquina del escritorio. Nicky ve que a Timbo se le agarrota la espalda y piensa estúpidamente si habrá otra mariposa.

Timbo se yergue. En una mano sostiene la bolsa de pruebas y en la otra una…

—Máscara —dice, innecesariamente.

El Llanero Solitario de terciopelo. Nicky asiente.

—Es mía. La perdí en la refriega.

Timbo mira de un lado a otro.

—Suena a gladiador.

—Debería ver al otro tipo.

—Espero hacerlo. Vaya, ese es el Webley. —Negando con la cabeza —. No me gustan la mayoría de las armas —añade.

—Es usted policía.

—No porque me gusten las armas.

Se ajusta el cuello de la camisa, que le queda suelto, y se dirige a la puerta dando enérgicas zancadas, con la mariposa flotando en la bolsa de plástico.

Nicky se rodea el torso con los brazos. «Realmente creen que Diana fue asesinada».

Y solo hay una persona en esa casa con un historial de esposas malogradas.

# 54.

—El mural no lo recuerdo —dice B.B. maravillada, sorteando lentamente las mesas de rompecabezas. Se queda junto al puzle complicado, el gato y el canario, y luego se sienta en una silla—. Las habitaciones son curiosas. Te cuentan bastante sobre la gente que vive en ellas. Oiga, esa prostituta se parece a usted.

Madeleine está sentada al lado de *Madame X*. Desearía que la perra estuviera holgazaneando a sus pies.

—Solo vi a su madrastra una vez, en una sala de interrogatorios. Era callada. Me cayó bien.

—A mí también me caía bien.

Se le hace extraño referirse a Diana en pasado.

—A alguien no. —B.B. remueve las piezas del rompecabezas con la yema de un dedo—. A mi compañero le gustaba Diana, por el caso Trapp. Creía que estaban muertos, y que ella y su padre eran los responsables. —B.B. mira a Madeleine—. Terminaron juntos.

—Quince años después.

—Yo apostaba por Isaac. ¿Recuerda a mi marido?

—Vagamente.

—Por eso me fijé en él. Por eso y por la barba. —B.B. descubre a Madeleine ruborizándose y sonríe—. Bueno, no lo resolví entonces y no lo resolveré hoy.

Encaja unos bigotes en la mejilla del gato.

Pero Madeleine se da cuenta de que eso es justo lo que espera hacer. Tiene muchas esperanzas de resolverlo.

—¡Además, ahora tenemos un nuevo misterio! Una secuela, incluso. ¿Cómo acabó su madrastra en ese estanque de peces de colores?

—Koi —dice Madeleine automáticamente—. ¿Por qué me lo pregunta a mí?

—A lo mejor sabe algo que yo no sé.

—Sé menos de lo que pueda imaginar.

B.B. se recuesta en la silla.

—Extraños sucesos en las Torres Trapp, ¿eh? Había algo en el agua, podríamos decir. Según la señorita Hunter, su madrastra estaba «nerviosa» ayer noche. ¿Tiene idea de por qué?

—Supongo que organizar una fiesta para trescientos desconocidos te pone de los nervios, especialmente cuando es la última de tu marido. Pruébelo y ya me contará.

—Y su primo. Buen hijo. Buen chico. Sin embargo, anoche estaba hurgando en la biblioteca con una máscara rara, no sabemos por qué. Y, entonces, bum: el club de la lucha.

—Vendría a ser eso.

—¿Y esa mariposa de origami? «Cuéntales lo que hiciste», ¿no?

—«A ella».

—«A ella». ¿Cree que su padre sabe lo que le pasó a su madre?

—No. ¿Cree usted que mi padre sabe lo que le pasó a mi madre?

B.B. levanta las manos.

—Yo solo digo que, si alguien amenaza al señor Trapp de esa manera, parece que sabe algo. ¿Cree que es Freddy?

—Freddy no sabe ni en qué día de la semana vive.

Hay hielo en la voz de Madeleine y sudor en los pliegues de sus manos. Puede que besara a la difunta, puede que se cargara la fiesta, pero Freddy no es un asesino.

—Así que ahora estoy confundida. —La inspectora frunce el ceño en dirección al gato y coloca una garra en su sitio—. En el comedor dijo que sí, que él escribió esas notas. Ahora dice que no, que es demasiado tonto. Perdón por la palabra.

Madeleine se la queda mirando. No implicará a su primo, pero está bastante segura de que la muerte de Diana no fue un accidente. Sin embargo, no pudo haber sido un suicidio. Lo cual significa…

—¿Quién escribió esa nota, señorita Trapp?

—No lo sé.

Pero sí lo sabe, ¿no?

Entra una pelirroja uniformada con una funda de plástico en la mano.

—En el suelo del dormitorio, junto al escritorio —murmura.

—A ver, a ver —dice B.B., entrecerrando los ojos para mirar el papel que contiene, y su sonrisa se cae como un bigote postizo.

Al cabo de un momento, le tiende la funda a Madeleine.

> Es un tópico horrible, pero no puedo seguir.
> La culpa me arrastrará y me ahogará.

—¿Esta es la letra de la difunta?

La letra es suave y tímida.

—Señorita Trapp, ¿esta es…?

—Sí.

Se le hincha la garganta. Diana escribió eso. Y luego Diana murió.

Diana, que le había dicho en el patio: «En algún momento me gustaría hablarte de tu padre».

B.B. entrecierra los ojos, como si intentara resolver un enigma.

—¿Qué está investigando exactamente, inspectora? —pregunta Madeleine.

—Un asesinato —dice B.B., con la nota de suicidio en la mano.

# 55.

El policía pálido y rubio —Madeleine ha olvidado su nombre— entra rápidamente con Nicky siguiéndolo a cierta distancia. Saluda con la cabeza a Madeleine (cree que la llamará «señora») y agita una bolsita de plástico de cierre hermético ante su compañera. Dentro está atrapada la mariposa roja.

B.B. pronuncia las palabras impresas en las alas.

—¿Quién ha tocado esto?

Madeleine:

—Mi padre. Y Diana.

Nicky:

—Probablemente yo también. Jonathan. Freddy, seguramente.

Timbo:

—¿Vio a Freddy tocarla?

Una pausa.

—No.

—¿Alguna ha tenido noticias de Cole Trapp últimamente? —pregunta B.B.

Nicky le mira sin ganas de bromas.

—No —dice lentamente.

—No. —Madeleine niega con la cabeza—. Desde hace veinte años. —«No suenes desesperada»—. ¿Qué podría tener que ver mi hermano con Diana?

Mejor.

Pero el pensamiento merodea en un rincón de su mente, como un desconocido con quien no quieres cruzar miradas. ¿Tendría Cole una razón…?

—Había otra mariposa —añade Nicky, y a Madeleine le entran ganas de decapitarla.

B.B. frunce el ceño.

—¿Otra mariposa?

—En una caja en la escalera de entrada. Me lo dijo Diana. Una mariposa roja con letras en las alas. *Cherchez la femme.*

—¿Cher dijo qué?

En un máximo de tres frases, B.B. seguirá el rastro de la caja hasta Madeleine.

—Significa «busca a la mujer» —dice—. A Cole le gustaba cómo sonaba. Eso fue el viernes. Freddy encontró la caja, me la dio, y yo se la di a papá.

—¿Y se lo dijo a la señora Trapp, que se lo dijo a su invitada?

—Es una casa muy parlanchina. —Aunque no tan parlanchina: Freddy, no Sebastian, se lo había dicho a Diana, justo antes… Justo antes de besarla, el gilipollas; otro secreto que guardar—. Pero cualquiera podría haber dejado esa caja en la puerta. Y cualquiera podría haber dejado esa mariposa encima de la máquina de escribir. Ayer por la noche había cientos de personas aquí. —Si los policías quieren a jugar al Cluedo, Madeleine no se lo va a poner fácil—. Además —añade—, Diana se lo explicó todo por escrito.

Su voz suena ahogada. «No puedo seguir».

Ve a Nicky fruncir el ceño ante el papel que B.B. tiene en la mano. A la inspectora le tiemblan las fosas nasales, como un caballo atado a un poste.

—¿Alguno de ustedes conoció a un hombre de unos treinta y cinco años, con ojos azules, posiblemente pero no necesariamente rubio, que parecía demasiado interesado en la familia Trapp?

Allá vamos.

—Reconocería a mi hermano —miente Madeleine.

—¿Su tía mencionó a un tal Jonathan?

Timbo se aclara la garganta.

—Tenía una llave.

—No necesitaría llave —dice Madeleine, suspirando—. Ayer hubo aquí cientos de personas. Cualquiera podría haberse quedado, haber hecho tiempo en una habitación libre antes de matar… —«Elige bien las palabras, Madeleine»—. Mire, ¡nadie ha matado a nadie! Tienen ustedes una carta…

—¿Cuántos años tiene nuestro amigo Jonathan? —pregunta B.B.

Nicky se encoge de hombros.

—Casi cuarenta, supongo.

Madeleine recuerda su charla relajada de anoche, sus hombros anchos, ese acento. No, sin duda, había decidido.

Luego recuerda los mensajes que sacudieron su teléfono en el momento en que él se marchó.

No estés tan nerviosa.

Y no me busques.

—Casi cuarenta, supone —dice B.B.—. ¿Algún interés en Sebastian Trapp?

Nicky mueve la mandíbula.

—Hizo preguntas, pero creo que más bien por educación. Vimos una película de Simon St. John.

—¿Fue idea de él?

Se encoge otra vez de hombros.

—Sí.

—Necesitaremos sus datos.

El sudor hierve a fuego lento en la frente de Madeleine. Cole reaparece en el mundo de los vivos y Diana desaparece de él. ¿Cómo es posible?

Quizá esto haya ido demasiado lejos. Quizá no sea demasiado tarde. Saborea las palabras: «Mi hermano me envió un mensaje».

… Pero ¿no quiere saber lo que Cole sabe sobre su madre?

No: los mensajes, el origami, y ahora un cadáver. Dispara la pistola de bengalas. «Mi hermano me envió un mensaje. Le respondí».

—¿Cuándo dejó de hacerse preguntas sobre Isaac?

La voz es ronca, áspera y suya.

B.B. ladea la cabeza con una leve sonrisa en los labios.

—¿Quién dice que lo he hecho?

«Me envió un mensaje».

—Me env…

Pero, de nuevo, la agente pelirroja entra en la habitación y la

interrumpe.

—¿Puedes venir? Tenemos un problema.

# 56.

Nicky se queda boquiabierta en el umbral. Sebastian está aporreando la lámpara de araña con una botella de champán, golpes feroces que revientan las bombillas y abollan los brazos. Pequeños diamantes llueven sobre la mesita; tiene el pelo salpicado de cristales. Las mariposas del papel pintado han desplegado sus alas, listas para desperdigarse, y Simone tira inútilmente de su bata.

Madeleine y B.B. avanzan a toda velocidad, y Nicky se queda junto a Timbo. En el instante en que su hija le toca el brazo, Sebastian se calma; deja caer la botella a la alfombra, y con Madeleine y Simone agarrándolo de las manos, se desploma en el sofá, de espaldas a los ventanales.

Nicky los observa, él con su bata, Madeleine con su chándal, B.B. con su piel de serpiente. Siente a Timbo a su lado, ve cómo Simone va corriendo a la cocina. Están en una mala obra de teatro, las vestimentas descuidadas, el escenario desordenado: seis personajes en busca de una respuesta.

Sebastian suspira.

—Quería destruir algo.

—Bueno —dice B.B. animadamente—, esto les supondrá un día de trabajo. No pretendo ser insensible, señor Trapp…

—Pues no lo sea —grita Simone desde la cocina.

—… pero ¿reconoce esto?

La inspectora rodea la mesita.

Sebastian estudia la nota, con la funda de plástico temblando en sus manos. Su rostro parece envejecer.

B.B. lo mira como si fuera un crucigrama que no puede descifrar. En toda su vida, piensa Nicky, la inspectora probablemente nunca ha pasado tanto tiempo sin hablar.

Con cuidado, B.B. coge la nota y se la pasa a Timbo, que se aclara la

garganta.

—«Es un tópico horrible, pero no puedo seguir».

Nicky oye un gemido y se da cuenta de que lo ha emitido ella. Oye un grito y se da cuenta de que lo ha emitido Simone, que ha vuelto con un vaso de agua y un trozo de papel.

—«La culpa me arrastrará y me ahogará» —termina Timbo con esa voz monótona suya.

—Es su letra.

B.B. no parece satisfecha. Sebastian y Madeleine asienten distraídamente.

Timbo frunce el ceño.

—¿Por qué se sentía culpable?

—Lo sabía. Siento haberlo sabido, pero lo sabía. —Simone le tiende el trozo de papel a B.B.—. El número de Frederick, aunque no contesta. Y siempre me contesta. He puesto la tetera a calentar…

—Necesito ir arriba. Si me permiten.

Nicky ve que Sebastian tiembla al levantarse, una máquina a punto de estropearse. ¿Debería…?

—Yo te llevo —dice Madeleine, rodeándole la cintura y pasándole el otro brazo por el hombro. Cuando le devuelve la mirada a Nicky, de repente ella tiene ganas de llorar.

B.B. retrocede un poco cuando pasan y Madeleine se detiene a quitarse vidrios de las suelas.

—Timbo, ¿quieres…?

Él asiente, y se ofrece a acompañar a padre e hija al piso de arriba.

Madeleine empieza a poner objeciones, pero se da por vencida.

Nicky se apoya en el reloj inerte para dejarlos pasar, mientras el grupo de tres se mueve irregularmente hacia el vestíbulo. En la cocina, la tetera empieza a silbar.

# 57.

Adormecido, el ascensor sube hacia la oscuridad.

De niña, Madeleine pasaba horas allí, subiendo y bajando y volviendo a subir, felizmente desorientada, sin ver nada y oyendo solo el chasquido de los engranajes, el deslizamiento de los cables y el quejido del metal. Cole la acompañaba de vez en cuando, pero insistía en que abriera las puertas de los pasillos para que cayera la luz sobre ellos y arrastrara la oscuridad.

—Qué oscuro —observa Timbo, moviéndose a su lado.

Chasquido. Deslizamiento. Quejido.

En el tercer piso, el Otis chirría y frena. Madeleine y su padre salen al pasillo, con Timbo revoloteando al otro lado.

La segunda puerta a la izquierda es el dormitorio de Diana. Madeleine, protegida por el brazo de Sebastian, lanza una mirada fugaz a los agentes y a la ventana. Su padre aminora el paso, boquiabierto; ella avanza con más rapidez.

Cuando lo deja en la cama con dosel, un sollozo sale a borbotones de la boca de Sebastian, y luego otro, gritos que rodean la habitación y se apiñan en las esquinas del techo. Madeleine tiene muchas ganas de huir. En lugar de eso, lo deposita sobre las sábanas. Timbo se agacha con cuidado y le agarra los tobillos nudosos. Un talón desnudo le golpea el hombro; con un gruñido, agarra el otro pie y lo gira lo suficiente para que Sebastian se ponga de costado soltando un silbido de aire.

Madeleine quiere saber cómo ha podido hacer eso Timbo, que es piel y huesos. Evalúa el traje impecable, los fríos ojos azules. Tal vez lo ha subestimado.

Sin embargo, por ahora tapa con las mantas el pecho de su padre, cuya voz gorgotea débilmente en su garganta; tiene la frente húmeda.

En la cómoda encuentra un tubo de diazepam y un bote de

gominolas.

—Trágate las dos —le ordena a su padre—. Abre bien.

Sebastian abre bien y se traga las dos.

A su lado, Timbo mueve la nariz como si fuera un conejo.

—¿Eso es marihuana?

—Desde que llegó Freddy, papá ha estado gagá después del tratamiento. Imagino que guardaba un alijo.

Sebastian cierra los párpados.

—Señor Trapp —dice Timbo en voz baja, y esa voz anónima suya suena casi humana—. Perdón por… ¿Estaba diciendo algo cuando se ha metido en la cama hace un momento, señor?

Sin apenas subir y bajar el pecho, el paciente suspira.

—Otra vez no.

Madeleine se detiene a los pies del colchón.

—He dicho que otra vez no.

Y aprieta los párpados.

Timbo se inclina hacia él.

—¿Reconocería a su hijo si volviera?

Los ojos de Sebastian se abren tan rápido que Madeleine retrocede. Su padre mira fijamente al policía. Cuando habla, lo hace en voz baja pero clara.

—Lo reconocería en cualquier sitio —responde.

# 58.

El té se ha enfriado durante la subida a la buhardilla. Nicky pisa el vestido de ayer. Cuando se tumba en la cama, roza con la mano el diario de Cole, olvidado entre las sábanas. Decide olvidarlo un rato más. Primero, la conmoción del grito, luego la conmoción del cuerpo, después la conmoción de la policía y, finalmente, la conmoción de la nota.

«Es un tópico horrible, pero no puedo seguir. La culpa me arrastrará y me ahogará».

No oyó nada la noche anterior, pero tampoco habría oído a Diana subiendo la escalera con su vestido rojo, una antorcha en la penumbra; no la habría oído abrir la ventana; no la habría oído…

«¿Se apoyó en el alféizar? —piensa Nicky—. ¿Miró al cielo? ¿Se sentó un rato y recordó a su marido y a su hijo? ¿Recordó a Hope y Cole?».

Para su asombro, Nicky se siente traicionada. No hace ni una semana, Diana le había dado la bienvenida a la casa, la había agasajado con té y galletas, la había instalado en una buhardilla que ella misma había preparado. Había tocado para Nicky la banda sonora de su juventud. Le había hablado de su peor momento, de sus peores años. ¿Cuándo empezó a tramar su rendición?

Ya basta. Morir así no es un complot. Incluso Sebastian Trapp estaría de acuerdo.

«Y, sin embargo, veinte años después está casada con Sebastian Trapp», le había recordado B.B. Springer a su marido. ¿Tenía razón Nicky al dudar de Diana y Sebastian? ¿De alguna manera el pasado se había vuelto contra ella?

Pero ¿y esa nota?

Nicky se incorpora. De repente, ansía escapar, no de esa casa, no de la buhardilla, sino del aquí y ahora. Quiere transportarse a una

dimensión alternativa donde la muerte no sea una tragedia, sino un enigma; donde las vidas sean tan desechables como el crucigrama de ayer; donde la gente muera por dinero, lujuria o venganza, nunca por razones desconocidas.

Sale de la cama y va hacia la montaña de libros de bolsillo apoyada en la pared, junto al escritorio de Cole. Sus dedos recorren la parte superior de los ejemplares de Christie, cada roce liberando un recuerdo, como si pasara la mano por las teclas de un piano: un crucero por el Nilo; un compartimento de tren abarrotado en la oscuridad de la noche; una mano pegando cuidadosamente tiras de texto a una nota escrita con una pluma envenenada; siete comensales sentados a la mesa de un restaurante.

La edición estadounidense se titula *Muerte recordada*. Lo había olvidado. *Cianuro espumoso* le gusta más.

De vuelta en la cama, Nicky se hunde en las almohadas y abre el libro. «Había estado deprimida, exhausta… ¿Fue la causa de su suicidio? ¡Qué poco puedes llegar a conocer a una persona después de haber vivido con ella en la misma casa!».

Nicky no recuerda bien cómo se desarrolla la historia. Pasa la página.

Londres de los años cuarenta, debutante en peligro, hermana envenenada. «Las buhardillas de la casa de Elvaston Square se utilizaban como almacenes de muebles y baúles y maletas diversos». Nicky casi sonríe.

Unos párrafos después, extiende el libro sobre su pecho. Simplemente no puede imaginarse a Diana saltando por la ventana de su habitación. «Había estado deprimida, exhausta», quizá; pero una mujer que entraba en las habitaciones con tanta compostura no saldría de una tan imprudentemente, ¿no es así? Una caída parecía impropia de ella.

Nicky no se lo cree, no del todo. B.B. Springer tampoco; sigue persiguiendo la sombra de Cole.

Pero ¿qué pasa con esa nota?

Es un nudo.

Y el lazo decorativo, una pista que solo conoce Nicky: Para Cole.

Esa hoja de papel en el cajón del escritorio de Sebastian, con su misteriosa bendición. ¿Qué era para Cole? Cabría pensar que estaban… comunicándose.

Así que escapa a 1945 otra vez. Se asoma al baúl de la mujer muerta.

Mientras la desconsolada hermana de Elvaston Square saca un vestido polvoriento de seda manchada, Nicky descose las puntadas de la idea de B.B.: después de todo, alguien podría ser un asesino sin ser Cole. A lo mejor Jonathan hizo una copia de su llave. Freddy tiene una, desde luego.

Por supuesto, no necesitas llave si ya estás dentro. «Demasiadas habitaciones, demasiadas escaleras. La clase de lugar donde en cualquier momento podrías tener a alguien muy peligroso detrás de ti».

Nicky vuelve a Elvaston Square, donde la heroína ha descubierto una carta sorprendente. «Algún día podría ser importante para demostrar por qué Rosemary se quitó la vida —concluye—. La alisó, la llevó consigo y la guardó en el joyero».

El capítulo finaliza con una nota anónima: «Crees que tu mujer se suicidó. No lo hizo. Fue asesinada».

Nicky cierra el libro y respira hondo.

«No lo hizo. Fue asesinada».

Hope y Cole hace dos décadas; Diana, anoche. Y en ambas líneas cronológicas: Sebastian, Madeleine, Freddy, Simone.

Si quiere descubrir lo que le ocurrió a Diana —y quiere; la fiebre detectivesca se apodera nuevamente de ella—, debe averiguar lo que ocurrió hace veinte años.

Su teléfono se retuerce en las sábanas. Que sea Julia; o que sea su ahijada mostrándole un diente perdido, o Irwin y Potato sonriendo; que sea un colega o un casero o un amigo olvidado, cualquier habitante de su vida real. Basta ya de este misterio en el que se ha metido.

—¿Hola?

Su voz es quebradiza.

—Hola —dice Jonathan—. ¿Cómo están todos esta mañana?

# 59.

Diana murió anoche.

Siento decirte esto.

Por lo visto, la policía cree que no fue un accidente.

Parecen interesados en ti.

Madeleine está sentada a una mesa de la sala de rompecabezas, de espaldas a la puerta, uniendo las piezas distraídamente, esperando respuesta. Por fin oye a Watson entrar al trote, con las garras crujiendo contra el suelo. La mascota pródiga.

Cuando Madeleine se agacha para cogerla, suena el teléfono y desvía la mirada hacia la pantalla.

SHHH

Casi se le cae la perra.

—¿Estás bien?

Madeleine se da la vuelta y ve a Nicky en el umbral.

—Cierra la puerta.

Nicky obedece y espera a que Madeleine se ponga a Watson en el regazo.

«¿Cómo es?», había preguntado Cole. Sin embargo, ¿era una coincidencia que apareciera solo unos días después de que lo hiciera Nicky? ¿Cole ya sabía cómo era?

No, probablemente no. Cole se había enterado de que su padre estaba en las últimas, lo cual no era en modo alguno un secreto, y ahora ha vuelto a casa. Sebastian invitó a Nicky —no se invitó sola— por esa misma razón, con la misma fecha límite. Las emergencias

atraen a todo el mundo.

Además, Nicky y Sebastian se han escrito durante cinco largos años. ¿Es probable que conociera a Cole antes de eso? Si es así, ¿por qué contactar con su padre? Cinco años es mucho tiempo para esperar… Bueno, ¿qué podría querer Nicky? ¿Conoció a Cole después de que ella y Sebastian empezaran a escribirse? Sería toda una coincidencia. Y de nuevo: ¿y qué?

Es un nudo. Aun así: ¿qué sabe realmente de Nicky?

Sobre la mesa, el teléfono vuelve a sonar.

Madeleine mira a Nicky, esperando pacientemente nuevas instrucciones, y casi se agarra la cabeza con las manos. No recuerda qué sabe, o sospecha, o prefiere ignorar; las dudas, los temores y los recuerdos son viajeros cayendo a la vía, un silbato atormentado gritando más adelante y un faro de luna llena descendiendo. Respira, lleva aire hasta el fondo de los pulmones, casi se ahoga.

—¿Estás bien? —pregunta Nicky.

—Mejor que algunos. Extraña hipótesis la de la policía.

—¿Cuál?

—La que no puede callarse.

—Me refería a qué hipótesis.

—La de mi hermano perdido hace tiempo dejando bichitos por toda la casa. No tengo ni idea de qué relación guarda eso con Diana.

Excepto que la policía lo considera una persona de interés. ¡Cole! ¡Una persona de interés! Madeleine quería a su hermano, pero nunca fue muy interesante.

Nicky suspira.

—Si estuviéramos en una novela de misterio de antes de la guerra, entonces diría que sí, que me lo creo.

—Eso pasa todo el tiempo, supongo.

—*El misterio de la casa roja*, Brat Farrar…

—Gracias, es suficiente. La inspectora me preguntó si había tenido noticias de Cole.

—Sí, yo estaba allí —dice Nicky.

—A ti te preguntó lo mismo.

—También estaba allí.

Está un poco susceptible esta mañana. A Madeleine casi le gusta.

—Me ha mandado un mensaje —se oye decir—. Es él. Es Cole. Es Cole.

Ya está hecho. Siente como si se hubiera salido de la carretera y estuviera flotando por los aires.

Nicky abre unos ojos como platos.

—¿Qué?

Madeleine asiente.

—¿Lo conoces?

Los abre más aún.

—¿Cómo iba a conocerlo?

—Llegaste aquí hace seis días. Él me mandó un mensaje hace cuatro.

Frunce el ceño.

—Tu padre me invitó a venir después de años escribiéndonos sobre historias de detectives.

—Pero Cole me dijo que te dejara quedarte.

«Mantén a tus enemigos cerca, etc.».

—¿Qué crees que podría estar haciendo yo por él? —Nicky parece curiosa, no indignada—. Acabas de oírme hablar a la policía de esa primera mariposa, así que no soy muy cómplice.

—¡No eres mucho de nada! —Madeleine se pone en pie con Watson en brazos y la voz brota de ella como agua de una boca de riego—. No eres una gran escritora; lo dijo papá. No eres muy buena invitada; te paseas por ahí asustando a todo el mundo como un fantasma alegre. Desde que llegaste aquí por ese libro de memorias absurdo, todo ha ido mal. ¡Todo va mal, Nicky! —Sus ojos hierven, su cuerpo se agita; la perra le da zarpazos en el pecho—. La gente se está muriendo y reviviendo, y echo mucho de menos a mi madre. Echo de menos… Quiero… Solo faltan tres meses para que papá se vaya y me quedaré sola. Y de repente Cole vuelve con asuntos pendientes o cualquier mierda que se traiga entre manos, pero soy yo la que ha estado aquí todo este tiempo. Durante todo esto. Nunca me fui. Y no sé qué hacer. Y tú no eres de gran ayuda.

Aspira un poco de aire. Su voz parece tener eco; aparta la mirada.

Los indigentes y los dandis de las paredes se han vuelto para mirarla boquiabiertos. Las muchachas que sirven cerveza se ruborizan.

Nicky avanza hacia ella con el rostro desencajado. «Es boxeadora», había anunciado su padre la noche anterior, así que Madeleine se estremece y sostiene a Watson contra el pecho, protegiendo su cara arrugada, en caso de que Nicky…

… la abrace.

Nicky la abraza. Madeleine le mira el pelo húmedo.

Silencio.

—Siento que todo vaya mal —le dice Nicky al hombro de Madeleine—. Siento que no pudieras irte.

Luego eructa.

No, ha sido Watson. La perra está aplastada entre ambas. Madeleine retrocede y se restriega los ojos al sentarse. Nicky se agacha ante ella, ágil con su pantalón de chándal.

—Puedo irme. Debería irme —dice en voz baja—. Tú y la familia deberíais estar solos.

—No, no. —Madeleine empieza a acariciar la barriga de la perra. El arrebato la ha calmado, o (tal vez) ha sido el abrazo—. Pensaba… Esperaba, quizá, que lo conocieras —dice, más suave ahora—. Y él te quería aquí.

—¿Para qué?

—Está preguntando por mi madre. —Madeleine traga saliva—. Nuestra madre. La suya y la mía. Estás aquí con papá, repasando su vida, así que cree…

—A lo mejor Sebastian Trapp me cuenta lo que hizo con su esposa y su hijo. O solo su esposa, supongo. —Nicky se apoya en la pared, en Jack el Destripador, y se desliza hasta el suelo, con la cabeza a los pies del asesino. Cierra los ojos—. Sí, me interesa tu historia familiar —dice en voz baja—. Es una historia interesante, pero estoy aquí porque me pidieron que viniera.

Madeleine examina su rostro pálido, las mangas demasiado largas de la sudadera.

—Papá no dijo que no sepas escribir.

Una sonrisa cansada.

—Me alegro.

—Y no estás asustando a todo el mundo.

—Espero que no.

La chica parece agotada.

Es hora de una alianza. Hasta cierto punto, al menos.

—Los mensajes —dice Madeleine— son… siniestros. Parece convencido de que papá sabe qué le pasó a nuestra madre.

Nicky abre un ojo.

—¿Tu padre sabe lo que le pasó a vuestra madre?

B.B. Springer hizo la misma pregunta hace una hora. Los dedos de Madeleine se detienen en la garganta de la perra. ¿Lo sabe?

—¿Les digo a los inspectores que está aquí? —pregunta—. ¿Y si le hizo daño a Diana?

—¿Por qué iba a hacerle daño?

—Alguien lo hizo.

—¿Y la nota?

—Yo no… —Un pensamiento asalta a Madeleine tan repentinamente que contiene el aliento—. Freddy.

Nicky se incorpora.

—¿Freddy?

—La besó. —Madeleine se queda mirando la puerta—. A Diana. La besó ayer. O anteayer. Hay demasiado tiempo del que llevar la cuenta. —Se recuesta en la silla—. Ella lo apartó. Freddy está… No obsesionado, pero durante años ha babeado por ella. Ha sido un buen amigo para mí. Desde Cole. Ha sido bueno con papá, aunque papá… Pero últimamente está muy raro. Como si… tramara algo. Sé que parece una tontería, pero… —Se da por vencida—. Algo está ocurriendo.

—Algo está ocurriendo —coincide Nicky.

Madeleine mira el teléfono, que está sobre la mesa de los rompecabezas. «SHHH».

—Quiero saber qué sabe Cole. No quiero que corra peligro.

¿Y si el peligro es él?

—¿Crees que él hizo esas mariposas? ¿Crees que ha estado aquí pero nadie lo ha visto?

Madeleine mira hacia la pared, hacia Jack, una sombra lejana con sombrero y capa, vestido para matar.

—Nadie lo ha reconocido. Podría ser ese violinista de anoche. Podría ser ese caballero que te llama. Podría ser cualquiera.

Nicky parpadea.

—O podría no ser nadie a quien yo haya visto —añade Madeleine.

Por segunda vez en el día, oyen un grito.

Nicky se pone en pie de un salto. Madeleine la sigue hasta el vestíbulo, con Watson pegada al pecho.

Al otro lado del mármol, en la puerta del salón, está Simone, tapándose la nariz y la boca con las manos y con los ojos clavados en la camilla que empujan dos policías. La bolsa blanca para cadáveres está abultada en un extremo pero casi plana en el otro, como un equipaje mal hecho.

Madeleine observa cómo los agentes sacan a su madrastra de casa. A su lado, Nicky se seca los ojos con las mangas.

El reloj de pie despierta para emitir un gong elegiaco mientras B.B. Springer camina enérgicamente hacia ellas, alisándose el pelo con los dedos y rodeando a Simone con el brazo.

—Acabábamos de terminar con su tía cuando abrió la puerta y… Bueno, ya lo han visto. —B.B. se agarra las solapas de la chaqueta y se la abrocha con un crujido de piel de serpiente—. Necesitan un poco de tiempo aquí. Volveremos a por el señor Trapp cuando se encuentre mejor. La forense ha pedido que no entren en el dormitorio. Ni en el patio.

Timbo aparece con tres bolsas de pruebas —un abrigo, una manga y esa máscara de pesadilla— e informa de que el paradero actual de Frederick Trapp es desconocido.

—La casera dice que lo echó a principios de abril. Sin previo aviso.

—¿Lo desahuciaron? —suelta Simone.

B.B. saca tres tarjetas de visita del bolsillo.

—Avísenme si tienen noticias suyas. De nuevo, sentimos mucho su pérdida.

—Lo sentimos mucho —murmura Timbo.

Madeleine, Nicky y Simone los ven salir de la casa, Timbo primero,

su pelo ardiendo por un instante a la luz del sol. B.B. se detiene en el umbral, se da la vuelta y mira el vestíbulo con lo que Madeleine interpreta como una actitud desafiante.

Luego sonríe y cierra la puerta tras de sí.

Un silencio repentino. La sinfonía de aquella mañana suena tenuemente en la cabeza de Madeleine: los gritos de su tía, las diatribas de su padre; los gemidos del ascensor, el rumor de agua del estanque.

Las tres esperan un momento antes de dispersarse.

—Voy a ver cómo está Sebastian —dice Simone, dirigiéndose a la escalera.

—Disculpa.

Madeleine se aparta de Nicky, con Watson jadeando contra ella, y va a toda prisa a su suite escribiendo un mensaje:

Por favor, respóndeme.

Luego borra el «por favor» y lo envía.

Momentos después está desplomada en el sofá, con la cara enterrada en las palmas de las manos y la perra enroscada en la hendidura de los cojines.

Madeleine se pasa un año allí sentada.

Se queda sentada hasta que oye la puerta principal cerrándose.

Va a la cama y mira por la ventana el coche aparcado en el camino. Ve a Jonathan al volante. Ve a Nicky montarse.

¿Quién es?

¿Y por qué está tan interesado en esa chica?

# 60.

—Madre mía, menuda mañana.

Jonathan suelta un silbido. Está guapo con una camiseta de rugby y gafas de sol, y, cualquier otro día, Nicky habría querido continuar donde lo dejaron en la buhardilla —la mano en su pecho, la boca en su boca, sus venas encendidas de excitación—, pero hoy se vuelve hacia la ventana, cansada de hablar.

—Pobre mujer. Pobre Fred; hablaba con mucho afecto de ella. ¿Y tú estás bien?

Nicky frunce el ceño.

—No la conocía muy bien, pero aun así…

—Pero aun así —dice él suspirando—. ¿Cómo es sentir que no hay esperanza, que no hay posibilidad?

Nicky cruza los brazos y cierra los ojos.

—No creen que fuera un suicidio.

—Me pareció oírte decir que había una nota.

—Sí.

Fuera, un montículo de un parque; dos hombres forcejeando con un labrador, riéndose; una madre y su hijo cogidos de la mano.

—Entonces ¿por qué iba a querer alguien asesinarla? —Lo dice como si fuera una palabra sucia. Nicky supone que lo es. Parece que esté acentuando cada sílaba de esa frase. ¿Por qué? ¿Alguien? ¿Asesinarla?

—Tú también apuntaste al asesinato.

—Cuando hablemos de asesinatos, no me acuses de apuntar a nadie.

Ayer, Nicky se habría reído de eso.

—Están interesados en Cole Trapp —dice.

—¿Qué? ¿Por ese pequeño telegrama de anoche? —Más adelante, los turistas se bajan de la acera ante una fila de casas de colores estivales; Jonathan toca dos veces el claxon—. Hablando de querer

asesinar… Pero ¿Cole Trapp no está muerto y desaparecido? ¿O desaparecido al menos?

Nicky no responde.

Una pausa.

—¿Dónde vamos, por cierto? Deambular me parece bien. Tú mandas.

—¿Alguna idea de dónde puede estar Freddy?

«Besó a Diana».

—En su casa, yo diría. Lamiéndose las heridas, aunque probablemente le costará lamerse el ojo. Le llamé anoche y esta mañana. No respondió. ¿Deberíamos ir a su casa?

—No creo que esté allí.

Nicky se muerde el labio.

—¿Qué buscaba anoche en la biblioteca?

Pero las yemas de los dedos de Nicky están bailando sobre la pantalla del teléfono, trazando la ruta.

—¿Podrías girar a la derecha, por favor?

Minutos después, bajo una frágil celosía de cables de tranvía, aparcan y se adentran en la calle Castro. Las banderas del arcoíris se hinchan como velas desde los postes telefónicos; boutiques de ropa y centros de tratamiento láser cargan con los pisos superiores de las casas adosadas de la Edad de Oro. La luz blanquea los ventanales, deslumbra las puertas acristaladas de los restaurantes y las tiendas de mascotas. La única sucursal bancaria que hay a la vista, revestida de monótono ladrillo, parece la carabina en una fiesta.

—Se hace raro pensar que alguien murió abajo mientras tú dormías —dice Jonathan, y Nicky casi vuelve a llorar.

Pasan por delante del regio Teatro Castro (en la marquesina: ¡KARAOKE BOHEMIAN RHAPSODY! y un drama bélico alemán titulado *Fénix*, que presumiblemente no será un karaoke), un dispensario de cannabis y una pizzería. Nicky mira su teléfono. «Ese calor incómodo en la boca del estómago, ese desagradable martilleo en la parte superior de la cabeza».

Cuando la flecha de la pantalla gira hacia el oeste, Nicky gira con ella.

Y alza la vista hacia un callejón repleto de grafitis fluorescentes. A su lado les hace señas un conejo blanco con un reloj de bolsillo en la pata; a ambos lados, las paredes están llenas de ciudadanos del País de las Maravillas: el lirón soñando; la Reina de Corazones gritando, todos en colores de ácido lisérgico, todos mirando lascivamente, boquiabiertos, mientras Nicky se adentra cada vez más en el callejón. Letras en lo alto, flotando en una marea de humo de pipa: aquí estamos todos locos.

A su izquierda se agacha un monstruoso gato de Cheshire con una sonrisa como una guadaña y una cola como la curvatura de un signo de interrogación.

Nicky repara en que, en efecto, es la curvatura de un signo de interrogación, y la mancha de tinta púrpura que hay debajo es el pomo de una puerta. Gira el pomo, empuja la puerta…

—Espera —susurra Jonathan, igual que hizo anoche en la biblioteca, y entra en la oscuridad.

El lugar es una cueva, la mayor parte del suelo desnudo, invisible bajo sus pies. Hay tres mesas pegadas a una pared, cada una de ellas débilmente iluminada por un aplique desesperado por jubilarse. Al otro lado de la sala, los taburetes bordean una barra con forma de media luna y, detrás, por encima de los horizontes de botellas de licor, unas bombillas como las de los camerinos forman el nombre BETTY.

Nicky se acerca. Suelen gustarle los bares de mala muerte. A los bares de mala muerte suele gustarles ella.

La camarera, enorme y fornida, mira a Nicky. Lleva una camiseta sin mangas, un tutú y barba de una semana.

—En mi próxima vida, quiero volver tan guapa como tú —dice, con una voz rica y profunda—. ¿Cómo te llamas, pequeña?

—Nicky.

—Betty. —Su apretón de manos podría aplastar el hielo—. ¿Quién es tu acompañante?

—Jonathan. Hostia —añade él cuando Betty le agarra la mano.

—Bienvenidos a Betty's. Cafetería de día, bar de noche. Y de día.

Betty les guiña un ojo. Lleva unas pestañas de lentejuelas.

Nicky se sienta en un taburete.

—¿Cuándo duermes?

—Uy, cariño. Salgo a las cuatro de la tarde. Soy la dueña del antro. —Betty pulsa el teléfono y unos altavoces invisibles vierten un solo de saxofón, crepitante por la edad—. Mucho mejor. ¿Qué será?

—No bebo café.

—Pues no bebas café.

—¿Qué sugieres? —pregunta Jonathan.

Betty escucha el saxo flotando por el techo.

—Un manhattan es ideal para el foxtrot, un bronx para el *two step* y un martini siempre para moverse al compás de un vals.

Nicky también escucha.

—Parece que no hay compás.

—Que sea un whisky.

Betty quita el tapón de una botella de Hibiki y sirve tres chupitos.

Antes de que puedan brindar, una tos volcánica brota de las profundidades de la sala. Nicky se da la vuelta: en la mesa del fondo, un hombre con un traje marrón deslucido que parece una cigüeña hunde el pico en una pinta, traga y da una calada a un cigarrillo. El humo se agita bajo la lámpara.

—¿Se está muriendo ese individuo? —pregunta Jonathan.

—Es el Profesor —dice Betty—. Venía con el bar. Todavía no ha estirado la pata.

Un rápido destello de luz cuando la puerta se abre y se cierra. Betty saluda a una mujer con ropa quirúrgica antes de volverse hacia una máquina de café espresso del tamaño del motor de un coche.

—¿Esperas a alguien, cariño?

—Estoy buscando —le dice Nicky a su espalda ancha—. Es un tío más o menos de nuestra edad.

—¿Y qué edad es esa?

—Rondando los cuarenta —responde Jonathan.

La cafetera empieza a burbujear.

—Guapo y alto —señala Nicky.

—Va al gimnasio —dice Jonathan.

—Pelo muy oscuro —añade Nicky.

—Tampoco tanto —matiza Jonathan.

La máquina sisea.

—Y lleva un pequeño tatuaje en el brazo, una frase de un libro.

La máquina ruge, y Betty le tiende una taza y una jarra a la mujer con ropa quirúrgica, que está fumando un Camel a unos taburetes de distancia. Nicky casi sonríe. El humo ondulándose en la tenue luz, la camarera curtida, el saxo triste… Está en una vieja película de cine negro.

—Tomó café aquí la semana pasada —dice—. Me fijé en la taza.

Toca el teléfono y encuentra una foto profesional de Freddy del año anterior. La mira fijamente: entonces parecía notablemente más sano.

Betty asiente y su sonrisa se diluye.

—Qué mono. Me temo que no puedo ayudaros. ¿Habéis venido en coche?

Jonathan parpadea.

—Sí.

—¿Dónde habéis aparcado?

Jonathan nombra la calle.

—No puedes aparcar ahí por las tardes. Se lo llevará la grúa.

—Mierda —dice él, bajándose del taburete y prometiendo volver.

En cuanto se cierra la puerta, Betty se inclina hacia delante y gesticula para que Nicky haga lo mismo.

—El coche está bien. Quería que se fuera. No puedo ayudarte con Fred, pero tampoco estoy segura de que me guste el aspecto de tu novio.

Nicky frunce el ceño.

—No es mi… ¿A qué te refieres?

—No lo había visto antes —dice Betty, acariciándose la barbilla—, pero he visto a otros como él.

—¿Y cómo es?

—De los que esconden algo —responde, y se bebe el Hibiki.

Nicky frota lentamente el suyo entre las palmas de las manos. Le cae bien Jonathan; le gusta cómo habla, le gustan sus labios. Incluso le gusta la conexión con el sudoeste de Inglaterra que mantienen él y Hope Trapp.

Aunque había vivido en Londres por la misma época que Diana. Y

tuvo la llave veinticuatro horas.

Y conoce a Freddy, un asesino inverosímil, aunque sin duda tramaba algo, como dijo su prima.

Y alguien podría ser un asesino sin ser Cole. O sin ser Sebastian.

Nicky se bebe el chupito y pone cara de asco. Luego se bebe el de Jonathan, hace otra mueca —Betty la mira con aprobación— y se limpia la boca.

—Gracias por la bebida. —Deja tres billetes encima de la barra—. El tuyo y los nuestros. —Retrocede hacia la puerta—. Nos vemos otro día, quizá.

—Te estaré esperando, pequeña —responde Betty.

Cuando sale de nuevo al callejón, parpadeando para protegerse del sol, Nicky se da cuenta de que Betty conocía el nombre de Freddy sin que ella lo dijera.

# 61.

Tal vez sea la fiebre detectivesca, tal vez sea el whisky, pero Nicky se siente preparada para seguir al conejo blanco por el País de las Maravillas hasta donde el callejón pasa por debajo de una mariposa azul, la oruga renacida. Gira a la izquierda.

Momentos después, una puerta se cierra tras ella. Al darse la vuelta ve a la cigüeña del bar, con el plumaje grasiento, mascando un cigarrillo. Él mira a un lado y otro y se dirige hacia ella.

Aprieta el paso, dejando atrás las letras que corren por el ladrillo: ¡OH, QUÉ SUEÑO TAN CURIOSO HE TENIDO!

Cuando Nicky dobla la esquina, ha salido del País de las Maravillas, aunque no del callejón. Aquí se estrecha y las paredes mugrientas se van juntando hasta una franja distante de acera y sol.

—¡Hola! —La voz del hombre se tambalea en el callejón sin salida, tropieza tras ella—. ¡Chica!

Nicky mira hacia atrás —no hay nadie excepto la mariposa— y entra en un pequeño umbral. En el cristal de la puerta hay una hoja de papel escrita en tinta roja: cuidado con el puto perro.

—¡Chica! Quiero hablar con usted.

El Profesor se acerca a ella, golpeando el suelo con los pies. Nicky no sabe si esconderse o abalanzarse sobre él.

El hombre pasa a grandes zancadas, perfumado de alcohol y humo, el pelo lacio rozándole los hombros.

Y, detrás de ella, un frenesí de gruñidos cuando la puerta se estremece. Sale al callejón, hacia el desconocido, y lo empuja con fuerza contra la pared de ladrillo. Cuando gime, se le cae el cigarrillo de la boca.

Nicky le ha hincado la rodilla en la entrepierna (por accidente) y lo ha agarrado de los hombros (también por accidente) para que no pueda doblarse. Se aferra a su abrigo grasiento y vuelve la cabeza.

Detrás de la puerta, un chucho les está ladrando, con las fauces llenas de espuma y las patas arañando el cristal.

—Mierda, señorita —grazna el Profesor—. Yo solo quería… ¡Joder, basta ya, chucho!

El puto perro deja la ventana llena de espuma y chasquea las mandíbulas.

Nicky suelta al hombre, retrocede, se gira y ruge con tal ferocidad que el perro desaparece bruscamente, dejando el cristal cubierto de saliva.

Se vuelve hacia el Profesor.

—¿Qué quería?

Él hace una mueca.

—Fred. Trabaja en deportes. Es un tipo grande, musculoso. —Cuando el hombre mira el cigarrillo en el suelo, Nicky se agacha y lo recupera—. Gracias —dice, metiéndose la colilla entre los labios.

—¿Lo conoce?

El hombre niega con la cabeza.

—Lo he visto ahí dentro muchas veces —dice, señalando Betty's con el pulgar—. Trae comida para llevar con garabatos orientales en la bolsa. —Una nube de humo—. El restaurante se llama Tigresa. Lo recuerdo porque mi mujer y yo teníamos una gata que se llamaba igual. Me desperté una mañana y había volado del gallinero durante la noche. La gata, no mi mujer. Nunca la volví a ver. Un año después, me desperté y mi mujer había volado del gallinero durante la noche. Tampoco la volví a ver. —Suspira—. Echo mucho de menos a esa gata.

Nicky mira al Profesor, su piel cetrina curada al sol y el humo, los dedos amarillentos, los ojos tristes; se lo imagina sano, o al menos esperanzado, con un trabajo y una cita para comer y, por qué no, un gato.

—¿Por qué me cuenta esto?

El Profesor se alisa la parte delantera de la camisa, llena de quemaduras, como si un asesino fervoroso lo hubiera acribillado a balazos.

—Es un tío raro. Hace un par de meses empezó a aparecer drogado

hasta las cejas. Y, desde entonces, la mayoría de las veces entra con su comida china, un poco nervioso, y luego aparece un joven y se sienta y…

—¿Quién?

—No lo sé. Pero hablan un minuto y luego el tipo se va. Y su hombre también, después de comerse sus *dumplings*. Puede que una vez a la semana.

—¿Cuándo? ¿Qué día, quiero decir?

—Nena, ni siquiera sé qué día es hoy.

Da una calada y tira el cigarrillo al suelo.

Nicky se palpa los bolsillos y saca la cartera.

—Gracias, señor —dice, ofreciéndole un billete de veinte, que él acepta de inmediato.

—Tenga cuidado, señorita. —Da media vuelta por el callejón y regresa al País de las Maravillas—. Podría ser un cliente difícil.

—Yo también —responde ella.

# 62.

Nadie ha enviado mensajes: ni Cole ni Freddy, a pesar de que lo ha amenazado repetidamente. ¿Y quién más contactaría con ella? «Eres la última que queda».

Madeleine sale de su habitación y sube las escaleras. Cuando llega al descansillo, la puerta principal se abre detrás de ella y entra Nicky, sonriendo esperanzada.

Ese abrazo fue hace horas. Madeleine sigue moviéndose.

En la puerta de la habitación de su padre vacila, y lo observa roncar uniformemente bajo las sábanas, bajo el dosel rojo de su cama, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. «Supongo que esto es un adelanto», piensa.

—¿Alguna noticia de Frederick?

Madeleine ni siquiera se había percatado de que Simone estaba junto a la cama de su padre, todavía en albornoz. Madeleine tampoco se ha cambiado. Tal vez deberían vestirse.

—¿Frederick? —suplica su tía.

Madeleine niega con la cabeza y se va.

¿Cómo está involucrado Freddy en todo esto? Las mariposas, los mensajes… Podría ser una campaña orquestada por un solo hombre. Pero desde luego no si ese hombre es Freddy. (¿Desde luego?). El único amigo de Cole: su guardaespaldas de vestuario, su compañero de los Scouts, su compañero de litera. ¿Se habían reencontrado?

Una cinta atraviesa la puerta del que aún considera el dormitorio de su madre: escena del crimen escena del crimen, canta, muy segura de sí misma. no pasar.

Pasa por debajo.

El aire parece más tenue aquí; el violeta de las paredes se ha descolorido. La cama está hecha. Encima hay un vestido oscuro, como un contorno de tiza, y, en el suelo, una bolsa de ropa.

A lo mejor así es una habitación cuando alguien ha muerto en ella.

Aunque Diana no había muerto aquí.

Diana esperaba morir en Samarra. Diana esperaba viajar. Diana planeaba un futuro.

Madeleine frunce el ceño mirando el escritorio. ¿Por qué había escrito esa nota, entonces?

La policía ha cerrado la ventana mortífera. Madeleine se acerca, con cuidado de no tocar el alféizar, y mira hacia el patio, hacia el estanque. Unos cuantos nenúfares con forma de corazón. Peces arremolinándose lentamente en el agua negra.

¿Tenía impulsos suicidas?

¿Estaba borracha?

¿La empujaron?

Madeleine se da la vuelta y va al tocador, vacío salvo por una lámpara, un frasco de perfume negro y un joyero blanco duplicados en el espejo. Cuando levanta la tapa de la caja y gira lentamente una pequeña llave en el lateral, frágiles notas metálicas se elevan como globos hacia la luz de la tarde. Una canción francesa: Madeleine recuerda la melodía por la clase de idiomas de séptimo curso.

Al cabo de un momento, inspecciona el frasco de perfume. Allí está por fin, el nombre de la fragancia misteriosa de Diana, limpia, fresca y suave: Misterio. A Madeleine le parece poco imaginativo.

Se rocía la muñeca. Vuelve a poner el tapón, deja la botella sobre la cómoda y se acerca el brazo a la nariz.

La música empieza a adormecerse; las notas, metálicas y diminutas, se apagan y mueren. Madeleine cierra la tapa del joyero, lo acaricia una vez y sale del dormitorio. La cinta policial se despega de la puerta y la ve ondear hacia el suelo. Se agacha a recogerla y la presiona firmemente contra la jamba.

Mientras recorre el pasillo hacia la habitación de su padre y el último eco de la melodía se disipa de su mente, recuerda el título: *J'ai descendu dans mon jardin*.

Bajé a mi jardín.

# 63.

En la cocina, Simone recibe a Nicky con rigidez. Parece sorprendida al enterarse de que había salido de casa, y con Jonathan. («No estoy seguro de a qué se refería ese tío, Betty —dijo él—. No pasaba nada por aparcar allí»).

—Los inspectores me hablaron de él. —Simone lleva una bata y está encorvada sobre la isla con una taza de café delante—. ¡Incluso preguntaron si me recordaba a alguien! Se referían a Cole. Como si no fuera a reconocer a mi propio sobrino.

Nicky se detiene en seco a su lado. ¿Quién confundiría a Jonathan Grant con Cole Trapp? La policía, por lo visto.

Coge un cartón de leche de la nevera y espera a que Simone comente que ya se siente como en casa. En lugar de eso, la invita a ver las fotos de la noche anterior.

—Pensé que debía hacer fotos por si querías alguna para tu libro de memorias —explica la única señora Trapp viva mientras Nicky se acomoda junto a ella. Desliza dos dedos por la pantalla, de un lado a otro, regular como un limpiaparabrisas—. Ahí está la pirámide de champán. No soporto mirarla. —Pasa la foto—. ¿Por qué hice fotos de gambas rebozadas? —Pasa más y más fotos—. Lionel Lightfoot. Nunca sabré en qué estaba pensando Diana.

Por un momento se queda callada.

El siguiente es Freddy. Simone suspira.

—Está muy errático últimamente. Esa escena de anoche… Ojalá… Ojalá llamara.

Ahora evoca a Diana: vestido brillante y pelo suelto, vaso vacío en una mano, hablando con Freddy pero mirando más allá de él.

—Oh —dice Simone.

«La besó».

En la siguiente foto, Freddy sostiene la cámara por encima de la

cabeza mientras él y su madre flanquean a Diana.

—Insistió en un selfie —le explica Simone a Nicky—. Menudo ángulo.

Frunce el ceño. En la foto también aparece frunciendo el ceño, y un poco desaliñada, con el pelo gris enredado en la cadena de plata y las pestañas tiznadas de rímel.

Los bordes de Diana están borrosos. Parece casi espectral.

—¿Podrías enviarme esta? —pregunta Nicky, sorprendiéndose a sí misma—. Me gustaría.

—Frederick también me la pidió.

Simone le pasa el teléfono y Nicky reenvía la foto. Es un consuelo saber que Diana tiene en su dispositivo una vida después de la muerte, un fantasma en la máquina.

—Y aquí está Sebastian. O gran parte de Sebastian. Ya ves lo difícil que puede ser meterlo en el encuadre cuando está hablando con una persona muy baja, como esta mujer en silla de ruedas.

Luego, Sebastian riéndose, Sebastian haciendo reverencias, Sebastian bebiendo cerveza.

—¿Siempre has estado enamorada de él?

Nicky sabe al instante que nadie se lo ha preguntado nunca. Simone gira la cabeza, casi asombrada, como un espíritu solitario al que de repente alguien puede ver.

Cuando habla, su voz es muy muy suave.

—Desde el día de mi boda. —Arquea las comisuras de los labios—. No lo había conocido hasta entonces. Nuestra primera cita (de Dominic y mía, quiero decir) fue justo después de que él, Hope y Madeleine empezaran una gira literaria muy larga. No recuerdo qué libro era, aunque no importa. Entonces me quedé embarazada, y mi madre quería que el bebé naciera estando casados. Ocho semanas después, boda relámpago. Se perdieron el ensayo. Sebastian y compañía. Creo que les cancelaron el vuelo, aunque da igual. Pero a la mañana siguiente…

Cierra los ojos.

—Cuando lo vi con su traje de padrino, junto a Dominic en el altar, pensé: «Oh, no. Es a ti a quien quiero. Es a ti». —Mira al techo,

mostrando toda la garganta, y por un momento Nicky vislumbra a la mujer que era, antes de que los nervios esculpieran líneas en su rostro y le llenaran el pelo de canas—. «¿Por qué tú?» —pregunta impotente—. «¿Por qué ahora, mientras voy hacia el altar?».

Nicky escucha.

Simone baja a tierra y abre los ojos.

—Le dije que sí a Dominic, por supuesto. Lo dije, y hablaba en serio. Él fue el primero. Y lo amaba, y amaba a Frederick, entonces, ahora y siempre. Fui una cuñada diligente para Sebastian y Hope, y después de Nochevieja, durante todos esos años, me preocupé por Sebastian. Todos lo hacíamos. Entonces, cuando mi marido murió, esperaba que…

Nicky siente que su sangre comienza a vagar. «¿No te perseguiría la idea de haberte cobrado una vida? —había preguntado Simone—. No confesar nunca. ¿Quién pudo hacerlo?».

«*Cui bono*», había respondido Nicky. ¿A quién benefició la muerte de Dominic? Para el caso, ¿quién puede haberse beneficiado de la muerte de Diana?

Simone suspira.

—Pero no logré que Sebastian me viera nunca como otra cosa que su cuñada. Nunca se calla, malcría a su hijo, es una mandona entrometida. No importa.

La pantalla del teléfono se funde a negro. Automáticamente, lo pulsa y vuelve a aparecer el rostro de Sebastian. Simone lo mira fijamente.

—Luego trajo a Diana a casa. No me lo esperaba.

Y ahora Diana está muerta. Diana, que probablemente no se lo esperaba.

Simone empieza a remover el té con la cuchara.

—No me interesan las novelas de misterio. Me parecen ridículas. Incluso las historias de Simon. Las he leído todas, por supuesto. También leí a Sherlock Holmes. Quería saber qué veía en ellas. Solo recuerdo al hombre que se enamoró de una mujer en un viaje por el océano años antes, el hombre que le dijo a Sherlock: «Cuando partimos, ella era una mujer libre, pero yo no era un hombre libre». —

Otra leve sonrisa—. Sabes escuchar. Entiendo por qué la gente habla contigo.

—Hum —responde Nicky, tragando saliva.

—¿Alguna vez has amado a alguien que no te correspondía?

«¿Le caería mal Simone? —había dicho Jonathan sobre algún Watson muerto hacía largo tiempo—. Le pregunto a Fred si su madre sería capaz de cometer un homicidio y responde: "Tío, mi madre es capaz de cometer un genocidio"».

—Sí —dice Nicky con voz entrecortada.

—Me parece que puede ser casi placentero. —La yema del dedo de Simone se desliza por la pantalla y pasan un momento en silencio—. Pero sobre todo es insoportable. Ah, son más de las cinco. Los gatos probablemente se estarán devorando unos a otros. Tengo que irme. Seré yo quien organice el funeral, claro. Sebastian no puede. Madeleine probablemente no pueda. —Se baja del taburete—. Creo que tú también deberías irte.

No se refiere a dormir.

—Entiendo.

—Ha habido una muerte en la familia. Sebastian no está bien, Madeleine es… Madeleine. Frederick está destrozando propiedades y agrediendo a gente. Lo siento, por cierto.

Nicky se aclara la garganta.

—No es la primera vez que me abofetean.

—Estoy segura de que tú y Sebastian podéis hablar de vuestro proyecto más adelante. Pero, por ahora…

—Lo entiendo, de verdad.

Simone se guarda el teléfono en el bolsillo. En el umbral, se detiene a examinarse la bata.

—Supongo que me pondré esto en casa —dice—. Es de Sebastian.

Cuando se va, Nicky se bebe el resto de la leche y exhala. «La fiebre se apoderará de ti».

No juega al ajedrez, pero aun así puede imaginarse el tablero: Simone sacrifica a un caballo para ocupar su lugar junto al rey. La reina aparece de la nada. Finalmente, Simone también la mata.

Nicky se muerde la uña del pulgar. ¿Por qué atacaría Simone meses

antes de la muerte de Sebastian? A lo mejor, si has matado a dos personas por una sola razón, te sientes obligado a terminar lo que has…

Baja la cabeza y coge el vaso.

¿Por qué no tres personas?

Y ahora oye un rugido en los oídos mientras la fiebre se apodera de ella: ¿qué hay de la primera reina?

¿Dónde estaba Simone aquella noche? En casa, dijo, con su marido y su hijo.

Y con Cole.

# 64.

Arriba, sentada junto a la cama, a la pálida luz de la lámpara, Madeleine mira fijamente las manos de su padre. Manos de pianista, solía decir su madre, de huesos finos y dedos largos. Madeleine examina sus propios dedos, apoyados en el regazo. Sabe que son fornidos, o torpes cuando menos.

Ahora ha perdido dos esposas. Y un hijo.

—Tuvo una vida triste.

Madeleine se sobresalta. Sebastian tiene los ojos cerrados y los párpados amoratados, oscuros como cuencas en un cráneo.

Pasa un momento hasta que Madeleine sospecha que se ha imaginado su voz. Al otro lado de la ventana, se consume la última luz del atardecer.

—Una vida triste —repite Sebastian con los ojos abiertos.

Madeleine se pregunta si todavía va colocado de hierba.

—Estuvo cinco años contigo. Viajasteis. Erais… —Eran sociables. Se reían a menudo—. Os queríais —concluye.

Pero Sebastian hace rodar la cabeza contra la almohada, de un lado a otro.

—Su verdadera vida se había acabado antes de que llegara yo —dice.

Madeleine recuerda.

—Así que se retiró al pasado, donde los decorados le resultaban familiares. Creo que por eso vino aquí: no para vivir su vida, sino para esperar a que acabara. —Ahora vuelve la cara hacia su hija—. No éramos la primera opción. Pero por eso encajamos: los dos estábamos resignados. Ninguno quería una vida más allá de la que ya tenía. Éramos la otra vida del otro.

Tiene los ojos húmedos.

Luego, con una sonrisa triste:

—Pase, por favor.

Madeleine se da la vuelta. Nicky merodea el umbral como un ángel de la muerte que no sabe si ha llegado tarde o pronto.

—Siento interrumpir —dice—. Debería irme. Querrán la casa para ustedes.

Madeleine asiente, satisfecha. Ella y su padre han librado esta guerra antes, dos contra el mundo, dos contra esta casa: mirando juntos sus oscuros pasillos, cargando codo con codo el peso de esa buhardilla, apartándose de las ventanas.

—Señorita Hunter, me sentiría abandonado si usted se fuera. Maddy —le ofrece la mano—, por favor, dile a nuestra invitada que insistimos.

Ella le aprieta los dedos, irritada.

—Desde luego, nadie irá a ningún sitio esta noche.

—Quédese un momento, señorita Hunter. Chicas, lo que más deseaba para Diana era la maternidad. Tenía esa cualidad esencial, elemental, de una buena madre.

Madeleine casi levanta la mano.

—¿La bondad?

—No. Fue bondadosa, pero no.

Mira a Nicky, quien, tras una pausa, dice:

—Diana era feroz.

—Muy bien. Necesitaba serlo para sobrevivir a tal pérdida. No muchos lo percibieron en ella, pero usted sí.

Madeleine fulmina a su padre con la mirada, deseando que se dirija a ella y no a esa desconocida, y ahora lo hace.

—«El amor de una madre por su hijo no se parece a nada en el mundo —dice—. No conoce ley ni clemencia. Se atreve con todo y aplasta sin piedad todo cuanto se interponga en su camino». —Sus manos se mueven entre las de Madeleine—. Eso dice Agatha Christie. Y una mujer así de feroz sería una madre maravillosa. —Sebastian se hunde más en la cama y su voz se atenúa—. Pero ella no quería intentarlo otra vez, arriesgar otra vez. No quería volver a perder.

Al cabo de un momento está roncando, y Madeleine apaga la lámpara. Cuando se vuelve hacia la puerta, Nicky se ha ido.

En el pasillo sin luz —era Diana la que siempre encendía los apliques, por supuesto—, Madeleine tropieza con la maldita perra. Ambas bajan al patio. Mientras Watson rocía un seto con gas nitrógeno, Madeleine echa un vistazo al rincón oscuro donde antes (¿ha sido realmente hoy?) descubrió a su padre, rugiendo, con su esposa en brazos; donde ahora los peces flotan indiferentes.

Se estremece.

En el salón nocturno, con su lámpara triste como un árbol de Navidad muerto, Madeleine toquetea la estantería hasta que la pared se desliza hacia ella. La habitación de las resacas tiene poca luz.

Se sienta en la tumbona. Sus ojos recorren las paredes, la galería de mapas y grabados. ¿Había visitado Diana todos esos lugares? Madeleine nunca se lo preguntó.

Las luces se apagan.

Ahora escucha un leve susurro de agua del estanque cerca del suelo, filtrándose a través de la rejilla. El cuerpo de Diana se empapó en ese estanque. Su sangre fluyó en él. Lo que oye Madeleine, ese sonido de agua, es el sonido de la sangre.

Y mientras se le mete en la cabeza, busca el teléfono y le envía un mensaje a su hermano.

Magdala.

Empiezo a tener miedo.

Un momento después:

Magdala.

Creo que no estás lo bastante asustada.

# 65.

—Buenas noches —dice Jonathan.

—Buenas noches —responde Nicky, con el teléfono entre el hombro y la oreja—. ¿Demasiado tarde para charlar?

Apenas son las nueve y media, pero Nicky podría dormir un año seguido. «Váyase a dormir —dijo Diana anoche. (¿Realmente fue anoche?)—. Pienso medicarme hasta la semana que viene».

Jonathan prosigue.

—Pues estaba dándole vueltas. Después de dejarte, pensé que esa mariposa que había en la máquina de escribir era solo una broma.

Nicky intenta meter una pierna en los pantalones cortos, falla y cae en los tablones del suelo soltando un gemido.

—Suena como un partido de rugby.

—Lo parece.

Activa el altavoz y lanza el teléfono sobre la cama.

—Pero ¿la policía cree que es una amenaza? —continúa Jonathan —. ¿Creen que ese artista del origami, sea Cole Trapp o no, sabe lo que le pasó a la esposa, a la madre? ¿Y está tratando de obligar a Sebastian a confesar? ¿Y no es Fred?

Nicky se sube los pantalones hasta las caderas.

—Es una teoría.

—¿Y está intentando asustar a Sebastian?

Nicky se sienta en el borde de la cama y se echa hacia atrás.

—O atraparlo. O hacerle chantaje. O torturarlo. Pero parece muy seguro de que Sebastian es el responsable.

Una mano remueve las sábanas y roza el diario.

—Creo que yo ni siquiera podría hacer origamis. ¿Sabes hacer animalitos de papel?

—A duras penas sé doblar una servilleta.

La risa de Jonathan es entrecortada.

—La policía quiere hablar conmigo. Me siento un poco incómodo aquí.

—Yo no tendría miedo. La verdad es la mejor defensa.

Nicky se mete en la cama y se apoya el diario en la barriga.

—… era un chiquillo —dice Jonathan—. Y el chiquillo se convirtió en un bruto fornido como yo. ¿Esa es la idea?

Mientras él parlotea en algún lugar junto a su cadera, Nicky localiza la última entrada que leyó. (Ayer mismo. ¿Realmente fue ayer?). «¡Está pasando algo emocinoante!».

Pasa la página, y luego las siguientes. Todas en blanco. La voz de Cole se apaga en junio de 1999.

Se le caen los párpados. Cierra los ojos y despliega el libro sobre el pecho. Cuando Jonathan hace una pausa, ella murmura «sí», e, igual que una muñeca parlante, él sigue hablando.

Solo en ese último instante antes de dormir lo oye claramente una vez más, con voz baja y suave:

—¿Por qué estás tan segura de que no hay nada que temer?

## Miércoles, 24 de junio

# 66.

Un zumbido.

Madeleine abre un ojo. Su teléfono tiembla sobre la almohada.

—¿Diga? —murmura.

—Señora Trapp, llamo del *Chronicle*. Nos encantaría hablar con usted sobre la esposa de su padre…

—Antes prefiero explotar —grita Madeleine.

Treinta y tres llamadas perdidas amontonadas en la pantalla, todas de números desconocidos. Trece mensajes de voz. «Madeleine —dice un desconocido—, siento su pérdida. Estoy en la sala de redacción de…». Borrar. «Buenos días. Nos gustaría que verificara algunos detalles…». Borrar.

Asesina cada mensaje, con sudor en la sangre y ácido en las tripas —«Dejadme en paz, dejadnos en paz»—, pero cuando el teléfono vuelve a temblar, como en defensa propia, responde.

—Número equivocado.

—Soy del *Oakland Star*. Por favor, venga a hablar un momento.

—Ni de coña voy a ir a Oakland —le espeta Madeleine.

—No es necesario. Solo tiene que salir.

Madeleine se lanza hacia las cortinas y las abre.

Una docena de desconocidos se han congregado al principio del camino de acceso, como vampiros esperando a que los inviten a entrar. Dos cámaras al hombro; el resto toquetean sus teléfonos, excepto la mujer que murmura las palabras en la oreja de Madeleine.

—Si pudiera atendernos un…

Al levantarse de la cama, Madeleine asusta a Watson, y se dirige al vestíbulo en pijama. Lengua seca, garganta encogida, piel insuficiente: es Año Nuevo otra vez, y el resto de ese mes, y el resto de ese invierno. Abrirá la puerta principal y gritará al pasado.

La puerta ya está abierta. Una brizna de luz atraviesa el mármol.

Madeleine se queda quieta.

—La familia pide privacidad en este momento. El señor Trapp espera emitir un comunicado en breve, pero ahora, por favor, denle espacio para pasar el luto.

Madeleine se queda junto a la puerta. En los escalones, Nicky está dirigiéndose a las cucarachas como una pequeña pregonera, con la correa de la bolsa cruzándole el pecho.

—Por favor. —Agita el teléfono—. Nadie quiere verse en internet acosando a un viudo.

La multitud comienza a desperdigarse cuando Nicky vuelve a entrar y cierra la puerta.

—¿Qué ha sido eso? —dice Madeleine.

—¡Uf! —Nicky se sobresalta—. Lo siento. He visto a la multitud desde la buhardilla y he pensado: «¿Qué haría Simone? Probablemente los echaría antes de que tú o tu padre…».

Un ladrido grave. Watson ha aparecido en la puerta del dormitorio.

—Ven aquí —dice Madeleine antes de entrar en el cuarto de baño para recobrar el aliento y echarse agua en la cara.

Al salir encuentra a la perra roncando en el mismo sitio donde había ladrado y a Nicky al otro lado de la habitación, de pie frente al póster de la ilusión óptica.

—El periodista de sucesos publicó anoche un artículo muy breve —explica Nicky—. Solo decía: «Diana ha muerto; no se sospecha de ningún acto delictivo en este momento».

«Casi me engaña», piensa Madeleine.

—El hashtag «secueladeasesinato» era tendencia esta mañana cuando desperté.

—Ah, qué bien. Qué bien. —Madeleine se acerca a la cama y mira por la ventana. Las últimas cucarachas están escabulléndose—. A la mierda —murmura.

—¿Perdón?

—Solo estaba diciendo palabrotas. —Se vuelve hacia Nicky—. Gracias por hacer lo que habría hecho Simone. ¿Te vas? —pregunta, mirando la bolsa.

—Cambio de escenario. Tengo que escribir. —Nicky se aclara la

garganta—. Además, sé que tu padre me pidió que me quedara, pero creo que debo irme. De verdad. Como he dicho ahí fuera, estáis de luto y…

Se le quiebra la voz en la garganta igual que una placa de hielo.

Madeleine observa horrorizada. Sus brazos se rebelan, flotando hacia arriba para darle un abrazo antes de cruzarlos firmemente sobre el pecho.

—Lo siento —murmura Nicky, pasándose los dedos por debajo de los ojos—. Era… una persona muy decente.

Madeleine le da una palmadita en la cabeza, como si fuera un buen perro. Luego se oye a sí misma decir:

—Verás que no es tan fácil salir de esta casa. Además, papá está acostumbrado a tener mujeres cerca. A mí. A Diana. A Watson. —La perra patalea en sueños—. Y puede que el pasado sea un lugar mejor para él. Aunque se haya ido.

—O está esperando.

Madeleine frunce el ceño.

—Lo dijo él —precisa Nicky—. «El pasado no se ha ido. Solo está esperando».

Madeleine piensa en su hermano, que también espera. Pero ¿qué?

Supongamos que Cole estuviera implicado en la muerte de Diana. A lo mejor pensaba que sabía algo sobre su madre. O a lo mejor quería que Sebastian prestara atención. No importa el motivo, en realidad. Supongamos que ha ido un paso más allá de las mariposas de papel. ¿Debería avisar a la policía? ¿Vigilarían la casa, vigilarían a su padre?

«Creo que no estás lo bastante asustada».

La sombra que él proyecta en su cabeza se oscurece cada hora que pasa. Necesita un aliado.

—Por favor, quédate —dice Madeleine.

El teléfono de Nicky anuncia una notificación.

—Mi transporte. Volveré —añade, pasando cuidadosamente por encima de la perra.

Madeleine salta a la cama y mira por la ventana. No hay espectadores, solo un taxi amarillo plátano que circula por la calzada y se lleva a Nicky.

Watson la mira con un ojo cuando Madeleine se acerca. En el vestíbulo, casi puede oír su propia respiración. Los camareros de la fiesta apenas habían barrido las ruinas de la pirámide de champán cuando Simone ordenó a todo el mundo que saliera. Las servilletas aún ocupan las esquinas como plantas rodadoras y fragmentos diminutos de palillo se astillan bajo sus pies. El lugar parece estar a punto de desmoronarse: «La caída de la Casa Trapp», piensa. Nunca le ha gustado mucho Poe, pero recuerda esa historia, esa casa, con su salón gótico decadente y la mujer condenada a vivir allí. Madeleine.

# 67.

En el coche, Nicky pone al día a Irwin (que ha leído sobre la muerte de Diana) y Julia (que no lo ha hecho). Les asegura que se irá pronto, pero sobrevivió a la noche, ¿no?

Irwin no sonríe, ni siquiera con Potato respirando pesadamente en su regazo.

—A la gente mala le encanta la inocencia, Nicky. —Habla en voz baja—. Y tú eres la persona más inocente que conozco, la persona con el corazón más grande. Y solo hay una como tú.

Nicky siente cómo se encoge su gran corazón.

—Eres la persona más testaruda que conozco —dice Julia—. Esto es exactamente lo que me temía. ¿No te lo dije?

No se oye el gorgoteo de una pajita, solo su voz apagándose. Nicky intenta distraerla con noticias recientes del día, pero no puede recordar ninguna, y Julia no está de humor.

Los mensajes de texto se agolpan en la pantalla, incluso algunos mensajes de voz a la antigua usanza: amigos y compañeros están preocupados. Nicky promete responder por la tarde, cuando haya desaparecido el desagradable martilleo que nota en la parte superior de la cabeza.

Desembarca en la Puerta del Dragón, en Chinatown. El coche se aleja, encabezando un cortejo fúnebre mientras avanza hacia el este por la calle Bush.

Se detiene a la sombra de las tres pagodas cubiertas de tejas verdes. Serpientes marinas gemelas se saludan en lo alto del tejado, y un cartel pintado como una alfombra exótica se balancea desde las vigas con caracteres dorados entubados a través de él. Junto a las puertas este y oeste, un león de piedra a cada lado, ambos luciendo pintalabios de color frambuesa.

Y más allá de la Puerta del Dragón, subiendo la empinada pendiente

de la avenida Grant, el rumor de las voces.

Nicky echa a andar, pasando frente a anticuarios y pequeños restaurantes. Los escaparates se presentan como bilingües. Un poco más adelante, un grupo de mujeres rubias con sudaderas de diseño denuncian la desigualdad de ingresos. La más rubia le lanza un folleto a Nicky: «¡Infórmate!».

Grant se nivela en la intersección, justo cuando la calle Pine se eleva de repente hacia el oeste, como si la ciudad se plegara sobre Nicky, que se acerca al borde desigual de una multitud apelotonada.

Las calles se agitan bajo los faroles chinos, rojos como joyas y con borlas goteantes, ensartados desde las escaleras de incendios hasta los balcones, desde las ventanas hasta los tejados. Las multitudes se agolpan en los puestos ambulantes, los cocineros asaltando woks, los niños vendiendo pañuelos de seda y camisetas de San Francisco. Aquí también hay fauna exótica: dragones que se deslizan entre la multitud, un vuelo de colores brillantes y chillidos vertiginosos bajo la piel. Nicky se asoma al vientre de un monstruo rojo: media docena de escolares, blandiendo zancos y ordenando a los transeúntes que se muevan.

Las aceras están abarrotadas, la gente pegada a los escaparates. Nicky mira el teléfono. ¿Puede abrirse paso a codazos sesenta metros?

El dragón regresa entre la multitud. Nicky agarra un puñado de plumas azules de la cola y se engancha a él.

A mitad de la manzana ve un hueco y corre hacia la puerta del restaurante Tigresa. Inspecciona el lugar: manteles blancos y Budas dorados sonriendo. Cinco comensales, ninguno de los cuales es Freddy.

Cuando se acerca la camarera, Nicky le enseña el selfie de Simone y señala a Freddy. La mujer sonríe y dice en un suave inglés:

—Dos sé.

—Me gustaría verlo.

—Dos sé.

Nicky frunce el ceño.

—¡Dos sé, dos sé! —insiste la mujer, y empuja a Nicky al exterior, entre turistas que blanden palos de selfie como si fueran estoques, y la

lleva a un umbral.

Nicky echa la cabeza hacia atrás. Una marquesina vertical se aferra a la fachada y se estrecha en una punta de flecha en dirección a la acera. HOTEL EL DRAGÓN BARBUDO, reza el cartel en letras plateadas sobre pintura verde mortecina.

Se da la vuelta. La camarera se ha ido.

Desde su refugio, Nicky observa la oleada de transeúntes y recobra el aliento. Examina el intercomunicador, cuyas pegatinas están despegadas: 1A. 1D. 2B. 2C.

En efecto, «dos sé». No murmura «eureka», aunque está tentada.

Pulsa el 2C. Vuelve a pulsar tanto tiempo como puede aguantar el zumbido del timbre. Luego presiona un botón tras otro hasta que el interfono despierta.

—Repartidora —dice, y espera haciendo una mueca.

Se oye un zumbido y abre la puerta.

El vestíbulo es húmedo y el único destello de color es un pósit rosa pegado a las puertas del ascensor: fuera de servicio para siempre. Debajo de un tablero de corcho en una pared, las hojas de papel se han desprendido como piel después de la muda.

Nicky se dirige a las escaleras.

Sube cuatro tramos en zigzag —los dos primeros blanqueados con fluorescentes, el siguiente profundamente oscuro— hasta llegar a un pasillo corto en el que cada una de las cinco puertas está marcada con una tira de cinta adhesiva. No hay apartamento 2C en el segundo piso.

Otra escalera blanca resplandeciente, otro pasillo, el ruido de la calle atronando al otro lado de una ventana lejana. Encuentra el 2C a la izquierda.

La temperatura ha subido con ella; se seca la sien con una manga y golpea el endeble contrachapado.

Nada. Vuelve a golpear.

Nada.

Gira suavemente el pomo hasta que deja de moverse. Suspira.

Luego se inclina hacia atrás sobre un talón, ladea el hombro y embiste el 2C.

La madera gruñe pero resiste. Nicky retrocede y arremete contra la

puerta, que se abre de golpe.

# 68.

El apartamento es diminuto —¿cómo cabe Freddy aquí?—, y la luz del día que se cuela por una ventana mugrienta huye de la habitación como si desconfiara de ella. Un microondas en el suelo, un fregadero de acero en la esquina, una pantalla plana sobre tres cestas de supermercado puestas boca abajo. Bolsas de viaje destripadas a los pies de Nicky: ropa, zapatillas, una lata de spray corporal.

Las cuatro paredes desnudas.

Cierra la puerta y se acerca a la mesita, donde hay botes de pastillas en fila, bajos y robustos, delgados y altos. Nicky se agacha y mira una etiqueta:

OXICODONA 40 MG

Examina la receta. El nombre es NANCY HOUGHTON. La dirección está en Oakland.

El siguiente bote, OXICODONA/ACETAMINOFENO 10 mg, pertenece a ROBERT ANDERSSON, de Sausalito, y el siguiente, OXICODONA 15 mg, era para A. H. CHATHAM, de San Francisco. Nicky agita cada uno de los frascos y solo traquetean unas pocas pastillas.

La puerta situada junto al televisor suspira cuando tira de ella, como si estuviera cansada de ese ritual. Nicky entra y abre unos ojos como platos.

Sebastian le sonríe.

Madeleine deja una frase a medias.

Y Diana mira a su izquierda, con los labios entreabiertos.

Son fotografías espontáneas, pero claras y bastante bien compuestas, algunas en colores vívidos y otras grises o sepia. Decenas de ellas cubren dos paredes rojas en un rincón de la sala, donde una lámpara de pie brota del suelo y proyecta un haz blanco sobre las fotografías,

titulares y recortes de noticias, todos dramáticos, con blancos eléctricos y negros líquidos:

SE BUSCA A ESPOSA E HIJO DE AUTOR DE BEST SELLERS
¡LA DAMA DESAPARECE!
JEFE DE POLICÍA: «POCOS AVANCES» EN EL CASO TRAPP
DIEZ AÑOS DESPUÉS, ¿DONDE ESTÁN LOS TRAPP?
¿ES LA NUEVA NOVELA DE SEBASTIAN TRAPP LA CLAVE
DE SU MISTERIO FAMILIAR?

Están encajados como piezas de puzle. Nicky contempla a los vivos y a los muertos: Lionel y Cassandra Lightfoot; Dominic Trapp y su novia embarazada; B.B. Springer y un policía mayor rubicundo; Isaac Murray y, en su vida anterior antes de su vida anterior, Diana Gibson.

Al otro lado de la habitación hay una silla plegable y una mesa de juego con unas patas frágiles. Un ordenador portátil cerrado, una elegante impresora en color y unas cuantas velas, cuyas llamas tiemblan sobre unas mechas muy grandes.

A Nicky se le para el corazón. Freddy debe de estar cerca.

Pasa junto al colchón que hay en el suelo y la nevera en miniatura, rodeada por un charco, hasta situarse delante de su mesa.

En la silla hay una cabeza cortada.

Nicky traga saliva.

No, es solo una cara: esa piel de goma, ese rictus de muerte. Spring-Heeled Jack mirando desde el asiento. Evidentemente, Freddy guarda una de repuesto. Nicky se estremece y vuelve a mirar el mosaico de la pared.

Es extraño que Freddy le diera la espalda a su santuario.

Al lado del ordenador, una hoja de papel doblada y un sobre. Nicky alisa la carta y la lee a la luz de las velas. Tinta verde, mano temblorosa:

*Conozca al nuevo miembro del reparto*

E impreso en la parte inferior:

EL COMPRADOR SE COMPROMETE A NO DIGITALIZAR EL CONTENIDO ADJUNTO

La otra cara de la página está en blanco.

El sobre, entonces. Lo levanta: una dirección de la Misión.

Saca una fotografía boca abajo. En el reverso, la misma letra cursiva: «*Trabajando duro*». Nicky le da la vuelta.

Ahí está ella en el restaurante vegetariano, dando una oportunidad a los guisantes, mirando con seriedad la pantalla de su ordenador, el teléfono sobre la mesa, la botella de Corona atragantada con lima. Una mujer sola en un restaurante solitario, como un cuadro de Hopper. Freddy la captó a través de la ventana del restaurante, en blanco y negro, para que, a pesar de los dispositivos, la escena parezca atemporal.

A Nicky se le pone la piel de gallina. Y cuando se gira, cuando mira de nuevo la galería, ve otras dos fotos en las que aparece. Subiendo la gran escalera con Jonathan la noche de la fiesta. Isaac Murray advirtiéndola en la puerta de su casa.

«Su chófer acaba de hacernos una foto».

Nicky frunce el ceño ante la copia que tiene en la mano. ¿Por qué vendería alguien una foto suya? ¿Quién iba a comprar…?

Se oye un crujido de cristal.

Se queda quieta.

Silencio.

La puerta está a su izquierda, pero no puede mirar a través de ella desde aquí. Tiene que retroceder hasta el centro de la habitación o desplazarse lateralmente a lo largo de la pared. Se decanta por la pared: si Freddy entra, podrá sorprenderlo. Empieza a moverse.

Un crujido lento, una pisada cuidadosa sobre cristales. Nicky se queda quieta.

Silencio de nuevo. Respira lentamente y agarra el sobre y la foto.

—¿Quién anda ahí?

Parece inquieto. Tal vez debería mostrarse, piensa Nicky, dando un paso hacia la…

—Voy armado.

Nicky se clava las uñas en la palma de la mano.

Espera el restallido de una pistola, quizá, o su propia voz. Esa es la mejor jugada, ¿no? Llamarlo tranquilamente e identificarse. ¿Verdad?

Mientras llena los pulmones, la fotografía se le resbala entre los dedos y cae en el umbral sin hacer ruido, boca arriba.

Nicky mira al restaurante en la foto. Desearía poder saltar a la mesa junto a sí misma. El corazón le golpea las costillas.

Finalmente, se asoma con cautela por el borde del marco.

Freddy, con una camiseta manchada y pantalón de chándal, la mira boquiabierto, agarrando el pomo con una mano y una bolsa de comida para llevar con la otra. QUE TENGAS UN BUEN DÍA, dice la bolsa por encima de una carita sonriente.

Puede oír el estruendo de la feria callejera, el bombeo de su corazón.

Se acerca a él.

Freddy echa a correr.

# 69.

Nicky sale corriendo.

Freddy ya ha bajado el primer tramo de escaleras cuando ella irrumpe en el vestíbulo. Las luces la deslumbran; hace una mueca, se precipita tras él, llega al descansillo y gira.

Otro tramo de escaleras. Debajo de ella, los pasos de Freddy golpean el cemento. El hueco de la escalera es caluroso y estrecho como una garganta.

Un golpe en el rellano. Se agarra a la barandilla, echa un vistazo por encima y ve el hombro de Freddy un piso más abajo. Enfila el siguiente tramo, donde las luces mueren demasiado rápido para que su visión se adapte, y los truenos ciegan…

Lo oye gritar, echa a correr, golpea la pared, se da la vuelta en el descansillo, se adentra más en la oscuridad…

La colisión es brusca, un choque de huesos, y ahora ese aullido otra vez, fuerte en su oído. Lo ha empotrado contra la pared: es un joven chino.

Nicky murmura un «lo siento» y baja los escalones invisibles. Extiende una pierna y espera aterrizar en el descansillo.

Tropieza, golpea la pared con el hombro. Sigue moviéndose.

Por encima de la barandilla, lo ve bajar los últimos escalones y desaparecer. Los fluorescentes iluminan su llegada a la siguiente curva. Entrecierra los ojos.

En el último descansillo, resbala con un montón de linguini que parecen una fregona ensangrentada. Se desploma sobre una cadera, se desliza por los escalones con la cabeza entre los codos y adelanta el pie para frenar.

Su tacón golpea el suelo, clavando una bolsa de plástico en el linóleo —que tengas un buen día— y se levanta, con la visión estroboscópica…

Vestíbulo, puerta principal…

Sale al mercadillo, donde los colores son más vivos, el tráfico más denso y los rugidos más fuertes. Nicky introduce un brazo en la corriente de peatones y cruza la acera. Retorciéndose hasta el bordillo, nota los papeles doblados en su mano.

«Conozca al nuevo miembro del reparto».

Un cocinero se le echa encima, gritando. «Vete», se ordena Nicky a sí misma, y mete el sobre y la carta en el bolso.

Y entonces se queda inmóvil, porque nota una mirada clavada en ella y sabe que es de Freddy. Levanta la cabeza.

El pánico ha drenado años de su rostro; parece un niño asustado. Entre ellos, diez metros de acera abarrotada. Nicky mira hacia la calle, donde los caminos se desplazan como contracorrientes.

Freddy se mueve.

Nicky se mueve.

Entre el puesto de salteados y una mesa llena de bolsos de imitación, cuadrando los hombros, aguantando la respiración como si estuviera sumergida bajo el agua. Fruta aplastada debajo, faroles balanceándose más arriba y, por todas partes, dragones retorciéndose. Vuelve la cabeza: una bestia verde jade se acerca con las fosas nasales abiertas y los peatones se escabullen a ambos lados.

Vuelve a mirar a Freddy: el bordillo lo eleva quince centímetros y Nicky puede ver su cabeza mientras avanza. Entonces, siente una ráfaga de aire frío mientras la manada grita y se dispersa a su alrededor.

Gira la cabeza hacia el dragón, mira fijamente la niebla que se eleva hacia su rostro. En las profundidades de las fauces de la bestia, alojada en su garganta, una adolescente china sostiene un secador de pelo.

—¡Jugo de niebla! —explica, con las gafas empañadas—. ¡Agua y glicerina!

—Hazlo otra vez —dice Nicky, y se da la vuelta.

A su espalda, el dragón exhala vapor, frío y rizado, y los espectadores huyen.

—Continúa recto —dice, volviendo la cabeza—. Estás volando.

El dragón da una sacudida de excitación y echa niebla a borbotones.

Nicky avanza por la calle en una nube de aliento de dragón, llevándolo como una capa, la multitud abriéndose ante ella, los faroles temblando en sus cuerdas. A su izquierda, más allá de los puestos de fruta y flores, observa a Freddy. Le está ganando terreno.

Una barricada de acero atraviesa la intersección norte.

—¡Vuela más rápido! —grita Nicky a la bestia, y la orden le recorre la columna vertebral.

Allí, seis metros más adelante, Freddy ha abandonado la acera y ahora avanza a trompicones, agitando los brazos. Le lanza una mirada inyectada en sangre.

Nicky sigue adelante mientras las volutas de niebla se aferran a ella y le queman el cuerpo.

—¡Muévete! ¡Muévete! —grita, abriéndose paso con la mano izquierda. Es rápida y fluida, deslizándose entre la multitud como el aceite, con su propia voz en los oídos—: ¡Vamos! ¡Vamos!

A tres metros. Freddy gira la cabeza, la ve y se mueve más rápido.

Nicky sale tras él antes de que la multitud pueda unirse otra vez. Las víctimas se esparcen por la acera: *dumplings* destripados, un ramo de palillos arcoíris. Un ramillete de flores de ciruelo la azota en la cara. Echa a correr con pétalos rosas revoloteándole por el pelo.

Ahora no hay nadie entre ellos. Está lo bastante cerca para ver cómo sobresalen y se hunden los omóplatos de Freddy con cada embestida. Lo bastante cerca para ver la calle California ladeándose hacia el este. Las suelas de las zapatillas de Freddy centellean ante ella, la barricada aparece de repente y Nicky extiende un brazo hacia él y le roza la camiseta con la punta de los dedos.

Un salto suave y Freddy aterriza de pie con un chasquido que parece un aplauso rápido. Luego se cruza en la trayectoria de un sedán negro con una corona conmemorativa montada en la rejilla.

Los neumáticos chirrían. La gente que hay detrás de Nicky grita. Cuando Freddy rueda por encima del capó, es un solo de batería.

Nicky se agarra a la barricada. Freddy ha desaparecido. La corona está en la calzada y un halo de lirios rodea el retrato de un alegre caballero chino. Es el coche fúnebre que Nicky vio frente a la Puerta del Dragón.

Se oyen bocinas. El conductor baja del sedán y se aferra a la puerta.

Y entonces Freddy se levanta como un resorte junto al faro que queda más lejos, mira a Nicky, da media vuelta y cruza la intersección a toda prisa, saltando ágilmente entre dos Teslas.

Más atrás, la multitud se relaja. Un idiota aplaude.

El conductor del coche fúnebre ya está montándose de nuevo. Nicky no tiene tiempo de cruzar la calle y Freddy está a media manzana de distancia.

El sedán se aclara la garganta y reanuda el viaje, aplastando la corona de lirios con los neumáticos, alegre caballero chino y todo.

# 70.

—¿Tiene un minuto?

La inspectora B.B. Springer ha cambiado la piel de serpiente por… ¿Esa chaqueta es de plumas de pavo real de color añil? Sin embargo, aún lleva el pelo teñido de rosa lámpara de lava. Sonríe.

Madeleine no sonríe. Se limita a dar un paso atrás y abrir la puerta.

En el salón, B.B. sugiere que charlen fuera. Madeleine sale primero, conteniendo el impulso de echar un vistazo al estanque koi.

—Bonito laberinto —comenta la inspectora—. ¡No me oigo decir eso muy a menudo! ¿Le importa si entro sola?

«Será un auténtico placer —piensa Madeleine— ver a B.B. Springer tropezarse y divagar».

B.B. va sola hacia allí. En el punto donde se bifurca el camino, se lame la punta del dedo y señala al cielo. Luego se da la vuelta y camina con paso firme por el sendero.

Madeleine empieza a seguirla a cierta distancia. La inspectora apenas duda unos instantes. Solo mira a ambos lados, como si fuera a cruzar la calle, y luego sigue adelante. Derecha, izquierda, izquierda, derecha otra vez…

Frente al reloj de sol, levanta los brazos con aire triunfal, como una gimnasta que acaba de clavar el salto.

—Tiene buena orientación —reconoce Madeleine.

B.B. se acerca a la mesa de hierro forjado y se sienta en una silla.

—No podría haberlo hecho sin usted. A la izquierda, amiga —dice cuando la señora de la casa, nerviosa, duda en una intersección.

—Pero lo ha hecho sin mí.

Madeleine tiene las mejillas coloradas.

—Bueno, la he espiado un poco por el rabillo del ojo. Si yo giraba en la dirección equivocada, podía verla detenerse. La gente, cuando detecta problemas, tiende a pisar el freno. Tiende a delatarse.

Madeleine sale del laberinto y se sienta junto al reloj de sol. B.B. ha ocupado la silla ubicada de espaldas al estanque; más allá de esa media melena rosa, Madeleine puede ver la constelación de nenúfares, el agua oscura. La ventana tres pisos más arriba.

—¿Dónde está la perra?

—Ah, nos seguirá el rastro en algún momento. Después se perderá en el laberinto como si fuera el final de *El resplandor*.

B.B. suelta una carcajada.

—Isaac siempre decía que era usted divertida.

—Ah, ¿sí? —pregunta Madeleine suavemente.

—Sí. También dijo que, si volvía su hermano, contactaría con usted.

Madeleine se siente como si una anfitriona acabara de invitarla a entrar para luego hundirle una pistola entre las costillas.

—Cole desapareció hace veinte años —protesta.

—¡Y, sin embargo, tenemos esta infestación de mariposas! ¿Cree que las hizo su primo?

—No.

Es un alivio decir la pura verdad. Se pregunta si su voz suena diferente.

—¿Cree que lo hizo su hermano?

Vuelta a las mentiras.

—No.

—Me comentó que por aquella época no estaban muy unidos. Puede que lo estén ahora.

—Ahora no somos nada.

B.B. asiente un momento.

—Me gusta la habitación de los rompecabezas. Así estoy enfocando la muerte de Diana Trapp. Como un rompecabezas.

Al ver que Madeleine no reacciona:

—Permítame enseñarle lo que espero encajar. Uno: murió por suicidio. Últimamente no era feliz, se pasaba las noches nerviosa. Curiosa estrategia la de saltar desde esa altura al agua, porque puede que sobrevivas, pero funcionó. La arenilla de la herida en la cabeza coincide con el borde del estanque. No hay agua en los pulmones, lo cual significa que murió antes de poder ahogarse. Por si le sirve de

consuelo.

Madeleine traga saliva e imagina el rostro pálido de Diana en una morgue fría y el destello del bisturí.

—Tienen su nota —le recuerda a la inspectora, se recuerda a sí misma.

—Vaya si la tenemos. «Es un tópico horrible, pero no puedo seguir. La culpa me arrastrará…

—… y me ahogará» —dice Madeleine al cabo de un momento—. Es bastante inequívoco.

—Esa es nuestra primera opción.

—¿Cuál es la otra?

—¿Quién dice que solo tenemos dos? La segunda es un accidente de algún tipo, aunque es difícil cuadrarlo con la nota.

—¿Y la tercera?

—Diana no murió por suicidio. Diana fue asesinada.

—Parece bastante interesada en esa idea.

—Supongo que sí. La cuarta, o en realidad, la tres A: Diana fue asesinada.

—Se está repitiendo, inspectora.

—Por Cole.

B.B. parece una niña que acaba de pulsar un botón y quiere ver qué pasa. Madeleine cambia de postura.

—¿Por qué iba a asesinar a Diana?

—No tengo ni idea. El motivo es el misterio. —Se recuesta en la silla —. A lo mejor conocía un secreto. A lo mejor fue una venganza.

—¿Venganza? —Madeleine intenta sonar burlona—. Usted no conoce a Cole.

—No, desapareció antes de que tuviera el placer. ¿Y no debería haber dicho que no lo «conocía», en pasado?

Madeleine tiene ganas de abofetearla.

—O, tal vez —dice B.B.—, Cole decidió castigar a su padre y Diana fue la víctima.

—¿Castigarlo por qué?

Se encoge de hombros.

—Supongo que piensa que su padre fue el responsable de lo que

pasó en Nochevieja. A lo mejor no piensa, sino sabe que su padre fue el responsable.

—Papá no fue… Nadie fue responsable. Nadie de esta casa.

—Verá, la nota, los nervios, incluso el estanque… Todo eso me lo puedo tragar, pero lo de Cole no. —B.B. se acerca más a ella—. El origami. «Cuéntales lo que le hiciste…».

—Podría haberlo hecho cualquiera —dice Madeleine, con la temperatura subiéndole al cerebro—. Cualquiera podría haber traído esa caja hasta la puerta. A lo mejor esa persona está intentando sacarle información a papá. Golpeando una piñata a ver qué cae. Conoce a los Guardianes de los Trapp, ¿verdad?

—No me gustaría encontrarme con uno por la calle.

—Uno de ellos podría haberse colado en la fiesta. Pero Cole no. Cualquiera menos Cole. Cole no existe.

Se le quiebra la voz.

B.B. la observa un largo rato. Luego, levantando unos dedos delgados uno a uno:

—Suicidio. Accidente, ¿por qué no? Asesinato por persona desconocida. Asesinato por persona antaño conocida. —Los dedos se cierran formando un puño—. Así que lo que hacemos el inspector Martínez y yo es mirar fijamente nuestras teorías, nuestras posibilidades. Miramos muy de cerca, utilizando lupas, monóculos y demás, hasta que toda la información, todo el ruido, todos los detalles… Puedes sentir cómo se aclara, como un caleidoscopio.

—Suena muy satisfactorio —murmura Madeleine, deseando que Watson salga corriendo de entre los setos.

—Madeleine. —El cambio en el tono de B.B. la sorprende. Se queda mirando a la inspectora, la sonrisa que esbozan sus labios—. Necesito la verdad, pura y dura. ¿Está en contacto con su hermano? Puede que ya no sea una persona tan dulce.

No, no lo es.

—Hace veinte años que no mantengo contacto.

B.B. la mira fijamente.

—Por favor, llámeme cuando su padre haya recuperado un poco de energía —dice al fin. Luego se levanta y estira unos brazos

emplumados—. Conozco la salida.

Madeleine la ve recorrer la maraña de setos sin detenerse ni una sola vez, como una mujer que ha salido a dar su paseo habitual. Cuando se acerca a la salida —o a la entrada— se da la vuelta, con las plumas de pavo real agitándose, y grita:

—¡Le daré recuerdos a Isaac de su parte!

Entonces, la zorra desaparece en el salón y Madeleine se hunde de alivio.

Puede distinguir, al borde del patio, la ventana de la cocina, donde se sentó hace veinte años en el peor día de su vida, mientras un policía arisco con aliento a cerveza le preguntaba por sus movimientos entre la medianoche y las nueve de la mañana.

El interrogatorio de B.B. Springer le ha resultado bastante más siniestro.

Sus ojos recorren las bambalinas de la casa, historia a historia, y luego las seis ventanas de la buhardilla, y por fin descienden de nuevo al estanque. Espera a que los peces se dispersen, los nenúfares tiemblen y el cuerpo brote del agua negra.

Entonces, pasa un dedo por la pantalla del teléfono y envía un mensaje.

La policía cree que mataste a Diana.

# 71.

—Me gustaría hablar de un asunto privado, por favor.

El ojo pequeño y brillante de una videocámara la fulmina con la mirada.

—Tendrá que pedir cita.

La voz de la mujer es tan pausada y clara que Nicky espera que en cualquier momento le diga que las llamadas pueden ser grabadas por motivos de calidad.

—Es urgente —dice Nicky.

—Por favor, concierte una cita o llame a Emergencias si la urgencia es médica.

—Guarda relación con Cole Trapp.

La mujer interrumpe la llamada.

«Esperar y tener esperanza», como le había dicho Sebastian a Nicky. Como le había dicho Dumas a Sebastian.

Primero inspecciona su abrigo —lo rompió en algún lugar de Chinatown; la tela roja brilla dentro del corte como la sangre en una herida—, y luego la fachada de la casa, una cascada de cristal y granito centelleando con frialdad. En lo alto de la colina ve el final de la calle Lombard —famosa por ser la más sinuosa del mundo, aunque en realidad no lo es— deslizándose por la pendiente, avanzando como una culebra rayada entre la vegetación.

Echa un vistazo al sobre vacío de Freddy, a las iniciales impresas encima de la dirección. Esta dirección.

Nunca ha conocido a un Guardián de los Trapp. Se siente como un detective de incógnito.

Un momento después, la puerta de pizarra se abre y una mujer escruta a Nicky con seriedad a través de unas gafas sin montura. Va vestida como habla: impecable, neutra, con un cárdigan gris y esponjoso como la ceniza. Tiene poco más de cincuenta años y un

aspecto totalmente respetable.

—Buenas tardes —dice Nicky.

Al instante, la mujer se transforma, como un hombre lobo arreglado pero informal: le brillan los ojos, los dientes relucen y le tiemblan las manos al colocarlas debajo de la barbilla.

—¡Es usted! —chilla—. Pase, pase.

Agarra a su visita del brazo y la arrastra dentro. «Voy a morir aquí», piensa Nicky.

Una pequeña escalera lleva al segundo piso, donde cruzan un tramo de losas de granito del color del humo pálido. La casa es translúcida en ambos extremos; el aire es gélido. Una casa de cubitos de hielo. Nicky vuelve a ponerse el abrigo.

—La gente tiende a ser más sincera en un clima más frío —explica la mujer—. También desalienta la agresividad. ¡Venga! —dice agresivamente.

Nicky mira hacia las escaleras. Aún podría salir corriendo.

—Guardiana de toda la vida —reconoce la mujer, femenina y sonriente—. Desde el primer día. No quedamos muchos.

Lleva a Nicky a la parte trasera de la casa, donde una pared de ventanales flota sobre un pequeño patio con césped verde grisáceo y arbustos azul escarcha. Dos sillas, una mesa baja y una alfombra gruesa, todo del mismo blanco frío.

—Bienvenida a mi despacho. —La mujer se deja caer en una silla—. A los clientes los reconfortan las vistas. Siéntese —ordena con brusquedad suficiente para astillar el cristal.

Nicky obedece.

—¿A qué se dedica?

—No, hábleme de usted. ¡Está viviendo allí! ¡Escribiendo allí! ¡La historia de la vida de Sebastian! —Esa mirada de soslayo otra vez—. No lo niegue. Jack me lo contó.

—No lo niego. ¿Jack qué?

—No sé cómo se llama —dice la mujer, riéndose—. Tampoco quiso darme su nombre, pero al menos tengo una foto de usted. ¡Nunca imaginé que me la entregaría usted misma!

—¿Cómo funciona esto? —Nicky golpea el sobre—. Con Jack.

—Ya debe de saberlo.

—Finja que no.

—¡Pues es subastador! Y un exempleado, al parecer, que conoce a alguien dentro de la casa. Así que puede ofrecer… Bueno, puede vender una selección de efectos personales, como él los llama. Nada demasiado valioso, obviamente. Una servilleta con monograma, un juego de gemelos. Una foto de familia. El material de Cole es especialmente raro.

Sonríe, mostrando unos dientes afilados.

—Se puede hablar con él antes de pujar. Es tan teatral… —Lo dice con afecto—. Velas, música y fotos clavadas detrás de él como una tabla de asesinatos. Y lleva esa máscara tan siniestra. —Se encoge de hombros—. Fue Jack quien nos habló de su proyecto, que es verdaderamente emocionante. Por fin podemos llegar al fondo del asunto.

—¿Al fondo de qué asunto?

—Hope y Cole, por supuesto. —Le brillan los ojos. Levanta una jarra y un vaso de la mesa—. ¿Agua?

Nicky sospecha que todo lo que toque será admitido como prueba algún día. Niega con la cabeza.

—Sebastian Trapp está jugando con usted, retándola a atraparlo. Sé unas cuantas cosas sobre la mente humana. —La mujer vierte un poco de agua—. Pregúntese a sí misma: ¿por qué estoy aquí, en esta casa, escribiendo esta historia? ¿No puede escribirla él? Pregúnteselo en voz alta.

—¿Por qué estoy aquí escribiendo esta historia? —dice Nicky obedientemente.

—Hacernos preguntas en voz alta nos obliga a pensar de forma más deliberada. ¿Alguna idea?

—Estoy escribiendo esta historia porque me invitaron a hacerlo. Ahí tiene una idea.

—¿Por qué la invitaron?

—Porque…

—Pregúnteselo a sí misma.

Nicky suspira.

—¿Por qué me invitaron? Me invitaron porque he leído las novelas de Simon St. John, y también…

—La invitaron porque Sebastian Trapp mató a su mujer y a su hijo. —Llana como un horizonte. La mujer ya no sonríe—. A su hermano también, estoy segura. Y se muere por contárselo a alguien. También se está muriendo en el otro sentido. Todo el mundo lo sabe. Pero primero quiere que el mundo sepa que se salió con la suya. Debe de haberle dado pistas.

—¿Está segura?

—Como he dicho, conozco la mente humana. ¿Puedo demostrarlo? Podría si estuviera en esa casa, con ese hombre. Está jugando con usted, lo sepa o no.

—¿Qué pasa si gano?

—Entonces ganamos todos. Pero ahora pregúntese: ¿qué pasa si pierdo?

Nicky no se hace esa pregunta, no en voz alta. A través de la claraboya, el sol de primera hora de la tarde se desliza hacia ellas como una guillotina.

—¿Qué ama en este mundo?

Nicky frunce el ceño. «Mis amigos —piensa—. Mi ahijada. Mi perro. Mi tía. Mis primos. Algunos de mis alumnos. Las novelas de misterio. Bañarme de noche. Viajar por…».

—Por el bien de lo que sea o quien sea que tenga en mente —dice la mujer con una leve sonrisa—, ándese con mucho mucho cuidado cuando esté con Sebastian Trapp. —Extiende la mano—. Mi fotografía, por favor.

Nicky agarra el sobre. A su anfitriona no le gustará ver que está vacío.

—Claro, pero… ¿Tiene otras fotos mías? —pregunta, con la esperanza de que se sienta halagada.

La mujer se levanta y le hace señas. Nicky la sigue hasta una puerta situada en un rincón oscuro y se guarda el sobre en el bolso.

El armario contiene cuatro archivadores que llegan a la altura de la cintura. La mujer se agacha y abre uno de los cajones inferiores. Cuando levanta la vista, tiene la cara resplandeciente.

—Mi colección —sonríe.

Nicky la ve sacar recortes y titulares de las carpetas («Todos originales») y depositarlos con delicadeza en el suelo. Le muestra a su invitada un ejemplar de *Simon dice* («Primera edición firmada»). Luego encuentra un sobre y le tiende una foto a Nicky («No la manche»).

Nicky mira fijamente a Diana, con un vestido rojo, flanqueada por su cuñada y su hijo. Es el selfie que compartió Simone.

—Probablemente sea la última foto que le hicieron a Diana Trapp —dice la mujer alegremente—. No parece tener impulsos suicidas, ¿no cree? —Saca una segunda foto del sobre y se levanta—. Y esta —dice, poniéndosela en la mano a Nicky— es usted.

Un coche verde alejándose de la acera. El Jaguar de Sebastian, el propio Sebastian, Nicky al volante. Freddy los siguió hasta el Baron Club. Freddy fue testigo de sus prácticas de conducción.

—¡No! ¡No! ¡No!

El grito es como una alarma de incendios. La fotografía se dobla en la palma de la mano de Nicky («¡No! ¡No!», la mujer se abalanza sobre ella) mientras sale a grandes zancadas de la habitación.

—¡Alto!

Pero Nicky vuelve sobre sus pasos por el suelo de granito.

—¡Espere!

La mujer la adelanta al final de la escalera. Se aparta el pelo de los ojos y se coloca las gafas en la nariz. Exhala.

—¿Me firma un autógrafo? —pregunta.

Fuera, en el aire caliente, con el frío fundiéndose en su piel, Nicky vuelve la cabeza para comprobar que su anfitriona no la ha seguido. En la puerta ve una placa en la que no había reparado antes:

DRA. ELIZABETH ROME
PSICÓLOGA CONDUCTUAL

Hostia puta, como le gustaba decir a Sebastian.

# 72.

—¿A qué debo este placer? —pregunta Jonathan.

—Necesito un cuarto de baño —le dice Madeleine.

En realidad, solo necesita el espejo para poder mirarse a los ojos, recordar el plano de su cara antes de examinar la de él. ¿El hombre que hay al otro lado de la puerta es su hermano? Bueno, ha quedado incomprensiblemente embelesado por un miembro de la casa. Y luego está el tema de Dorset.

Además, alguien tiene que serlo.

Tira de la cadena para disimular, se lava las manos para disimular y sale al comedor. Una ventana de doble altura, ladrillo rojo sagrado, un par de bancos raquíticos: parece que Madeleine se ha infiltrado en una antigua iglesia, resucitada como piso de soltero. Las estanterías que flotan en las paredes están desnudas; en un rincón acecha una maceta con una sansevieria con hojas como lenguas bífidas. Una mesa baja de cristal llena de papeles y recibos. Cajas de cartón por todas partes.

—Me alegró recibir tu mensaje —dice Jonathan, mirando el teléfono. Se ha cubierto los rizos con una gorra. La camiseta, azul, con un lema en latín sobre el pecho, ilumina sus ojos como chorros de gas. Parece que en algún momento le rompieron la nariz—. Me vendría bien tener más amigos. ¿Has visto a tu huésped últimamente?

—No —miente Madeleine, porque no ha venido a hablar de Nicky.

—Ya veo. ¿Te gusta la música antigua?

La Motown retumba en unos altavoces invisibles. Baja el volumen y le sonríe.

—Disculpa el desorden —dice—. Cajas y más cajas.

Madeleine asiente.

—Entonces ¿estás en San Francisco por un tiempo?

—Poniéndome cómodo, al menos. Tú deberías hacer lo mismo.

Madeleine se sienta en el sofá. Él opta por el extremo más alejado.

—Siento muchísimo lo de tu madrastra. Tuve un colega que se suicidó y…

—¿Quién dice que fue un suicidio?

—Tu… —Frunce el ceño—. ¿No fue así?

—Me gustaría saberlo.

Frunce aún más el ceño.

—Esta mañana ha llamado un inspector. Hernández, creo, o Fernández. Inesperadamente rubio. Inesperadamente, me pidió la partida de nacimiento. Le dije que, incluso si no estuviera en Inglaterra, tampoco se la daría.

Cuando Jonathan le da un golpecito en la mano, ella se estremece. Le mira los dedos; examina el tramo de piel donde la ha tocado. ¿Es la temperatura de su hermano lo que siente?

—Mi lavabo está bien —dice él en un tono agradable—, pero no sé si vale la pena cruzar toda la ciudad para usarlo.

Madeleine respira hondo.

—Pensé que debíamos hablar en persona.

Jonathan espera. Ella se lo queda mirando e intenta restar veinte años a su rostro.

—Bien —anuncia él, poniéndose en pie y calándose más la gorra—. ¿Un vaso de vino blanco? ¿Tinto?

Gracias a Dios.

—¿Alguna cerveza en el menú?

—Tenemos los mismos gustos. No te muevas. Estaba a punto de preparar unos buenos embutidos para mí solo —dice mientras desaparece por un pasillo.

Al otro lado de las ventanas, el atardecer se cierne sobre el parque, coagulándose en los árboles, oscureciendo la hierba. A su lado, sobre una mesita, hay dos marcos de fotos boca abajo. Madeleine los levanta. Ambos están vacíos. ¿Esperaba una foto de familia? ¿Su familia?

Ahora suenan los Four Seasons en los altavoces, y Jonathan canta desde la cocina: «Camina como un hombre, habla como un hombre, camina como un hombre, hijo mío…».

Increíble. Su falsete podría ser el de Frankie Valli.

En la pared de ladrillo detrás de Madeleine hay un póster, letras negras sobre una bandera de Reino Unido. QUI AUDET ADIPISCITUR, proclaman, y debajo, en letras más pequeñas: [EL QUE ARRIESGA, GANA].

—¿Hablas latín? —pregunta—. ¿O sabes?

La risa de Jonathan recorre el pasillo.

—Lo llevo puesto. Gorra de Audi. Lema de la universidad en la camiseta. Soy una lengua muerta viviente.

Madeleine se retuerce en su asiento para poder ver el cartel.

—¿Dónde dices que te criaste?

Jonathan aparece en el vestíbulo, sonriente, con un largo cuchillo de carnicero en la mano.

—Como dije la otra noche —señala la bandera de la pared con el cuchillo—, en Dorset. Igual que tu madre.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo pasé allí mi infancia? Cuando era un niño, aproximadamente.

—¿Está cerca de Wiltshire?

Madeleine sabe que no está lejos.

Él ladea la cabeza.

—¿De dónde era Diana Trapp?

Madeleine espera.

—A unos noventa minutos. Depende. ¿Por qué? —Sigue sonriendo—. ¿Crees que las dos damas se conocían en sus vidas anteriores? ¿Antes de casarse con Sebastian Trapp?

—Mi madre se fue a Estados Unidos cuando tenía veinticuatro años.

—Y fíjate cómo le fue. —Sigue con la yema del dedo el borde de la cuchilla. Luego regresa a la cocina mientras el doo-wop de un grupo de chicas brota de los altavoces como oropeles de un ventilador—. «Un buen día…».

—… «querrás que sea tu chica» —murmura Madeleine.

Mira hacia abajo y ve dos cajas de mudanza apiladas contra el respaldo del sofá. La tapa de la caja superior no está marcada; Madeleine se inclina para inspeccionar el lateral. revistas en rotulador negro, y en el cartón de abajo, XBOX. A Cole nunca le interesaron los videojuegos, al menos hace veinte años.

Levanta la tapa de las revistas. Pilas satinadas de *The Economist* y *GQ*, además de una revista náutica y una publicación trimestral británica sobre videojuegos. Madeleine decide salir a navegar (la portada promete impresionantes vistas del Caribe, lo cual suena relajante) y se acomoda en el sofá con un ejemplar de *Ahoy!* en la mano. Se ve reflejada en la pantalla del televisor. Sola.

¿Jonathan realmente envió todo esto desde Inglaterra? Comprueba la dirección en la parte inferior de la portada: una calle de Londres. Lee su nombre.

GRANT JONES

Ese no es su nombre.

—¿Tienes un alias?

Su boca se ha adelantado a su cerebro.

Jonathan deja de cantar.

—¿Por qué?

Justo antes de que responda, las Chiffons dejan de sonar.

—¿Quién es Grant Jones? —pregunta.

Silencio.

Madeleine se pregunta si la ha oído, si a Jonathan solo le preocupa la hospitalidad. Debería hojear otra revista.

Pero ahora ve en la pantalla del televisor una sombra deslizándose a lo largo de la pared del pasillo, y finalmente Jonathan entra en el salón.

Se detiene, una forma sin rostro detrás de ella. Su mano aún sujeta el cuchillo.

—¿Qué has dicho?

«Podría ser cualquiera».

—Estaba hojeando este ejemplar de *Ahoy!* —le dice ella con voz despreocupada, fingiendo estudiar las páginas— y he visto el nombre de Grant Jones en la etiqueta.

—Ah —responde él, también con voz despreocupada. Madeleine se gira y finge sorpresa al verlo. ¿Podría ser él? ¿Con la luz adecuada?—. Grant. Es un amigo de mi país. Siempre me regalaba revistas cuando

las había leído. Las picantes no. —Se retira una vez más—. Ya casi está listo —añade—. Este cuchillo necesita un afilado.

Madeleine se queda mirando el nombre y deja *Ahoy!* sobre la mesita. Unos papeles sueltos suspiran. Se inclina hacia delante: son varios documentos de alquiler de propiedades, todos dirigidos a Grant Jones. Recibos, también a su nombre. ¿Cuántas identidades necesita una persona? ¿Dos? ¿Más?

—En realidad esto no es solo una visita social —anuncia Madeleine.

A través del cristal, ve una hoja arrugada sobre la alfombra, casi imperceptible bajo el montón de páginas que hay encima de la mesa.

La coge. La página está en blanco por ambos lados, pero extremadamente arrugada, como una vidriera con patrón de diamantes que hubiera sido doblada y alisada de nuevo. Madeleine presiona los bordes, empuja las esquinas. Los pliegues y las arrugas ceden.

El papel se metamorfosea en mariposa.

—Está muy mal, lo sé.

Madeleine desvía la mirada hacia Jonathan, que deposita la bandeja de embutidos y dos botellas húmedas sobre la mesa.

—Los últimos acontecimientos me han inspirado un poco. —Se sienta a su lado y coge una cerveza—. Por aquí también hay un cisne. Se supone que es un cisne, vaya. En el vídeo parecía muy fácil.

Sonríe con rigidez. No bebe. Tampoco Madeleine. Ese acento tan marcado. A Cole siempre le gustaron los juegos.

—Mira —suspira Jonathan—, es papel arrugado. Nada siniestro. Permíteme asegurarte, como le aseguré a ese tal Ramírez, que no soy tu hermano que ha vuelto de entre los muertos.

—¿Quién dice que está muerto? —Madeleine traga saliva—. ¿Y tú, con el nombre que fuese, conociste por casualidad a mi madrastra cuando ambos vivisteis en Londres durante muchos muchos años?

Jonathan deja la botella en el suelo.

—¿De verdad insinúas que pude estar… implicado en su muerte? ¿Una mujer a la que apenas conocía?

—¿Lo estuviste? —pregunta Madeleine, que sostiene la mariposa como si fuera un arma—. Te mudas de Londres a San Francisco y

enseguida te haces amigo del sobrino de una mujer que también se trasladó de Londres a San Francisco. Y que pronto acaba muerta. Pudiste quedarte en su casa aquella noche. También pudiste haber hecho una copia de la llave. Y tienes correo de Grant Jones en tu piso.

De nuevo, escruta su rostro, el cabello, los dientes rebeldes. ¿Debería tocarlo otra vez? Intenta levantar la mano para tocarle la mejilla.

Él la observa con unos ojos oscuros.

—Entonces ¿quién soy exactamente? ¿Un amante pasado o presente? ¿O un confidente? ¿«Esto es lo que le pasó a la familia Trapp hace mucho tiempo»? Suponiendo que ella lo supiera, claro. ¿Ese soy yo? —Chasquea los dedos como si hubiera tenido una idea—. ¿La localicé con intención de hacerle chantaje? ¿O soy un acosador al que ella no era capaz de reconocer y la torturaba con manualidades? Dime, Madeleine, por favor: ¿quién crees que soy?

La respiración de Madeleine es débil.

—Podrías ser cualquiera —responde.

La mano de Jonathan ataca como una serpiente y le arrebata la mariposa de los dedos. Al instante, Madeleine se levanta, recoge su bolso del suelo y va hacia la puerta, mientras los Righteous Brothers protestan porque una chica se ha desenamorado.

Afuera, en el atardecer azul, cruza la calle, pero se desvía en la mediana. Se apoya en una palmera, notando la corteza áspera en la espalda. Respira hondo y teclea en su teléfono con dos pulgares temblorosos.

En internet abundan los Grant Jones, especialmente en Reino Unido. Y este Grant Jones nunca nombró a la empresa para la que trabaja, ¿verdad? En la fiesta contó coloridas anécdotas sobre *trading*, habló de amigos con nombres como Hugo y Rafe, pero nunca le dijo para quién trabajaba. Prueba «grant jones» «lyme regis», pero internet simplemente se encoge de hombros.

# 73.

«¿Quién crees que soy?».

Madeleine frena en seco junto al bordillo y sube a grandes zancadas por el camino de entrada. Dentro de casa, la máquina de escribir trina como un pájaro cantor de metal.

Al pie de la escalera vacila y mira el retrato, el rostro serio de su padre.

¿Qué está escribiendo?

¿Y qué sabe?

Siente que le falla el coraje como una bombilla apagándose. Va a la cocina, prepara un bocadillo —lástima de ese embutido— y durante una hora ensaya las líneas que a lo largo de veinte años ha temido decir en voz alta:

«Papá, deberíamos haber tenido esta conversación hace mucho tiempo».

«Papá, hay algo importante de lo que debemos hablar».

«Papá, sobre aquella noche…».

El pájaro cantor enmudece en el piso de arriba. Va a su dormitorio y observa el bocadillo, que no ha probado. Tiene el estómago demasiado lleno de terror.

Cuando llega a la puerta de Sebastian, con ternera y queso suizo en un plato, la habitación está en penumbra, su traje, camisa y corbata dados por muertos en la alfombra. Ella escudriña la línea de su cuerpo bajo la manta.

—¿Qué pasa, Maddy?

Madeleine se sobresalta.

—No quería despertarte.

—No lo has hecho. Tu tía ha estado aquí hoy, organizando cosas para Diana. Estoy cansado y triste, pero muy despierto. Entra, cariño, entra.

Mientras él enciende la lámpara, Madeleine se sienta en el sillón, deja el plato a su lado —«Te he preparado un bocadillo»— y señala la ropa en el suelo.

—¿Hoy te has arreglado?

—No me he arreglado, Madeleine. Simplemente me he vestido.

A la luz de la lámpara, al abrigo del dosel, parece medio destruido, con los labios finos y agrietados y vello floreciendo en la barbilla y las mejillas; la piel de sus hombros desnudos es de yeso.

—He oído la máquina —dice Madeleine—. ¿Qué estás escribiendo?

—¿Qué estás escribiendo tú, mi niña? —Él sonríe y ella frunce el ceño—. Te he visto varias veces estas últimas semanas, ¿sabes? Bueno, no lo sabías. Fui silencioso como una sombra. Te vi delante del ordenador.

—Ah. Bueno, en realidad te quería preguntar. —Podría hacerlo. Se aclara la garganta—. Es decir, ya… Pero… ¿Quizá otra película de Simon? —Antes de que Sebastian pueda poner objeciones—: Me gustaría adaptar los libros. El primero. Para la pantalla. Otra vez.

Se le derrama de la boca como si fuera leche para bebés. Se siente infantil.

Por un instante, él se la queda mirando. Luego, una sonrisa espanta la sorpresa de sus labios, la persigue hasta sus ojos.

—Me parece una gran idea, Maddy.

—Oh. —Se le empieza a hinchar el corazón—. Bien. Estoy segura de que la odiarías. Aunque no tienes por qué verla.

—No lo haré, no. Pero esa no era realmente tu pregunta, ¿verdad?

Madeleine deja caer la mirada sobre el regazo. Desearía que Watson estuviera allí. Mira a su padre.

—Papá, creo que deberíamos hablar.

—Cariño —dice él—, yo también lo creo.

# 74.

En el oscuro vestíbulo, la puerta apenas se ha cerrado detrás de Nicky, sus dedos medio hundidos detrás de la oreja de Watson, cuando…

—Señorita Hunter, me gustaría que me acompañara arriba, por favor.

Lo encuentra en la cama, recostado en las almohadas, y Madeleine está sentada en una silla a su lado. La lámpara arroja una luz suave sobre sus rostros: el de él macilento pero alerta, el de ella satinado por las lágrimas. Madeleine mira fijamente la pantalla de la lámpara como si fuera una hoguera. Watson se acerca y se tumba a sus pies.

Sebastian se aclara la garganta.

—¿Desayunaría conmigo mañana, por favor? Conduzco yo. Solo me quedan unos cuantos paseos en ese coche. Espero morir en él, pero no mañana.

Nicky asiente.

—Hablando del tema, debe saber que he decidido poner fin al tratamiento, tal como acabo de anunciarle a mi hija.

Madeleine sigue mirando la lámpara. Nicky tiene la sensación de que alguien le ha dado una patada en el estómago, pero aún no es consciente del dolor.

—Gracias por su moderación —continúa Sebastian—. No me gustan las escenas dramáticas.

Madeleine levanta la mirada hacia Nicky.

—¿Te importa que me quede con Watson esta noche?

Nicky solo puede negar con la cabeza. Madeleine se sube a la perra al regazo.

—Qué buena chica —murmura Sebastian. No está claro a quién se refiere.

En la buhardilla, Nicky se ducha —tiene los brazos y las piernas llenos de moratones; menuda feria callejera— y se mete en la cama.

Apaga la lámpara. Mira las constelaciones del techo. Cierra los ojos.

Los abre.

Enciende la lámpara. Coge el bolso del suelo y estudia las dos fotografías: la estudiante de autoescuela Nicky Hunter, agarrando con fuerza el volante del Jaguar de Sebastian frente al Baron Club; y Simone, Diana y Freddy en pleno selfie.

Mueve la mandíbula.

No, aquí no hay nada.

Apaga de nuevo las luces. Cierra otra vez los ojos. Nicky se sume en el sueño como si estuviera atravesando un suelo putrefacto.

# 75.

Esa cosa arde en el puño de Madeleine cuando baja las escaleras. ¿La mano de Sebastian humeaba cuando se lo dio? Cuando llega a la penumbrosa suite y lo deja caer sobre la mesa, cree que la madera empezará a arder y que tendrá la palma de la mano chamuscada.

Retrocede, temblorosa. Retrocede otro paso, y otro, antes de darse la vuelta.

En el espejo oscuro, contempla a una mujer asustada, con la ropa raída y el pelo descuidado. Se pregunta cómo ha llegado aquí esa mujer.

Se acercan la una a la otra. Cuando la Madeleine del Espejo se aproxima, ambas observan el relicario de la cómoda: globo de nieve agrietado. Cigarrillos sicilianos. Collar de perro. Joyero. Pequeña concha rosada. Objetos de su pequeña vida.

«Eres la última que queda». Lo dijo Diana en esta misma habitación. «Si quieres escapar una temporada, eres bienvenida». Pero Diana se ha ido a un lugar donde Madeleine no puede seguirla. La invitación ha quedado anulada. Está ineludiblemente sola.

Dirige una mirada húmeda a la mujer del espejo.

Y, de repente, Madeleine arrastra un brazo por encima del tocador, borrando esa pequeña vida suya en una lluvia de cristales y conchas. La bola de nieve estalla, la caracola se rompe y las bisagras del joyero chasquean, su brillante tesoro esparcido por el suelo.

Al otro lado de la habitación, encima de la mesa, su teléfono grita en señal de protesta.

Madeleine gira la cabeza poco a poco. Solo una persona le envía mensajes últimamente.

La habitación parece estirarse y estrecharse, y el suelo extenderse, como un efecto en una película, para que parezca que los pasos duran semanas (pasando junto al sofá y las estanterías, las paredes

aproximándose a ambos lados), y cada minuto el teléfono vuelve a sonar, hasta que por fin extiende la mano por encima de la silla, por encima de la mesa, por encima de la sustancia combustible que su padre le vertió en la mano, y toca la pantalla.

Magdala.
Mi diario.
Ya sabes dónde encontrarlo.
Ten cuidado.

Madeleine espera más.

¿Qué debo hacer con él?

Está tecleando.

Haz lo que siempre has hecho.
Léelo.

## Jueves, 25 de junio

# 76.

Bajo la mirada sombría de un búho, Sebastian da las gracias a una sucesión de dolientes («Muy amable, Reynold»; «No, Walker, la segunda vez desde luego no es más fácil») mientras Nicky mira discretamente su teléfono:

¿Te apetece una excursión por los bosques de Muir en esta tarde nublada?

Dicen que con niebla es místico.

Tres emoticonos: el puente Golden Gate con niebla, un árbol y un fantasma bizco. «Es de los que esconden algo», le había advertido Betty.

Ahora, los últimos asistentes se alejan de su mesa, la misma mesa de antes, en el mismo rincón poco iluminado, pero esta mañana Nicky está en la silla con respaldo de terciopelo y su anfitrión en la de cuero, vestido con un traje gris tumba y una corbata rojo sangre. Ha envejecido mucho y mal desde su visita anterior.

—Los huevos estarán fríos y la cerveza caliente. —Sebastian pincha las yemas y asiente, bebe un sorbo de cerveza y asiente—. Pero me complacen sus páginas más recientes —le dice—. Son más de lo que merezco. La familia… —Sus labios prueban unas cuantas sílabas—. Lo que queda de la familia lo disfrutará enormemente.

—Me gustaría terminarlo.

—Tenemos tiempo suficiente —dice él, recostándose—. ¿Me está grabando?

—¿Le gustaría?

—No.

—Lo apagaré.

Nicky desliza la pantalla, pulsa grabar —le tiemblan las manos— y coloca el teléfono boca abajo junto a la vela. Sea lo que sea que va a

decir Sebastian, lo quiere grabado.

—Mire —continúa, y luego duda un momento—. Mire, tras ese giro argumental imprevisto ya no estoy seguro de cómo termina nuestra historia.

—Su historia.

—Nuestra historia. Una persona no es un nudo corredizo; no puedes tirar de una cuerda y desenredarlo. Su historia está inextricablemente ligada a las historias de otros. —Sebastian bebe un trago de cerveza con manos temblorosas—. La historia de Madeleine, la historia de Diana, la historia de Hope. La de usted también; no está exenta de aparecer tarde. Y ahora no puedo predecir cómo acaba esta historia.

—¿Y Cole?

Para Cole.

—La historia de mi hijo terminó hace mucho tiempo —responde—. Las mariposas son una especie de secuela espeluznante, pero no diré que son de Cole.

—¿Le odiaba? —pregunta Nicky, sorprendiéndose a sí misma.

Durante un largo momento, Sebastian no parpadea; solo mira a su invitada. Sus ojos son trampillas.

—Vaya pregunta —dice al fin.

—No habla de él con mucho… afecto.

Nicky mira esos ojos como trampillas, y, mientras él habla, se sumerge lentamente en ellos.

—Recordará —dice Sebastian— que de pequeño yo era duro y revoltoso. Y ambicioso, y bastante inteligente, aunque nunca me interesaron mucho las clases. Me gustaban las chicas, los libros, la natación, me gustaba sudar. Me gustaba recibir un puñetazo, porque eso me daba permiso para devolver el golpe. No recuerdo haberme sentido nunca ansioso, excepto en mi decimoquinto cumpleaños, cuando una prostituta rechoncha llamada Greta me llevó a la cama. Era un ritual local.

Su rostro se suaviza por un momento.

—Y entonces: la edad adulta. Y los lobos descendieron sobre mí. Día tras día, año tras año, sobreviví, aunque solo fuera por los pelos. Así que quería un hijo…

Nicky se hunde más en la oscuridad que acecha detrás de sus ojos.

Sebastian procede con cuidado, igual que uno baja los escalones por la noche:

—Esperaba un hijo que… No que mereciera, sino que validara mi supervivencia y él también sobreviviera. Y viviera. Como yo no lo había hecho.

—¿No ha vivido?

—No como me hubiera gustado. No como a nadie le hubiera gustado. Vivir es doloroso, Nicky.

El nombre de Nicky suena desconocido vestido con su voz, y se da cuenta de que es la primera vez que lo dice en su compañía. Lentamente, los dedos de Sebastian rozan el borde del vaso. Ella lo observa, le escucha contar la historia.

—La noche después de rescatar a Watson I, me quedé despierto hasta pasada la medianoche, pasado el amanecer, viéndola levantarse y hundirse en mi pecho como si estuviera flotando en el agua. La observaba con asombro. Con alegría. Pero ya temía por ella: era tan vulnerable en un mundo tan lleno de peligros, donde podía perecer tan fácilmente…

Las sombras se apiñan a su alrededor. La llama votiva se retuerce.

—Madeleine me tranquilizó desde el útero. Pateaba como un cinturón negro. Bebé mandón, niña mandona, mandona dondequiera que esté ahora mismo. En cuanto a Cole… —Suspira y cierra los ojos—. Cesárea de emergencia con once semanas de antelación. Menos de dos kilos. Directo a cuidados intensivos. —Ahora mira a Nicky—. Incluso antes de conocerlo, se había arrugado como una hoja.

»Tardó mucho en caminar y hablar. ¡Tardaron mucho en salirle los dientes! Era pálido como un fantasma, como si solo estuviera parcialmente allí. No sabía leer, no sabía escribir. Noche tras noche me afanaba en leer un libro con él: libros ilustrados, libros infantiles… Lo intentó, lo sé, pero… —Se lleva la cerveza a los labios—. Le gustaban las ilustraciones al menos.

No está resentido, solo cansado. Desde detrás de los ojos de Sebastian, Nicky escucha atentamente.

—Intenté enseñarle a competir. Lo apunté a la liga infantil de

fútbol. A vela. Otros chicos se burlaban de él. Otros padres también. Eso me hería el orgullo. Es un sentimiento mezquino, pero me hería el orgullo. Imaginaba que Cole no se daba cuenta o no le importaba, así que yo también intenté ignorarlo. Porque seguro que cambiaría, ¿no? Seguro que evolucionaría para sobrevivir. Bajaría de las nubes, dejaría el origami y haría amigos.

Bebe, traga.

—Bueno, pues no cambió. Tampoco creció. Le pregunté a su médico por las hormonas, pero mi esposa amenazó con asesinarme. Así que Cole se quedó pequeño, y extraño, y demasiado sensible, como una persona que ha perdido la piel, con todos los nervios al aire y el latido visible.

»Algún día, si tiene hijos —y gracias de nuevo por confiar en mí; espero sinceramente que encuentre la manera, si es que decide hacerlo—, se dará cuenta de que los rumores son ciertos: uno solo es tan feliz como el menos feliz de sus hijos. No podría sobrevivir a nuestro hijo infeliz; me condenaría. Necesitaba que cambiara. Por su bien, ciertamente, pero también por el mío. Si no, los lobos me arrastrarían al bosque y solo dejarían los huesos. ¿Y si entonces empezaban a acechar a Cole? ¿Cómo podía defenderlo mientras mi cadáver se pudría en el bosque?

Nicky siente el suelo musgoso bajo sus pies. Su descenso termina aquí, en un claro poco iluminado, con, sí, un cuerpo en el suelo y unas bestias rodeándolo sin emitir sonido alguno.

—En Cole veía la debilidad contra la que durante tanto tiempo había luchado en mí mismo. Ahora estaba frente a mí, mirándome a los ojos.

Sebastian la mira a los ojos. Ella le devuelve la mirada, y mira el cuerpo en el bosque mientras se acerca a él, con las hojas arañándole los tobillos.

—No odiaba a Cole. Le temía. Temía por él. Por mí también. Así que traté desesperadamente de esculpirlo en una forma más robusta, traté de hacerlo más fuerte. Incluso cuando perdía la paciencia, creía estar ayudando.

Sebastian agarra el vaso con una mano nerviosa y la cerveza forma

espuma en su interior, una tempestad en una pinta.

—Ojalá hubiera podido hacerlo de otra manera —dice—. Ojalá me hubiera dado cuenta a tiempo.

Los lobos gruñen detrás de Nicky, que se acerca al cuerpo.

Sebastian exhala y apura el vaso.

—¿He respondido a sus preguntas?

—No a todas. —Nicky extiende la mano para apartar las hojas que le nublan el rostro—. ¿Qué sabe de su mujer y su hijo?

Bruscamente, Sebastian deja el vaso sobre la mesa. Un tirón entre los omóplatos y Nicky retrocede en el claro y se halla en el Baron Club. Las trampillas de los ojos de Sebastian se cierran de golpe.

—Supongo que se refiere a su desaparición —dice con calma.

—Dijo que usted y yo tal vez podríamos resolver un par de misterios. Su mujer y su hijo son uno. Y puede que exista un vínculo entre lo que pasó entonces y Diana. Ese es otro.

Sebastian junta los dedos. Por un momento se queda muy quieto.

Finalmente:

—Los fantasmas de antaño. Un caso en el presente se hace eco de un caso del pasado. Desde luego, no se puede escribir un misterio tradicional sin él. Pero, mi querida niña —dice con voz cálida pero ominosa, como vientos que susurran sobre una tormenta—, usted no forma parte de un misterio tradicional, sino de un thriller psicológico.

Es una frase tonta, piensa Nicky mientras se le hiela la sangre.

—Esta es una historia sin héroes. Quizá también sin villanos. —Le brillan los dientes cuando los enseña—. Una historia en la que las identidades son resbaladizas. —Su corbata gotea tonos escarlata, como si lo hubieran degollado, y se encharcan sobre la mesa—. En la que el misterio y la violencia están principalmente dentro de ti, y donde las pistas te llevan casi ineludiblemente a un lugar al que no quieres ir.

En sus ojos se aprecian brillos como puntas de cuchillo. Luego sonríe amablemente.

—Todos estamos en esa historia. La vida es un thriller. El final es fatal y la conclusión es definitiva.

Durante un largo momento, Sebastian estudia el rostro de Nicky, hasta que por fin se recuesta de nuevo.

—No acepta usted el suicidio —suspira, inspeccionando su reloj de bolsillo—. Y tal vez no debería. Pero ¿qué cree que sé? ¿Qué historia le gustaría que le cuente?

—Una historia real —dice Nicky.

—Buenos días.

Nicky se da la vuelta. Lionel Lightfoot se ha materializado silenciosamente al lado de la mesa como un planeta rebelde.

—Sebastian, quería decirte cuánto lo siento.

Los ojos de Sebastian son inexpresivos.

—¿Por algo en particular?

—Por Diana en particular. Ah, era una mujer especial.

Nicky mira el teléfono. El mensaje llegó hace tres minutos: un mapa con un indicador cerca de la calle Castro.

—¿Debo esperar otra ficción sobre mi familia? —pregunta Sebastian.

—No, no… Yo…

Nicky levanta la vista, preparada para un derramamiento de sangre, pero Sebastian está esbozando una tenue sonrisa.

—En cualquier caso, no te daría tiempo a escribirlo. Estoy dejando el hábito del oxígeno con antelación.

—Ah. —Lionel asiente—. Cayendo solo por las cataratas de Reichenbach.

—A menos que quieras acompañarme.

—Muy pronto, muy pronto.

—Le hiciste daño a Maddy.

Lionel se estremece, la piel se le eriza alrededor de los ojos; cuando vuelve a hablar, sus palabras se yerguen.

—Me arrepiento. Cassandra nunca me perdonó. Dijo que era el peor… Ah, jovencita. ¿Puedo hablar un momento a solas con nuestro amigo?

Nicky ya está de pie.

—Por favor. Me recogerán pronto. Gracias por el desayuno.

Sebastian inclina la cabeza. Un minuto después, llega un coche para llevarla a una niebla mística.

# 77.

La puerta de la buhardilla cruje cuando Madeleine la abre. Esta no es la habitación de Nicky, piensa; es de Cole. Cole, que quiere que ella esté aquí.

Y sabe muy bien dónde encontrarlo.

Había leído el diario de su hermano mientras lo escribía, o al menos las primeras semanas; como hermana, tenía derecho a hacerlo. El material no la cautivó: «Hoy, Freddy y yo fuimos en bici a Frot Point y jugamos a espías». O: «[indescifrable] me pegó un chicle en el pelo, me lo corté con tigeras, ahora tengo una calva. Le dije a mamá que era una broma». Etcétera.

Parece que Cole lo supo en todo momento. ¿Madeleine debería haber prestado más atención?

Su teléfono vibra. Una alerta: otra noticia online sobre una muerte. Sin embargo, la difusión ha quedado silenciada. En su mayoría son artículos moderadamente siniestros que se limitan a exponer los hechos. Su padre ya no es tan interesante como antaño. O tal vez el uxoricidio ya no es tan interesante como antaño.

Sobre el escritorio hay una Bola 8 Mágica cubierta por una fina capa de polvo, excepto por diez pequeñas huellas. Madeleine la coge y, con una sacudida, aparece el triángulo azul.

no puedo predecir ahora.

Se olvidó de hacer una pregunta. Una pausa, luego escucha su propia voz y vuelve a sacudir la bola.

mejor no te lo digo ahora.

Madeleine frunce el ceño y la deja sobre el escritorio. Chorrada de juguete.

Entonces se acerca a la multitud de cangrejos herradura y flechas con punta de plata. ¿Qué hará con todo esto cuando llegue el momento? Y luego, junto a los Watson de otras épocas, pisa con

cuidado, esperando que ceda un poco el suelo.

Sin embargo, es extraño: Madeleine está segura, o casi segura, de que hace mucho mucho tiempo, después de que Cole desapareciera, buscó su diario y no lo encontró. Debió de llevárselo la policía. O alguien. Y, sin embargo, Cole afirma que late bajo los tablones del suelo, un corazón delator.

El suelo se hunde un poco. Madeleine se agacha a la misma altura que ese golfillo extremadamente feo (*Un niño*, reza la placa en la parte inferior del cuadro, de manera poco útil) y levanta el tablón.

Una mariposa roja pegada a la portada despliega sus alas ante ella. Madeleine lo había olvidado. La mira con recelo al llevarse el diario a la cama.

Se sienta, con los pies apoyados en el suelo, y lo abre por el 31 de diciembre de 1997. «¡Por favor, no leas mi dairio!».

Cómo ha cambiado su voz.

Haz lo que siempre has hecho.

Léelo.

A la luz de la mañana, empieza a leer.

# 78.

—Te estaba esperando, niña.

Las luces tiñen las estanterías de licores de un azul brillante; las bombillas redondas que deletrean su nombre también forman un aura alrededor de la peluca, unos rizos al estilo Marilyn Monroe.

—Ven a echar un trago —dice Betty, agitando una botella por encima de dos vasos de chupito.

Nicky se acerca a la barra.

—¿Qué vamos a beber hoy?

—Vas a beber bourbon. El caballero también.

Al darse la vuelta, Nicky lo ve en la mesa de la esquina, haciendo rodar un vaso vacío sobre el tablero.

Nicky se sienta delante y desliza un chupito sobre la mesa. Él la mira desde la cueva de su capucha. Una barba incipiente le cubre las mejillas y la mandíbula; la piel debajo de un ojo inyectado en sangre ha adquirido un tono verde cetrino.

—Entraste en mi casa —dice Freddy.

—Culpable. ¿Eres un Guardián de los Trapp?

La fulmina con la mirada y se rasca las manos.

—No, joder. Son unos buitres. Solo acepto su dinero. Créeme, yo tampoco doy crédito.

—Ah, bien. ¿Y cuánto tiempo llevas consumiendo?

Parpadea.

—¿Desde cuándo lo sabes?

¿Desde cuándo lo sabe? Nicky mira hacia otro lado.

—Nueve meses. —Freddy le habla a su vaso de chupito con una voz hueca—. Desde que me rompí el hombro. El médico me recetó oxicodona un par de semanas. Joder, me gustaba. Pero las drogas callejeras cuestan una fortuna en San Francisco. Todo cuesta una fortuna. —Se rasca las manos—. En febrero empecé a robar oxicodona

en el trabajo. La guardábamos en la enfermería deportiva para emergencias. Nadie se dio cuenta. Hasta que alguien se dio cuenta. —Otro suspiro—. En abril. El jefe deportivo es amigo mío…, era, supongo, así que le dijo a la directora que me había echado por comportamiento errático.

»Dos días después me desahuciaron. Fue una semana dura. No podía ir a casa con Simone; me sorprende que aún no lo haya descubierto. Además, no puedo soportar a los putos gatos. Así que me mudé a… Ya lo viste. Entonces, Sebastian recibió el diagnóstico y Diana pidió ayuda. El año escolar estaba terminando, así que imaginó que yo tendría tiempo. No se equivocaba. —Se está dejando los nudillos en carne viva—. Yo ya sabía lo de esos *groupies* obsesionados con los Trapp. Pensé que nadie se quejaría si faltaba una foto, o una pluma estilográfica, o incluso un libro. Pero ahora… —Suspira—. Ahora necesito dinero. Mucho dinero. Por eso revolví el escritorio: supuse que contenía objetos interesantes. Si eso fallaba, y falló, podía coger lo que hubiera a mano.

—Como ese cubo de cristal.

—Sí, lo siento.

—Yo también. —Lo observa tocarse el ojo con cuidado—. ¿Por qué la máscara?

—A veces, los Guardianes de los Trapp quieren chatear online, inspeccionar la mercancía. No puedo enseñar la cara. Esa noche en la biblioteca, iba a hacer un vídeo rápido. Ya sabes: Jack en la máquina de escribir de Sebastian Trapp, Jack junto a la chimenea de Sebastian Trapp.

—¿Y tu apartamento? ¿Las paredes, las velas?

—Es todo teatro. Lo mismo con el tatuaje. —Se sube la manga. Las letras se están agrietando—. Esos Guardianes de los Trapp… Menudo nombre más estúpido. Para ellos esto es solo un espectáculo, un entretenimiento. Yo ofrezco una experiencia.

—Comerciando con la tragedia de tu familia.

Freddy cierra los ojos, asiente y rompe a llorar.

—Sí —reconoce, agitando los hombros.

Al cabo de un minuto, Nicky empieza a mover su mano hacia la de

él, hasta que…

—Esto está bueno, chicos.

Ambos miran a Betty y se beben los chupitos al unísono.

—Pero quema —añade, sirviéndose agua mientras Freddy se seca la nariz.

La luz inunda la habitación y Freddy se da la vuelta con los ojos muy abiertos. En el umbral hay un par de ancianos, con edad suficiente para jugar al golf y vistiendo polos unisex.

—Esos dos se han perdido —declara Betty, que va a saludarlos.

Freddy se ha escondido en su capucha.

—Solía pasar por aquí a tomar café —murmura—. Últimamente voy donde sea. Un tío que conozco es asistente a domicilio para ancianos. Muchos tienen recetas que casi no usan. Su oficina está cerca. Me pican los huesos.

Se abraza a sí mismo. Nicky también quiere abrazarlo.

No tan rápido: está aquí por Diana. A quien Freddy besó. Freddy, que es capaz de emplear la violencia.

—Ah, escucha —dice Freddy—. Un inspector me dejó un mensaje de voz. Le gustaría hablar sobre…

—Diana.

Niega con la cabeza.

—Me sentí… incorpóreo cuando me enteré. En un chat, encima.

Nicky no dice nada de Cole, no le importa Cole en este momento. Le importa Diana.

—Quiero saber qué le pasó.

—¿No lo sabes? —Freddy ladea la cabeza—. La necrológica decía que murió de repente. Parecía que hubiera sido un suicidio —añade, casi susurrando.

—¿Y fue así?

—¿Cuál es la alternativa? ¿Un asesinato?

—La policía cree que sí. Y tú conocías a Diana. Conoces la casa.

—También mi tío, cuyas esposas no dejan de morir prematuramente.

—Pero la besaste.

Nicky hace una pausa. Si está sorprendido, no lo demuestra.

—Iba drogado.

—Probablemente no sea mucho consuelo para ella.

—La amaba, ¿sabes?

Nicky hace una pausa. No lo sabía. Un capricho platónico tal vez, pero…

—Lo sabía cuando era niño, sabía que la amaría siempre. Entonces volvió y… Quiero decir, estaba Sebastian, por supuesto. Pero siempre parecía temporal. Y ahora nunca estaré con nadie. —Su voz es suave y dolorosamente triste—. No amaré a otra mujer por mucho que quiera. No como amo a Diana. Y eso es… Eso es injusto para una persona. Vivir a la sombra de alguien así. —Se seca los ojos—. Como lo hizo Diana.

«Como lo hace tu madre», piensa Nicky mientras el brazo de Freddy sufre una contracción y tira el vaso al suelo. ¿Cuánta cristalería ha destruido esta semana?

Nicky se levanta, recoge los restos y los amontona sobre la mesa. Lo observa, con la sudadera de capucha, crispado, lloroso y asustado como un niño pequeño, y de repente se descubre sentada a su lado.

—Entonces ¿tengo una conversación con ese inspector? —pregunta él.

Nicky se encoge de hombros.

—Las conversaciones solo son peligrosas si tienes algo que esconder.

Asiente otra vez.

—Siento haber sido un idiota contigo.

—No has sido un idiota conmigo.

Nicky le coge las manos y las estudia. ¿Fueron las que empujaron a Diana?

A Freddy le tiemblan las muñecas —«Tengo el tembleque»—, y, cuando ella le aprieta los dedos, inclina la cabeza hacia el tablero de la mesa, con la mejilla contra el vinilo y los ojos clavados en la barra.

—Betty me va a ingresar en una clínica esta tarde. Lo ve todo.

—¡Así es! —exclama su anfitriona.

—Y también lo oye todo.

—¿Te lo puedes permitir? —pregunta Nicky.

Freddy sonríe.

—Corre a cuenta de San Francisco.

Nicky mete la mano en el bolso, vacía la cartera y apila varios billetes de veinte junto a la nariz de Freddy.

—¿Quién usa dinero en efectivo? —murmura él.

—¿Lo quieres o no?

—¿Por qué? —pregunta después de incorporarse.

—Me has cuidado bien. Ahora yo cuido un poco de ti.

Suena el teléfono de Nicky: es Jonathan, a quien no ha visto desde que vinieron aquí. Se levanta.

—Freddy, ¿alguna vez piensas en tu padre?

—¿Si está en el cielo, por ejemplo?

—No, por ejemplo… Quién…

—Ah, quién lo mató. Mi madre a veces me hace la misma pregunta. No. Quiero decir, me gustaría saberlo, pero no es que descubrirlo me vaya a cambiar la vida, ¿verdad? —Se rasca la muñeca—. Algunas historias simplemente terminan sin que averigües qué sucedió, ¿sabes?

—Lo sé —dice Nicky—. No me gustan esas historias.

# 79.

Su hermano se cortó las venas en febrero de 1999. Madeleine no lo sabía.

> Hoy mamá y yo vimos a una señora que es spicologa que me preguntó por qué quería morir. Le dije que no quiero pero que me duele vivir.

Madeleine se vuelve hacia la ventana. Oye un pequeño gemido en su propia garganta. Le duele la espalda. Aun así, continúa leyendo con el diario sobre los muslos y los pies en el suelo.

> La getne en la escuela me dice que me mate. Por qué estás vivo mosntruo?
>
> Matate hay demasiado acoso en la scuela.
>
> Se inventan historias sobre mí, me llaman farcasado, bicho raro. Me hacen daño.
>
> La semana pasada dije que fui campeón de lucha en el capmamento de verano para asustarlos y tres luchadores se me tiraron encima en los baños y dijeron INMOVILÍZANOS MARICA y me mordí la lengua tan fuerte que empezó a sangrar.
>
> Sé cómo se escrive marica porque lo veo mucho en mi taquilla.

A Madeleine le hierve la sangre. Página siguiente.

> También le dije a la spicóloga que papá siempre está frustrado conmigo. Le decepciono.
>
> Soy una carga. Se lo dije a la señora spcoglog y también le dije que me sentía inútil. Estoy aquí para ser humilado. No encajo.
>
> ESTÁ CLARO QUE ME PASA ALGO RARO

Madeleine se encoge ante la multitud de mayúsculas. Cierra los ojos y vuelve a abrirlos.

> Magdala me dijo antes de Navidad que tenía que ser diferente. Me dijo que

preste atencoin a lo que dicen de mí.

Madeleine no lo recuerda. ¿Dijo eso?

Soy una verguenza para mi padre y mi hermana

Página siguiente.

dijo Magdala.

¡¿Dijo eso?!

Hoy la señora preguntó por qué papá no esta aquí, mamá dijo que esta fuera de la ciudad. No es verdad, esta mañana le he oído decir a mamá que si yo dejara una nota suicida nadie sería capaz de leerla.

La tarde de Madeleine se alarga, y con ella los siguientes meses de Cole. Toma prestadas algunas palabras solitarias de *El conde de Montecristo*, que estaba leyendo para complacer a su padre («Lo terminaré»). Su letra se inclina y sus garabatos se marchitan. Escribe cada vez menos; escribe más que suficiente.

Pasa la página a junio.

Solo cuatro palabras: «¡Está pasando algo emocinoante!».

La página siguiente está en blanco. Y en la siguiente tampoco pasa nada, *emocinoante* o no. Seis meses antes de su desaparición, Cole simplemente dejó de escribir.

Madeleine saca el teléfono del bolsillo.

Lo he leído.
No me había dado cuenta
de lo mal que lo pasaste.

En el piso de abajo, el agitado traqueteo de la máquina de escribir.

No sabía lo duro que era papá con

Borra estas últimas palabras. Sabía lo suficiente.

Aunque lo diga demasiado tarde.

Madeleine espera. No hay señales de vida.
Hasta la Remington se calla.
Un minuto después:

Por eso te necesito.
No por lo que me hizo a mí.
Sino por lo que eso les hizo a él y a mamá.

Los estaba destruyendo.

Sí.
Él estaba destruyendo su matrimonio.
No podía evitarlo.
Pero tampoco podía dejarla ir.

Crees que destruyó algo más
que el matrimonio.

Sí otra vez.

¿Cómo?

Necesito que lo pongas nervioso.
Pregúntale qué sabe
sobre la Nochevieja.

¡Aún no me has dicho qué
sabes TÚ!

Sé que no me crees.
O al menos tienes dudas.
Porque si me creyeras
estarías asustada.
Por favor, créeme, Magdala.
Por favor, ten miedo.

¡Tac-tac-tac-tac-Trapp!

Madeleine posa la mirada en el diario que tiene a su lado. «¡Está pasando algo emocinoante!».

Cuando se lo pone en el regazo, las páginas caen hacia la izquierda. En el reverso de la última, Cole ha hecho una anotación final.

> 31 de diciembre de 1999.

«Nochevieja», aclara.

Su caligrafía ha cambiado con el tiempo: las letras son más altas, las curvas afiladas. Esta vez, la mano es segura y la ortografía perfecta.

> «¿Morir? Oh, no —exclamó—. ¡Morir ahora, después de haber vivido y sufrido tanto y durante tanto tiempo, no!».
>
> El conde de Montecristo
>
> (Lo terminé)

Madeleine mira el cartón rojo de la contraportada y tamborilea con las yemas de los dedos.

Nota una arruga bajo la guarda.

Entrecierra los ojos y mira más de cerca.

La arruga discurre en paralelo a la cubierta y, según ve, también por la parte superior e inferior. Pequeñas ondas cubren los bordes de la guarda, como si alguien los hubiera cortado cuidadosamente antes de volver a pegarlos con pasta.

Con la uña del dedo pellizca el papel hasta que puede despegarlo como si fuera una solapa. En su interior hay una postal: una ráfaga de peces payaso naranjas y blancos. Madeleine la saca del diario y le da la vuelta.

«3 de junio de 1999» (letra irregular, apenas legible).

> Querido Cole:
>
> ¡Gracias por la maravillosa maqueta de tranvía! No tenemos de estas en Seattle. ¡Se avecinan cosas buenas!

Firmado, con el mismo garabato de detector de mentiras: «Tu amigo, Sam Turner». Madeleine no conoce ese nombre.

¿Por qué le había enviado una postal a su hermano de trece años? ¿Por qué Cole la escondió en una funda secreta de su diario? A Madeleine se le acelera el pulso.

Podría preguntar.

Pero no lo hace.

Se muerde la uña del pulgar. Se deja caer sobre la almohada.

Seattle.

Cole ha documentado media docena de viajes por carretera con su madre —Los Ángeles, Tahoe, incluso Las Vegas—, pero nunca Seattle, y nada después del intento de suicidio. ¿No viajaron en 1999? ¿Cómo podía saberlo Madeleine? Al fin y al cabo, estuvo en Berkeley en primavera y otoño, y había pasado todo el verano en un campamento de tenis en Florida.

Aun así, si hubo un viaje, ¿por qué no lo mencionaron?

Más allá de la puerta entreabierta se oye el murmullo de un animal asmático subiendo una escalera. Watson se asoma a la buhardilla con una sonrisa de oreja a oreja y Madeleine se ablanda.

—Hola, duende —dice, cerrando el diario—. Larguémonos.

Alisa la cama, coloca la tarima en su sitio y lleva a la perra y el diario al piso de abajo. En su habitación, introduce «sam samuel turner seattle» en un directorio del estado de Washington. Treinta y un registros individuales en el área de Seattle, veintidós con números de teléfono.

Un resultado para «samantha turner seattle».

Son pasadas las diez, demasiado tarde para llamar, y demasiado pronto para que ella reúna valor. En lugar de eso, le envía un mensaje a su primo:

¿Conoces a un tal Sam Turner en Seattle?

También, por última vez: ven a casa por favor.
Nadie está enfadado contigo.

—Estoy muy enfadada con él —informa a Watson.

En la cama, Madeleine estudia la postal, la caligrafía puntiaguda. No le dirá nada a Cole.

Porque no está segura de que Cole recuerde la postal, y eso significa que ella podría saber algo que él ignora.

# Viernes, 26 de junio

# 80.

Nicky sale de la ducha humeante y ve su teléfono vibrando y cayendo en el lavabo. Lo coge y toca la pantalla. Se golpea un dedo del pie con la pata de la bañera.

—¿Señorita Hunter?

Es un hombre, aunque Nicky apenas se da cuenta; se está mordiendo el labio e inspirando con fuerza.

—¿Sí? —dice con desgana.

—Soy el inspector Timbo Martínez. No he podido comunicarme con la señorita Trapp. Su primo vino a la comisaría ayer noche. Dijo que alguien le recomendó que contactara conmigo. No mencionó quién.

Nicky ha ido a la pata coja hasta el retrete, donde se pone papel higiénico en el dedo herido.

—Frederick reconoce haber robado efectos personales de la casa de su tío. No tiene coartada después del cóctel, ni después de huir de la casa.

Una pausa.

—Insiste en que no ha mantenido comunicación con Cole Trapp. Encontró la caja con la mariposa en la puerta, pero nadie puede dar fe de ello. Probablemente hizo él mismo esas mariposas, aunque, señorita Hunter, le digo esto porque espero que pueda aportar algo.

—¿Dónde está Freddy ahora mismo?

Un suspiro.

—Su madre lo recogió en la comisaría. Fue muy dramático. Creo que su próxima parada es la rehabilitación. Por favor, que Madeleine Trapp me devuelva la llamada. Es importante.

Ha colgado.

Nicky se viste apresuradamente. La ducha no ha conseguido calmarla. Tiene un mal presentimiento, como predijo su calendario. Una sensación de final, incluso.

«La vida es un thriller —le dijo ayer Sebastian—. El final es fatal».

Y luego: «¿Qué historia le gustaría que le cuente?».

«Una historia real», había respondido ella.

Nicky quiere esa historia real. Y la quiere hoy. Lo encontrará en…

El teléfono vuelve a reclamar su atención. Nicky mira la pantalla: es Jonathan.

No hace caso. Sobrevivirá. A diferencia de otros.

Debajo de la puerta de la buhardilla hay una nota doblada. Nicky la coge: papel de carta azul, letra negra.

```
Pistolas al amanecer. Biblioteca.
```

Y luego la curva y la cruz de sus iniciales.

Ya ha amanecido, por supuesto. En cualquier caso, hoy Nicky había planeado pasar tiempo con Sebastian. No le ha dicho a Julia que sigue alojada en la buhardilla. De hecho, tampoco se lo ha dicho a Irwin ni a nadie. Ahora, ella pertenece a este mundo más que al de ellos, y la idea la asusta.

Mientras baja la escalera, la máquina de escribir de Sebastian emite un súbito redoble, como si Nicky estuviera presentando una gala de premios o aguardando en el patíbulo. El sonido se acelera a cada paso a lo largo del soleado pasillo hasta que, justo cuando levanta el bucle metálico de la aldaba con forma de calavera, se apaga. Ganador anunciado. Prisionero ahorcado.

—¡Entre, por favor!

La mañana ha aclarado la habitación. A través de las ventanas, el Golden Gate brilla como recién enjuagado, con algunos banderines de niebla ondeando desde sus torres.

En su escritorio, vestido con americana (marfil) y corbata (azul marino), Sebastian fuma en pipa, con un aspecto notablemente refinado para tratarse de un hombre que ha quedado viudo hace tan poco tiempo. Tiene práctica, por supuesto.

—¿Cómo sabía que estaba en la puerta? —pregunta Nicky.

—No lo sabía en absoluto. —Le sale humo de la boca—. De vez en cuando descanso los dedos y grito por si está merodeando fuera.

Nicky ocupa la silla situada frente a él, igual que la noche que llegó. Pero ahora, de cerca, qué cansado parece, como una hoja de papel arrugada que alguien ha alisado de nuevo. Su piel blanca se ha tornado gris, sus canas se han aclarado; tiene los labios secos, las cejas desgreñadas. Nicky observa las arrugas de su ropa, como pequeñas grietas en un retrato al óleo; el nudo deforme de la corbata, el pañuelo suelto… Incluso el reloj de bolsillo en la palma de su mano resulta aburrido. Quizá el tiempo no sea el mejor asesino.

Quizá lo sea la tristeza.

—No llevo bien el dolor —dice Sebastian, y Nicky se estremece, sobresaltada al encontrarlo en su cabeza aun teniéndolo sentado delante.

Detrás de él, las llamas bailan lentamente en la chimenea, como si estuvieran agotadas.

—La tristeza es como el miedo. Aprendí a vivir con miedo hace mucho tiempo. Debería sentirme más cómodo con la tristeza. ¿Usted se siente así?

Nicky parpadea.

—¿Cómoda con la tristeza?

Sebastian asiente.

—Supongo… —Por un momento no sabe qué decir. Luego, lentamente—: Supongo que, si estoy triste, debo de haber amado lo que perdí, lo perdiera como lo perdiera. Supongo que es como una cicatriz que me recuerda alguna aventura que tuve. O como los créditos finales de una película maravillosa. Así que no, no me siento cómoda con ella, pero la agradezco. —Reflexiona—. La tristeza puede ser como el miedo, pero también como la memoria, y con la memoria no hay… Una historia no termina.

Nicky se pregunta si ha dicho una tontería. Se queda mirando el pelo lacio y los labios demacrados de Sebastian; solo sus ojos están vivos, oscuros y agudos mientras recorren su cara.

—Todas las historias terminan —dice Sebastian.

Luego se inclina hacia delante y pone la mano encima de una pequeña pila de hojas. Cuando vuelve a hablar, su voz se ha levantado del suelo.

—Su trabajo es excelente —añade, dando golpecitos a la pila—. Es cautivador, de verdad. Las cataratas de Perú: puedo oír el rugido. Escribiendo esas primeras novelas: puedo oír la máquina de escribir. Un día en la playa: puedo oír a los niños lloriqueando muy suavemente.

Nicky sonríe.

—Eso significa mucho para mí.

—He sangrado un poco. Con tinta roja, quiero decir, así que eche un vistazo a mis correcciones.

Desliza los papeles por el escritorio; jeroglíficos y notas indescifrables se agolpan en los márgenes. Sebastian ha sangrado más que un poco. Nicky ve que en ciertas páginas ha abierto una vena, pero está contenta. «Su trabajo es excelente».

Sebastian bosteza y se tapa la cara con una mano.

—Disculpe. Ha sido una racha muy movida. Aventuro que ha sido una racha muy movida para usted también. Joder —hace una mueca—, «aventuro». Escriba novelas históricas el tiempo suficiente y aventuro que acabará hablando así.

—Ha sido muy movida —coincide Nicky.

—Eso es lo que he dicho. Ha asistido a un baile de máscaras que incluyó un intento de robo. ¡Luego una pelea! Luego cientos de copas de champán destruidas en masa. Ha hecho una práctica de conducción. Ha recibido cartas amenazantes. Bueno, técnicamente las he recibido yo. Ha desayunado dos veces en un club de caballeros sin tan siquiera disfrazarse. Ni que decir tiene, ha contado con la sabiduría y el aliento de Watson VII. Ha visto el laberinto donde empezó la vida de mi hijo y el estanque donde acabó la vida de mi mujer. Ha sufrido una tragedia con nosotros. —Resopla—. Ah, joven Hunter, ¿dónde se ha metido?

¿Se arrepiente de haberla invitado? ¿Morirá Nicky a causa de la fiebre detectivesca?

—¿Ha averiguado ya qué está pasando? —pregunta Sebastian—. ¿Ha descubierto la trama?

—No.

—Pero ya debe de saberlo, mi querida niña. Estamos prácticamente

al final del libro.

Sebastian levanta una lupa del papel secante, la que Nicky le regaló una semana antes, y la hace girar lentamente. Por un momento, el arsenal que media entre ellos centellea como un relámpago: la daga, la botella de veneno, el revólver, el candelabro, brillando uno tras otro.

El estómago de Nicky protesta.

—Lo siento. Debería comer algo.

—Si Adelina está abajo…

—Prepararé té y tostadas. —Se levanta rápidamente—. ¿Le apetece alguna de las dos cosas?

La mira fijamente.

—Me gustarían ambas.

A su espalda, Nicky oye el chasquido de la máquina de escribir.

Cuando regresa, Sebastian la invita a sentarse junto al fuego y ella se arrodilla como un niño mientras observa las llamas y espera.

—Hay un asunto que hemos pasado por alto. —Moja la tostada—. ¿Sabe por qué dejé a Simon St. John después del último libro? Claro que no —dice, antes de que ella pueda negar con la cabeza—. Bueno, no es que me cansara de él. Simplemente no podía pasar más tiempo en compañía de alguien que encontraba infaliblemente respuestas a todos y cada uno de los problemas a los que se enfrentaba, porque yo no podía resolver mi misterio. Y no podía ver a Simon ponerse un nuevo disfraz y resolver el suyo. —Mira la taza de té—. Lo intenté, por supuesto. Con *El hombre torcido*. Pero entonces Dominic… —Un suspiro—. Otro crimen sin esperanza de resolución. Así que retiré a Simon St. John. Y yo también me retiré.

Mientras muerde la tostada, Nicky observa los dedos de los pies de Sebastian moviéndose dentro de los calcetines, lo suficientemente cerca de las llamas como para echar humo si estuvieran húmedos. Detrás de ella, una lluvia inesperada repiquetea en las ventanas.

—Diana me llevó de vuelta a la Remington hace unos meses, cuando los médicos me dieron el visto bueno. La máquina de sueños metálica, la llamaba.

—En cuanto a Diana…

—De vez en cuando la desempolvaba para escribir correspondencia

variada y cosas así, como la suya y la mía, por ejemplo, pero mi amable esposa me instó a escribir una nueva historia. Puse los dedos sobre las teclas y me negué a salir hasta que hubiera pulsado una. Así que pulsé «1». Justo ahí, en negro y blanco, había anunciado mi primer capítulo. Había anunciado el regreso de Simon.

—¿Está trabajando en una nueva novela?

Nicky está asombrada. Un testamento, instrucciones para su funeral, cartas, incluso una confesión en su lecho de muerte: estaba segura de que uno o más de esos quehaceres habían puesto las teclas a bailar por los pasillos y los suelos en las últimas semanas. Sin embargo, esto no se le había pasado por la cabeza: un último misterio. Aunque Sebastian le dijo que quería ponerle un lacito a todo.

—¿Puedo leerla?

Sebastian sirve té.

—Tranquila, muchacha. No hay mucho que leer, solo algunas ideas disparándose en mi cerebro moribundo. Algunas llamas jadeando después de apagar la válvula de gas. Además, todavía tengo que resolver el final. —Se lleva la taza a los labios—. Eso también va por el mío. El final de mi historia. —Se bebe el té—. Afortunadamente, trabajo mejor con un plazo límite. Usted y Tácito tuvieron un *tête-a-tête* en una ocasión, ¿verdad?

Sebastian inclina la cabeza hacia el escritorio.

Nicky se vuelve para observar el cubo de cristal. La luz del fuego sube y baja por sus planos.

—«Es propio de la naturaleza humana odiar a quien has herido» —recita Nicky pausadamente.

Se quedan en silencio.

—Pero ahora debo irme a echar una siesta —anuncia Sebastian—. No sé cuándo vence el contrato de alquiler de esa máquina de diálisis. Me gustaría legársela a Freddy. Le fascina. Creo que intentará usarla con su pene.

—¿Por qué?

Sebastian se encoge de hombros.

—Porque es un hombre.

Un trueno retumba cuando se levanta. La taza de té se desliza entre

sus dedos y se precipita mortalmente sobre la pizarra negra de la chimenea.

—Mierda —dice Sebastian, recostándose en la silla.

Nicky recoge los restos.

—¿Puedo ayudarle a subir?

—Por favor —responde él inesperadamente—. De repente me siento muy fatigado.

# 81.

Salen juntos de la habitación y Sebastian agarra a Nicky del hombro. Caminan en silencio por el pasillo, las ventanas brillantes a causa de la lluvia, y se vuelven hacia el vestíbulo; cada paso parece agotarlo más y más, como si estuviera derramando algún fluido vital sobre la alfombra.

—¿Subimos en ascensor? —pregunta Nicky con inquietud.

Llama al Otis, que desciende obstinado y quejumbroso; cuando llega, abre la reja, entra con Sebastian y vuelve a cerrarla. Pulsa el botón del tercer piso.

Chasquido. Deslizamiento. Quejido.

Sebastian la ha soltado, aunque lo oye respirar mientras el ascensor tiembla y se adentra en la oscuridad. Nicky mira hacia abajo y observa cómo desaparecen sus manos. Luego sus espinillas. Luego sus pies.

Por un momento, en su ascenso a ciegas, ella cierra los ojos (¿o no? No se sabe) y piensa qué podría suceder a continuación.

Lo que ocurre a continuación es un trueno impío, como si la bóveda del cielo se hubiera hecho añicos. Chasquido, deslizamiento, chillido, gritan los engranajes del ascensor, y frena tan bruscamente que Nicky pierde el equilibrio, agitando los brazos hasta que Sebastian le agarra la muñeca con firmeza.

—Se ha ido la luz.

La voz de Sebastian suena rasposa. En esa profunda oscuridad, Nicky se siente ingrávida, y la mano de Sebastian es todo cuanto la ata a la tierra.

—El generador debería entrar en funcionamiento en cualquier momento.

Nicky no habla. El trueno vuelve, más suave esta vez, como si estuviera expresando algo que olvidó mencionar antes, pero todavía enojado.

Lentamente, los dedos de Sebastian se deslizan hacia abajo, agarrando con fuerza, hasta que por fin se posan en la palma de su mano y se detienen con cautela en los huecos entre los dedos de ella. Juntos se pliegan e inclinan, trabando los nudillos.

¿Cuánto tiempo flotan en esa caja nocturna? La mano de Sebastian empieza a temblar y su respiración es ronca.

—¿Oye eso? —pregunta Nicky de repente.

No hay respuesta.

—¿Unos pasos?

Nicky percibe la vacilación en su propia voz. Le tiemblan los dedos.

En el momento en que sus labios se abren, también lo hace el cielo en sus oídos, tela rasgada con fuerza y rapidez. Unos dedos le aplastan la mano, la retuercen.

Y luego, con una sacudida, el ascensor reanuda su avance vertical, trepando hasta que una lenta cascada de luz cae gris y sombría sobre ellos.

El ascensor se detiene. A través de los cristales con forma de diamante, Nicky mira hacia el largo pasillo de la tercera planta.

—Por un momento me he sentido bastante inseguro —dice Sebastian.

Ambos separan los dedos y Nicky se lo queda mirando. Parece mayor que el hombre que subió al Otis, como si hubieran viajado por un túnel del tiempo.

Sebastian sonríe débilmente.

—¿Intentaba asustarme, joven Hunter?

Nicky abre la verja y lo agarra del codo para llevarlo a su dormitorio.

Pero, en el instante en que salen del ascensor, Sebastian jadea, y entonces le fallan las piernas y se desploma contra Nicky. Al caer al suelo la arrastra hasta enterrarla bajo la solapa de su abrigo, la cabeza apretada contra su costado.

—¡No puedo decírselo! —grita mientras ella escucha su cuerpo. La voz de Sebastian parece resonar en su interior.

Nicky se aparta del abrigo y examina a Sebastian: el pelo gris alborotado sobre la frente, unos ojos grises desorbitados. Ella mira

hacia el brazo extendido, más allá del dedo con el que señala hacia delante.

Sobre la estrecha alfombra del pasillo, con las alas desplegadas a modo de saludo, hay una mariposa de papel rojo intenso.

Incluso en la penumbra, Nicky puede ver un pequeño texto escrito a máquina en las alas.

Se pone de rodillas y se inclina hacia ella —cuernos demoniacos en la cabeza, tórax serrado, más arma que juguete—, y luego se la acerca a los ojos.

Se vuelve hacia Sebastian.

—«ÚLTIMA OPORTUNIDAD» —recita.

Él deja caer el brazo.

—No puedo.

Al fondo del pasillo, en algún lugar de la casa, unos pasos resuenan en las escaleras.

# 82.

Bajo la lluvia, Madeleine corretea por el aparcamiento de la biblioteca con el teléfono pegado a la oreja. El inspector Timbo Martínez desea que le devuelva la llamada cuando le venga bien. Ahora mismo no le viene especialmente bien, y suena bastante tranquilo, pero Timbo Martínez probablemente sea el tipo de persona que se pondría a meditar mientras su avión cae en picado, así que Madeleine se abrocha el cinturón y marca.

Timbo la informa mientras un trueno aterriza sobre el techo de su coche: Freddy, comisaría, confesión («Por supuesto que no presentaremos cargos», le espeta Madeleine), no hay razón para creer que esté compinchado con su hermano.

—Tampoco tenemos razones para creer que esa persona exista.

Madeleine agarra la palanca de cambios.

—¿Tiene razones para creer que la muerte de mi madrastra fuera sospechosa? ¿Una razón real, de juzgado?

—Todavía no.

—¿Todavía no o ninguna en absoluto?

—Me temo que no veo la diferencia en este momento. Señorita Trapp, sé que Frederick es su primo, pero tenga cuidado, por favor.

Es todo un boy scout. Madeleine se lo imagina metiéndose en la cama cada noche con el uniforme puesto.

Un trueno titánico la sobresalta tanto que casi encalla en Alta Plaza Park.

—Joder —murmura—. Lo siento.

Timbo ha colgado. Madeleine se incorpora al tráfico con los limpiaparabrisas puestos.

«Tampoco tenemos razones para creer que esa persona exista». Ya, pero ella sí. No obstante, la persona que transita su cerebro en este momento —sin forma pero no sin sonido, como un visitante de museo

cuyos pasos oyes en la galería contigua, siempre una exposición por delante— es Sam Turner de Seattle.

Aparca el coche y sale bajo la lluvia. Sube a toda prisa el camino de entrada y cruza la puerta.

«¡No puedo decírselo!».

Se le caen las llaves al suelo.

Los zapatos patinan sobre el mármol y el bolso se precipita escaleras abajo. Le arden los muslos al ir y venir de la biblioteca, sus pulmones jadean mientras sube otro tramo… Pero allí, al final del pasillo… Allí los encuentra.

Avanza trotando, jadeando, y Nicky se levanta con una estrella roja en la mano. No: es una mariposa.

Madeleine observa las alas, mira a Nicky y luego se inclina hacia su padre, marchito, una maraña de ramas blancas en el suelo. Nicky la ayuda a ponerlo de pie. Juntas arrastran a Sebastian, pasando por delante de la habitación de Diana, y lo llevan a la suya, donde le quitan el abrigo y lo dejan sobre el colchón.

«¿Así es como vivirá hasta que muera?», piensa Madeleine. Una conmoción cada dos días, un cadáver entre los peces de colores, una mariposa en el pasillo; un elenco cambiante ayudándola a llevarlo a la cama.

—Policía —dice Madeleine.

Nicky sale obedientemente al pasillo con el teléfono en la mano.

Madeleine la escucha narrar los últimos diez minutos —fatiga, ascensor, apagón, pasos, origami— mientras deshace el nudo de la corbata de su padre y le desabotona los puños de la camisa, que está empapada en sudor.

Se arrodilla a su lado y le acaricia los dedos. Están temblando, como los de ella.

Sebastian la mira fijamente con un ojo, cuyo blanco es poco más pálido que su piel.

Y solo ahora, tras agitarse brevemente en la superficie de su cerebro, calan las palabras de Nicky.

—¿Pasos? —pregunta Madeleine.

# 83.

—Martínez está llegando —anuncia Nicky al entrar en el dormitorio, donde Madeleine se encuentra junto a su padre, que parece un espectro.

—Le he dado una gominola de marihuana —dice Madeleine—. ¿Quieres una?

El teléfono de Nicky vibra. Mira la pantalla y vuelve al vestíbulo.

—Hola. Escucha…

—Es difícil escuchar —grita Jonathan—. Estoy a la vuelta de la esquina, en Harry's Bar. ¿Sabías que aquí puedes pedir una auténtica bañera de cerveza? De porcelana, veinticuatro botellas de tu elección.

—Ahora no es…

—Soy británico, pero no soy tan…

—Te llamaré más tarde.

Una pausa.

—¿Va todo bien? Hace tiempo que no hablamos.

—Ha sido una mañana movida.

—¿Cómo van las cosas por ahí? ¿Me paso?

—No, por favor.

—¿Estás sola?

Ella duda. ¿Qué respuesta espera?

—Te mandaré un mensaje —miente Nicky.

El timbre suena en el piso de abajo y Madeleine la llama.

—Mira —dice Jonathan—, si no estás interesada en…

Nicky cuelga.

En la puerta principal, con el bolso y las llaves de Madeleine en la mano, deja pasar al inspector Martínez, todo ángulos marcados con un elegante traje gris. La inspectora Springer está a su lado con un jersey de angora con cuello alto, una americana negra y un rictus serio.

—¿Dónde está el señor Trapp? —pregunta Timbo.

—En su habitación.

—¿Ha oído pasos? ¿De dónde venían?

—No lo sé y no lo sé.

Está hecha un manojo de nervios.

—¿Así que no oyó pasos? —insiste Timbo.

—No importa quién oyó qué y cuándo —dice B.B.—. Alguien ha estado en esta casa. Puede que todavía haya alguien dentro.

Nicky se los queda mirando.

Timbo avanza silenciosamente hacia la sala de estar mientras B.B. se acerca a la habitación de los rompecabezas con la mano flotando junto a la cadera.

—Señorita Hunter —dice sin volver la cabeza—, por favor, quédese en la puerta principal. Muchas gracias.

Golpea el marco de la puerta y entra en la habitación. Cuando regresa momentos después, le hace señas a Nicky para que no se mueva mientras se dirige a la parte de atrás.

Nicky escucha el último repiqueteo de lluvia en las ventanas. Evoca el rostro de Madeleine hace un momento, cenizo y ajado, y le gustaría poder ayudar. Cuando el reloj anuncia las cuatro, casi grita.

Los inspectores reaparecen.

—Y bien —dice B.B.—, ¿dónde está ese famoso ascensor?

En el piso de arriba, Timbo se pone un guante de látex y, con sumo cuidado, recoge de la alfombra la mariposa de papel. Nicky observa cómo acerca la cabeza a la de B.B. mientras leen el pequeño mensaje.

—¿Alguien ha visitado la casa esta mañana? ¿O anoche? —pregunta B.B.

—No.

Timbo inspecciona el ascensor, donde su teléfono proyecta una luz intensa en las esquinas.

—¿Estaba la mariposa ahí cuando bajó las escaleras esta mañana?

—Usé la otra escalera. Al final del pasillo. Siempre lo hago.

Timbo guarda la prueba en una bolsa y van al dormitorio de Sebastian, donde Madeleine está sentada junto a su padre. Nicky se acerca a la ventana, con el cristal salpicado de gotas de lluvia.

—Usted otra vez —dice el paciente con un hilo de voz cuando

aparece Timbo.

—Parece que tiene un problema de insectos, señor —comenta B.B.—. Así que lo preguntaré una vez más: ¿alguien ha tenido noticias del artista anteriormente conocido como Cole Trapp?

Nicky no se atreve a mirar a Madeleine.

—Qué decepción —dice B.B.

—Debería haberle puesto un lacito a esto hace mucho tiempo —murmura Sebastian, cerrando los ojos.

Timbo da un paso al frente.

—¿Qué?

Por primera vez desde que Nicky lo conoció, su voz tiene pulso.

—Es una frase de los libros —explica Nicky—. La dice Simon St. John.

—He leído los libros. Sé lo que dice Simon St. John. Quiero saber por qué lo dice el señor Trapp.

«Todavía tengo que resolver el final. El final de mi historia».

B.B. lo intenta de nuevo.

—¿La señorita Hunter mencionó unos pasos?

Sebastian asiente.

—Sí. Huyendo del ascensor, creo.

—Hacia la otra escalera. Señorita Trapp, ¿bajaba alguien cuando usted subía?

—Claro. Paramos y charlamos un poco. Estuvimos cotilleando un rato.

—Tenía que preguntar. Así que usted, señorita Hunter, oye pasos y luego ve la mariposa…

Sebastian no dice nada.

—Un minuto después —termina la frase Nicky.

—Justo cuando entré.

Madeleine le frota la mano a su padre. Nicky se siente tremendamente apenada por ella.

—Entonces, si el caminante no intercambió saludos con la señorita Trapp, y si no lo hemos obligado a bajar ahora mismo, ya había huido por la parte trasera cuando se abrieron las puertas del ascensor, o subió a la buhardilla. —B.B. se quita una pelusa del cuello del jersey

—. ¿Alguna de ustedes sabe algo del señor Grant?

—Acabo de hablar con él —responde Nicky—. Está en el Harry's Bar.

—A la vuelta de la esquina. Qué casualidad. Qué fácil es llegar. ¿Has estado en Harry's, Tim?

—Bañera de cerveza —murmura Timbo.

—¿Todavía hacen eso? Bien por Harry's. Estoy pensando en ir allí, ya que es fácil llegar.

—Yo estoy pensando que subamos primero y terminemos el registro.

B.B. mira hacia la habitación.

—Señorita Trapp, ¿le importa…? Me gustaría hablar de medidas de seguridad.

Madeleine y los agentes salen al pasillo y Nicky mira por la ventana. La lluvia ha muerto joven.

Cuando vuelve la cabeza, él la está observando.

—¿Puede hacer que pare? —murmura, débil y cansado.

Nicky se lo queda mirando un momento. Se acerca lentamente y le toca el hombro. Finalmente susurra:

—No sé cómo.

Suena casi a disculpa.

# 84.

Durante horas, encorvada en su escritorio mientras su padre duerme arriba, Madeleine habla o deja mensajes a casi dos docenas de Sam Turner. «Estoy buscando información sobre un chico llamado Cole», explica vagamente. Nunca se sabe quién podría ser un fanático de la crónica negra.

Algunos Sam Turner son demasiado jóvenes para resultar de ayuda; algunos Sam Turner están demasiado muertos.

A continuación, lo busca en las redes sociales: ¿ha enviado algún mensaje, ha dejado comentarios, ha puesto algún «me gusta»? Recorre las galerías de Instagram, se adentra en la trastienda de Twitter, hace un cribado en Facebook.

Es como espiar por la ventana una fiesta a la que no ha sido invitada y a la que no quiere asistir. Madeleine cierra todas las páginas.

En la plataforma final, un clon de Instagram, Bissie y Ben Bentley sonríen como mormones mientras su hijo toca la panza madura de su madre. Los tres visten de rosa.

Madeleine se queda mirando hasta que se le nubla la vista. Borra su cuenta.

Entonces —y aunque los agentes registraron la casa—, se da la vuelta en su asiento. «Detrás de ti hay alguien muy peligroso», le dijo en broma a Nicky aquella primera noche. Ahora no es una broma.

Son las diez en punto. Encuentra a Watson en el salón, tumbada a los pies de la estantería. El nombre de Rebeca brilla al pasar un dedo por el lomo. Una inclinación y Madeleine podría entrar en un portal, descansar en el diván, eludir el tiempo.

La perra suspira. Madeleine suspira.

En la cama, nota que el sueño cae sobre ella como la nieve. Antes de que la entierre, escribe un mensaje:

Por favor dime dónde estás.

Tenía que intentarlo. ÚLTIMA OPORTUNIDAD.

# 85.

Nicky lleva un vaso de leche en la mano y observa a Sebastian mientras duerme.

Es inquietante (lo sabe), inquietante y difícil: las cortinas están entreabiertas y la habitación es un lienzo de sombras. ¡Pero qué pocas veces lo ha visto en paz! No parece gran cosa debajo del edredón: una mera cresta blanca y escarpada, una cordillera lejana en invierno, y su rostro vuelto hacia ella. Tampoco emite muchos sonidos; Nicky solo alcanza a oír el aire frío excusándose al salir por los conductos.

En silencio, sube las escaleras hasta la buhardilla. Se sienta en el escritorio, tira de la cadena de la lámpara y bebe leche. Saca el portátil del bolso y caen dos trozos de papel al suelo.

Nicky los recoge y los deja encima de la mesa. Son las fotos que le arrebató a la Guardiana de los Trapp: ella y Sebastian en el Jaguar; Freddy, Diana y Simone en la fiesta.

Un chasquido detrás de ella.

Nicky se da la vuelta, contiene la respiración y explora la buhardilla.

Nada. Solo la casa crujiéndose los nudillos mientras se prepara para dormir.

En la oscuridad, *Un niño* sonríe, libre de culpa pero con conocimiento.

Cuando Nicky vuelve a las fotos y descubre la pista —porque eso es precisamente lo que es, una pista real—, se levanta conmocionada. Es tan obvio como las huellas de unas manos en una ventana, como fósforo en el cristal.

—Oh —dice.

En el cajón encuentra la lupa de juguete y se la acerca al ojo. Se agacha un poco más.

*Cherchez la femme*, en efecto.

Las piernas se desintegran bajo su cuerpo. Se desploma en la silla.

No, no demuestra nada. No demuestra lo que ella quiere demostrar, desde luego. Conque es aquí donde la ha llevado toda su investigación. ¿Este es el final de la historia?

Apaga la lámpara y se levanta. Al rodear el escritorio, su cadera roza la Bola 8 Mágica que hay sobre el escritorio. Cae por el borde, golpea la madera y se aleja rodando. Se aloja en una esquina. Una marca de runas azul neón brilla dentro del ojo de buey.

ES MEJOR NO DECÍRTELO AHORA.

Nicky se acomoda en el asiento de la ventana y apoya la cabeza en el cristal. Piensa en ese hombre plateado que duerme en silencio en su habitación.

Solo más tarde recordará que Sebastian Trapp ronca.

## Sábado, 27 de junio

# 86.

Watson escarba en las sábanas y suelta un pequeño ladrido.

Madeleine se incorpora, medio despierta. Watson casi nunca ladra.

Mira el teléfono: las cuatro y cinco minutos. Mira a la perra.

El hombre situado junto a la cama susurra su nombre antes de que pueda gritar.

En el asiento de la ventana, Nicky sueña con pulsaciones de teclas, más fuertes que antes, lo suficientemente fuertes como para que las tablas del suelo bailen, uñas retorciéndose desde la madera. Sueña con Sebastian Trapp durmiendo en silencio.

Se revuelve.

Sebastian Trapp ronca. Sin embargo, la oscuridad de su habitación era silenciosa.

Nicky empieza a salir a la superficie.

¿Por qué se quedó allí despierto con los ojos cerrados, de cara a la puerta, sabiendo que ella estaba fuera y no dijo nada? Sebastian no es de los que se retiran. No hay habitación a la que no la haya invitado.

¿Qué juego se trae entre manos?

—Arriba y a por ellos.

En la oscuridad de su dormitorio, Sebastian luce un traje de color hueso. Madeleine sabe que es su favorito: lino irlandés, forro azul. Camisa blanca. Corbata lavanda.

—No hemos visto un amanecer desde hace años. No me quedan muchos. Vamos, vamos. ¡A nuestro viejo lugar! Voy a

poner en marcha el Jaguar.

—¿Por qué tan temprano?

La voz de Madeleine suena oxidada.

—Estoy inquieto. No te entretengas. ¡Vamos a ver el amanecer!

Sebastian desaparece de la habitación como una estrella.

Nicky abre un ojo y mira por la ventana.

Frunce el ceño, observando el coche que hay al otro lado de la calle.

Un poco más allá de la farola, donde una tenue luz tiñe la acera.

En diez días, nunca había visto un coche aparcado allí.

En el ropero, Madeleine saca un jersey de un cajón. Las cuatro y diez de la mañana, le dice el teléfono. Se mira en el espejo. Las cuatro y diez de la mañana, le dice su cara.

Pasa la mano por encima del joyero. Sabe lo que hay dentro, al acecho.

Abre la tapa, lo coge y se lo guarda en el bolsillo trasero.

—No te muevas —le recuerda a Watson, que no ha hecho más que no moverse, y sale corriendo de la habitación.

Nicky coge el teléfono y hace zoom sobre el coche, sobre la ventanilla del conductor.

Entonces ve movimientos abajo.

El aire frío de la noche cae como si hubiera estado apoyado en la puerta principal. Madeleine se apresura a bajar los escalones, con los vaqueros crujiendo a la altura de las rodillas, y se acomoda en el asiento del copiloto. Junto a ella, Sebastian

fuma una pipa.

—He cogido naranjas y agua que antes tenía gas —dice Sebastian. Madeleine se gira y distingue su maltrecha bolsa de cuero en el asiento de atrás—. También un paquete de Oreos rancias. El desayuno de los campeones. ¡Ahora, alegra esa cara! Y ponte el cinturón.

Mete la llave en el contacto y la hace girar.

Nicky pega la cara a la ventana cuando el Jaguar abre sus ojos blancos y avanza por el camino de entrada. ¿Era Madeleine la que se ha montado?

Se pone las zapatillas y una sudadera con capucha y va corriendo hacia la puerta. Pisa el sobre.

—Dale caña a ese teléfono, Maddy —le dice su padre mientras gira el volante y salen a la calle—. Pon canciones antiguas. Retrocedamos en el tiempo.

Madeleine se pasa el cinturón de seguridad por el pecho y lanza una mirada nostálgica a la casa antes de que los setos le impidan verla.

Nicky se vuelve hacia la luz de la luna. Sus iniciales están grabadas con fuerza en el papel.

La carta está mecanografiada, por supuesto.

Estimada señorita Hunter:

Esta no será una despedida larga. Estoy en mi biblioteca a altas horas de la noche, tan pasadas las doce que es casi la una.

No hace mucho le dije (¡dos veces!) que tal vez resolveríamos un viejo misterio (¡o dos!).

Pero reconozco que el trabajo de detective es más fácil en la página. No hay callejones sin salida, ni

personajes superfluos; todo está envuelto con un lacito.

Así que voy a hacer lo que más odian los lectores: le estropearé el misterio. Si realmente no quiere saber, deje de leer ahora.

¿Ha dejado de leer?

(Me lo imaginaba).

Así pues:

Aunque parezca imposible, acabé con la vida de mi mujer y mi retoño.

Si desea continuar con su relato sobre mi vida, tiene mi bendición.

*ST*

Nicky parpadea.

Entonces, el suelo se derrumba debajo de ella. Cae un piso hacia abajo y aterriza en la silla frente a su escritorio hace dos semanas.

Sebastian le sonríe por encima de la máquina de escribir.

—Espero que pueda ver lo bueno en mí —dice—. Y espero que no tenga que escarbar mucho.

Esto no es real, Nicky lo sabe. La conmoción la ha arrastrado a través de esos dos pisos, la ha inmovilizado en esta silla; el Sebastian que tiene ante ella, la biblioteca que hay detrás, son meros recuerdos, pero a pesar de todo mira a través de su sueño, a través del agujero en el techo, y a través del agujero del siguiente, donde se encuentra ahora, en la oscuridad de la buhardilla, con la confesión de Sebastian Trapp en la mano y poco bueno que encontrar.

Desdobla la parte inferior de la hoja.

P. D. Una parte de mi legado sigue siendo excepcional. Encontrará las pistas arriba de esta carta.

No hay nada arriba de la carta, a menos que se refiera al sobre con las iniciales de Nicky grabadas en él.

No hay tiempo. Por fin tiene la confesión de Sebastian en sus manos. Ahora lo único que debe hacer es atraparlo.

# 87.

Sebastian no es un Righteous Brother. A Madeleine siempre la ha sorprendido que su padre cantara tan mal. Su voz debería poseer un tono barítono impactante, lo bastante fuerte como para acompañar brindis en un bar, no esa sibilancia como de gaita.

Le sale humo de la boca y se cuela por la ventanilla. Madeleine se vuelve hacia la suya y se ve reflejada: pestañas erizadas, labios secos. Mientras las cuerdas tiemblan, mientras los instrumentos de viento borbotean, él le da un codazo —«¡Te sabes la letra!»—, y ella interviene tímidamente. Se sabe la letra.

—Vamos, chica —dice Sebastian con una sonrisa. Luego suelta la pipa y se pone a cantar.

La batería retumba. Madeleine siente que el corazón se le sube al pecho y levita allí mientras el Jaguar se adentra en la oscuridad. Por un vertiginoso momento, dejan atrás las dos últimas semanas, las dos últimas décadas; oye los años repiquetear detrás como latas en un coche de recién casados.

—«*So don't…*». Más rápido.

—«*Don't…*». Más alto.

—«*Don't…*».

Está gritando junto a su padre, y las voces suben los escalones de la melodía.

«*Don't let it slip away*», rugen, y luego se lo cantan el uno al otro con júbilo, y solo cuando termina la canción, un minuto y quince segundos después, Madeleine se da cuenta de que ese no es el camino a Lands End.

Nicky entra en sus habitaciones. La cama de Sebastian está hecha a la perfección; la de Madeleine está hecha un desastre. Ambas están vacías.

Nicky no espera encontrar a nadie en la biblioteca, pero ese tecleo que aparecía en sus sueños era real y reciente. El camino empieza allí.

La aldaba de la calavera y los huesos le sonríe. Apoya la mano encima y empuja.

A través de las ventanas ve las torres iluminadas del puente. La confesión revolotea en su mano cuando atraviesa la penumbra hasta el otro extremo de la habitación, las marcas metalizadas de los libros brillando como ojos en la selva. Detrás del escritorio, donde en su día brillantes dientes rechinaban en la rejilla, la chimenea bosteza más negra que el negro. La llama se ha apagado.

La linterna de su teléfono examina la máquina de escribir —sin papel— y luego recorre el escritorio: daga, botella de veneno, candelabro, soga. El cubo de cristal. Las mariposas durmiendo bajo la superficie.

Nicky se estremece.

Abajo, pegada a la nevera, encuentra una nota garabateada en el reverso de un recibo:

> En el laberinto de Lands End al amanecer.
> Por favor, saca a Watson fuera cuando leas esto.

Timbo Martínez contesta al segundo tono.

—Señorita Hunter.

Inesperadamente alerta.

—Han salido de casa —le dice.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque estoy justo enfrente.

La canción suena en bucle mientras el Jaguar se adentra en el

Presidio. Los faros apenas iluminan la sinuosa carretera que se extiende ante ellos. En algún lugar entre los bungalows y los barracones está el campo de golf donde Madeleine fumó su primer porro y el club en el que besó a su primer chico. Pero mientras recorren los bosques profundos y oscuros, con árboles a ambos lados de la carretera que unen las manos en lo alto y niebla plateada colándose entre los troncos, los bancos de arena, los azulejos y los cementerios parecen de otro lugar, de otra época.

Madeleine baja la ventanilla y cierra los ojos. El aire huele a eucalipto. Se le agita el pelo sobre los hombros y la cara. Su cuerpo se balancea con la carretera.

Ahora nota el agua salada en la nariz. Sabe que a la derecha, junto a la bahía, está Crissy Field, un aeródromo convertido en terreno baldío y más tarde en parque; más allá, Torpedo Wharf, donde la familia pasó una mañana pescando cangrejos, ella, su padre y su madre subiendo trampas mientras Cole, al lado del cubo, anunciaba que los animales estaban atacándose unos a otros a causa del pánico. Finalmente, a punto de llorar, volcó toda la pesca en el mar. Sebastian perdió los estribos; Hope acompañó a Cole de vuelta al Oldsmobile. Cuando Madeleine encontró un cangrejo de roca acechando en el fondo del cubo… ¿Lo tiró al agua? ¿Se volvió hacia las trampas? No lo recuerda.

El coche aminora, se detiene. La música se apaga. Madeleine abre los ojos.

Más adelante, apoyado en la bahía, bajo la rampa de acceso al puente Golden Gate, está Fort Point.

Frente a la casa, en lo alto de la escalinata, Nicky inspecciona la calle. Ni rastro de Timbo. Ni rastro de nadie; solo niebla, sedosa y fría, y ese coche extraño.

Los faros parpadean dos veces.

La puerta se abre.

Nicky retrocede y Timbo sale con unos vaqueros ajustados y

una sudadera negra con UNIVERSIDAD DE WASHINGTON escrito en el pecho. Su pelo irradia del cuero cabelludo como rayos de sol a la luz del farol.

—El señor Trapp no quería vigilancia —dice—. Yo discrepaba.

—¿No los ha seguido?

—Mi preocupación es quién entra, no quién sale. Además, no pude distinguir al conductor.

Nicky cierra la puerta y baja los escalones. Timbo espera. Ella le muestra la nota de Madeleine y mira el arma que asoma en la cintura del inspector.

—Y hay esto —añade, entregándole la confesión.

Ella lo observa mientras lee. Este misterio no es de Timbo, por supuesto, pero Nicky necesita que la lleven, y necesita un policía. Y necesita oír a alguien decir…

—Los mató él.

Timbo casi parece desconcertado.

—Tenemos que ir a Lands End.

El inspector frunce el ceño.

—¿Cree que le haría daño a su hija? ¿Por qué?

—Pregúntele a su mujer —responde Nicky.

Ahora Madeleine solo oye el motor al ralentí, el rumor de las olas.

La niebla se desliza por las luces bajas como zorros grises. A un lado, una áspera cresta rocosa con un reflector alojado en ella, y al otro, la bahía; ante ellos se extienden los muros de ladrillo del fuerte, mellados con troneras y tenuemente iluminados. Desde el aparcamiento, Madeleine no puede ver el faro en la azotea, oscuro desde hace casi un siglo, pero la bóveda del Golden Gate se eleva por encima, el puente recortado con farolas y las torres hundidas hasta la cintura en la niebla.

—Maravillosa atmósfera la de esta mañana —observa

Sebastian, dando caladas a la pipa.

La pantalla de ladrillo parpadea. El foco se está apagando. Madeleine vuelve la cabeza hacia el malecón y las gruesas cadenas oxidadas entre los postes.

Su padre señala el final del aparcamiento, que se adentra en el agua.

—*Vértigo* se rodó allí, ¿lo sabías? —Él sabe que ella lo sabe—. La chica salta, intenta ahogarse. Esa rubia de Hitchcock. ¿Cómo se llamaba?

—Kim Novak.

—No, el personaje.

Ella sabe que él lo sabe.

—Madeleine.

En la oscuridad del coche, Madeleine puede sentirlo sonreír ligeramente.

—Madeleine, por supuesto.

El foco vuelve a chisporrotear. El muro del fuerte parpadea como el obturador de una cámara.

—De niño me habría gustado este lugar —dice Sebastian—. Pasadizos secretos y escaleras de caracol. El escondite, juegos de espías. A Cole le gustaba. —Una nube de humo—. A Cole le gustaban los juegos.

Madeleine contempla las cadenas, el agua negra. Se pregunta cómo se ve la cara de su padre a la luz moribunda de las bombillas y la luz naciente del amanecer; se pregunta qué estará pensando, lo cual, en el caso de Sebastian Trapp, podría ser muy diferente de lo que está diciendo.

¿Por qué han venido aquí? Se da cuenta de que, por primera vez en sus cuarenta años, siente miedo en su presencia; es una conmoción, antinatural, como temblar junto a un fuego alegre.

—«Los franceses tienen una frase para eso —dice Sebastian—. Los cabrones tienen una frase para todo, y siempre tienen razón».

Más palabras prestadas. Pero a Madeleine le gustaría saber en qué tienen razón esta vez los cabrones.

—«Decir adiós es morir un poco».

En el silencio del Jaguar, Madeleine resta sus adioses de la suma de su vida. Cierra los ojos.

—Ya casi ha amanecido —dice.

Los semáforos cuelgan como farolillos chinos a lo largo de la avenida, con un malvado ojo rojo brillando en cada uno; el coche de Timbo los obliga a ponerse en verde uno a uno. Nicky mira cómo el velocímetro supera los sesenta, luego los setenta y finalmente los ochenta kilómetros por hora.

Se muerde la uña del pulgar y mira por la ventanilla. Centros comerciales y complejos de apartamentos, todos con aspecto cansado bajo un cielo azul magullado, como si supieran lo temprano que es.

Sus dedos acarician la confesión que tiene en su regazo. Dos palabras no encajan.

Cierra los ojos y ve los tipos saltar hacia la página, Sebastian sentado a su mesa, esas dos palabras imposibles, y ahora una pequeña pregunta brilla en su cerebro, una pequeña luciérnaga: ¿qué había desaparecido de la biblioteca? Algo: algo pequeño pero definitivamente ausente, como una pieza de puzle que falta.

—¿Qué le contó su amigo Jonathan sobre sí mismo? —pregunta Timbo.

A Nicky no le preocupa especialmente Jonathan en este momento, no le importa nada excepto el Jaguar, Lands End y Aunque parezca imposible, acabé con la vida de mi mujer y mi retoño, pero necesita hablar del desagradable martilleo que nota en la parte superior de la cabeza.

—Criado en Dorset. Vivió en Londres. Trabajaba en finanzas.

—Una de tres. Vivía en Londres, que es su lugar de nacimiento, y es periodista. Freelance. Jonathan Grant ni siquiera es su verdadero nombre.

Cuando Nicky abre los ojos y se vuelve hacia Timbo, este

abre una botella de agua y bebe un trago, moviendo su delgada garganta.

—Conocimos la historia anoche. Hace un par de meses, un tal Grant Jones se entera de que el señor Trapp se está muriendo, así que decide instalarse en San Francisco, llegar al fondo del Acto de Desaparición: ese es el título de su obra. Quiere resolver el caso antes de la fecha límite, por así decirlo. Se muda al piso vacío de un primo —deduzco que la familia tiene dinero— e intenta hablar con viejos conocidos del señor Trapp. Le dice a la gente que es Jonathan Grant, un banquero agotado que está recargando baterías. Se apunta a una liga de fútbol para hacerse amigo de Frederick, que no le resulta de mucha utilidad. Entonces se fija en usted. Está usted sangrando sobre la prueba.

Nicky se mira el regazo, donde cuatro manchas rojas brillantes salpican el papel.

Ahora el coche acelera. La carretera se curva y se endereza, se enrosca y se desenrosca, una serie de signos de interrogación. Aceleran hacia el oeste, a través de los frondosos túneles del Presidio, hasta que de repente el agua se abre junto a ellos, gris férreo e inquieta, y entonces, gruñendo, el Jaguar avanza a toda prisa, dejando atrás árboles desgreñados que pronto impiden ver. Madeleine observa el estallido de mansiones en Sea Cliff; su padre pasa a toda velocidad sin hacerle una peineta a Lionel, para variar, y por fin, recuperando el mar, suben hacia Lands End.

Madeleine se muerde la uña del pulgar y nota sabor a sangre. Hay algún juego en marcha. Está deseando que el sol se apresure, que llegue antes que ellos al océano. «Ah, bien. Volvemos a casa».

La Legión de Honor pasa junto a ellos, un bosque pétreo de columnas y arcos. Al final de una aburrida callejuela, más allá del museo, Sebastian apaga el motor.

Madeleine se vuelve. El camino que tienen detrás parece tan desolado como el camino a seguir.

Su padre mira el reloj de bolsillo y se apea del Jaguar.

—Vamos, vamos —dice, abriendo de par en par la puerta trasera.

Luego se cuelga la bolsa del hombro. Madeleine no se mueve.

—Se sabe que el sol es puntual, hija mía —dice Sebastian, adentrándose en la maleza.

Madeleine observa el traje blanco desaparecer como un fantasma, con la bolsa flotando junto al brazo como si estuviera partiendo con su última posesión terrenal.

—Siento decírselo —comenta Timbo—. Parecía que Jonathan le caía bien.

«Es de los que esconden algo». Nicky se siente un poco herida —¿el beso en la buhardilla fue de verdad?—, pero no es capaz de indignarse mucho. Puede que más tarde regañe a Jonathan, o a Grant, o como se llame (no bromeaba: ese hombre realmente podía ser cualquiera); ahora mismo, no le importa nadie más que Sebastian Trapp.

La carretera gris se extiende en la distancia. Nicky está deseando que el sol salga más despacio.

El inspector contiene el hipo. Nicky le mira la mejilla, punteada con tenues cicatrices, y de nuevo se imagina a Timbo Martínez de joven, tímido y descontento con su cara, tal vez descontento consigo mismo.

Cuando él la mira, con el pelo desgreñado y esos ojos azules, parece un niño pequeño.

Nicky vuelve a cerrar los ojos y regresa a la biblioteca. Sigue a la luciérnaga por los estantes, hasta la chimenea, alrededor del escritorio…

Y entonces lo ve, o ve dónde no estaba, y cuando se vuelve hacia el inspector y se lo dice, él mira el semáforo en rojo que hay más adelante, meciéndose en la brisa, y se lo salta a tal

velocidad que un ciclista está a punto de caerse de la bicicleta.

Su padre la guía bajo los aleros de hojas negras por unas escaleras profundas, con la bolsa golpeándole el codo; luego, en la oscuridad, giran para subir un camino de tierra con una vegetación que les llega a la altura de los ojos. Paso a paso, la forma de Sebastian se curva más alrededor del seto hasta que por fin ha desaparecido.

Madeleine lo encuentra en la cima de una ladera empinada, donde se juntan varios senderos, que se entremezclan, se desenredan y siguen adelante. Una larga colina verde desciende hasta Mile Rock Beach y sus agitadas aguas.

—Mira eso —dice Sebastian, mirando eso, respirando con dificultad, su traje una raya blanca contra el cielo coloreado.

Y luego echa a andar con Madeleine a la zaga.

Cuatro docenas de pasos más tarde, ella se agacha bajo un grupo de ramas de ciprés y respira hondo. El agua refunfuña a su espalda.

Levanta la cabeza hacia el puente lejano y la bahía, donde las olas blancas brillan como dientes. Ve a su padre caminando por una estrecha cresta de rocas.

Su teléfono dice que son las 5.11. No hay cobertura.

Ahora, Madeleine avanza penosamente por la cresta. Se desliza asustada por un sendero que discurre entre un enorme peñasco que sobresale del acantilado y una caída mortal hacia las rocas negras, con el agua hirviendo alrededor de ellas.

El acantilado es una punta de flecha que señala el noroeste, y en el centro se agita un remolino de piedras pequeñas, cada una del tamaño de un corazón humano, formando callejones, curvas y vías sin salida. El laberinto oculto, arremolinándose en una cornisa secreta proyectada hacia el mar.

Su padre tiende una manta de tartán junto al laberinto y pone la bolsa encima para que no salga volando. Cuando se vuelve hacia Madeleine y le hace señas, ella obedece,

pasándose una manga por la frente húmeda.

El coche cruza el aparcamiento y frena. Nicky baja del asiento del acompañante con el teléfono pegado a la oreja.

—Buzón de voz —dice por tercera vez—. No hay cobertura ahí fuera —añade, también por tercera vez.

—Envíele otro mensaje. —Timbo cierra la puerta de un manotazo—. ¿Seguro que están en ese laberinto? El aparcamiento está vacío.

El pulgar de Nicky se desliza por la pantalla. En su mano derecha, la confesión de Sebastian chasquea contra el viento.

—Entonces aparcaban en otro sitio.

«Cuando traía a mis hijos aquí, dejábamos el coche en un escondite junto a la Legión».

Se apresuran a cruzar el paseo marítimo, bajan las escaleras y llegan al sendero del litoral, donde Nicky levanta la mirada hacia la panorámica que contempló no hace tanto, en aquel momento a cámara lenta junto a Sebastian: las olas resplandecientes, las nubes de cuento, los promontorios… Pero hoy el agua levanta sus fauces para morder, con espuma en la boca; el cielo aún no ha revelado sus verdaderos colores, y…

—Quédese atrás cuando se lo diga. ¿Cómo van sus ochocientos metros?

Nicky se sube el chándal y lo sigue hacia el este por el mismo camino que abraza las curvas del acantilado. Los mismos árboles tambaleándose en el borde, agitando sus ramas. Las mismas rocas tercas en la bahía. El pasado hecho presente.

«El pasado es un lugar extraño. Mi pasado al menos. ¿Y el suyo?».

«Pero el pasado se ha ido».

«Ah, no». Y la sonrisa de Sebastian era tan triste que Nicky podría haber llorado. «El pasado no se ha ido. Solo está esperando».

# 88.

Ya casi ha amanecido.

Durante un rato han permanecido sentados en silencio ante el laberinto. Sebastian, descalzo, contempla tranquilamente el océano; Madeleine observa el puente, sembrado de pequeños faros.

—Ahí ha habido doscientos naufragios.

Madeleine sonríe.

—El *SS City of Rio de Janeiro*. A principios del siglo pasado. Era una mañana con niebla, justo antes del amanecer. Chocó contra un arrecife y se hundió en cuestión de minutos. Hubo cientos de ahogados.

Ciento treinta, recuerda Madeleine, pero le deja inflar el número de víctimas; ha matado a muchos a lo largo de los años.

—Sus cuerpos fueron llegando a la costa durante meses. La mayoría eran inmigrantes chinos, muy triste, pero uno era el capitán. ¿Sabes cómo lo identificaron?

Madeleine lo sabe, pero niega con la cabeza lentamente.

—Por un reloj de plata. —Saca el suyo del chaleco—. Tenía la cadena enredada en las costillas, así que pudieron recuperar su reloj. Pero…

—… nunca recuperaron su cabeza —murmura Madeleine.

—No, no lo hicieron. —Un suspiro—. Imagina todo lo que pasó dentro de esa cabeza cuando su dueño estaba vivo. Más interesante que un reloj, seguro. Vaya, mira eso.

Madeleine entrecierra los ojos hacia las torres del puente, antorchas gemelas con bruma ardiendo a su alrededor.

—Una vez pensé en poner fin a mi vida aquí —dice su padre pausadamente.

Cuando se vuelve a mirarlo, está hablando con las montañas.

—Una tarde de hace años, un abril muy frío, fui en coche hasta Lands End. Con G. K. Chesterton en la cabeza. «Lo que más tememos

todos es un laberinto sin centro».

Madeleine se ha quedado sin palabras. Primero Cole, ahora su padre.

—Así fue aquella noche para mí. Así ha sido muchas noches. Toda mi larga vida. —Le tiembla la nuez en la garganta—. A lo mejor pensaba que me ayudaría a ver un laberinto con centro, un destino incluso. Porque solo podía meterme en callejones sin salida un número limitado de veces.

De repente, la bahía retumba como una criatura que despierta por fin, bostezando, estirándose y saliendo rápidamente de la cama. Madeleine desvía la mirada más allá del borde del laberinto, hacia el acantilado, hasta los nudillos de roca negra de la bahía, sobresaliendo de las profundidades llenos de espuma del mar.

Sebastian se quita los zapatos.

—Tu madre descubrió muy fácilmente el misterioso caso de dónde desaparecí. Parece que recientemente había mencionado laberintos en varias ocasiones. —Sonríe—. Me encontró justo ahí. —Indica con un gesto de la cabeza la punta de la flecha—. En la oscuridad, bajo la llovizna. Contemplando el agua. La oí decir mi nombre. —Ahora señala la curva más cercana del laberinto—. Ella se quedó justo fuera del laberinto, frente a mí, y simplemente escuchaba. Y —se le hace un nudo en la garganta— cómo debió de sonarle. Escuchar esas palabras pronunciadas por alguien a quien amaba. Oírlas retorcidas y desgarradas por el viento y el agua.

El cielo se aclara con tonos azul suave y rosa pálido. Son los colores más hermosos que Madeleine haya visto jamás.

—Parecía que hubiéramos pasado allí toda la primavera, aunque supongo que fue solo una hora. En cualquier caso, me agoté. No sé qué determinación sentía yo cuando me habló por primera vez, supongo que no lo sabes hasta que lo has hecho, pero cuando volvió a hablar, cuando dijo mi nombre una vez más, no tenía ningún deseo de lanzarme por ese acantilado. Este acantilado.

»Tu madre me pidió que diera un paso hacia ella por cada paso que ella diera hacia mí. Y así cruzamos el laberinto, círculo a círculo, hasta que finalmente nos encontramos en el centro y nos arrodillamos. Ella

extendió su abrigo en el suelo, y allí estuvimos un rato, y luego me dormí. Cuando desperté, el cielo se había despejado y ella estaba mirando las estrellas. No se había movido, ni siquiera con mi colosal cráneo sobre su pecho.

Un suspiro. Sebastian cierra los ojos.

—Me sentía vivo. Me sentía emocionado. —Se lleva los dedos al nudo de la corbata y lo deshace; luego se desabrocha el cuello de la camisa—. Y, seis meses después, llegó tu hermano.

Saca una delgada petaca de la bolsa.

—Concebido en un laberinto. —Desenrosca el tapón—. Brindemos por Cole. —Se acerca la petaca a la boca. Después de relamerse, se la ofrece a Madeleine—. ¿El whisky se puede echar a perder?

Madeleine bebe un sorbo y le devuelve la petaca.

—Digamos que siempre fue malo.

—De acuerdo —responde Sebastian, y bebe.

—¿Cole fue concebido aquí? ¿Dónde fui concebida yo?

—Estaba tratando de recordar. Diría que en una zanja.

—¿Dirías?

—O en la parte trasera de un camión de correo abandonado a las afueras de Las Vegas. Nuestro coche había muerto en el desierto.

—Oh.

—Lo siento.

Ante ellos, la luz desprende sombras de las piedras como cáscaras de fruta. El océano retumba.

—¿Tienes miedo de morir, papá?

Sebastian guarda la petaca y se aclara la garganta.

—Toda la vida, desde que murió mi madre, he vivido con miedo. El miedo se ha convertido en mi compañero; noto cuando se ha ido de mi lado, y lo echo de menos. —Observa el viento arrastrar el polvo a través del acantilado—. No es tan malo tener miedo, Maddy. No es tan malo vivir con miedo.

Silencio.

—¿Te gustaría tener un hijo?

Lo dice como si estuviera ofreciendo un canapé. Madeleine lo fulmina con la mirada.

—¿Qué? Serías una madre increíble. Tienes mucho amor para dar. Además, me gusta pensar en una nueva generación Trapp.

—Papá, los hombres me miran como si fuera un bulto sospechoso.

—Hombres. —Resopla—. Los hombres son el punto en que la evolución retrocedió hasta una esquina.

Madeleine asiente.

Su padre saca el reloj de bolsillo.

—Las cinco cincuenta —dice con una sonrisa.

El sol permanece oculto tras las colinas de Berkeley; aun así, Madeleine se imagina la luz desplazándose al oeste, hacia la bahía, pasando por la isla Treasure, colándose por las ventanas enrejadas de Alcatraz, y finalmente saltando de ola en ola bajo el puente y a través del estrecho del Golden Gate, dejando a su paso cabrillas blancas y agua deslumbrada.

Al cabo de unos minutos, su padre se vuelve hacia ella.

—Querida, coge el Jaguar —dice, y le pone las llaves en la mano.

—¿Y el amanecer?

—El sol saldrá mañana. Es una estrella muy persistente. Me gustaría quedarme un rato aquí sentado.

—Puedo quedarme contigo —dice Madeleine—. Hoy no tengo nada que hacer.

Sebastian se acerca a ella, le coge la cabeza con una mano y le da un beso en la frente con sus labios secos. Ella cierra los ojos; puede oler el Floris en su cuello.

Luego, su padre se aparta.

—Conduce con cuidado. Te quiero y quiero a ese coche.

Madeleine se levanta con dificultad.

—¿Cómo llegarás a casa?

—Llamaré desde la Legión.

Madeleine da media vuelta y se aleja, bordeando la roca que se alza desde el acantilado, mientras el mar y la orilla acompañan su partida con música. Cuando se gira, la roca oculta a su padre; Madeleine solo ve la esquina de la manta ondeando al viento.

Está subiendo la pendiente donde antes tropezó, intentando calcular cuántas escaleras la esperan en el trayecto de vuelta, cuando su

teléfono tiembla en el bolsillo. Vuelve a tener cobertura.

Lo saca y toca la pantalla.

Frunce el ceño.

Baja rápidamente hacia el acantilado.

Al bordear de nuevo la roca, ve a su padre descalzo junto al laberinto con la bolsa a la altura de la cadera. La manta se agita en el suelo, lastrada por sus zapatos.

—¿Papá? —dice.

Sebastian se pone rígido, con una mano apoyada en la bolsa.

Madeleine intenta reírse.

—¿Tienes un…?

Lentamente, se vuelve hacia ella. El pelo le cubre los ojos.

—Me temo que sí, cariño —responde, con el Webley en la mano, de color plata oscuro y huesuda, y parece decepcionado consigo mismo.

# 89.

La mandíbula de Madeleine cae como un ancla.

—¿Por qué no te has ido a casa? —grita su padre, como si ella hubiera cometido un terrible error—. Vete —le suplica—. Maddy, vete a casa.

Extiende el brazo hacia el otro lado, con el arma apuntando fuera del escenario, y su voz se vuelve fría.

—Por favor, suelte el arma, inspector.

Madeleine vuelve la cabeza. Quince metros más allá, a través de la llanura de guijarros y tierra, Timbo Martínez camina hacia la cima del acantilado con una sudadera, vaqueros, una funda en la cadera y, en la mano izquierda, el revólver reglamentario.

—Y quizá podría acompañar a mi hija de vuelta a Pacific Heights —añade Sebastian.

—¿Por qué no nos vamos todos a casa, señor? —dice Timbo—. Tenemos que ponernos al día de muchas cosas.

El triángulo cambia de forma a medida que Timbo avanza.

—Papá —dice Madeleine, hablándole al viento con toda la calma que puede—, necesito hablar contigo sobre Cole. Esto es por Cole.

—¡Siempre ha sido por Cole! —La voz de Sebastian se quiebra y suelta una carcajada brillante y amarga mientras retrocede hacia el anillo exterior del laberinto—. Deténgase, inspector. Ahora tire el arma encima de la manta. Así, gracias.

Timbo levanta las manos con las palmas hacia fuera.

—Es una pieza muy bonita, señor Trapp —dice—. Lo vi en su escritorio. Un Webley-Fosbery automático.

Y luego, al unísono con Sebastian:

—Cuatro cincuenta y cinco, seis disparos.

—He leído todos sus libros. —El inspector avanza—. Pero un revólver tan viejo no disparará, señor.

El disparo es tan violento que el eco suena como escombros cayendo. Madeleine reprime un grito; Sebastian apunta de nuevo a Timbo y retrocede hasta el siguiente anillo. El sexto.

Madeleine exhala. Antes contó siete círculos, siete ondulaciones concéntricas con un radio de veinte metros. Nota el remolino en los talones.

Se separa de la roca y va hacia él. El Webley la está mirando —es solo una mirada rápida; ya está apuntando de nuevo al inspector—, pero el susto la hace retroceder un paso.

Sebastian Trapp, el famoso, legendario y poderoso Trapp, está nervioso.

Su voz, no obstante, es bastante firme.

—Lo hice restaurar en el noventa y dos para un acto publicitario. Resultó que tenía muy buena puntería.

—A lo mejor le vendría bien hablar con alguien —sugiere Timbo—. Puedo llamar a quien sea.

—A quien sea —dice Sebastian automáticamente, pero le brillan los ojos debajo de las cejas.

Madeleine sabe que está pensando, ideando una solución. Mientras el viento surca el acantilado, se pregunta si su padre podría, por primera vez desde que tiene memoria, rendirse; guardar el Webley, colgarse la bolsa, escapar del laberinto, cogerla de la mano…

Sin embargo, es demasiado tarde. Ella lo sabe; de alguna manera sabe que es demasiado tarde.

Y ahora Sebastian sonríe, una sonrisa inescrutable, como la de alguien sombríamente satisfecho, y habla:

—Ya está todo el mundo aquí.

Madeleine desliza una mirada hacia Timbo y ve que él también la está mirando.

Al instante, el viento se relaja. El cabello de Madeleine se posa alrededor de su cara. La manta se posa en el suelo. El polvo se posa sobre las piedras.

Detrás del inspector aparece una criatura que se ha escapado de la cama, con un pijama que le cuelga de las caderas y los brazos cubiertos hasta la punta de los dedos por unas mangas largas. Lleva

una hoja de papel azul en una mano.

Timbo se da la vuelta.

—Le dije que se mantuviera alejada —protesta, ladeando la cabeza hacia el sendero, y Madeleine casi retrocede, tan áspera es su voz.

Pero Nicky sigue caminando por el círculo externo del laberinto, fría pero alerta, como un cazador.

# 90.

Como si hubiera estado esperando hacer su entrada, el viento arrecia, y Nicky nota que el pelo se aparta de su rostro.

Incluso frente a la inmensidad del agua y el aire, Sebastian parece enorme; frente a las pendientes de los promontorios y los flácidos cables de suspensión del puente, sus ángulos se doblan con más fuerza, se parten con más nitidez. El Webley la mira mientras camina.

—Buenos días, señorita Hunter —dice él.

—«Uno de mis nombres —responde Nicky— es Némesis».

La sonrisa de Sebastian se afila como un cuchillo: el hombre conoce bien a Christie.

—«¿Y qué significa eso?».

—«Creo que ya lo sabe. Némesis en ocasiones se demora mucho, pero acaba llegando».

Sebastian inclina la cabeza.

—Váyase —gruñe Timbo—. Ahora.

—La señorita Hunter es muy tenaz, inspector —dice Sebastian con los ojos clavados en los de ella—. Ahora ha venido a por mí.

Nicky respira hondo. Así es como se siente al acercarse a los últimos capítulos de un misterio; el telón, el problema final, la conclusión de la historia: su sangre murmura, le brillan los ojos; el calor en el estómago, el martilleo en la cabeza… La fiebre detectivesca está alcanzando su punto álgido.

El papel se agita en sus manos. Esos oscuros detectives presentando sus soluciones a amplios repartos de sospechosos en vagones de tren y suites de hotel, extendiendo sus pistas como si fueran naipes. ¿A ellos también les ardían los nervios?

Sebastian la observa. «Forma parte de un thriller psicológico… donde las pistas te llevan casi ineludiblemente a un lugar al que no quieres ir».

No. Ella quiere ir. Resolver el problema final, bajar el telón. Acabar la historia.

Nicky le tiende el papel, que chasquea con el aire frío.

—Esta nota es suya.

Sebastian asiente.

—Escrita con su máquina.

Vuelve a asentir.

—Firmada de su puño y letra.

La bolsa se desliza por el brazo de Sebastian y cae al suelo. En el borde opuesto del laberinto, a siete órbitas de distancia, Madeleine observa con una extraña luz en los ojos.

—Confiesa haber asesinado a su mujer —dice Nicky.

¿Acaso no lo recuerda?

Ahora Madeleine jadea como si le faltara el aire mientras Timbo ordena a Sebastian que baje el arma lentamente. Una ráfaga cruza el acantilado y Nicky abre la boca.

Entonces, el Webley abre fuego.

# 91.

En el instante previo al disparo, Madeleine ve la manta elevarse y levitar como una alfombra mágica, y luego, cuando la bala la perfora, se retuerce en el aire y cae al suelo junto a los zapatos, colocados boca abajo. El revólver reglamentario aterriza unos metros más cerca de Timbo.

Mira a su padre, que tiene una voluta de humo en la muñeca; luego mira la manta como lo haría con un ser vivo —un ser antaño vivo—, como si acabara de ver a Sebastian matar.

—Señor Trapp, parece que está usted bastante nervioso —dice el inspector, ladeando la cabeza hacia Nicky—. Ha escrito una confesión. ¿Escribió usted esas otras notas? ¿Las mariposas?

Sebastian niega con la cabeza.

—Lo hizo Cole.

—¿Lo sabe con certeza?

—Estoy seguro de ello.

—No es lo mismo, señor.

—Como la persona de mayor edad y mejor vestida aquí, opino lo contrario.

—¿Cole ha contactado con usted?

Las palabras brotan de la garganta de Madeleine como si un veneno estuviera provocándole arcadas:

—Se puso en contacto conmigo. —Traga saliva y mira tímidamente a su padre—. Quería saber qué le había pasado a mamá. —Su mirada se desliza más allá de él, hacia donde, a todas esas órbitas de distancia, los dedos de Nicky toquetean la confesión—. Me dijo que intentara… remover el pasado —añade Madeleine.

Suena dramático, pero también suena dramático el viento que los rodea como una manada de lobos.

—Y me he cruzado con él —grita con voz ajena, cruda y medio

salvaje mientras sus ojos bullen—. No sé cuándo, ni dónde ni quién, pero sé que me he cruzado con él.

Se le escapa la verdad; se siente desatada, mareada, un buzo en rápido ascenso.

Cuando el viento amaina, se vuelve hacia Timbo y ve el fuego pálido parpadeando en su piel, siente el calor familiar.

—Pensé que podía ser usted —dice tímidamente.

Timbo parpadea.

—¿Lo es? —pregunta ella—. ¿Es…?

Él se queda quieto.

—Por favor —dice Madeleine.

En el aire salado, bajo un cielo que palidece, puede ver claramente a Timbo: la expresión honesta, los iris azules, el pelo rubio alborotado. Su garganta se tensa y se suaviza. Y, ahora, Madeleine sabe que es Cole, lo sabe con tanta seguridad que podría abrazarlo allí mismo, junto al laberinto donde fue engendrado, mientras la brisa despierta y el aire se agita a sus pies. Su padre también lo ve: está moviendo la cabeza con asombro.

—Dime que me perdonas —dice ella, llorosa, con la cabeza ladeada. Luego se encoge de hombros y sonríe—. O dime que no.

—Te perdono.

Los nervios de Madeleine chispean como cables cortados. Pero no es Timbo quien habla.

El viento le da un codazo a Madeleine por detrás y pasa a la velocidad del conejo blanco, que llega tarde y tiene prisa. Ve cómo despeina primero la manta y luego los pantalones de Sebastian. Después levanta un poco de polvo, y Madeleine observa cómo se precipita…

El viento corre sobre Nicky, haciendo aletear los pliegues de su pijama, apartándole el pelo de la cara.

Sin embargo, la mariposa ni siquiera se estremece en sus manos. Simplemente flota sobre las palmas mientras pliega un ala azul por última vez.

# 92.

—Tenía catorce años cuando le dije a mamá que vivía en el cuerpo equivocado.

Agudizo la voz contra el viento y me cuadro para mirarlo. He ensayado; quiero que me oigan.

—El día de San Valentín de 1999. Esa mañana me había cortado las venas con tu navaja en el baño de la buhardilla. Estaba destruyendo a la familia. Maddy me lo dijo. Pero corté por el lado equivocado. Más tarde dijiste: «Ni siquiera es capaz de suicidarse correctamente».

Me levanto la manga derecha y muestro el antebrazo. Las pequeñas cicatrices son casi imperceptibles; aun así, he llevado manga larga estas dos últimas semanas. Siempre listos: los Scouts fueron útiles después de todo.

—Mamá me llevó a un psicólogo infantil. Por aquel entonces, «ese tipo de terapia» (se refería al tratamiento de los niños con disforia de género) no era habitual. Pero nos derivó a un médico de Seattle. No me gustaba volar, como recordarás, y a mamá tampoco, así que viajamos en tren, a pesar de que son veintitrés horas por trayecto. Te dijimos que era una de nuestras salidas de fin de semana. Por la noche me tumbé en la litera e imaginaba que alguien, o una docena de personas, podía entrar sigilosamente y acabar conmigo, como en *Asesinato en el Orient Express*. «NIÑO, CATORCE AÑOS, HALLADO MUERTO EN COCHE CAMA, APUÑALADO DOCE VECES. DOCE TESTIGOS NO VIERON NADA».

Me mira fijamente, con la corbata ondeando al viento y el revólver en la mano.

—Que me llamaran «niño» me parecía más antinatural que estar muerto —añado, moviendo la mandíbula.

«Te la vas a dislocar», solía advertirme. Ahora no me advierte.

—El médico de Seattle estaba especializado en psiquiatría

adolescente. Él no me miró boquiabierto; él no me fulminó con la mirada. Escuchó lo que le expliqué. Raro. Espeluznante. —Mis ojos se clavan en él—. Vergüenza.

Ni un parpadeo. Las palabras siguen brotando de mis labios:

«Maricón».

«Homosexual».

«Niñita».

Trago saliva.

—Esa me dolió, porque era una niña, aunque nadie lo creyera realmente. Excepto Sam Turner. Antes de despedirnos, me preguntó mi verdadero nombre y le contesté «Nicole». —Hago una pausa—. De Nicholas a Nicole. Supongo que me faltaba imaginación.

Miro a Timbo. Incluso dos décadas después, me preparo para ser juzgada, pero se limita a observarme, pensativo. Detrás de él, el viento arremolina el cabello de Madeleine. Parece tan asombrada como yo.

—Sam Turner me veía como era y como siempre había sido. También me escuchaba, como alguien que dominaba un idioma que nadie más entendía. —Son mis frases, pero estoy nerviosa; hago una pausa, respiro—. Me presentó a un médico. Yo tenía trece años; la pubertad no esperaría para siempre. Podríamos decírselo a papá más tarde.

»El proceso no era muy eficiente a finales de los años noventa, pero aun así requería una extensa psicoterapia preliminar. Mamá abrió una línea de crédito aparte. Una vez que tuve autorización, visitábamos Seattle cada ocho semanas para el tratamiento. Tomábamos el tren en la estación de Jack London Square y llegábamos a la de King Street casi un día entero después. Era muy incómodo, lo sabía hasta yo, pero al menos salíamos de San Francisco, nos alejábamos de cualquiera que pudiera ver a la mujer y al hijo de Sebastian Trapp visitando un hospital. Y nos evitaba dejar registros de vuelos en avión.

»Conocimos a su esposa, Millie. Sexagenaria, como Sam, sin hijos. Nos alojábamos en su casa de invitados. Comíamos juntos, veíamos películas y jugábamos. Me sentía como en casa. Pero no era mi casa.

»En la escuela me habían asignado una amiga por correspondencia para un proyecto de conservación, pero nunca contestó. Así que Sam

me sugirió que escribiera cartas a mi futuro yo. Que le hiciera preguntas, que le recordara qué me importaba, qué me hacía ilusión. Empecé a enviarme postales a mí misma en Seattle una vez al mes. Nicky no respondía, por supuesto, pero, cada vez que visitaba a Sam y Millie, había un par de mensajes animándome. Descubrí que Cole me gustaba. Era dulce, sincero y bobo, y se merecía ser feliz. Guardé esas postales. El perezoso. El escorpión. La mariposa.

»Entonces: el día de Navidad. Llevaba siete meses, aunque nadie pareció darse cuenta. Papá Noel me había traído paquetes de papel de origami. Todavía no sé qué te molestó: dije algo equivocado, o me reí de la manera equivocada o, según supe más adelante, a lo mejor el problema eras tú, no yo. Pero esa tarde subiste a la buhardilla con mi papel, y, cuando llegué, el baño estaba en llamas. Habías quemado todas las hojas. El satén azul y el yuzen rojo ardiendo en el lavabo.

Ahora puedo verlo, la hoguera arcoíris, la fajina crepitando bajo mis manos.

—Cuando te fuiste, me quedé mirando las ruinas. A la mañana siguiente, mamá empaquetó ropa y la envió a Seattle. Yo hacía mariposas porque quería ser como tú. Hasta que dejé de quererlo.

Mira detrás de mí, hacia el océano.

—En Nochevieja, antes de su cena de cumpleaños, fui a ver a mamá a su dormitorio. Me dio una caja roja redonda. Dentro había una peluca larga y rubia, y debajo, un jersey de rombos y una falda sencilla. No me dejó probármelo en casa, ni siquiera un minuto, así que lo metí todo en la bolsa de viaje —peluca, jersey, falda, caramelos, libros, cuatrocientos once dólares que había ahorrado, una muda de ropa para mamá— y repasamos nuestro plan de fuga: a las tres de la mañana nos reuniríamos en Fort Point, mi lugar favorito de San Francisco. Era un buen lugar para comenzar una aventura, y se podía llegar en bicicleta desde casa de Freddy. Mamá tendría que caminar media hora en la dirección equivocada y tardaría otra media hora en ir en taxi a la estación de tren, pero podríamos estar seguras de que nadie nos había seguido, y Cole podría despedirse del fuerte y del puente. «Va a ser una noche larga, dulce niña», me dijo. Luego nos fuimos al comedor.

Dudo. «Eres débil, hijo. No eres lo que esperaba».

El viento me muerde las yemas de los dedos.

—Después, Diana nos llevó a mí y a Freddy a su casa. Pedí la litera de arriba, por si alguien echaba un vistazo cuando yo me hubiera ido. Fred dormía como un tronco; yo ni siquiera podía cerrar los ojos. Dom y Simone llegaron a casa y miraron, lo cual era mi señal para escapar, pero se quedaron levantados más de una hora mientras yo sudaba entre las sábanas. En cuanto oí la puerta cerrándose, salí sigilosamente y fui al garaje a coger la vieja bicicleta de Freddy, que era demasiado pequeña. Ya la había elegido semanas antes; sabía que no se daría cuenta.

»Era una noche fría pero luminosa, y atravesé el Presidio hasta el fuerte. Allí no había nadie, ni siquiera mamá, así que busqué en la bolsa y me cambié de ropa, me puse la peluca. Me sentía natural. Poderosa, incluso.

Por un instante veo a Nicole con falda y jersey, el pelo rubio cayéndole por la espalda; sonríe bajo la luna llena.

—La esperé. Y esperé. Dos horas más tarde, a las cinco de la mañana, encontré un taxi en Lake Street. Guardé la bicicleta en el maletero y la dejé allí cuando le pagué al taxista en la estación.

Miro a Timbo, que tiene las manos en alto, y a mi hermana, con los brazos caídos y un puño cerrado.

—Esperaba encontrar a mamá, pero no la encontré. Tal vez se había ido a casa, pero yo no podía. Los Turner sabrían qué hacer. Recuerdo que el taquillero se dirigió a mí como «señorita». Recuerdo que me di cuenta de que había olvidado meter el diario en la maleta. Recuerdo la parada de Sacramento, donde mamá había planeado llamarte antes de que te dieras cuenta de que habíamos desaparecido.

»Sam y Millie me recogieron en King Street al día siguiente. Por la mañana, en tercera página, la policía nos había declarado desaparecidos. El artículo decía que yo era pequeño, rubio y un niño. Los que revisaran las grabaciones de seguridad de esa noche en aeropuertos y estaciones de tren no verían a Cole Trapp; verían a una niña con el pelo largo y falda.

»Sam quería llamarte, pero Millie le disuadió: ¿y si le habías hecho

daño a mamá? Así que procedimos con el tratamiento mientras la esperábamos, mientras esperábamos noticias. Entonces te escondiste. Y dejamos de esperar.

»Los Turner me criaron. Yo era la niña que ellos habían querido. O, si no lo era, nunca lo sospeché. Millie y su hermana Julia me dieron clases en casa hasta final de año. Julia era profesora de literatura inglesa, y resultó que tenía dislexia. No es infrecuente. Es muy tratable. Los misterios antiguos fueron mis ruedas auxiliares: libros cortos, historias divertidas, lenguaje fácil. Y en septiembre, Nicole Hunter, estudiante de primer año transferida, se matriculó en el instituto. Me gradué cuatro años después, con honores e incluso con algunos amigos. Terminé la universidad una semana antes de que Millie muriera. Seguí inhalando historias de detectives, porque me reconfortaban y me mantenían ocupada. Y porque —me encojo de hombros— lo llevo en la sangre.

Ahora la sangre me sube a la cabeza.

—Y también besé a chicos, recorrí el país en coche con dos amigas, volé en ala delta, hice senderismo por Sudamérica, asistí a clases de cocina durante un año, un verano trabajé de camarera en Ámsterdam, leí muchos libros, le rompí el pulgar a un tipo al que no le gustaba que le dijeran que no, recorrí Europa del Este, intenté tocar el violín, suspendí tres veces el examen de conducir, me rompieron el corazón, nunca pasé Acción de Gracias sola e hice más amigos, buenos amigos de verdad, que están orgullosos de mí solo por ser yo y se convirtieron en mi familia igual que yo me convertí en la suya. Tengo una ahijada. Tengo una hipoteca. Tengo mi propio bulldog. Y todavía hago origamis. Los origamis y las historias de detectives sobrevivieron a Cole.

»He vivido —digo—. Incluso si este acantilado se desintegra, incluso si me disparas, he vivido. He vivido siendo yo misma. —La mariposa se agita en mi mano; la pellizco suavemente para no aplastarla—. Pero solo cuando salí de tu casa.

Una vez más, lanzo una mirada a Maddy y a Timbo. Los observo buscar en mi rostro algún vestigio de quien yo era.

—Pensaba en mamá, por supuesto. Al principio sin parar; luego un

poco menos, a medida que cambiaba mi vida, que cambiaba yo. Mis amigos no saben quién era antes. Saben que nací en el cuerpo equivocado, pero no a quién pertenecía. ¿Por qué iban a saberlo? Pero no podía aceptar ese final inacabado. Cuando iba en el tren a Seattle, esperando que ella apareciera en el vagón, pero bastante segura de que no lo haría, sospechaba que tú, que habías discutido con ella tan amargamente durante tanto tiempo, que podías haber descubierto nuestros planes y que habías tramado tantas muertes y elaborado tantas coartadas, habías salido impune de un asesinato.

Azotada por el viento y el frío en un acantilado junto al mar, tengo dificultades para recordar las frases. Estas últimas palabras me sorprenden; solo un detective de ficción diría algo así.

Pero yo no soy un detective de ficción. Esto no es un escenario, sino una localización. Estas personas no son personajes. Mi corazón palpitante es real. Las lágrimas de mi hermana son reales. El revólver de mi padre es real.

## 93.

—Hace cinco años, después del funeral de Sam, pasé la noche en la casa de invitados. En la estantería encontré a Simon St. John. Los Turner no eran grandes seguidores tuyos, como podrás imaginar. Debía de pertenecer a un visitante. Lo leí en el vuelo hacia el este. *Niñito azul* —añado—. Dedicado a mí. Siempre me encantaron tus libros, al principio porque eras mi padre, y más tarde a pesar de que lo eras. Me encantaba Simon. No estaba fingiendo. Y ahora volvía a encantarme.

»No creo en las señales, pero esto se parecía bastante. Así que, cuando volví a Nueva York, te escribí una carta. Mi primer padre.

Timbo se aclara la garganta.

—¿Por qué?

Mi primer padre no ha dicho ni una palabra, así que bien: preguntas del público.

—Había detectado un error. Esa fue mi excusa. Pero probablemente era tristeza. Había perdido a mi familia; supongo que quería mirar por las ventanas a la vida que había vivido antes.

Me vuelvo hacia él.

—Para el franqueo elegí un sello de un rollo que me compraste en un museo hace décadas. Aquella tarde estuvo bien; supongo que quería conservar una parte de ti.

»Luego una sorpresa: me contestaste. Y así empezó todo. Me preguntaba hasta cuándo podría tentar a la suerte. Me preguntaba qué me dirías de tu esposa desaparecida. Porque yo sabía. —Por un instante me siento medio aturdida de rabia, lo suficiente para dejarme moratones en la garganta—. Sabía que podías.

Las olas rompen en las rocas. El viento tira de la mariposa que sostengo en las manos.

—De vez en cuando hacía una pregunta capciosa sobre mamá, y

también sobre Cole. Apenas mordiste el anzuelo. Coleccionaba tus cartas como si fueran notas de amor. Las releía como si fueran código. Pero sobre todo esperaba la oportunidad de enfrentarme a ti si podía organizarlo todo.

»Y entonces lo organizaste tú. «Estas son las palabras de un hombre muerto», escribiste. «Venga a San Francisco». Pronto me encontré en el dormitorio de mi infancia, un piso más arriba que mi hermana, bebiendo té con la antigua ayudante de mi madre, visitando a mi tía y mi primo. ¡Y ninguno de vosotros me reconoció!

Incluso ahora me asombra, me regocija.

—Yo era el conde de Montecristo, que había regresado de entre los muertos con un plan, mis ojos un poco más claros y mi corazón un poco más frío.

Estoy hablando como él. No me importa.

—«Puede incluso que usted y yo resolvamos un par de misterios», dijiste cuando nos conocimos. Retándome. Así que escuchaba a cualquiera que hablara conmigo, pero especialmente a ti. Escuchaba en busca de pistas. Esto era un misterio, a fin de cuentas: ¿qué le habías hecho a ella?

»Y yo… Mi corazón…

Se me cierra la garganta por un momento, y también los ojos; cuando los abro, estoy contemplando el cielo, azul suave y rosa pálido. Son los colores más bonitos que he visto nunca.

Demasiado para mi frío corazón.

—Me estalló el corazón —grito—. Me estalló el corazón al verlos. Al verlos, pero sobre todo al verlos así.

»Incluso encontré mi viejo diario en su escondite. Me sorprendió que la policía nunca lo descubriera. No me dijo gran cosa, pero me aclaró las ideas. Casi había empezado a olvidar quién eras realmente, cómo sentía el rechazo en mi propio…

El viento es como una bofetada. Entrecierro los ojos, me centro.

—Me dijiste que sería una buena confesora. Había intentado darte un empujón; ahora te estaba empujando más fuerte. Cuando volvía de casa de Simone, pasé por una papelería. Ya te puedes imaginar qué compré. Justo antes de entrar en casa, justo antes de que me

saludaras, hice la mariposa y la coloqué en una caja en el escalón.

»Pero, si flaqueaste, yo no lo vi. Así que recluté a un aliado. —Respira hondo y pone la espalda recta—. Descargué una aplicación de números anónimos y le envié un mensaje a Maddy. De Magdala a Magdala.

Magdala, que ahora está mirando fijamente al suelo.

Debería disculparme, me disculparé, pero primero:

—«Necesito pruebas», te dije. Tú podías enfrentarte a él donde yo no podía. Por eso te llevé hasta el diario. Necesitaba que vieras por qué yo…

Madeleine no levanta la cabeza. Lo intento de nuevo.

—Mientras perseguías a Cole, mientras todo el mundo perseguía a Cole, yo podría concentrarme en…

Sentimiento de culpa, ácido en la garganta. Lo empujo hacia abajo, me lo trago, caliente y nauseabundo. Me vuelvo hacia él.

—«¿Cree que siguen vivos?», te pregunté aquí mismo, en este laberinto. «Espero y tengo esperanza», dijiste. Precisamente lo que yo no podía hacer. Así que me cansé de empujones. Decidí sacudir la casa como una bola de nieve: no sabía qué aspecto tendría después, pero sabía que sería distinta. Y Diana era una incógnita: tal vez no sabía nada, tal vez lo sabía todo.

Me observa, con el pelo alborotado sobre la cabeza.

—Había escrito un mensaje con la Remington cuando volvimos de la playa. Lo llevé conmigo durante la fiesta para poder dejarlo en el teclado y que lo descubrieras al día siguiente, pero entonces Jonathan pidió visitar la biblioteca. —Lo cual era oportuno para Grant Jones, por supuesto—. Lo cual fue oportuno para mí, por supuesto, porque dejé la mariposa antes de que llegaras al escritorio. Todos te vieron desplomarte. Y con Freddy suelto, ahora tenías un sospechoso. Una pista falsa.

Freddy: otra disculpa. Sacudo la cabeza para despejarme.

—Luego un giro que ni siquiera yo vi venir: Diana en el estanque. —Contundente, sí. Esto es un ajuste de cuentas, no un elogio—. Obviamente lo había hecho papá (la fuerza de la costumbre), pero ¿y la nota? ¿Y el motivo? ¿Por qué molestarse en matar a otra esposa,

sobre todo cuando faltaba tan poco para tu propio final? —El más leve estremecimiento—. Una caída como esa no me parecía infalible, pero, según tú, ni siquiera era capaz de suicidarme correctamente. Así que, tal vez, el sentimiento de culpa tiró a Diana por la ventana. Lo decía en su nota. ¿Por qué se sentía culpable?

»Entonces llegaron los inspectores. Sabían lo de la segunda mariposa, así que les hablé de la primera. No hubieran tardado en averiguarlo y, de todos modos, yo no le había hecho daño a Diana. Se tomaron esa pista más en serio de lo que esperaba. Incluso esa primera mañana la inspectora Springer empezó a husmear. Maddy me advirtió. Le dije que se callara.

«Shhh».

—Estaba asustada, me dijo. Pero no lo suficiente, le dije yo. Diana estaba muerta. Nadie sabía cómo ni por qué. Jonathan Grant, o quienquiera que sea, había aparecido de la nada. Y Freddy la había besado, aunque Freddy es un buen chico. Siempre lo ha sido.

Mi padre arquea una ceja.

—Aparecieron los medios de comunicación. Los ahuyenté. Era mi investigación, no la suya. Y… —Otra respiración profunda; tenso el cuerpo—. En todo momento había estado escribiendo la historia de tu vida, escudriñándola en busca de indicios, de pistas. Y me gustó tu vida. Me gustaron tus historias. Me gustó cómo me mirabas. Nunca me habías mirado sin suspirar o poner malas caras.

»Sin embargo, parece que no soy muy buena detective. De repente, querías morir antes. Hora de una tercera mariposa. La coloqué en el pasillo de arriba antes de reunirme contigo en la biblioteca. En la cocina, te disolví un sedante en el té —de los fuertes; no puedo volar sin ellos—, y, cuando te sentiste cansado, te llevé al ascensor. Fingí oír pasos solo para despistarte. Y cuando se abrieron las puertas…

—«No puedo decírselo» —dice él con la voz hueca y los ojos tristes—. Dije: «No puedo decírselo».

—Pero ahora me lo has dicho. —La mariposa se estremece en mis manos, sus puntas pinchando la piel, las alas tatuadas con sus palabras—. «Acabé con la vida de mi mujer y mi retoño», escribiste.

Detrás de él, el viento persigue las lágrimas por las mejillas de

Maddy.

—Aunque no lo hiciste —reconozco—. Con mi vida no. —Me mira fijamente—. Esas palabras no responden a la realidad. Entonces ¿qué clase de juego es este? Porque es un juego, ¿no? O un truco, o algo así.

—O algo así —responde mi padre.

—Sabía que habías vuelto. —La voz de Madeleine cojea a través del laberinto—. Lo notaba, pero no sabía que eras tú.

La culpa tiene un sabor agrio en mi lengua.

—Tenía que conocer la historia. ¿Tú no?

Sus hombros se hunden.

Y ahora me vuelvo hacia él por última vez.

—El pasado no se ha ido, dijiste; solo está esperando. —Levanto de nuevo la mariposa—. Veamos qué nos espera allí.

Las olas estallan como fuegos artificiales detrás de él. Espero hasta que se desvanecen.

—Cuando desnudas y despellejas a alguien hasta el punto en que se siente insignificante…, lo que les decías en todo momento que ya eran: insignificantes, no deberías sorprenderte al ver que por fin los has reducido hasta una punta fina. Los has convertido en un arma. Los has vuelto peligrosos. Y, una vez que lo arrancas todo, no necesitan nada excepto aire para respirar y un corazón para correr. Así que bien hecho: has esculpido tu propia némesis, la has armado, le has inculcado un solo propósito. Y aquí estoy.

El viento y el mar callan mientras hablo. Yo controlo los elementos.

Le miro a los ojos.

Finalmente parpadea.

—Aquí estás —coincide, con una educada inclinación de cabeza—. Como siempre he sabido.

# 94.

El acantilado se inclina un poco y se hunde en el mar que tengo detrás.

—Puede que sea excéntrico, señorita Hunter, pero ¿quién invita a un perfecto desconocido a dormir en el piso de arriba y hurgar en su pasado? Especialmente cuando tu pasado es tan hurgable como el mío.

Su voz se agolpa en mis oídos, espesa y difusa. Sacudo la cabeza muy ligeramente, hasta que las palabras se agudizan, hasta que por fin mi mente se sintoniza con la frecuencia correcta.

—«Tráeme a la criatura», grité cuando llegaste. —Sonríe avergonzado—. Por supuesto, aún no estaba seguro. No hasta que nos conocimos.

¿Es un farol? ¿Cómo?

—*Limenitis archippus*.

Parpadeo.

—En el Museo de Historia Natural —dice—, cuando tenías doce años. Nos encontramos solos en la exposición de mariposas. «Aquí está la monarca», anunciaste. «Es venenosa. Ten cuidado», lo cual me pareció bastante dulce.

La sala oscura, la vitrina brillante, las mariposas dispuestas bajo un cristal como si fueran joyas. Lo recuerdo.

—Pero la monarca era más grande, te expliqué, sus negros más audaces. Habías señalado a una inofensiva virrey, que había evolucionado para imitar a la monarca. Y así pasamos una hora. «¿Qué es esto?», preguntaste. Te dije que era la *Diaethria anna*, el «ochenta y ocho», con marcas como números en sus alas. Y mientras seguías señalando mariposas y yo te contaba historias sobre ellas, me pareció que estábamos jugando a pasarnos la pelota. —Le cae el pelo por la frente, lo aparta y me mira—. Más tarde, en la tienda de regalos, pediste unos sellos de la virrey.

Porque esperaba escribir cartas a mis amigos algún día, como hacías tú, cuando mejorara mi ortografía, y cuando tuviera amigos.

—Hace cinco años, cuando recibí tu saludo, reconocí el sello antes incluso de leer mi nombre. *Limenitis archippus*. El juego había empezado.

El acantilado se inclina un poco más. Pronto, las piedras rodarán hacia mí.

—Tomé prestado el portátil de Diana, te perseguí por algunos callejones sin salida. La mayoría de los Nicky Hunter parecían ser mujeres. Retrocedí, probé con Nicholas, con Nick, y de nuevo con Nicky. Hasta que por fin encontré tu foto de la facultad y vi tu cara. La tuya, no la de Cole —añade—. Pero hecha del mismo material.

—¿Cómo pudiste recordar un sello?

Mi voz suena distante.

Sebastian entrecierra los ojos, como si la respuesta fuera obvia.

—Había pasado una tarde feliz con mi hijo —dice—. ¿Cómo podía olvidarlo?

La mariposa tiembla en mis manos. Las olas embisten el acantilado. Sebastian espera a que hayan roto.

—¿Qué hacer? ¿Debía enfrentarme a ti? ¿Escribir tu nombre en el sobre, el nombre que conocía antes?

Me imagino la conmoción: NICHOLAS TRAPP escrito en el papel como una amenaza.

—No. ¡Aquí había un misterio que resolver! ¡Una antología de misterios! ¿Por qué escribías y por qué ahora? ¿Cómo habías evolucionado? Así que respondí. Señor o señora Nicky Hunter. Inspeccioné la solapa, la dirección de San Francisco. Sonreí ligeramente. Y así empezó, como dijiste. Sentí que rodeábamos la cuerda con los dedos, noté un tirón. Tú estabas buscando algo, habías salido del pasado para encontrar…

—La verdad.

La mariposa bate sus alas.

—Señor —casi había olvidado que Timbo estaba presente—, ¿por qué invitó a la señorita Hunter a husmear aquí?

Sebastian arquea las cejas.

—Porque es mi hija —dice—. Y porque pensé que la señorita Hunter podía saber algo de interés para mí.

—¿Por ejemplo, señor?

—¿Mi motivo? El motivo, como digo siempre —responde, para tranquilizar a mi hermana y al policía—, el motivo es donde reside el misterio.

Se desdibujan en mi visión cuando se vuelve hacia mí. Solo veo al hombre que asesinó a mi madre.

—Me gustaría decirte, te digo, que disfruté de nuestra correspondencia. Lo digo en serio. Tienes una voz maravillosa.

Vuelvo la cabeza y observo el movimiento de las olas. Los enigmas, las soluciones, los destellos de vida fuera de la página: yo también lo disfruté, supongo. Tengo ganas de preguntarle cómo suena mi voz. Pero tengo más ganas de oírlo confesar.

Así que simplemente espero. Se me da bien esperar.

—Muy pronto, también oí el tictac de mi reloj mortal. Durante un mes o dos me pregunté qué hacer contigo. ¿Debía callarme? ¿Dejar que te sorprendiera la esquela? Parecía un poco brusco. Así que flexioné los nudillos, agarré la cuerda y tiré de ti desde el otro lado del país para que me acompañaras en mis últimas horas. Quería conocerte. Y que me conocieras. Por eso te traje aquí esa mañana. —Extiende el brazo hacia el acantilado—. Para contarte la historia de tu origen.

Cuando lo miro, siento que mi boca da forma a las palabras, aunque yo no las oigo.

—¿Por qué? Ya te lo he dicho.

Trago saliva.

—Durante nuestro primer encuentro en la biblioteca me quedó claro que creías que no tenía ni idea de quién eras. Incluso cuando movías la mandíbula. Te llevaba ventaja. Ya había preparado el álbum de fotos y había dejado allí tu diario.

No me lo puedo creer.

—Por supuesto que lo encontró la policía —añade, bajo mi atenta mirada—. Lo habías escondido debajo de un tablón suelto, al fin y al cabo. Cuando me lo devolvieron, lo estudié en busca de respuestas;

pero, como tú dijiste, fuiste cuidadosa. El día antes de que llegaras, lo devolví a su cripta. Eché un poco de polvo encima para que tuviera credibilidad. Incluso coloqué ese retrato para que guardara vigilia. Un niño en algún lugar entre dos sexos. Probablemente fue de mal gusto.

»Fueron solo un par de picaduras de abeja para agitarte. No había previsto que tú también picarías, y que picarías más fuerte.

»Esa primera mariposa en la caja fue muy atrevida. También inescrutable. ¿Qué acabo de decir sobre el motivo? No podía imaginar el tuyo. Aun así, me gustó el desafío; me gustaban mis posibilidades. Te traje aquí, donde estamos ahora, y te reté a contar la verdad, pero te negaste.

»Lo siguiente: «Cuéntales lo que le hiciste a ella». Me dejó KO, como viste. Durante días, durante años, me pregunté por qué me habías escrito, qué andabas buscando…

—¿Qué otra cosa podría buscar sino…?

—Entonces me echaste sedante en el té. Lo sospeché demasiado tarde; no pensaba que fueras capaz. La tormenta fue una feliz coincidencia, pero esos pasos fantasmas… Buen detalle. Casi me destrozas. «No puedo decírselo», te dije. «¿Puede hacer que pare?», pregunté.

«No sé cómo», respondí yo.

—Y yo te seguí el juego —añade—. No quería que la policía se acercara más que tú.

Ya basta. Ya basta. Ahora Maddy y Timbo vuelven a entrar en plano; el agente parece haberse acercado a su arma, que está en el suelo.

—¡Lo has confesado! —grito, con el papel ensangrentado agitándose en mis manos—. Has dicho que mataste…

De repente, Sebastian ruge.

—Dije que acabé…

—Cuéntame cómo. —Noto la garganta como una corriente eléctrica —. ¿Simone te ayudó?

—¿Simone?

Su corbata aletea, los dobladillos de sus pantalones chasquean. El revólver tiembla en su mano. El remolino que se forma a sus pies lo ha

arrastrado hacia el quinto anillo.

—Encontré una pista —digo, y parezco un detective inexperto, pero me da igual—. En una fotografía. Encontré el collar. —Lo digo tan fuerte que Maddy da un paso atrás—. Le regalé a mamá un collar la noche que desapareció. Un disco de plata con una inscripción y una cadena también de plata. ¿Cómo terminó en una foto, en el cuello de tu cuñada, en un cóctel veinte años después?

Sin embargo, no responde; simplemente parece… triste.

Es Maddy quien habla. Es Maddy quien da un paso adelante con un fragmento de metal en la mano.

—Porque se lo quité después de matarla —dice Maddy.

# 95.

Una hora y treinta y un minutos después del inicio del nuevo milenio, Hope Trapp se bajó de la acera frente a su casa y se montó en el asiento trasero del Saturn de su cuñado. Su mono centelleaba como una llama; luego, la puerta se cerró tras ella y el coche se alejó.

Al final de la calle, al volante de un Jeep destartalado, Madeleine frunció el ceño. Había llegado pronto a casa desde Berkeley para poder sorprender a sus padres cuando se despertaran o cuando lo hiciera ella, lo que ocurriera en segundo lugar; en vez de eso, encontró a la anfitriona huyendo de su propia fiesta.

Madeleine iba un poco colocada, pero sentía mucha curiosidad.

Seis minutos después, en una licorería del distrito de Marina, su madre bajó del coche, retorciéndose en un abrigo oscuro. Un brazo asomó por la ventanilla del acompañante, con pulseras gruesas en la muñeca y peonías blancas en el puño. «¿Por qué no te las quedas?», suplicó Hope, cuya voz rebotó como una pelota calle arriba, pero Simone se limitó a sacudir el ramillete. Finalmente, Hope cedió y despidió al coche con la mano. «¡Vete a casa! —dijo riéndose—. Llamaré a un taxi. O iré caminando, si me apetece. ¡Dale un beso a Cole, dale un beso a Cole!».

Mientras el Saturn desaparecía en el nuevo año, Madeleine observaba a su madre dirigirse a Better Liquor Fast. A Madeleine le habían vetado la entrada años antes tras varios malentendidos relacionados con su carnet falso. Ahora había descubierto a su madre yendo a comprar cerveza. Apagó el motor, pensando si debía organizar una pequeña reunión en el pasillo tres, pero entonces, junto a una solitaria cabina telefónica, Hope aminoró el paso, volvió la cabeza y se detuvo.

Y fue hacia la calle.

Madeleine salió del coche y respiró hondo, preparada para gritar el

nombre de su madre.

Pero ¿qué tramaba Hope Trapp?

Cerró la puerta del coche, se alisó la sudadera (HOMECOMING 1999, el bordado aún brillante), y bajo una luna llena empezó a seguir a su madre por la acera arbolada. Le daría alcance antes de que llegara a la esquina.

Hope llegó a la esquina. Hope rebasó la esquina, cruzó un bulevar desolado y dejó a Madeleine atrás. Atravesó un puerto deportivo, con veleros dormidos en sus amarres, y una terraza de hormigón cuyos escalones descendían a la playa plateada y la bahía negra.

Doscientos metros detrás de ella, Madeleine se preguntó en voz alta: «¿Qué está pasando?». Iba un poco colocada, sí, pero estaba muy confusa.

Junto a la playa, su madre se quitó el abrigo —el aire era fresco, no frío— y se lo colgó del brazo. Madeleine observó el terciopelo brillando a la luz de la luna. Levantó la vista: los fuegos artificiales de Año Nuevo golpeaban el cielo con tanta fuerza que la noche parecía magullada.

Por fin, Hope se desvió por un sendero ancho y arenoso que recortaba la costa de la bahía, entre un aparcamiento desierto y un vivero de pequeñas dunas. Pero las dunas pronto daban paso a la playa, y el aparcamiento se rendía a la hierba, y ahora Madeleine estaba siguiendo a su madre por un puente de tablones que cruzaba una marisma, con humedales rebosantes a ambos lados.

En algún momento, Hope se despojó de sus tacones y se los colgó de los dedos, con el ramillete de flores oscilando en la otra mano.

Madeleine esperó a que se diera la vuelta y la viera.

Pero no se dio la vuelta. No la vio.

Madeleine inclinó la cabeza hacia las estrellas y se vio a sí misma a vista de pájaro —a su madre también— mientras caminaban hacia el oeste: a su izquierda, el agua ondulada de los pantanos reflejando la luna; a su derecha, pequeñas parcelas de flora de las dunas —matorrales y flores silvestres, rodeados de alambradas bajas—, y, más allá, la oscura playa y la oscura bahía. Vio que el camino se curvaba junto a unos cuarteles españoles vacíos desde hacía mucho tiempo,

una colonia de hangares en desuso, y, cuando la playa se estrechó hasta una franja rocosa, vio el Golden Gate, fluyendo por encima como un río en el cielo.

Ahora Hope pasaba flotando por delante del muelle donde la familia solía pescar y coger cangrejos. Madeleine miró con recelo a lo largo del muelle, como si pudiera verse allí, como si pudiera ver a su hermano y también a sus padres.

El sendero viraba hacia el norte y se unía a un camino de dos carriles entre una cresta escarpada y el agua. Había gruesas cadenas oxidadas entre unos postes gruesos y oxidados. Madeleine oía las olas rompiendo contra el malecón. Ahora ya sabía dónde la llevaba su madre.

Allí, en el extremo de la península, bañado por la luz de la luna: la fortaleza abandonada. Fort Point.

Agazapadas bajo el puente, paredes de ladrillo y troneras para rifles. Sin luces, dentro o fuera, pero, cuando Hope se acercó al aparcamiento asfaltado, Madeleine encontró un escondite detrás de un pequeño cobertizo; oía los latidos de su corazón, a pesar de que las olas la instaban a callar.

Vio a Hope aminorar el paso, detenerse. Mirarse la muñeca. Madeleine hizo lo mismo. Dos y diecinueve de la mañana.

Se había pasado casi la mitad del nuevo milenio acechando a su madre. Esta probablemente sería una de esas historias de las que todo el mundo se ríe más tarde.

Hope se volvió a un lado y otro, como si buscara algo que sabía que no iba a encontrar. Luego echó a andar sin prisa, con sus zapatos, su abrigo y sus flores, hasta el otro extremo del aparcamiento, donde las paredes del fuerte se encontraban y sobresalían casi hasta el borde del agua.

Luego desapareció.

Madeleine salió de detrás del cobertizo. Atravesó corriendo el aparcamiento hasta la esquina de ladrillo donde había desaparecido su madre.

Observó una franja de asfalto de metro y medio de ancho y doce de largo, lo único que separaba el fuerte del agua y ensartada con esos

mismos postes bajos, las mismas cadenas desplomadas. Había rocas negras amontonadas contra el malecón; la bahía estallaba contra ellas.

Ni rastro de Hope.

Apoyando una mano en el ladrillo, Madeleine recorrió el camino hasta que empezó a describir una curva. Ella se curvó con él. En el punto en que se abría detrás del fuerte, en un amplio patio pavimentado, Madeleine divisó un montón irregular: los tacones y el abrigo de su madre. Hope había tirado su ropa y ahora patrullaba lentamente el malecón, arrancando pétalos de las flores y arrojándolos a la bahía.

—¿Mamá?

—¡Maldita…! —gritó Hope, girando sobre sí misma con la mano en el corazón y sorpresa en su rostro—. ¡Querida! ¿Qué haces aquí?

—No, ¿qué haces tú aquí? —preguntó Madeleine.

—Pensaba que no llegabas a casa hasta el lunes.

—Volví antes, pero te vi saliendo en coche del camino y te seguí. —Una pausa—. Hasta una licorería.

La sonrisa de Hope se desvaneció.

—¿Qué estás haciendo, mamá?

Al cabo de un momento, su madre desvió la mirada hacia el agua.

—Esa tienda guarda mezcal de contrabando en la parte de atrás. Con gusanito y todo. Dije que iría a buscar unas botellas y volvería pronto.

—Pero no lo hiciste —observó Madeleine—. Y no lo harás.

—No —convino Hope, frotándose un pie.

Las olas golpeaban el muro. El pavor se enroscó en las tripas de Madeleine y empezó a sisear.

Hope se acordó de sus flores.

—Las ha traído tu tía esta noche. Las dejó en el coche e insistió en que me las llevara. Con Simone nunca sabes.

Lentamente, le arrancó la cabeza a una peonía y la arrojó a la bahía. Suspiró otra vez.

Luego se volvió hacia Madeleine.

—Me llevo a tu hermano.

Madeleine se la quedó mirando.

—Tendrías que haber visto a tu padre esta noche. No, no tendrías que haberlo visto. Humilló a su hijo por una mariposa. Le dijo que era débil.

—Cole es débil —repuso Madeleine.

—Entonces, el deber de su padre es ser fuerte por él. —Hope arrancó un pétalo y lo lanzó a las olas—. Aunque te equivocas —dijo al cabo de un momento—. Cole es el más fuerte de todos.

—¿Y dónde está? —Madeleine señaló la bahía y el puente—. ¿Va a pasar remando a recogerte? Todos a bordo. ¿Adónde, exactamente?

—Basta, basta. Llamaré mañana por la mañana. O esta mañana, en realidad.

—¿Crees que papá no se dará cuenta de que te has ido?

—Esta noche no. —Lo tenía todo pensado, cosa que molestó a Madeleine—. La fiesta sigue a medio hervir. Subirá tambaleándose a su dormitorio pensando que yo he ido tambaleándome hasta el mío. O que estoy durmiendo la mona en casa de Dominic. Llamaré más tarde, pero no quiero que te veas involucrada en esto.

Parecía bastante tranquila, pero tenía los nudillos tan blancos como las peonías.

—Cariño —dijo Hope con voz más suave—, vuelve al campus. Ven a casa por la tarde. Papá y yo ya habremos hablado para entonces.

—¿Por qué no hablas con él ahora? —preguntó Madeleine, y oyó el dolor en su voz. También la rabia.

Su madre sonrió con tristeza.

—Esto es más complicado de lo que crees, mi amor.

Las arrugas tiraban de las comisuras de sus labios; la brisa arrastraba mechones de pelo a través de su rostro. Parecía vieja, pero sus ojos brillaban a la luz de la luna, igual que lo hacía el collar en su garganta. Madeleine la miró fijamente.

—Me lo enseñó en Navidad. *Cherchez la femme.* ¿No es lo único que hace, buscar a su mamá?

Hope se estremeció. El pavor en las entrañas de Madeleine se enroscó con más fuerza, siseó más alto.

—Siempre lo estás mimando. Te persigue como si fuera Watson. Esas pequeñas vacaciones madre e hijo. Es tan… raro.

—Basta. Ya se lo oigo lo suficiente a tu padre.

—¿Y por qué nunca escuchas? —gritó Madeleine—. ¿Por qué no te pones de parte de papá alguna vez? ¡Solo quiere que Cole crezca! ¡Está intentando ayudarlo!

—No —respondió Hope bruscamente—, está intentando convertirlo en alguien que…

—¿En alguien que no es? ¡De eso se trata! ¿Quieres que sea quien es? ¿Un niño raro y débil?

—Ya basta, Mad…

—Va de una escuela a otra, pero, por el motivo que sea, nunca aprende a leer, nunca hace amigos…

—Madeleine. —Su voz era tan enérgica que incluso Hope parecía asustada. Se acercó un poco más—. Vete. Ahora mismo. Vete a donde hayas aparcado, vuelve a la escuela y no te atrevas a decir…

—¿Cómo puedes elegir a Cole antes que a nosotros? —gritó Madeleine—. ¡Es un bicho raro!

El chasquido de la palma de Hope contra su mejilla sonó como un disparo. Y lo sintió como tal. Incluso antes de que la piel pudiera escocer, estaba mirando a su madre en estado de conmoción.

El golpe pareció sacarla de su propio cuerpo. Podía ver la escena como un testigo imposible: su madre extendiendo el brazo, pronunciando cuatro palabras —«Mad, lo siento mucho»— y Madeleine empujando con las manos, una colisión rápida de palmas y hombros.

Otro crujido, pero, esta vez, la cabeza de Hope rebotó contra uno de los postes del malecón. Se estrelló contra el suelo y una lluvia de pétalos blancos flotó en la oscuridad.

Madeleine se vio a sí misma desde lejos, por la oscura franja de asfalto que se aferraba al fuerte, mientras contemplaba a su madre, un manojo de sombras naranjas y negras, como una hoguera moribunda.

Se vio a sí misma desde más lejos, intentando despertar a su madre, temblando aún más.

Presionando su boca contra la de su madre, respirando.

De rodillas junto a ella, abrazándola, ambas meciéndose. Madeleine sollozando sin emitir ningún sonido.

Y entonces estaba corriendo por el aparcamiento. Pasó por el muelle con la respiración entrecortada, y a través de la marisma, donde vomitó por el puente. Corrió por el puerto deportivo hacia la oscura licorería, hacia la cabina telefónica.

Entró y levantó el auricular con una mano temblorosa. Rebuscó en los bolsillos —«Papi, papi, papi…»— y metió una moneda en la máquina. Empezó a marcar el número de su casa.

Luego miró el teclado, con los botones pintados de rojo oscuro. Se miró los dedos.

Dejó caer el teléfono. Vio cómo se sacudía al final del cable como un pez. Lo cogió y volvió a colgarlo. Limpió el dial con la manga. Se apartó del teléfono aterrorizada.

Y volvió la cabeza hacia el Jeep, aparcado a media manzana de distancia.

Quince minutos después estaba junto a su madre. Hope tenía los ojos entrecerrados y el pelo alborotado. Había pétalos a su alrededor, parecía un ángel de nieve. Excepto por la herida en la sien, roja contra su piel pálida.

A Madeleine le caían lágrimas por las mejillas. Se secó la cara con las mangas y pasó los brazos por debajo de los de su madre. La arrastró hacia el aparcamiento, donde las esperaba el Jeep con la puerta trasera abierta.

Frenó unas casas más adelante del camino de entrada, donde había al menos seis o siete coches.

Miró el reloj: las 3.24.

Un golpecito en la ventana.

—¿Qué le has hecho? —preguntó su padre horrorizado.

Madeleine cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió, él no estaba allí. (Pues claro que no estaba). Se mordió la uña del pulgar.

—¡Dime qué le has hecho! —gritó.

Se volvió hacia el asiento del acompañante. Vacío. (Pues claro que estaba vacío). Se mordisqueó un mechón de pelo.

—Madeleine…

Sabía que no estaba detrás de ella, pero aun así se dio la vuelta. El asiento trasero estaba vacío.

Excepto por el cuerpo de su madre, colocado cuidadosamente sobre la alfombra, su cabeza descansando en la sudadera de Madeleine. Madeleine no podía soportar la idea de ensangrentar su hermoso abrigo.

Ahora, temblando bajo una camiseta de manga larga, miró el reloj otra vez. Las 3.27.

El Jeep se alejó.

Más tarde no recordaba cómo se sentía, qué estaba pensando mientras conducía; simplemente se imaginaba a sí misma desde lo alto una vez más, como si una silenciosa tripulación de helicóptero estuviera siguiendo su huida desde el maltrecho cielo nocturno de un nuevo siglo.

Vio su coche dirigirse al oeste, más allá de las catedrales ortodoxas rusas y las tiendas de comestibles chinas.

Lo vio circulando a toda velocidad hacia el sur por la autopista de la costa del Pacífico, famosa y fatal. Las casas retrocedían y menguaban hacia el este mientras playas extensas y olas de hierba gris se desplegaban junto al mar.

Perdió de vista el Jeep cuando se sumergió en un bosque repentino y espectral, con los faros haciendo radiografías a los árboles. La carretera empezó a serpentear y retorcerse.

Entonces, el coche reapareció justo cuando se elevaba a la izquierda una formación de rocas escarpadas que recordaba a una ola congelada. Y a la derecha, al otro lado de una barandilla inútil y cuarenta y cinco metros más abajo, el océano.

Y, por último, contempló el litoral escarpado, una serie de acantilados erizados como espinas desde la costa, bases enjabonadas de espuma. El promontorio de Devil's Slide.

Sus faros eran dos pinchazos brillantes.

Desvió el coche hacia un lado de la carretera, donde el quitamiedos desaparecía. Apagó las luces y bajó del asiento del conductor. El rugido del agua le llenaba los oídos.

Abrió la puerta trasera.

Cuando se alejó, llevaba a su madre acunada en los brazos como una niña, con el abrigo sobre el pecho y la cabeza aún envuelta en la

sudadera. Hope era más alta, pero Madeleine era más ancha, más fuerte, una atleta universitaria. También estaba alarmada. Podría recorrer unos cien metros.

Caminó desde la tierra compacta hasta la hierba corta que cubría el acantilado. Más adelante, la luna observaba.

Madeleine miró la cabeza de su madre apoyada en el hombro. Inspeccionó su sien inmaculada. Parecía que estuviera durmiendo.

Con pasos vacilantes, bajó por la cornisa. Los acantilados detrás, la maleza bajo sus pies, el acantilado ante ella y el mar más abajo: todo gris piedra, negro hierro, todo plata y perla, excepto el terciopelo de su madre, todavía de un naranja ahumado.

El saliente se inclinaba bruscamente hacia el mar. Madeleine descendió cuidadosamente, clavando las zapatillas en la pendiente. Oía las olas detonando a lo lejos.

Se detuvo un momento.

Luego continuó, agarrando a su madre con más fuerza, hasta que se acercaron al borde del acantilado. De nuevo, Madeleine se puso de rodillas, con Hope recogida entre sus brazos y muslos. A un paso y una caída, el agua negra y la espuma blanca se arremolinaban en una cala excavada en la roca.

En silencio, Madeleine salió de su cuerpo. Se vio a sí misma como lo haría una camarógrafa, como si aquello fuera solo una escena de una película de terror.

Flotando más allá del borde del acantilado, se vio a sí misma pegando la frente a la de Hope, se vio besarle la punta de la nariz, muy ligeramente. Cuando levantó la cabeza, Hope tenía las mejillas húmedas.

El estruendo marino se desvaneció cuando la cámara se acercó más, dejando atrás la hierba, sus rodillas y la mujer que sostenía. Madeleine empezó a llenar el plano. Le brillaban las mejillas. Le brillaban los ojos.

Estaba mirando al frente. No al público, no a un objetivo imaginario. Estaba mirando las oscuras olas amotinadas del Pacífico. Las mismas olas que ya no oía.

Silencio.

Ahora, solo sus hombros y su cara. Mechones de pelo sobre la frente. Cerró los ojos.

Quietud.

Pero finalmente, con suavidad, una mano le apartó el pelo. Y la cámara retrocedió lentamente, y de nuevo se oyó el sonido del agua. Con la otra mano le frotó la nariz, la mejilla.

El mar se hizo más fuerte a medida que la cámara se alejaba, dejando espacio para su regazo vacío.

Entonces, Madeleine abrió los ojos y recuperó su cuerpo. Vio el océano, surcado por olas embravecidas, y la fría luna.

Su reloj marcaba las 4.35.

A su lado, un destello en la hierba roma.

Tiró de él: un hilo de metal. Madeleine lo miró fijamente. Contuvo la respiración. Encajaba con los surcos de la palma de su mano.

Miró de nuevo el océano. Pero pronto cerró la mano y la cadena se desprendió de su puño como si fuera agua.

# 96.

La cadena se desprende de su puño como si fuera agua.

—Me lo quedé. —La voz de Madeleine ha sobrevivido a la historia, magullada pero utilizable—. Es lo que se supone que no debes hacer, lo sé. Pero lo hice. Y veinte años después lo he traído aquí para enterrarlo en el mar.

A un cuarto de curva de distancia, la cara de Timbo se ablanda. Solo un poco, pero lo transforma.

Delante de ella, Nicky —Cole— mira horrorizada.

Su padre contempla el borde del laberinto, donde se ha asentado la manta destripada, sus borlas ondeando como los dedos de un hombre moribundo. Madeleine cree que le oyó gritar cuando pronunció esas palabras —«Se lo quité después de matarla»—, pero su voz se apagó en el viento, un rugido en el rizo de una caracola.

—¿Por qué no dejó a su madre en la bahía? —pregunta Timbo.

Esta es fácil.

—Una vez investigué los patrones de las mareas para una historia que escribió papá. Sabía que un cuerpo en la bahía podría llegar a la orilla, pero un cuerpo en el agua más al sur…

Se estremece.

—Así que volví a la escuela, como me habían dicho. Mi compañera de piso supuestamente estaba en la fraternidad de su novio.

Madeleine recuerda haber dejado el abrigo y los zapatos en la entrada. Recuerda que iba en calcetines. Recuerda haberse acercado al baño justo cuando salía un hombre desnudo.

—Pero lo había llevado a nuestra casa.

Ambos habían retrocedido, la mano de ella haciendo una bola con el collar, la mano de él descendiendo a la entrepierna.

«No sabía que aún estabas aquí».

El puño le palpitaba de tanto apretarlo.

«Estaba durmiendo. Probablemente sea una gripe invernal».

«Pues vuelve a la cama, campeona. —Puso la otra mano encima de la primera y se fue arrastrando los pies—. Son como las tres de la mañana».

(En realidad eran casi las cinco de la mañana, pero cuando la agente B.B. Springer, con su pelo verde lima, le pidió a su compañera de habitación que confirmara el paradero de Madeleine en Nochevieja, el novio recordaba claramente su conversación delante del lavabo: eran las tres. Apenas una hora después de que los cuñados de Hope Trapp le dieran las buenas noches).

«Y Feliz Año Nuevo». Las palabras se habían deslizado más allá de la puerta cuando se cerró y parecieron resonar en las paredes de azulejos. Pulsó el interruptor de la luz. En el espejo, la saludó una mujer asustada, con la ropa desgastada y el pelo descuidado.

El puño de la mujer se abrió. El collar se retorció en la palma de su mano.

Madeleine se aclara la garganta.

—Más tarde fui a casa. Otra vez. Cuando llegué, Dom ya había dado la voz de alarma.

Su padre sigue mirando al suelo.

—Me lo quedé —repite—. De vez en cuando, cerraba la puerta, abría el joyero y miraba el collar. Incluso me lo probé varias veces. Pero sobre todo hibernó. Durante veinte años.

Siente el disco clavándose en la piel de la palma de la mano y presiona con más fuerza. Luego le dice a su padre:

—Supongo que me ayudó a aprender a vivir con miedo.

Las olas claman más allá de la pendiente, pero Madeleine apenas las oye. Él la observa con rostro amenazante. Podría haberse quedado callada, lo sabe, pero estaba harta del silencio.

—Dudo que lo haya mirado en los últimos cinco años. —Lo mira ahora—. Pero mi tía sí. Antes de la fiesta. Quería pedirme algunas joyas, pero no estaba en mi habitación.

¡Hace solo cinco días! Casi grita de asombro. El mundo se ha salido de su eje desde entonces y ha rodado como una Bola 8 hacia algún universo paralelo. Algunas vidas han terminado. La de Diana. La suya

también.

—Así que se sirvió ella misma. Apenas me fijé en ella en toda la noche. Intenté evitarla, en realidad. Y cuando terminó la fiesta…

Su padre la mira a los ojos, y en ese instante lo entiende: Sebastian Trapp escribirá el capítulo final. Siempre ha sido aclamado por sus finales.

—Después de echar a todo el mundo, Simone llamó a la puerta de mi habitación. Debería haber contestado. —Madeleine traga saliva—. Porque, cuando no lo hice, le dio el collar a Diana.

Timbo parece levantar más una mano, como haciéndole señas al profesor.

—¿Cómo lo sabe?

Y Sebastian, levantando el pie descalzo, dice con el último vigor de un hombre muy cansado, mientras da un paso atrás:

—Permitidme explicarlo.

# 97.

Este es el final equivocado.

¿Mamá está muerta y Magdala la mató?

Imaginaba que mamá estaba muerta. Imaginaba que la había matado él.

—Después de esa escena en la biblioteca —está diciendo Sebastian—, y fue una escena preparada, Maddy me llevó arriba. Pasé una hora tumbado en la cama, descifrando el no tan misterioso Misterio de Cole. Encima del pecho tenía el trozo de cristal que no logró derribar a la señorita Hunter cuando el idiota de Frederick la golpeó con él.

»La propia señorita Hunter me había derribado a mí con un trozo de papel. Daba por hecho que yo sabía lo que le había pasado a mi mujer. No fue la primera. Yo daba por hecho que ella lo sabía, ya que había desaparecido al mismo tiempo, que podría resolver un par de misterios. Pero cuando leí esas alas junto al fuego, «Cuéntales lo que le hiciste a ella», me di cuenta de que ninguno de los dos tenía ni idea. Y de eso ahora solo era consciente uno de nosotros.

Me dedica una sonrisa desganada. Tengo ganas de gritar.

Todo este tiempo le he culpado, le he odiado. Sin embargo, por mi hermana, ahí encorvada con los nudillos envueltos en plata, solo siento lástima. La recuerdo entonces y la miro ahora, a través del laberinto, a través de veinte años. «¿No te perseguiría la idea de haberte cobrado una vida?», me había preguntado Simone.

Ha perseguido a Madeleine.

—Entonces, justo después de medianoche, Diana me hizo una visita, con un collar entre los dedos. «He visto esto dos veces hoy», dijo. «He visto a Cole regalárselo a Hope en Nochevieja. Hace veinte años. Hace veinte minutos, Simone me lo dio a mí. Se lo había tomado prestado a Madeleine».

»Cogí el collar y miré la inscripción del colgante: *Cherchez la*…

Bueno, ahora todos lo sabemos, ¿no? Escribo precisamente ese tipo de historias; podía hacer las deducciones adecuadas. La solución se compuso sola.

»Diana parecía… en trance. Como si hubiera visto una cara nueva en un retrato familiar. Así me sentía yo, ciertamente, aunque protesté. «Vamos a preguntarle de dónde lo ha sacado», le dije, aunque los dos sabíamos de dónde, o al menos de quién, lo cual nos dio una idea bastante aproximada de por qué Madeleine se lo había quedado y no había dicho nunca nada.

»Pero Diana continuó. «Es Madeleine», susurró. «Madeleine sabe lo que le pasó a…».

»Le dije: «Estás nerviosa». Estaba desesperado por atraparla en el presente, donde sabía que Maddy era inocente. «Es este asunto de Cole. Mariposas por todas partes, y…».

El viento arrecia y la mariposa se agita. Aprieto el papel, lo arrugo. Los bordes se me clavan en las palmas de las manos.

—Pero era demasiado tarde, lo sabía; de algún modo sabía que era demasiado tarde. «A mí no me importa Cole», dijo ella. «Me importa lo que pasó entonces. Me importa por qué tiene ese collar». Fue en ese momento cuando vi a un hombre en el espejo roto del tocador, con un pijama azul y la cara blanca, con una pequeña cuerda de metal en una mano y el trozo de cristal en la otra. Lo vi acercarse, con Diana detrás de él, una llama naranja temblorosa, su voz borrosa. —Cierra los ojos—. Vi la caja debajo del espejo, repleta de… Ah, mis gemelos, algunos alfileres de corbata. Y metida en la costura de la tapa había —hay— una foto de pasaporte: mi hija cuando tenía cuatro años. Le costó mucho ponerse seria aquel día. —Abre unos ojos brillantes—. Cada mañana durante más de treinta y cinco años, cuando estoy decidiendo cómo decorar mis muñecas y mi persona, ahí está Madeleine, intentando no reírse de mí.

Madeleine está intentando no llorar.

—Y entonces se mencionó a la policía. No podía pensar. ¿Debía decir que era una réplica? ¿O meter a Maddy en el Jaguar e ir corriendo al aeropuerto? Mi cabeza, mi corazón… Pero, mientras la miraba en el cristal, Diana me dijo: «Voy a llamar a la policía». Acero

en su voz. Yo solo contemplaba esa fotografía, a mi niña, que no podía oír el problema en el que estaba metida.

El aire frío le azota la corbata y fluye hacia Madeleine; el revólver tiembla en la mano de Sebastian.

—«Ahora, por favor…», dijo «por favor», «… devuélveme el collar». Cerré los ojos. Seguramente nadie más se había dado cuenta. Ni siquiera Simone lo reconoció. Si Diana podía…

»Entonces volvió a pedírmelo. Esta vez no dijo “por favor”. Levanté la vista, la vi detrás, extendiendo la mano. El corazón me agujereó el pecho, me di la vuelta y lancé la mano.

Una pausa.

—No la mano que sujetaba el collar —añade—. La mano en la que sostenía el trozo de cristal.

«Este es el final equivocado».

—Una vez vi morir a un pájaro en pleno vuelo. En un safari. Un martín pescador. Plumas azul puro, pecho naranja brillante. Lo estaba siguiendo con los prismáticos cuando de repente cayó desde las nubes del Congo. Como si una corriente eléctrica hubiera fallado. Se me paró el corazón al verlo. —Golpea el talón contra una piedra y retrocede distraídamente hasta el tercer círculo—. Así cayó Diana. Antes de que diera contra el suelo, sabía que la había matado.

»Aterrizó de costado, encima de mi americana. Ese traje desapareció hace tiempo, inspector.

Timbo asiente.

Me mira tan rápido que doy un paso atrás.

—Me arrodillé junto a la cama. La preciosa cara de Diana estaba ladeada hacia mí, sus preciosos ojos me miraban fijamente. Pensé en todas las vidas que había apagado en mis libros. Pensé en todos los asesinos. Ahora me había unido a esa fraternidad; me había convertido en el asesino que medio mundo juraba que ya era. Y, de repente, lo absurdo parecía, no que alguien pudiera acabar con otra persona, sino que alguna vez pudiera creer que esa muerte no acabaría también con él. Qué personajes más tontos me había inventado.

En algún lugar, una gaviota llora una muerte. Pronto, el mar se incendiará.

—Aun así, procedí como lo haría uno de mis asesinos. Le puse una toalla debajo de la cabeza. Le registré los bolsillos: dos pendientes pequeños, de Madeleine. Guardé el collar en mi maletín. ¿Y después? Yo había disuelto cadáveres en cal viva; había echado cicuta al jerez porque era imposible de rastrear. En diecisiete novelas, nunca había imaginado una forma plausible de disfrazar el asesinato de una mujer con una herida en la cabeza.

»¿Una caída por las escaleras? Pero esos escalones de mármol son redondeados. ¿Y qué pasaría si alguien iba a la cocina de madrugada? Necesitaba poner distancia entre el momento de la muerte y el descubrimiento del cuerpo. Cuantos más puntos haya, más difícil será conectarlos.

»La alternativa al accidente era el suicidio. —Se le quiebra la voz y hace una pausa—. Eso no me gustaba, aunque no me gustaba nada en aquella situación. Abrí la puerta —¡Dios, cómo temía esa oscuridad!— y muy muy silenciosamente fui a la habitación de Diana. Igual que a la señorita Hunter, no me gustan las señales, pero la ventana ya estaba abierta. Un golpe de suerte.

»Por supuesto, no era una muerte segura, ya fuera provocada por ella misma, accidental o de otro tipo, por las mismas razones que expuso esa inspectora meticulosa. No acababa de convencerme. Entonces recordé una historia que había dejado a medias en una ocasión, y recordé también el diario de Diana, abandonado hacía tiempo, en el que después del accidente había documentado su dolor, su desesperación y la vergüenza que sintió tras perder a su hijo y a su marido. A su familia.

«Es un tópico horrible, pero no puedo seguir. La culpa me arrastrará y me ahogará».

—Me lo había dejado leer antes de casarnos. Estaba haciéndose vulnerable, y yo la amaba por ello. Así que sabía dónde guardaba el diario: en su escritorio, al alcance de la mano. Fue otro golpe de suerte. No pasé mucho rato leyendo; la culpa me habría arrastrado. Y lo del ahogamiento fue pura casualidad. Había escrito más en esa misma página, pero lo que leísteis era lo único que necesitaba; la arranqué y la dejé en la silla. ¿Resolvería esto el asunto? No para la

inspectora meticulosa. Sin embargo, es difícil discutir una nota auténtica en letra, que no en espíritu. Es difícil determinar la hora de la muerte con un cuerpo en el agua.

»Esperaba que Diana se hubiera recuperado cuando yo volviera a mi dormitorio. No lo había hecho. La cogí en brazos, su cuerpo todavía blando, todavía horriblemente caliente, la saqué al pasillo y bajé las escaleras. El día de nuestra boda a la inversa. Pasamos por debajo del retrato familiar, el retrato que guardaba allí para recordarme lo que había perdido. La tumbé en el sofá del salón y abrí las ventanas. Cuando me di la vuelta, la perra le estaba lamiendo las yemas de los dedos. Casi lloro.

»La llevé afuera. Me metí en el agua, me arrodillé en la superficie. Por alguna razón, me preguntaba qué pensarían los peces. Entonces la giré muy suavemente y presioné su cabeza contra el borde del estanque para que la arenilla se alojara en la herida.

»Y allí me despedí. Decir adiós es… Bueno. —Se pasa una manga por la frente—. Cuando volví a mi habitación, inspeccioné la alfombra, que estaba limpia, y bajé otra vez, en esta ocasión a la biblioteca, donde arrojé el traje y la toalla al fuego y coloqué el cubo mortífero sobre el papel secante. Había aparecido muchas veces antes esa noche; alguien podía notar su ausencia.

»Me senté a la mesa y esperé. —Traga saliva—. Esperé hasta el amanecer. Esperé hasta oír un grito.

El amanecer de hoy, más allá de las colinas, ha teñido el agua de un azul áspero, ha coloreado de blanco y rojo óxido las piedras que tenemos a nuestros pies. Al otro lado del laberinto, las lágrimas manchan la cara de mi hermana; más cerca, los ojos de Timbo brillan.

Yo tengo los míos abiertos y secos de incredulidad.

—Cuando me viste después, entrando en el estanque, tambaleándome, era tristeza de verdad. Como ver con horror cómo la huella de tu mano aflora en la piel de tu hijo. Diana no le había hecho daño a nadie. Diana no estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Simplemente estaba en el lado equivocado del instinto humano por proteger a nuestras crías a cualquier precio.

«El final equivocado». Mi mirada viaja por la costa, donde la luz del

sol hierve sobre las colinas.

—La noche siguiente, supe por mi hija que su madre (también la tuya, como sabe ahora Madeleine) había muerto de la misma manera: un golpe en el cráneo, y luego una tumba de agua. De manera del todo fortuita, había copiado un crimen.

Maddy agacha la cabeza, sollozando.

—Así que le puse el collar en la mano, ese collar vagabundo, de Cole a Hope, de esta a Madeleine, de Madeleine a Simone, y luego a Diana y a mí y viceversa. Y le hice una petición: entierra a tus muertos, le dije. —Asiente lentamente—. Y seguí mi propio consejo. Me senté delante de la máquina de escribir y confesé. Confesé haber acabado con la vida de mi mujer y mi retoño. Elige una esposa. Le quité la vida a Diana, sin duda, pero también a Hope, porque le fallé. Su destino es obra mía. Y Madeleine es el retoño cuya vida arrebaté, el retoño que renunció a su vida para cuidar de mí, aunque cualquiera que lea esa carta pensaría que me refería a ti.

Se vuelve hacia mí.

—Incluida tú, parece. Saliste de mi casa antes de que yo pudiera quitarte la vida. Me alegro mucho de que lo hicieras. Y por eso me rendí en la página que has esculpido en tus manos. Deseaba aceptar la carga de Madeleine. Deseaba proteger tu identidad. No quería que nadie te buscara si no querías ser encontrada, y no le conté nada a Madeleine. Así que te maté en blanco y negro. Y esa, señorita Hunter, es tu solución.

La mariposa crepita en mis manos. Un pájaro grita en algún lugar cercano.

—Traje aquí a mi otra hija para decir adiós. —Se aclara la garganta—. La escena está más concurrida de lo que esperaba.

Al otro lado del laberinto, Madeleine se seca los ojos con el puño y se pasa la manga por debajo de la nariz. Luego, entrecerrando los ojos hacia nuestro padre:

—¿Por qué has traído un arma? —pregunta.

Sebastian se vuelve hacia ella y le dice:

—Para poder dispararla.

# 98.

Desvío la mirada hacia Timbo y lo sorprendo flexionando los dedos.

—¿A quién disparará, señor Trapp?

El abrigo de Sebastian aletea al viento, alarmado, y el sudor le empapa la camisa blanca.

—¡Menuda muestra de nuestro género preferido, señorita Hunter! ¡Tanto hablar de pistas útiles y finales ordenados!

Sabía que Sebastian lo había hecho, lo sabía, pero aquí no hay triunfo, no hay satisfacción lúgubre; solo hay tristeza, profunda y oscura. La mujer más hermosa que he visto nunca.

Ahora arrecia el viento, y el mar con él. El laberinto empieza a arremolinarse. Cuando una ola choca contra el acantilado, Sebastian entra en el segundo anillo, como para mantener el equilibrio.

Me grita recitando:

—«Me gustaría decir que todas las vejaciones que te he impuesto no eran sino para probar tu amor y, extrañamente, has superado el examen. Me gustaría...»

—¡En tus palabras! —Se me pega el pelo a las lágrimas—. ¡En tus propias palabras!

Una sonrisa muy gentil.

—Ah, señorita Hunter. Ah, Nicole. Eras más fuerte que yo.

Tengo los ojos llenos de lágrimas. Su forma blanca tiembla y se disuelve.

—Te convertiste en quien siempre habías sido.

Me envuelvo en mis propios brazos, llorando.

Cuando parpadeo, vuelvo a verlo con nitidez, con el Webley agitándose en su mano. Miro a mi hermana, al policía.

—Odiamos a quienes herimos, hija mía —me dice Sebastian Trapp—. Herimos a quienes odiamos, y los odiamos aún más. Es una espiral. Nos absorbe. Lo aprendí demasiado tarde.

Le habla a Maddy por encima del hombro.

—Mantén la calma, cariño —dice, tratando de imponerse al viento.

Timbo frunce el ceño.

—Señor Trapp.

—No más sorpresas, Madeleine. Dile a tu corazón lastimero que no se ha causado ningún daño.

Con un movimiento fluido, Timbo da un paso y se agacha, ahora con la Beretta en su mano izquierda.

—Señor Trapp, espero no estar oyendo una despedida cariñosa.

Mi padre vuelve a dirigirse a mí.

—Eres una excelente detective, Nicole —me dice con lo que suena a algo parecido al orgullo, el arma temblando en su mano.

Siento calor y mucho frío a la vez.

—¿Yo?

—Tus métodos son poco ortodoxos. Ilegales, incluso. Pero sí.

—Señor Trapp.

El laberinto ahora se agita más rápido; el viento y la luz corren a través de los carriles.

—Me preguntaste si realmente podía recordar un sello en particular después de tantos años.

—Habías pasado un día feliz con tu hijo —le respondo.

—Señor Trapp, contaré hasta cinco.

—Tiempo más que suficiente. Sí, un día feliz de verdad, tan feliz, de hecho, que compré dos rollos de virreyes.

—Uno —dice Timbo.

—Papá.

Madeleine da un paso adelante.

—El mío está en la pequeña caja de metal que hay en el cajón inferior izquierdo de mi escritorio.

—Dos, señor.

—No falta ni un sello. Ni una sola mariposa ha volado.

—Papá —insiste Madeleine.

La luz que se refleja sobre las piedras corre como el mercurio entre nosotros.

Sebastian sonríe.

—Durante veinte años los he mirado. Ah, y…

—Tres.

Timbo está apretando la mandíbula.

—Por favor, papá —digo, extendiendo el brazo hacia él.

—Y si alguna vez escribes tu propia novela…

—Papá —suplica Madeleine, metiendo un pie en el vórtice.

—¡Cuatro!

Pero mi padre solo me mira a mí, solo me sonríe a mí.

—Por el amor de Dios, que no dure mucho.

Entra en el centro del laberinto y se pone la pistola en la sien.

Y, cuando el disparo quiebra el aire, se me cae la mariposa con un temblor de alas afiladas y se aleja volando sobre el agua, emigrando al oeste, hacia mar abierto, su primer y último viaje.

# 99.

Desde el momento en que el agente Timbo Martínez se adentró en el bosque en busca de cobertura, Maddy y yo no cruzamos ni una palabra, ni cuando regresó al acantilado, ni cuando se fue de nuevo a buscar refuerzos y al forense, ni cuando dirigía a la policía de San Francisco al borde del acantilado.

Tenía los brazos extendidos, y las largas piernas también; la manta que le había puesto Timbo por encima solo le cubría el tronco y la cabeza. Mi padre y su mortaja funeraria, ambos con una sola herida de bala.

En algún momento me di la vuelta hacia la playa donde él y yo habíamos paseado, aparentemente hacía años. La arena húmeda brillaba.

«¿Qué secretos podría estar escondiendo, joven Hunter?».

Luego, Timbo nos llevó por el sendero de la costa, a través de túneles de eucaliptos y pinos. Respiré menta y tierra, escuché el mar gruñendo sin ser visto, sentí que el viento me secaba las mejillas. Y, congelado en mis entrañas, el horror de haberme equivocado, de habernos equivocado juntos.

Cinco metros por delante de mí, Madeleine caminaba lentamente, con la capucha contra la espalda y el pelo desbordándose. Cuando dobló la última curva y desapareció, me pregunté, con un estremecimiento repentino, si al doblarla yo, mi hermana habría desaparecido, si habría huido de este lugar y quizá de este mundo.

Pero no: está esperando en el mirador, sentada en el banco individual.

Timbo se adelanta y sube a toda prisa la escalera de tierra hasta el aparcamiento. Observo a Maddy; más allá de su cabeza gacha y sus hombros caídos se abren las vistas que nuestro padre compartió conmigo, ese momento a cámara lenta: mar y nubes, colinas, todo

salvaje y desafiante, sobrenaturalmente brillante.

Ahora vuelve Timbo, entrecerrando los ojos para protegerse del sol.

—Hay media docena de vehículos civiles ahí arriba, ninguno aparcado a menos de veinte metros de mí. —Se pasa una botella de agua por la nuca—. Como si supieran que soy policía.

Me tiende la botella. Luego se cubre los ojos con una mano y mira a Madeleine con tristeza. Deja una botella a su lado.

Respira hondo y vuelve a subir la cuesta. Me siento al lado de Maddy y miro el cielo azul. Y pensar que fui testigo de cómo se elevaba el alma de Sebastian hacia él.

—Supongo que es demasiado pedir que tengas un cigarrillo.

Tiene la voz ronca y el rostro desnudo ante la luz.

—Un poco demasiado, sí —respondo.

Desenrosca la botella de agua y bebe un trago. Se seca la boca y se vuelve hacia mí. Tiene los ojos inyectados en sangre.

—¿Alguna vez te planteaste decírmelo?

No lo hice.

—Sí, lo hice.

—Porque me habría gustado saberlo.

—A mí también me habría gustado que lo supieras —digo y, para mi sorpresa, es verdad.

Se sorbe la nariz tan profundamente que le estalla una tos en la garganta.

—Pensaba que te habías quedado en casa todos estos años porque estabas muy disgustada por la desaparición de mamá.

—Y lo estaba.

—Pero esa no es la razón.

Contempla el mar. El sol se rompe sobre el agua como el cristal en mis ojos, y por un instante veo a Maddy tirar de una cuerda desde la boca de una botella de cerveza, izando las velas del diminuto barco que contiene. «Este es el *SS Cole*», anuncia. Tengo siete años y ella es mi heroína.

—Parecía lo justo —dice—. Era lo justo. No pudo vivir su vida. Yo no debía vivir la mía. Debía dedicarme a papá. Lo había desposeído. Debía…

Madeleine ofrece su rostro al cielo, con los ojos cerrados; el pelo empieza a girar alrededor de su cabeza como un halo rebelde.

—¡Yo la quería! —grita Madeleine con deleite—. Esa fuerza de la naturaleza, nuestra madre. La quería. Esa testaruda, esa belleza increíble… No puedo creerme que esté hecha de ella. —Se rodea el cuerpo con los brazos—. Las dos lo estamos.

Yo también me abrazo y miro las olas.

Ahora Madeleine abre los ojos, parpadeando, y echa un vistazo a la burda escalinata, donde Timbo, en lo alto, está hablando sin pausa con una mujer cuya melena rosa resplandece al sol.

Como si le hubiéramos dado un golpecito en el hombro, B.B. Springer se percata de nuestra presencia y levanta una mano. Luego junta los dedos y levanta el pulgar.

—Esto no es *Top Gun*, zorra alta en fructosa —dice Maddy. Tose de nuevo—. Muy decente por su parte que todavía no me haya detenido.

—Fue un accidente.

—No denunciarlo no lo fue. —Suena sombríamente segura de sí misma—. Deshacerse de ella —prosigue— desde luego no lo fue. —Luego me mira con dureza—. Lo habría entendido. Algunos quizá no, pero yo me habría alegrado por ti. Me alegro por ti, Nicky.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Siento haberte engañado.

—No lo sientas. —Sonríe; qué sonrisa tan perfecta tiene—. Todo el mundo miente. Tenías tus motivos, así que no hace falta que hablemos de eso nunca más.

—Te manipulé.

—Joder, vaya si lo hiciste, pero tenías tus razones.

Se frota los ojos y yo los míos. «Cógeme la mano», pienso, pero, en lugar de eso, suspira.

—Lo hizo la hermana. Apuesto a que no lo viste venir.

—No.

—Me alegro de que hayas podido pasar tiempo con él. Y él contigo.

Nos quedamos en silencio y miro fijamente el agua.

—Debería haberlo sabido —dice con voz grave.

Entonces noto algo que me toca la oreja. Contengo la respiración.

Cierro los ojos.

La yema de su dedo recorre muy suavemente el hueso hasta la barbilla. Me roza la nariz, los huecos de las mejillas; me alisa las cejas una a una. Y ahora miro a los ojos de Maddy, brillantes y llenos.

—Eres preciosa —me dice.

No respondo. No puedo.

Al darnos la vuelta, vemos a B.B. y Timbo bajando con facilidad las escaleras.

De repente, como si lo hubieran invocado, el viento ruge con tal fuerza que las palabras se dispersan cuando Magdala las pronuncia, su boca contra mi oído, su palma caliente cuando la presiona contra la mía.

—Siempre lo fuiste —susurra.

# 100.

La puerta se abre con un rápido jadeo, como si hubiera cogido desprevenida a la casa.

Me hallo en el frío vestíbulo gris del primer hogar que conocí.

Al cabo de un momento, miro hacia la sala de los rompecabezas. Todos esos puzles a medio hacer, ese canario mirando con desconfianza al gato. Y, pintada en la pared, riendo como las putas probablemente casi nunca se reían en el este de Londres hace ciento cincuenta años: mi hermana.

Pero esto no es un libro de historia; esto es un misterio.

Me doy la vuelta y miro su puerta.

No inspeccioné bien la habitación cuando me invitó a entrar hace unas mañanas, con la prensa dispersándose frente a la casa. Ahora la escruto: los libros de bolsillo se amontonan en las estanterías, con los lomos abollados; una lámpara de lava muerta; una colección de trofeos deportivos. Una gárgola encorvada al borde de la cama deshecha.

Watson se relame el hocico y ladea la cabeza, preguntando cuándo volverá Maddy.

Le doy un apretón y la dejo en la alfombra.

Habitación por habitación, en silencio absoluto, recorremos la planta baja. Después subimos la escalera.

Arriba, me encuentro con sus ojos, uno a uno, de izquierda a derecha. Mi hermana, enfundada en su vestido blanco de verano. Mi padre, con una ceja arqueada. Mi madre, con esa sonrisa que desafía a la muerte, ancha como un horizonte, y, en su regazo, yo vestida de niño. Tengo una mariposa blanca en las manos.

Me asomo a otras habitaciones repletas de estatuas y planetarios, espadas de esgrima y animales muertos vivientes.

Un piso más arriba, paso frente a la puerta de Diana y echo un

vistazo al dormitorio de mi padre. Intento adivinar dónde cayó.

Un piso más abajo, entro cautelosamente en la biblioteca, como si fuera una intrusa. Paso por delante de las ventanas iluminadas por el sol y voy a su escritorio, hacia la fría chimenea que hay más allá. Las estanterías de las paredes se comban hacia delante, no tanto como para derramar a sus residentes, pero lo justo para observarme, curiosas, chirriantes. Murmuran, el sonido de las páginas pasando.

La perra ha desaparecido.

Un pequeño rayo de luz en mi ojo. El cubo de cristal se encuentra sobre el papel secante, tal como dijo Sebastian. Lo sopeso, aprieto el pulgar contra un borde. Quizá haya absorbido mi sangre de manera invisible. A lo mejor el vidrio tiene memoria. ¿Por qué no? Todo lo demás la tiene.

Detrás del escritorio, una llave negra sobresale de una esfera en la pared. La giro. En la chimenea, las llamas se yerguen y se estiran tras su noche de descanso.

Me siento en su silla. Las mariposas duermen bajo la Remington. Si su tecleo nunca las molestó, yo tampoco lo haré.

Abro el cajón inferior izquierdo y levanto la tapa de la caja metálica que contiene. El rollo de virreyes es tenso y brillante.

Rebusco en el bolsillo y saco la cadena. Está más fría que cuando Madeleine pronunció esas últimas palabras al ponérmela en la mano.

La inclino hacia las llamas. Los eslabones de plata se incendian y el grabado del disco parpadea nítido y claro:

*CHERCHEZ LA FEMME*

Busqué a la mujer, sí.

Noto el metal suave en la nuca. «Perdido en el alboroto —le dijimos a la policía—. Cayó a las olas y se hundió».

Meto el disco debajo del cuello del jersey. Luego cierro los ojos.

P.D. Una parte de mi legado sigue siendo excepcional. Encontrará las pistas arriba de esta carta.

Es fácil, ahora que estoy sentada donde él se sentaba, ideando

acertijos para sus lectores. Las pistas arriba de la carta son —eran— las primeras palabras que escribió en ella. Arriba de todas las demás.

Y las recuerdo, más o menos:

> Esta no será una despedida larga. Estoy en mi biblioteca a altas horas de la noche, tan pasadas las doce que es casi la una.

Simple. Lo llevo en la sangre.

Me dirijo a la estantería más cercana. Si hay un sistema de archivado, murió con mi padre; pierdo dos horas arrastrando la escalera por el raíl, tocando lomos e inspeccionando cubiertas, hasta que por fin lo encuentro, a tres metros del suelo, con la sobrecubierta desconchada pero la encuadernación tensa: Raymond Chandler, *El largo adiós*.

Salto al capítulo trece y miro la página final del capítulo doce, donde la última línea está subrayada en tinta roja.

«No hay trampa tan mortal como la que se tiende uno mismo».

Aparto los libros, busco en la oscuridad que se forma tras ellos.

El manuscrito está envuelto en (¿qué si no?) un lazo. Ofrezco a Chandler una breve despedida y bajo la escalera. Vuelvo al escritorio. Tiro del lazo.

Para Cole

Paso la página.

He aquí una historia solo para ti.

El título está escrito en la hoja siguiente:

CAERÁ, PEQUEÑA
un misterio de Simon St. John
por
Sebastian Trapp

Y por último:

Querida señorita Hunter:

Cuidado al bajar la escalera.

Ahora bien: según mi experiencia, todo el mundo quiere la verdad hasta que la encuentra. Esperar y tener esperanza puede ser preferible.

En la carta que le paso por debajo de la puerta, me hago responsable de la muerte o desaparición de Cole Trapp, dependiendo de cómo uno quiera leerla. Esto le da a Cole, si está vivo, la opción de no ser molestado allá donde esté, ya sea en una selva peruana, una góndola veneciana o una biblioteca de San Francisco. ¿Quién sabe?

En este, mi último libro, le he puesto un lacito a todo. Simon vuelve, por supuesto, junto al inspector Trott; el encantador señor Myers; Watson, ese perro inusualmente poco inteligente; todo tipo de delincuentes, aristócratas, envenenadores y adivinos, así como Jack, a quien tantos han intentado desenmascarar durante tanto tiempo.

Es a usted, señorita Hunter, a quien finalmente revelo ese secreto, y es por usted por quien he creado la que yo clasificaría entre mis mejores aventuras de Simon St. John. Incluso podría ser la mejor. Y por eso tengo que darle las gracias.

Me alegro de haber tenido la oportunidad de conocerla, aunque solo sea brevemente.

Esta novela es suya, y puede hacer con ella lo que quiera. Puede quedársela para usted. Puede compartirla con el mundo. Puede quemarla. Seguro que tendría sus motivos.

Por favor, sea buena con Madeleine.

*ST*

Pensó que saldría impune, como nunca hicieron sus culpables. Pensó que podría proteger a Madeleine, mantenerme a salvo e ignorante, llevarse nuestros secretos con él más allá del final.

Y noche tras noche lo oía escribir una historia solo para mí.

Miro a través del escritorio hacia el cubo de cristal, con pequeñas llamaradas en sus profundidades, la inscripción iluminada. «Odiamos a quienes herimos».

Él me hirió, sí, y supongo que esta es su disculpa. Podría quedármela. Podría quemarla.

Doblo las páginas, las hago correr con el pulgar. Las palabras vuelan en una bandada. St. John. Sobrina secreta. Daga. Jack. Puente de Blackfriars. Señor Myers. Un beso repentino.

Giro la silla hacia la chimenea.

Podría quemarlo.

Podría quedármelo.

Miro el libro. Miro las llamas.

Levanto la página. Empiezo a leer.

el final de la historia.

# NOTA DEL AUTOR

Paul Kantner, oriundo de San Francisco, describió una vez su ciudad como «ciento veintiséis kilómetros cuadrados rodeados de realidad», una medida ajustada muy ligeramente en el primer capítulo de esta novela. Con ese espíritu, he ambientado *El fin de la historia* en un San Francisco desarraigado: algunas calles se entrecruzan formando ángulos extraños, la niebla aparece en escena cuando es necesario y tres días de lluvia son tres más de los que habría un junio cualquiera en la bahía.

El laberinto oculto de Lands End se construyó en 2004, casi tres décadas después de que Sebastian le propusiera matrimonio a Hope en el centro del mismo. Durante los diecisiete años posteriores, los vándalos lo destruyeron una y otra vez, y sus cuidadores lo reconstruyeron en repetidas ocasiones, hasta que, tristemente, desapareció para siempre en 2021.

Otros detalles —las horas de los amaneceres de verano, los senderos que se enredan sobre el mar frente a Lands End, etcétera— se han plasmado, hasta donde yo sé, de manera fidedigna.

En otras palabras, esta es una historia rodeada de realidad, aunque la realidad guarda las distancias de vez en cuando. Los errores, accidentales o no, son solo míos.

## AGRADECIMIENTOS

Jennifer Brehl, Liate Stehlik, Jennifer Hart, Kelly Rudolph y todo el personal de Morrow. Julia Wisdom, Kate Elton, Liz Dawson, Kim Young y todo el personal de Harper.

Sindhu Vegesena, Rosie Pierce y Flo Sandelson.

Mis compañeros editores de Australia, Canadá, India, Irlanda,

Nueva Zelanda y Sudáfrica. Un gran agradecimiento a mis editores, agentes y traductores internacionales (¡Sé que esta novela no se presta a una traducción sencilla!). Gracias por el privilegio de ver mi libro en vuestro idioma, y gracias también a Jake Smith-Bosanquet.

RDF; mi nuevo colega, entonces y ahora (¡Weston X!); mis profesores y jefes que a lo largo de los años me han alentado y aconsejado; John Kelly, David Bradshaw, Christopher Butler y Craig Raine; mucha gente espléndida del sector editorial: autores, editores, agentes, libreros y más; mis amigos, mi familia y mi perro. No podría pedir más.

A diferencia de Sebastian Trapp, mi padre ha dado a su hijo un amor incondicional durante toda su vida, incluyendo cuando me declaré homosexual. Gracias por hacer que me resultara mucho más fácil.

Te quiero, papá.

## CITAS

Pocos autores citan tan profusamente como los de novelas de misterio. Entre los citados en *El final de la historia* figuran Raymond Chandler, G. K. Chesterton, Agatha Christie, Edmund Crispin, Arthur Conan Doyle, Alexandre Dumas y Dorothy L. Sayers. La mayoría aparecen nombrados en el texto, pero varias citas no se acreditan, así que las incluyo aquí en su forma original.

**Capítulo 8**

«Sensible es mi segundo nombre», dijo Fen con gran complacencia.

«Me atrevería a decir que muy poca gente usa su segundo nombre».

**EDMUND CRISPIN, BEWARE OF THE TRAINS (1953)**

**Capítulos 10, 78**

«“Las conversaciones siempre son peligrosas si tienes algo que ocultar”, dijo Miss Marple».

**AGATHA CHRISTIE, MISTERIO EN EL CARIBE (1964)**

**Capítulo 22**

«Una mujer que no miente es una mujer sin imaginación ni empatía».

**AGATHA CHRISTIE, ASESINATO EN MESOPOTAMIA (1935)**

**Capítulo 54**

«Las habitaciones son curiosas. Te cuentan bastante sobre la gente que vive en ellas».

**AGATHA CHRISTIE, LA CASA TORCIDA (1949)**

**Capítulo 60**

«Un manhattan es ideal para el foxtrot, un bronx para el *two step* y un martini siempre para moverse al compás de un vals».

**FRANCES GOODRICH Y ALBERT HACKETT, EL HOMBRE DELGADO (GUION BASADO EN LA NOVELA DE DASHIELL HAMMETT, AMBOS DE 1934)**

**Capítulo 76**

«Eso me hiere el orgullo, Watson —dijo finalmente—. Es un sentimiento mezquino, qué duda cabe, pero me hiere el orgullo».

**ARTHUR CONAN DOYLE, «LAS CINCO SEMILLAS DE NARANJA» (1891)**

**Capítulo 80**

«Pero usted ya debe de saberlo, mi querido amigo —dijo el alcalde lastimeramente—. Estamos prácticamente al final del libro».

**EDMUND CRISPIN, THE GLIMPSES OF THE MOON (1977)**

## LETRAS DE CANCIONES

También deseo expresar mi reconocimiento a los compositores e intérpretes de las canciones a las que se hace referencia a lo largo del libro. Su trabajo ha aderezado la historia y la ha hecho mejor.

Disco 2000 (Candida Doyle / Jarvis Branson Cocker / Mark Andrew Webber / Nick Banks / Russell Senior / Stephen Patrick Mackey). ©

BMG Rights Management, Kobalt Music Publishing Ltd., Universal Music Publishing Group.

Girls & Boys (Damon Albarn / David Alexander De Horne Rowntree / Graham Leslie Coxon / Steven Alexander James). © BMG Rights Management, Sony / ATV Music Publishing LLC, Warner Chappell Music, Inc.

Hungry Like the Wolf (John Taylor / Simon Le Bon / Nick Rhodes / Andy Taylor / Roger Taylor). © Gloucester Place Music Ltd.

One Fine Day (Carole King / Gerry Goffin). © Screen Gems-EMI Music Inc., Shapiro Bernstein & Co Inc.

Tubthumping (Alice Nutter / Allan Whalley / Darren Hamer / DuncanBruce / Judith Abbott / Louise Watts / Nigel Hunter / Paul Greco). © Sony / ATV Music Publishing LLC.

Walk Like A Man (Robert Crewe / Robert Gaudio). Kobalt Music Publishing Ltd.

You've Lost That Lovin' Feelin' (Barry Mann / Cynthia Weil / PhilipSpector). © Abkco Music Inc., Sony / ATV Music Publishing LLC.

**«En tres meses estaré muerto. Ven a contar mi historia».**

«Elegante, absorbente y llena de peligro hitchcockiano. Una vez más, Finn reinventa el género con su espectacular estilo».

**Lucy Foley**

«Los fans de la ficción detectivesca se volverán locos con lo nuevo de Finn».

**Shari Lapena**

«Aguda, absorbente, estilosa y con un ingenio brillante, *El final de la historia* es una delicia para cualquier amante del misterio. […] Una carta de amor al género detectivesco clásico. Justo cuando crees que lo tenías todo resuelto, Finn te recuerda algo absolutamente esencial del buen misterio, que el final es solo el principio».

**Nita Prose**

«La nueva novela de A.J. Finn es bonita, intensa y cautivadora. *El final de la historia* me ha fascinado».

**Lisa Jewel**

**A. J. Finn** nació en el estado de Nueva York. Ha trabajado en la industria editorial y ha escrito para numerosas publicaciones, entre ellas *Los Angeles Times*, *The Washington Post* y *The Times Literary Supplement*. Su primera novela, La mujer en la ventana, se convirtió rápidamente en un best seller que se ha publicado en más de cuarenta idiomas y llegó al cine con Amy Adams en el papel principal.

Título original: *End of Story*

Primera edición: marzo de 2024

© 2024, A. J. Finn, Inc.
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Efrén del Valle, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Elsie Lyons / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Getty Images / © Shutterstock / © 123RF

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. *El copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5868-5

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] En español en el original. *(N. del T.)*.

# Índice

El final de la historia

Martes, 23 de junio
Siete días antes. Miércoles, 17 de junio
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Jueves, 18 de junio
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

Viernes, 19 de junio
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Sábado, 20 de junio
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Domingo, 21 de junio
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Lunes, 22 de junio
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Martes, 23 de junio
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Miércoles, 24 de junio
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69

Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Jueves, 25 de junio
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Viernes, 26 de junio
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Sábado, 27 de junio
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Nota del autor

Sobre este libro
Sobre A. J. Finn
Créditos
Nota